

JOSÉ CALVO POYATO

EL ÚLTIMO
TESORO
VISIGODO



JOSÉ CALVO POYATO

El último tesoro visigodo

Ediciones B

Sinopsis

La historia detrás de uno de los grandes tesoros arqueológicos de España. Su hallazgo y la codicia que desató a su alrededor. El expolio que generó ambiciones desmedidas.

Toledo, 1858. Un labriego encuentra de manera fortuita una colección de cruces y piezas que parecen coronas, todas trabajadas en oro puro y cuajadas de piedras preciosas. Aunque su descubridor no puede imaginar su verdadero valor, la noticia pronto llegará a oídos expertos que no dejarán pasar la oportunidad de hacerse con la fortuna que este tesoro arqueológico significa.

Una trama que transcurre a ritmo de thriller de la mano de personajes memorables y se complementa con escenas de la época visigoda para llevar al lector a entender el origen del fabuloso tesoro de Guarrazar y la asombrosa aventura que llevó estas magníficas obras de orfebrería hasta manos francesas.

Una novela llena de acción, amor y ambición, escrita con la maestría literaria, la claridad de ideas y el exquisito rigor histórico de José Calvo Poyato.

'Un referente de la novela histórica española.'

©2018, Calvo Poyato, José

©2018, Ediciones B

ISBN: 9788466664295

Generado con: QualityEbook v0.86



| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Toledo, verano de 1858

Aprovecharon la mañana para comprar algunas cosas que en un pueblo como Guadamur era difícil encontrar. Francisco Morales y su esposa, María Pérez, habían acompañado a Escolástica, hija del primer matrimonio de María, a la prueba final para obtener la titulación que le permitiría ejercer como maestra de primeras letras.

Habían dejado las mulas en El Laurel, una posada junto a la iglesia de Santo Tomé, y se acercaron a la catedral donde encendieron un par de velas, dejado una limosna y rezado un misterio del santo rosario pidiendo por el buen resultado de la prueba a que se sometía Escolástica. La joven tenía que demostrar destreza con la aguja en el bordado de un pañizuelo en un tiempo limitado.

Francisco estaba cercano a los cuarenta y cinco años, era de mediana estatura y tenía el rostro alargado, como los hidalgos retratados por El Greco. Marcado por la dureza del clima meseteño, estaba surcado de arrugas. Tenía ojos vivaces y su pelo negro encanecía por las sienes. Sabía leer, escribir y de números. María era un par de años más joven, pero aparentaba mucha más edad. Contrajo su primer matrimonio con apenas quince años y cuando quedó viuda, poco después de cumplir los veinte, tenía cuatro hijas, la mayor de ellas era Escolástica. Cumplido el luto, se casó con Francisco, con quien había tenido otros dos vástagos: un niño que murió poco después de nacer y una niña, a la que bautizaron como Simona y que acababa de cumplir los dieciocho años.

A la salida de la catedral tomaron por la calle del Hombre de Palo y enfilaron la del Comercio que llevaba hasta la plaza de Zocodover. Caminaban sin prisas, viendo tranquilamente los escaparates. La prueba que había de superar Escolástica duraba tres horas y no había transcurrido más que una desde que la dejaron donde se examinaba junto a otras dos docenas de muchachas, la mayoría de ellas vecinas de la capital. No era habitual que en los pueblos, menos aún en los que eran tan pequeños como Guadamur, la gente estudiara más allá del aprender a leer, escribir y utilizar las cuatro

reglas, y eso tampoco eran muchos quienes lo aprendían; menos aún si se trataba de mujeres. En el pueblo la mayoría de los vecinos eran analfabetos. Muchos niños antes de hacer la primera comunión ya estaban empleados en alguna tarea relacionada con la actividad de su padre. A las niñas las colocaban en casas de postín donde prestaban algún servicio a cambio de que les dieran de comer y de vez en cuando unos zapatos usados o un vestido desechado.

Guadamur distaba apenas dos leguas de Toledo, pero el viaje no resultaba fácil. El camino era malo: una pista polvorienta en los meses de verano que se convertía, con las lluvias de invierno, en un barrizal donde el lodo provocaba con frecuencia que caballerías y carruajes quedaran atascados. El trazado estaba lleno de cuestas, algunas de ellas muy pronunciadas. Pero al menos, el peligro de ser atacado por alguna de las partidas carlistas que habían operado hasta hacía poco en los Montes de Toledo ya era cosa del pasado.

Los vecinos de Guadamur aprovechaban para hacer un encargo a quien tenía necesidad de desplazarse a la capital para una visita al médico o resolver un trámite administrativo. Si la cosa no era urgente el encargo se hacía a un cosario que pasaba por el pueblo una vez en semana.

En la calle del Comercio podía encontrarse casi de todo. Había dos esparterías, cuatro tiendas de tejidos y una de confección, dos confiterías, otras tantas panaderías, un taller de hojalatero, dos zapaterías de viejo y dos de nuevo, una talabartería, una librería-papelería, dos tiendas de ultramarinos, un bodegón, un mesón... El matrimonio se detenía en alguno de los establecimientos y comprobaba los objetos, comparaba calidades, preguntaba precios... María compró algunos encajes, hilos, un par de botines y media resma de papel que le había encargado Escolástica. Francisco, una libra de picadura de tabaco, dos torcidas para encendedor y una navaja. Todo ello fue a parar a las alforjas que colgaban de su hombro.

Al llegar a Zocodover, Francisco saludó a un caballero que llamó la atención de María por la elegancia con que vestía y sus exquisitas maneras. Era lo que se llamaba un dandi. Cuando se alejaron unos pasos, preguntó a su marido:

—¿Quién es ese señor?

—Es un francés. Se llama don Adolfo. Lleva mucho tiempo en España. Es profesor en la Escuela Militar.

Le sorprendió que su esposo conociera a una persona como aquella. No

era de su clase. Ellos eran una familia de labradores con algunas propiedades. Una familia con ciertos posibles, casi acomodada, pero muy alejada del refinamiento que mostraba aquel profesor francés, cuyo nombre completo era Adolphe Hérouart Chivot.

—¿Cómo es que lo conoces?

—Le gustan las ruinas y los restos antiguos. Ha ido alguna vez por el pueblo y pasea por los alrededores. Es persona muy instruida —añadió Francisco con cierto énfasis—. Más de una vez lo he encontrado en el campo y me ha saludado. Hemos charlado y hasta liado algún cigarro.

—Nunca me lo contaste.

—¡Mujer... tampoco es para ir pregonándolo!

Como tenían hechas las compras, entraron en un café que había en la plaza. María tomó una granizada de limón y él un vaso de vino. Hacían tiempo hasta que Escolástica terminara su prueba. Al salir del café comprobaron que el sol había desaparecido, cubierto por unas nubes oscuras y densas. Se había levantado un viento desapacible que agitaba los toldillos con que algunos establecimientos protegían su fachada de la solanera.

La tormenta descargó tan pronto que los sorprendió antes de abandonar la plaza. Se refugiaron en los soportales, junto a los vendedores que habían recogido sus productos a toda prisa en medio de una lluvia que en un instante se había convertido en un temporal. Francisco y María habían visto pocas veces llover de aquella manera. Los canalones no podían con tanta agua y esta caía directamente desde los aleros. Las empinadas calles toledanas se habían convertido en torrentes que buscaban el curso del Tajo, cuyo caudal aumentó de forma alarmante en muy poco rato. Cuando la lluvia cesó, podían verse los efectos del temporal: sótanos inundados y calles embarradas.

Se dirigieron hacia la posada caminando con cuidado. En algunos sitios se acumulaba mucho lodo y el agua embalsada dificultaba desplazarse. Cuando llegaron a la posada tenían los pies tan embarrados que apenas podían verse los zapatos.

—Si no hay que tirarlos, tendré que llevarlos al zapatero —dijo María, tratando de desprender el barro de sus botines con un palito—. He perdido una de las suelas.

Francisco se aplicaba a la misma tarea raspando con el filo de su navaja. Eran cerca de las dos cuando Escolástica apareció por la posada.

—No he podido llegar antes —se excusó la joven—. Cuando salí estaba diluviando. ¡Dios mío, cómo ha llovido! —exclamó sacudiéndose la falda—.

Luego he tenido que dar un rodeo. Hay calles por las que es imposible pasar. En alguna hay una cuarta de barro.

—También a nosotros nos sorprendió la tormenta en Zocodover. ¿Cómo ha ido la cosa? —le preguntó su madre.

—Bien. He bordado una flor y me ha dado tiempo a adornarla con hilos de colores. Creo que en unos días seré maestra.

—Dame un beso. —Su madre la estrechó entre sus brazos y Francisco le dedicó palabras de felicitación. La relación con su padrastro era correcta, pero no afectuosa.

Morales se asomó al patio y miró al cielo con gesto de preocupación. Las nubes habían desaparecido tan rápido como lo habían cubierto. En su azul luminoso había un sol radiante que calentaría de lo lindo en poco rato.

—Si esta tormenta también ha descargado en Guadamur, el daño en las viñas va a ser grande. La uva está a punto de madurar y... ¡En fin, veremos lo que nos encontramos cuando llegemos al pueblo! Lo que ahora tenemos es que buscar un sitio donde comer. No llegaríamos antes de las cinco y eso contando con que no tengamos problemas. Ha caído mucha agua.

Almorzaron en una casa de comidas que había frente al callejón en cuyo fondo se abría la Puerta del Reloj de la catedral. Unas sopas con mucho pan, huevo y algo de jamón picado, que les entonó el cuerpo, y unas perdices en escabeche. Al salir a la calle el aire caliente les dio una bofetada. Hacía un calor de justicia y la sopa, que tan bien había entrado...

Cuando cruzaron el puente sobre el Tajo, camino hacia Guadamur, estaban dando las seis. Tenían que darse prisa, si no querían que se les echase la noche encima. Además, el camino no estaría en las mejores condiciones. Francisco montaba una de las mulas y la otra la compartían madre e hija. La marcha fue lenta. La tormenta había abierto numerosos regueros que, en algunos casos, eran verdaderas cárcavas que podían provocar un accidente.

Las mulas daban síntomas de cansancio cuando estaban a poco más de una milla del pueblo. Las había agotado el que las pezuñas se clavaban en el barro y solo con mucho esfuerzo lograban sacarlas. Cuando llegaron a un pago de huertas conocido como Guarrazar el sol se había puesto. Los efectos de la tormenta eran evidentes. Las huertas eran un fangal. El temporal las había arruinado.

—Vamos a parar un momento y que los animales beban agua en la fuente.

—A mí también me viene bien detenernos —dijo Escolástica—. Tengo

una necesidad.

Descabalgaron y la joven se apartó unos pasos, ocultándose tras un seto. Estaba en cuclillas cuando vio algo que relucía a través de una hendidura que la tormenta había abierto en el suelo. Se aderezó la ropa y, picada por la curiosidad, se acercó. Metió la mano en la hendidura —Escolástica no era melindrosa— y tiró con fuerza. Parecía una cadena, pero estaba tan manchada de barro... Le quitó algo con las manos. Efectivamente, era una cadena y sus eslabones eran muy trabajados; tenían forma de corazón.

Tuvo un pálpito. Notó cómo se agitaba su respiración y aceleraba el ritmo de los latidos de su corazón.

—¡Madre, madre, venga usted!

María miró a su marido con gesto preocupado.

—¡Debe ocurrirle algo! ¡Ve rápido! Si necesitáis ayuda, avísame.

Apenas transcurrió un minuto —a Francisco se le hizo eterno— cuando su mujer lo llamó a gritos:

—¡Francisco, ven! ¡Rápido!

Salvó la distancia en menos de lo que tarda en decirse, temiendo que se encontraran en apuros. Las encontró forcejeando con una gran laja de piedra.

—¿Puede saberse qué demonios estáis haciendo?

—¡Mira! —María le mostraba una larga y pesada cadena.

—¿Qué es eso?

—Parece de oro.

—¿Qué clase de tontería estás diciendo?

—Escolástica vio algo que relucía y...

—¡Hay otra cadena!

—Sí, y parece que esto... esto —no le salían las palabras y se limitó a señalar la laja que el agua de la tormenta había desplazado ligeramente después de arrollar toda la tierra que la cubría— está lleno.

Francisco, con mucho esfuerzo, desplazó las losas que cubrían una fosa de un par de varas de largo y una de ancho. Estaba llena de barro, pero allí había algo más. Apenas podía verlo porque la luz del día se había esfumado y las sombras de la noche ya lo invadían todo.

—¡Aguardad un momento! ¡Voy a por una linterna!

Mientras Francisco se acercaba a la fuente donde estaban las mulas, madre e hija, muy excitadas, no dejaban de frotar las cadenas para quitarles el barro y la suciedad.

—Esto parece una sepultura —dijo Escolástica y a su madre un

escalofrío le recorrió la espalda.

—¡Calla, niña! ¡No digas esas cosas!

María era algo supersticiosa y, si aquello era una sepultura... Se santiguó tres veces, tratando de ahuyentar sus malos pensamientos.

Francisco, con un farolillo de los que usaban los carros para hacerse ver en medio de la noche, regresó donde aguardaban las mujeres y lo prendió con un chisquero. La tenue luz del farol alumbró una escena casi irreal. La fosa estaba llena de un barro pastoso que cubría objetos cuyas formas apenas podían adivinarse. Cogió uno y no pudo contener una exclamación:

—¡Dios mío!

—Si es una tumba, no deberíamos tocar esas cosas. —María estaba pasando un mal trago.

—¡Eso no va a impedir que deje de ver qué demonios hay ahí dentro!

Escolástica tiró con fuerza y sacó una pieza.

—¡Esto parece una corona!

—¡Vamos a la fuente a lavarla! —ordenó Francisco.

Enjuagaron las cadenas que tenían Escolástica y María, y Francisco sumergió lo que parecía ser una extraña corona y la agitó, sin soltarla, bajo el agua. Cuando la iluminó, pudieron comprobar la verdadera magnitud de lo que tenían en las manos.

—¡Mirad qué piedras! ¡Mirad las perlas! ¡Tiene que ser de oro! ¡Esto es un tesoro! ¡Vamos, vamos a sacar todo lo que hay ahí!

Durante más de una hora estuvieron sacando objetos de la fosa. Allí había cruces de gran tamaño, coronas grandes y pequeñas que pendían de unas cadenas, diademas... Excitados, no se entretuvieron en lavarlas ni en comprobar el metal de que estaban labradas. Lo más importante era vaciar la fosa cuanto antes. Sacaron de las alforjas las compras y metieron todo lo que pudieron. Luego utilizaron los pañuelos, convenientemente anudados, con que las mujeres se cubrían la cabeza. Francisco ocultó en su faja varias cadenas y utilizó su sombrero como recipiente. Por último, tuvo que sacar paja de las albardas de las mulas para meter en ellas los objetos restantes.

Cuando la fosa quedó vacía, Francisco recolocó las lajas dejándola medio cerrada y echó algún barro encima para disimular que allí habían estado hurgando.

—¡Andando, vámonos para casa! ¡Ni una palabra de esto! Si alguien se entera de lo que tenemos, nos lloverían los problemas.

Tomaron las mulas de reata y se alejaron del lugar. Con las prisas y los

nervios no se percataron de que alguien los había estado observando. Cuando se marcharon, se acercó al lugar donde habían encontrado todo aquello.

Entraban en el pueblo, manchados de barro, cuando el reloj, que hacía poco tiempo el ayuntamiento había colocado en su fachada principal, estaba dando las campanadas que anunciaban las diez. Muchos vecinos, sentados a la puerta de sus viviendas, aprovechaban la llegada de la noche para sacar unas sillas después de cenar y así aliviarse algo del calor. Las casas, recalentadas por el sol, eran lo más parecido a un horno. En algunas fachadas se colgaban candiles o, quienes los tenían, sacaban velones de pie para alumbrarse. Por lo general la tertulia y la cháchara duraban hasta que se consumía el aceite.

A nadie le extrañó verlos de aquella guisa. La tormenta había descargado en Guadamur con tanta fuerza como en Toledo. Muchos se interesaron por el estado del camino a Toledo y algunos por el examen de Escolástica. Quien les había seguido desde una prudente distancia, sin que se percataran de ello, fue el que los había observado en el pago de huertas de Guarrazar.

Una vez en casa y convenientemente atrancada la puerta, la familia Morales no perdió un minuto. Se reunieron en la cocina y lo primero fue aleccionar a las hijas. Las muchachas escuchaban en silencio las advertencias que se les hacían, sin saber todavía de qué les estaban hablando. Simona, cuyo trato con su padre era más cercano que el de las hijas del primer matrimonio de María, no se contuvo y preguntó, mirando las alforjas y los pañuelos anudados que había sobre la mesa:

—Padre, ¿a qué viene todo esto? ¿Sobre qué hemos de guardar tanto secreto?

El matrimonio intercambió una mirada y Francisco ordenó a Escolástica:

—Desata los pañuelos y vacía las alforjas.

La joven obedeció en silencio y, al desatar los pañuelos, sus hermanas no pudieron contener exclamaciones de admiración, pese a que el barro manchaba aquellas joyas cuajadas de piedras preciosas. La visión de lo que había sobre la mesa era algo extraordinario. Con mucho esfuerzo, Escolástica vació después las alforjas. La mesa rebosaba de coronas, cruces, cadenas...

Simona fue la primera en reaccionar y preguntó a su madre:

—¿De dónde ha salido todo esto?

—Que te lo diga tu padre.

Morales contó entonces lo ocurrido junto a la fuente de Guarrazar cuando se detuvieron para que las mulas bebieran y Escolástica hiciera una necesidad.

—¿Fuiste tú quien descubrió el agujero donde estaba todo esto?

Su hermana asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Cuando estabas meando? —preguntó burlona.

Escolástica enrojeció.

—¡Niña! —la reprendió su madre.

Las palabras de la joven relajaron el ambiente que había en la cocina.

—Si esto es lo que parece, aquí hay una fortuna —comentó Isidora, otra de las hijas de María, que acababa de cumplir los veintidós años.

—Pues en las albardas de las mulas hay más —señaló Escolástica—. ¡La fosa estaba llena de joyas!

—¿Os ha visto alguien? —En los ojos de Isidora había preocupación.

—Nadie —respondió el matrimonio al unísono.

—¿Seguro?

—Seguro, Isidora. Cuando llegamos a Guarrazar era casi de noche y, con la tormenta, la gente del campo ya había regresado al pueblo.

—¡Menos mal!

—¿Por qué dices eso? —preguntó Simona.

—Porque estas cosas suelen traer problemas.

—Por eso estamos todos aquí —terció Morales—, y lo primero que os hemos dicho es que chitón. Nadie debe enterarse de lo que nos hemos encontrado.

—Parecen joyas antiguas. ¿Quiénes y cuándo las ocultarían? —preguntó Escolástica mirando la diadema que sostenía en sus manos.

—¡Vete a saber! —respondió Morales.

Se hizo un prolongado silencio hasta que María batió palmas para sacar a sus hijas de la ensoñación en que parecían haber caído.

—Ahora, vamos a ponernos manos a la obra. Sacad agua del pozo y llenad dos lebrillos. Lo primero será lavarlas bien. Mientras, Escolástica y yo iremos a la cuadra. Hay que vaciar las albardas. ¡Coge ese cesto! —Antes de abandonar la cocina, la madre se volvió y les advirtió—: ¡Nada de ruidos!

—Madre tiene razón —apostilló Francisco—. Nadie en el pueblo debe enterarse de esto. Si alguien lo descubriera, tendríamos muchas

complicaciones, como dice Simona, y terminarían por intervenir las autoridades.

En pocos minutos la cocina se había transformado en un lavadero de joyas. Tras enjuagar las piezas en uno de los lebrillos, eran repasadas con un cepillo de la ropa para eliminar los restos de barro que aún quedaban. Después les daban un aclarado en el agua del segundo lebrillo y, una vez limpias, las secaban cuidadosamente y las depositaban sobre la mesa del comedor. Aquello sobrepasaba a todo lo que habían podido imaginar cuando sacaban las joyas llenas de barro de la fosa. Morales calculó, un poco por encima, que su peso estaría por encima de una arroba. Todo parecía ser de oro y las piedras preciosas engastadas —rubíes, esmeraldas, topacios, perlas...— eran centenares. Había cruces de formas y tamaños diferentes. Unas de oro macizo, otras eran placas de oro que recubrían un cuerpo de madera; alguna estaba cuajada de piedras preciosas. A la más grande, que era de madera revestida de láminas de oro, se le había desprendido un brazo.

—¿Qué sería esto? —preguntó Simona alzando un gancho con forma de garfio del que partían varias cadenas que sostenían una corona de casi dos cuartas de diámetro, de ella pendían unas cadenillas sosteniendo una letra cada una. El nombre que componían era muy raro—. ¡Menuda cabeza debía de tener el rey que la mandó hacer!

Aquella ocurrencia de la menor de las hermanas fue acogida con risas nerviosas.

—Déjamela un momento —le pidió Escolástica.

La futura maestra cogió el gancho y, alzando el brazo, las cadenas se tensaron. Por un instante la impresionante joya quedó suspendida en el aire.

—Da la impresión de que hubiera estado colgada del techo.

—¿Serían lámparas? —preguntó Raimunda, otra de las hijas de María.

—No lo parece. No tiene candiles y no veo dónde podrían colocarse las velas.

—¿Quién haría una cosa así? —preguntó Simona.

—No lo sé. —Escolástica se encogió de hombros—. Pero tiene pinta de ser muy antigua.

—¿Será del tiempo de los moros?

Escolástica se encogió otra vez de hombros.

Sonaron tres campanadas en el reloj del ayuntamiento. La tarea estaba casi acabada. El silencio que imperaba solo era roto por el canto de los grillos que aprovechaban la noche para hacer ruido. La mesa y el suelo del comedor,

donde habían terminado depositando las piezas, ofrecían un aspecto impresionante. Francisco, su esposa y las cinco jóvenes miraban en silencio. No había palabras para expresar lo que sentían. Tenían ante sus ojos una fortuna con la que jamás hubieran soñado.

Morales se sintió en la obligación de recordarles que guardar el secreto sobre lo ocurrido era lo más importante.

—No se os ocurra hacer el menor comentario sobre esto. ¡A nadie! ¿Está claro cuando digo lo de... ¡a nadie!? —Hubo un asentimiento general—. ¡Que no se os olvide!

Simona, que al ser su única hija, tenía ante su padre un comportamiento diferente al de sus hermanas, preguntó:

—Pero todo esto... todo esto habrá que hacerlo dinero. No son joyas que puedan lucirse.

—Es cierto, pero eso dejadlo de mi cuenta. Ahora lo que hay que hacer es recogerlo. No podemos dejarlo aquí.

—¿Dónde vamos a guardarlo? —preguntó su mujer.

—En el arca que hay en el desván —respondió sin vacilar, como si ya lo hubiera previsto.

—Puede ser un buen sitio, al menos por ahora. Pero ¿crees que allí cabrá todo esto?

—El arca es muy grande y, además, tiene dos cerraduras.

Formaron una cadena y, procurando no hacer ruido —en el silencio de la noche cualquier pequeño ruido se magnificaba—, en menos de media hora lo dejaron todo guardado. Ahora las joyas, limpias y envueltas en las tiras que Francisca había hecho rompiendo dos sábanas de lienzo, reposaban en el arca. Terminada la tarea, apagaron los candiles y se acostaron, pero nadie pudo pegar ojo en lo que quedaba de noche. Cada cual soñaba con lo que el destino podía depararle ante las nuevas circunstancias en que se veía envuelta su vida. Tampoco dejaron de pensar en las complicaciones que todo aquello podía acarrearles. Aquel tesoro se había encontrado en una finca que no era suya. Además, aunque ni siquiera Escolástica podía asegurarlo, aquellas joyas formaban parte de un tesoro muy antiguo y, si bien ignoraban hasta qué extremo, eso suponía una complicación más.

Tampoco había pegado ojo Domingo de la Cruz, el hortelano de Guarrazar testigo de los extraños movimientos junto a la fuente. Dando vueltas en la cama, se preguntaba, una y otra vez, qué podían traerse entre manos aquellos dos y su hija Escolástica, a los que solo identificó cuando

entraron en el pueblo. La oscuridad le había impedido hacerlo antes y menos aún ver qué hacían. Morales no tenía ninguna finca en aquel pago y llamó su atención tanto ir y venir a la fuente y que se movieran continuamente por sus alrededores. Aquello era muy extraño.

Aún no había amanecido cuando se tiró de la cama y, como tenía por costumbre, se lavó en el patio trasero de la casa donde estaba el pozo, mientras Antonia, su esposa, ordeñaba la cabra, a la que cada vez sacaba menos leche porque estaba secándola, al estar el preñado muy avanzado. Comió en silencio, sin dejar de preguntarse qué hacían en Guarrazar Morales y su esposa. Sabía que venían de Toledo, adonde habían ido a no sé qué asunto de los estudios de Escolástica. Pero eso no explicaba tanto ir y venir a la fuente. Allí había gato encerrado.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó Antonia mientras daba cuenta de una gruesa rebanada de pan asentado untada en manteca.

—Nada, ¿por qué lo preguntas?

—No sé... Te noto raro. ¿Tanto daño ha hecho la tormenta?

—Podía haber sido peor. Al Guajaraz se le habían hinchado las narices y bajaba crecido, pero el murete terrizo que levantamos hace un par de años aguantó bien. Se salió de madre por algunos sitios, pero a nosotros no nos ha hecho demasiado daño.

—Mejor así.

—Mejor. —Acabó de dar cuenta de la rebanada y apuró la leche—. Voy a aparejar a la *Golondrina* y me marchó. Aunque hay mucho barro, alguna cosa podrá hacerse.

El sol no había apuntado aún por el horizonte, cuando ya iba camino de la huerta con *Golondrina* de reata. No quería que alguien se le adelantara. Con la claridad del alba quizá encontrara alguna pista. Llegó junto a la fuente apuntando los primeros rayos de sol. Guarrazar estaba desierto. Dejó la burra dando cuenta de unos matojos secos y se puso a husmear. A la luz del día pudo ver las huellas dejadas por los Morales. Las pisadas llevaban a un sitio donde la tierra había sido removida. La apartó con las manos y vio las lajas. Al retirarlas se encontró una fosa llena de barro. Allí era donde habían estado hurgando la víspera. Medio enterrado en el barro, junto a una pisada, encontró un eslabón en forma de corazón. Lo lavó y al ver su brillo dorado se le iluminaron los ojos.

—Así que era esto en lo que andaban tan atareados —masculló entre dientes.

Se quitó las botas, se remangó los pantalones hasta más arriba de las rodillas y se metió en la fosa. Con las plantas de los pies palpaba el fondo palmo a palmo. Su esfuerzo tuvo premio al encontrar un fragmento de cadena. Los eslabones eran distintos al que había encontrado antes, pero también le parecieron de oro y su peso era más de una onza. No tuvo dudas. Lo que los Morales habían sacado de allí era un tesoro. Por eso los veía acercarse una y otra vez a la fuente. Estaban lavando las joyas. Se preguntaba cómo demonios habrían descubierto aquella fosa, que imaginó llena de cadenas como la muestra que ahora tenía en su mano. Lo que él había encontrado eran los restos de lo que se habían llevado.

Al tomar impulso para salir de la fosa, vio a ras de suelo algo que llamó su atención. Comprobó que el barro cubría otras lajas como las que había quitado de la fosa donde había hurgado. Pensó que quizá se trataba de otra fosa en la que al parecer no habían registrado. Con el corazón saliéndosele por la boca, apartó el barro a manotazos y levantó una de las lajas. Lo que vio le hizo contener la respiración. Allí, enfangado, había otro tesoro.

¡Algo como aquello era lo que Morales y su esposa habían encontrado!

Domingo caviló un momento y sacó sus propias conclusiones. Al ser de noche, la oscuridad les había impedido darse cuenta de que justo al lado de la fosa que habían descubierto había otra con su tesoro escondido.

Excitado, miró alrededor. Guarrazar seguía tan solitario como cuando llegó. Comenzó a sacar objetos de la fosa sin detenerse a limpiarlos. Ya tendría tiempo. Había que vaciarla a toda prisa. Cuando terminó estaba empapado en sudor y lleno de barro. Miró el montón de joyas. Tan llenas de barro era imposible calcular lo que allí había. Era una montaña de oro y piedras preciosas.

No se detuvo a rebuscar en el fondo por si quedaba algún resto cubierto por el lodo. Hasta que lograra poner aquello a buen recaudo corría el riesgo de que alguien lo descubriera. La linde de sus tierras quedaba un poco más allá y aquella huerta no era suya. Nada de ponerse a lavar joyas. Lo mejor era recogerlo todo y marcharse lo más aprisa posible. Llenó tres costales que llevaba en el hato y los cargó en *Golondrina*. Después los cubrió con una manta para ocultarlos a miradas indiscretas y, tras quitarse todo el barro que pudo, se dispuso a regresar a Guadamur. Antes de marcharse echó una ojeada por si había alguna otra fosa. No vio nada que le llamara la atención y se alejó rápidamente.

Por el camino al pueblo recordó que, cuando era niño, había oído contar

en su casa que, en aquel pago de huertas, se descubría de vez en cuando una tumba antigua y lo que aparecía en ellas eran huesos. Decían que en otro tiempo aquello había sido un cementerio. También, en las frías noches de invierno en torno a la chimenea, oía decir a los mayores que algunos esqueletos estaban casi intactos. Allí había un misterio y Domingo se preguntaba si los muertos tendrían algo que ver con aquel tesoro que la tormenta de la víspera había puesto al descubierto. No le gustó que las joyas pudieran tener alguna relación con los difuntos que alguna vez estuvieron allí enterrados.

Mil ciento cinco años antes
Cenobio de San Juan de Valdebúhos
en las montañas de Cantabria
Aera Hispanicum 791¹

El fuego que ardía en la chimenea apenas espantaba el frío. Un viento gélido se colaba por las rendijas y cortaba como un afilado cuchillo. Aquel invierno estaba resultando tan duro que ni los gruesos troncos de viejos castaños que ardían en la chimenea ni los gruesos muros de la recogida estancia donde se encontraban libraban el lugar del frío. Era una dependencia orientada al sur y, por orden del abad Eurico, había sido habilitada como un pequeño *scriptorium*. Se habían dispuesto unas baldas para colocar de forma ordenada los pergaminos. Una mesa amplia en la que poder escribir con comodidad y disponer en ella los cuernos de tinta, los cálamos y los cuencos con arena refinada en el mortero para secar la tinta... Allí era donde Vitesindo, un joven monje, iba a acometer el trabajo que el abad había encomendado al anciano Liuva.

—Supongo que estarás a la altura del trabajo que se nos ha encomendado —le espetó Liuva mirando al joven con los ojos entrecerrados, que era la única forma que tenía de poder ver algo más—. Tenemos por delante un trabajo arduo y, aunque la voluntad del Altísimo, alabado sea, ha sido mantenerme tantos años con vida y permitir que los recuerdos permanezcan frescos en mi cabeza, sé que mi tiempo se acaba.

—Estoy dispuesto, mi señor Liuva. Podéis comenzar cuando gustéis.

—Lo que voy a contarte deberás anotarlo con toda precisión. Tenemos la obligación de que no se pierda la memoria de todo lo que ocurrió en aquel tiempo terrible. —Las palabras del viejo monje, a quien todos en el cenobio tenían en gran consideración, sonaban con vigor impropio de su avanzada edad.

El abad había designado a Vitesindo para aquel menester por ser versado en el arte de la escritura y, para que desempeñase su tarea sin problemas, lo había relevado de sus demás obligaciones, salvo la asistencia a los rezos en el

coro. Aquel día en que comenzaba su nuevo quehacer se sentía un tanto turbado. Estar a solas en un espacio tan reducido con aquel venerable anciano le encogía el ánimo. Liuva tenía el respeto de la comunidad no solo por sus años, también por lo que había sido en el pasado. ¡Se contaban tantas cosas acerca de lo que había sido su vida antes de ingresar en el monasterio que más de uno pensaba que había algo de exageración!

—Estoy dispuesto, mi señor Liuva —repitió al tiempo que mojaba el cálamo en el cuerno de tinta.

El venerable anciano cuyo aspecto —luenga y blanca barba, cráneo mondo, encorvado por el peso de los años, piel escamosa y arrugada, ojos hundidos y empequeñecido en estatura— llamaba la atención a los labriegos del valle que cumplían con sus obligaciones religiosas en San Juan de Valdebúhos, carraspeó para aclararse la garganta antes de empezar su narración.

—Mi nombre es Liuva y nací primogénito del conde Sisenando, miembro del *Aula Regia* en tiempo de nuestros reyes Recesvinto y Wamba. También yo fui conde y miembro del *Aula Regia* cuando ocuparon el trono Egica, Witiza y Rodrigo. Conservé posición y título hasta que la tragedia se abatió sobre nosotros, y nuestro mundo se hundió en tan poco tiempo que apenas nos dimos cuenta de lo que estaba ocurriendo.

En casa de mi padre decían que nací cuando se contaban ocho años de reinado del gran Recesvinto, pero nunca supe el momento exacto en que vine al mundo. Mi padre no estaba pendiente de esas menudencias, mi madre no pudo decírmelo porque murió al poco de venir yo al mundo y tampoco lo hizo mi tía Hildegarda, hermana de mi padre que vino a vivir a Toletum desde Corduba, que era la ciudad donde residía la mayor parte de mi linaje paterno, para hacerse cargo de mi crianza. Cuando llegó a la *Urbs Regia* ya habían pasado muchos meses desde que vine al mundo y, según ella me contaba, nadie supo darle razón de cuál era la fecha exacta de mi nacimiento. Mi tía Hildegarda se empeñó en que aprendiera a leer y a escribir, cosa que resultaba extraña en la casa de un noble porque esto de la escritura y la lectura se tienen por cosa de clérigos o de gentes apocadas y de poco espíritu.

—También entre los rústicos, señor —apostilló el joven escriba y Liuva asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Mi padre se encontraba en Gérticos, un lugarejo con una docena de casas ocupadas por labriegos donde el rey tenía una *villa* a la que se retiraba a descansar en verano, cuando le sobrevino la muerte a aquel monarca de

gloriosa memoria. Se había dirigido allí con muchos de los integrantes del *Aula Regia* para reponerse de un ataque del mal de ijada que lo mortificaba desde hacía tiempo, pero los galenos no supieron ponerle remedio. Mi padre estaba a su lado en el momento de la defunción y fue uno de los que aquel mismo día apoyaron a Wamba para que subiera al trono. Según me contó en más de una ocasión, no quería ser rey y fue necesario presionarle. Poco después murió mi padre y mi tía Hildegarda me reveló que el conde Sisenando amenazó a Wamba con matarlo, si no asumía su responsabilidad, diciéndole que no era digno de vivir quien no estaba dispuesto a servir al reino.

—¡Qué cosas tan extraordinarias, señor!

—Por eso es necesario que se conserven en la memoria. Wamba fue proclamado rey en la iglesia de Gérticos, yo contaba once o doce años. Mi tía, además de obligarme a aprender a leer y escribir y saber de cuentas y números, estaba empeñada en que tomara lecciones de un clérigo que atendía las necesidades espirituales de quienes vivíamos en la casa. Conocía historias de nuestro pueblo desde que el rey Teodorico, aliado con los romanos, se enfrentó a los hunos de Atila, unos salvajes de las estepas del centro de Asia, en la batalla de los Campos Cataláunicos.

—¿Queréis repetir ese nombre?

—Campos Cataláunicos. Hildegarda no descuidó darme la educación que era propia de un miembro de nuestro linaje: ejercitarme en la caza, montar a caballo y adiestrarme en el manejo de las armas, principalmente con espadas, cortas y largas, que eran cada vez más pesadas conforme cumplía años. En aquel tiempo, sin embargo, yo solo pensaba en dar satisfacción a mi naciente virilidad. Pasaba todo el tiempo que podía persiguiendo a las siervas que trabajaban en la casa de la *Urbs Regia* o en la *villa* que mi familia tenía a poco más de siete millas, camino de los montes que se alzan al sur de esa ciudad junto al monasterio de Santa María de Sorbaces. Era un lugar de recreo donde se alzaban las *villae* de las más importantes familias toledanas porque allí se había construido un regio conjunto residencial con palacio y basílica donde los monarcas se instalaban desde principios de verano hasta bien entrado el otoño. Hildegarda, muy puntillosa, en todo lo referente a mi educación, no ponía reparos a que desfagara mis ardores juveniles, pero me obligaba a confesar con frecuencia para que mi ánima quedase limpia. Poco me duraba la limpieza porque, como verraco en celo, volvía una y otra vez al fornicio, pese a que el clérigo, que ejercía como *magister*, me imponía

penitencias cada vez más duras. Decía que la reincidencia hacía necesario un mayor castigo. Además de rezar, me obligaba a estar con los brazos en cruz sosteniendo piedras en mis manos. Cada vez más tiempo y con piedras más pesadas. Era un bribón.

El joven escriba, que acababa de mojar el cálamo en la tinta, le preguntó sorprendido:

—¿Por qué decís eso?

—Porque un día le dije que se excedía con mis penitencias y que a él no lo veía purificarse. —Vitesindo frunció el ceño—. Es que también él se encamaba con las siervas. Me gritó, diciéndome que cómo me atrevía a espiarlo. No lo había hecho. Me enteré porque una de las esclavas me dijo que mi verga era más potente que la suya. Fue peor hacerle esta revelación porque, furioso, intentó abofetearme. No lo consiguió porque fui más rápido y saqué un puñalillo que llevaba colgado al cinto y se asustó. Aquel día acabaron mis clases. Por mis pocos años, yo no entendía nada de aquello. Si mi tía me dejaba disfrutar de los encantos de las criadas —luego supe que a más de una le dio algunas monedas para que me instruyesen en las artes amatorias—, ¿por qué me obligaba a confesar y a hacer penitencias? Tampoco entendía muy bien por qué el clérigo que me amonestaba, disfrutaba haciendo lo mismo que yo. Conforme cumplí años entendí muchas cosas. Entre otras por qué los clérigos holgaban con mujeres como si no hubieran recibido la tonsura. No era yo el único que estaba confuso con aquello porque el hecho de que los sacerdotes y monjes yacieran con mujeres e incluso pudieran casarse fue un asunto que llegó a tratarse en los concilios y, bajo el reinado de Witiza, casi se produjo una revuelta cuando desde Roma llegaron órdenes muy severas para que los clérigos no contrajeran matrimonio y se dedicasen en cuerpo y alma al ejercicio de su ministerio. Por lo que sé, muchos clérigos siguen siendo fornicadores y tienen barraganas con las que satisfacen sus deseos carnales.

—He oído decir que la pérdida del reino se debió a la concupiscencia que se había apoderado de todos, incluidos los reyes —lo interrumpió Vitesindo.

—Es cierto que nuestro reino se convirtió en humo por culpa de nuestros muchos y grandes pecados. Pero la culpa principal la tuvieron las reyertas intestinas que nos llevaron a cometer el más grave error que en un reino pueda darse: llamar a extraños para resolver lo que deberían ser asuntos de familia.

—¿Qué ocurrió, señor? —apenas formulada la pregunta Vitesindo estaba arrepentido de haberla hecho, pero su curiosidad había sido mayor que su prudencia.

El viejo guerrero visigodo, ahora monje profeso en Valdebúhos, no le dio importancia. Era mucha su experiencia y sabía que la vehemencia era a la vez defecto y virtud de juventud. Abrió los ojos y se pasó la mano por la larga y canosa barba que había dejado de recortarse desde poco después de profesar.

—Los infieles que pasaron a este lado de las Columnas de Hércules lo hicieron respondiendo a la llamada de quienes rechazaban que Rodrigo hubiera sido proclamado rey en Corduba, cuando era gobernador de la Bética. Aquellos traidores estaban acaudillados por Oppas, a quien el rey, pese a las advertencias que algunos le habíamos hecho, le había entregado el mando de una de las alas de nuestro ejército. Atrajeron a los africanos ofreciéndoles un cuantioso botín, pero esos malnacidos no habían aprendido la lección de lo sucedido décadas atrás.

—¿Qué fue ello, señor? —Otra vez le había podido su curiosidad. No imaginó que la tarea encomendada por el abad iba a ser algo tan apasionante cuando el propio Liuva le explicó que su trabajo consistiría en poner por escrito sus vivencias del tiempo en que el reino de los visigodos pasó a manos de los mahometanos.

—Atanagildo y Agila estaban enfrentados por el trono. Según contaba Isidoro, un arzobispo de Sevilla, en una obra en la que recogió la historia de nuestro pueblo... una obra... una obra titulada... —Liuva titubeaba.

—¿Os referís a la *Historia de regibus Gothorum, Vandalorum et Suevorum*?

El anciano, sorprendido, miró al joven monje.

—¿La has leído?

—Algunos capítulos, señor. Hay un ejemplar en el monasterio y con el *magister*, en la escuela, hacíamos ejercicios de lectura y escritura sobre alguno de sus textos.

—Me alegra... me alegra. Según Isidoro, Atanagildo, apoyado por muchos otros nobles, solicitaron ayuda a Justiniano, emperador de los romanos de Oriente para que un ejército acudiera en su ayuda. Era lo que Justiniano necesitaba para ordenar que sus tropas desembarcaran en nuestro reino. Quienes los llamaron creyeron que solo venían a apoyar sus pretensiones a cambio de una importante suma de dinero. Pero, una vez

desembarcados, se apoderaron de la mayor parte de la Bética y de amplias zonas de la Cartaginense configurando una provincia de su imperio. Estuvieron en esas tierras durante más de medio siglo. Pero no nos perdamos en disquisiciones que no vienen al caso. Estaba diciendo... —Por un momento Liuva quedó en silencio, tratando de recuperar el hilo de su narración.

—Explicabais la traición de don Oppas, quien mandaba una de las alas del ejército de don Rodrigo.

—¡Ah, sí! Aquel miserable nos había traicionado y escogió el momento que más convenía a sus propósitos. Puso en marcha su diabólico plan cuando desde el centro de nuestras líneas habíamos lanzado la ofensiva definitiva. Pero he adelantado acontecimientos. Tú deberás ordenar lo que yo te cuente. Volvamos atrás, a la víspera de la jornada en que se desencadenó el final de aquella batalla. Nuestro rey había convocado en su tienda a los jefes de las ocho milenas de infantería con que todavía contábamos, después de seis días de duros combates, a los comandantes de la caballería pesada y a los de la caballería ligera. Allí se trazó el definitivo plan de ataque. La suerte de la batalla iba a decidirse al día siguiente. Nuestra caballería pesada de la que yo era uno de sus comandantes, atacaría por el centro las posiciones de los africanos. Seis milenas, el grueso de nuestra infantería, avanzarían por detrás con la misión de proteger a los catafractas...

—¿Cata... qué?

—Catafractas. Era como denominábamos a los jinetes de caballería pesada.

—Disculpad, señor. Pero... ¿por qué necesitaban los... los —Vitesindo miró el pliego que emborronaba— catafractas ser protegidos por la infantería?

—Porque íbamos recubiertos de hierro. Solo para vestir la cota de mallas necesitábamos la ayuda de dos hombres y montar los caballos, también guarnecidos de hierro, era algo muy complejo. Cuando un catafracta era derribado de su montura le resultaba imposible levantarse del suelo y quedaba a merced del enemigo. Por eso era necesaria la protección de la infantería.

—Entiendo, señor.

—Nuestra caballería ligera se desplegaría por la izquierda y la derecha, formando las alas, acompañada por las otras dos milenas de infantería. El plan era romper las líneas enemigas por el centro, que nuestra caballería

ligera los envolviera por los flancos y la infantería completase la operación. Expuesto el plan de ataque, abandonamos la tienda del rey y nos retiramos a descansar, aunque en vísperas de una batalla resulta difícil conciliar el sueño. Es una noche de inquietud. A la vez se desea y teme que llegue el alba. En esas horas, al igual que los días anteriores, son muchos los hombres que buscan las predicciones de los augures. Esos individuos, que gozan de mucho prestigio, acompañan a los ejércitos porque saben que, pese a las advertencias de los clérigos que consideraban aquellas prácticas propias de paganos, muchos acudirán a ellos. Los soldados quieren conocer qué les aguarda y también que les revelen otras cosas de lo que les depara el futuro.

Un fuerte golpe de tos hizo a Luiva detenerse.

—¿Os sentís mal?

El anciano necesitó un tiempo para recuperarse.

—Nada grave —respondió Luiva cuando recuperó el resuello—. El día de la batalla amaneció radiante. Una agradable brisa soplaba desde el mar que se encontraba al otro lado de los montes que ocupaban los africanos. Su frescor suponía un alivio. Sabíamos que cuando el sol se alzara el calor sería agobiante y más aún para quienes vestíamos las pesadas cotas de mallas que nos protegían desde el cuello hasta las rodillas y soportábamos los pesados cascos con que cubríamos nuestras cabezas y cuyos protectores nasales dificultaban la respiración. Antes de que el sol apuntara, el movimiento en nuestras filas ya era incesante. Los hombres estaban nerviosos y también los animales, intuyendo que se preparaba algo grande. Los arqueros comprobaban la tensión de la cuerda de sus arcos o el estado de sus flechas. Los honderos revisaban los glandes impregnados en jugo de hierbas ponzoñosas. Había quien repasaba su cuchillo, su hacha o su espada con la piedra de amolar. Se oía el ruido de las armas y algunos comentarios en voz baja, pero la inmensa mayoría guardaban silencio, conscientes de lo que les aguardaba. Cuando todo estuvo dispuesto y se formó el orden de batalla comenzaron los gritos, tantos que a veces se confundían con las órdenes. Con los primeros rayos de sol nuestro ejército ya estaba formado. Impresionaba su imagen. Se hizo un silencio total cuando Sinderedo, el arzobispo de Toledo y metropolitano del reino, salió del pequeño tabernáculo que se alzaba en el centro del campamento portando la reluciente cruz de Recaredo.

—¿Esa es la cruz que veneramos en el monasterio?

—La misma, debes anotar que se trata de un relicario donde se guarda una astilla de la cruz en que murió Nuestro Señor Jesucristo.

—¿Cómo llegó a manos de Recaredo?

—Se la envió el papa Gregorio cuando en el tercero de los concilios toledanos abjuró de la fe arriana y admitió que la divinidad del Hijo era igual a la del Padre, poniendo así fin a las diferencias religiosas que tanto daño hacían al reino. El monarca ordenó a sus orfebres confeccionar una lujosa cruz para albergar el *lignum crucis*. La recubrieron con láminas de oro purísimo, adornadas con las más valiosas gemas procedentes del tesoro real. —Liuva había vuelto de cerrar los ojos y parecía rememorar el momento—. Al arzobispo lo acompañaban varios obispos, entre ellos el traidor Oppas, y un nutrido grupo de presbíteros y diáconos que portaban incensarios, velas, cruces y libros de oraciones. Caminaron con mucha solemnidad hasta una pequeña elevación del terreno donde se había alzado un estrado desde el que se dominaba la llanura donde estábamos desplegados. El silencio se rompió al hincar los hombres la rodilla en tierra y humillar la cabeza para recibir la bendición del arzobispo. Cuando Sinderedo alzó el *lignum crucis*, un rayo de sol hizo brillar el oro de aquel relicario. El destello arrancó un grito de júbilo de las gargantas de los miles de hombres que iban a lanzarse al combate, a enfrentarse a la muerte. Muchos estarían muertos antes de que se pusiera el sol, pero en aquel momento nadie pensaba en ello. Aquel destello se tomó como signo de buen agüero. Nuestros hombres iban a afrontar el combate con el mejor de los ánimos. Acallados los gritos, Sinderedo impartió su bendición. Entonces nuestro rey subió al estrado, acompañado del portaestandarte y, arrodillado, fue bendecido junto a su oriflama que, desplegada al viento, mostraba sus insignias. Nuestros hombres, que ya se habían alzado, empezaron a golpear con sus armas en los escudos. Solo quien ha vivido esos momentos puede comprender su significado. Miles de gargantas repetían una y otra vez: ¡Rodrigo! ¡Rodrigo! ¡Rodrigo! —Liuva, que había elevado la voz, sintió un pinchazo en la garganta y carraspeó—: Acércame la jarrilla del agua.

Su petición había roto la magia con que Vitesindo, embobado, oía la narración y trataba de anotar todo sin perder detalle.

—Tomad, señor.

Apenas dio un trago y prosiguió el relato.

—No encuentro palabras para describir aquel momento. El sol se alzaba ya unos palmos sobre el horizonte. Nadie podía imaginar entonces lo que poco después iba a ocurrir. Rodrigo se dirigió a nosotros en unos términos que debieron hacer desistir a los traidores de su empeño. Nuestro rey era

hombre de pocas palabras. Pero aquel día nos encendió el ánimo diciéndonos que luchábamos por nuestro reino contra unos invasores que deseaban hollar nuestra tierra, imponernos sus creencias, y apoderarse de nuestras mujeres e hijas y de nuestros bienes. Que luchábamos contra quienes querían mancillar nuestro honor. Ignoraba que habían cruzado las Columnas de Hércules llamados por Oppas y la caterva de traidores que ese miserable capitaneaba. Concluido aquel ritual que, desde tiempos de Recaredo se celebraba en Toledo cada vez que el ejército real se ponía en campaña y ahora, de modo excepcional, tenía lugar a orillas del lago de la Janda, los jefes que habíamos asistido en primera fila, ocupamos nuestros puestos. Los catafractas fuimos izados a nuestros caballos y se inició el despliegue de acuerdo con el plan previsto. Nuestra caballería pesada fue la encargada de iniciar el ataque y cargamos sobre los infieles. Nuestro ímpetu hizo que muy pronto sus defensas flaquearan y, poco después, se rompieran sus líneas. Hoy sé que aquella ruptura resultó demasiado fácil. Los sarracenos eran buenos combatientes. Los días anteriores habían resistido nuestras embestidas y, aunque en aquella jornada lanzamos al ataque todo lo que teníamos, abrieron sus líneas, como parte de la traición. Dábamos la batalla por nuestra, pese a que nuestras milenas tenían problemas para seguirnos. Habíamos atacado con tal coraje que quedaron atrás dejando un vacío entre ellos y nosotros de casi dos estadios². Quienes tenían que rematar lo conseguido era la caballería ligera desde las alas. Pero entonces, en medio del fragor de la batalla, unos gritos cobraron fuerza: ¡Traición, traición! —gritó el viejo guerrero, sin poder contener la emoción—. Sonaban a nuestra espalda y nos desconcertó. El jinete que estaba a mi lado se cubría la cabeza con un yelmo encasquetado hasta las cejas, aboyado y con la protección nasal desviada, extendió el brazo y señaló a la izquierda. Miré en esa dirección y luego, instintivamente, al lado opuesto. Entonces comprendí lo que nos advertían aquellos gritos. Las alas de nuestro ejército, en lugar de atacar al enemigo por los flancos, como estaba previsto, maniobraron para dejarnos aislados por completo de la infantería. Si lo lograban sería una carnicería porque poco podíamos hacer, sin su apoyo, cuando los arqueros musulmanes comenzaran a disparar andanadas de flechas sobre nosotros. Las protecciones eran poderosas, pero siempre había resquicios por los que una flecha podía alcanzarnos a nosotros o a nuestros caballos. Aquellos traidores estaban envolviéndonos para cerrar una trampa mortal y acabar con nosotros. Comprendí que la batalla había que darla por perdida, pero podíamos reducir la carnicería que íbamos a sufrir. Era

importante que el mayor número posible de nuestros hombres saliera con vida de la trampa en que nos encontrábamos. Es algo fácil de decir, pero muy difícil de ejecutar en aquellas circunstancias. El anhelo de nuestra caballería pesada por romper las defensas enemigas había hecho que nuestras líneas se adelgasaran. El grueso de nuestra infantería había quedado demasiado atrás. Si nuestra caballería ligera cargaba sobre ellos, serían pocos los que escaparían con vida. Solo podían salvarse si lográbamos conectar con ellos.

—Era cosa de que los catafractas retrocedieran.

Liuva abrió los ojos y dejó escapar un suspiro.

—Cómo se nota que jamás has montado uno de esos caballos ni has estado en una batalla. Retroceder era mucho más complicado de lo que puedas imaginar. Para quien no ha montado uno de esos corceles forrados de hierro resulta muy difícil, casi imposible, hacerles cambiar de dirección cuando van lanzados. No era fácil enlazar con nuestra infantería. Lo que ocurrió entonces... entonces... eso... eso fue nuestra salvación.

El joven escriba se dio cuenta de que al viejo guerrero le costaba trabajo hablar. Quizá estaba cansado.

—¿Queréis que lo dejemos por hoy?

—No es que... que Dios me perdone por lo que voy a decir... La muerte del rey Rodrigo fue lo que nos permitió salvar la difícil situación en que nos encontrábamos.

—¿Por qué decís eso?

—Porque dejó libres de obligaciones a los espatarios.

—No os comprendo.

—Los espatarios, al quedar liberados de mantener su promesa de proteger al rey, se emplearon a fondo para reducir los efectos de la derrota. Eran hombres escogidos por su valor y sus condiciones físicas. Entré muchas veces en combate, pero jamás vi a nadie batirse con la bravura como aquellos hombres en unas circunstancias tan difíciles. Su reacción fue extraordinaria. Aunque yo no era uno de ellos, me enorgullezco de haber luchado, codo con codo, junto a aquellos valientes que dieron la mejor respuesta a los traidores que debían terminar el trabajo que nosotros iniciamos.

—¿Quiénes eran los espatarios, señor?

—Eran soldados escogidos, entre los jóvenes de la nobleza, que formaban la guardia personal del rey. En la batalla su misión era proteger al rey. Sé que intentaron sacarlo con vida de aquella trampa. Pero no fue posible. Don Rodrigo, herido por una flecha, cayó del caballo, pero uno de

sus pies quedó enganchado en el estribo y lo arrastró. Pude ver cómo el animal, enloquecido por los dos flechazos que habían alcanzado su grupa, flechas de traidores, corría hacia los lodos que enfangaban la ribera del lago.

—¿Aseguráis que el rey murió? ¡Han circulado tantos rumores y versiones tan dispares!

Liuva iba a responder, pero un fuerte ataque de tos se lo impidió. Su frágil cuerpo parecía que iba a descomponerse. Cuando se sosegó, antes de responder, dio un pequeño sorbo de agua.

—Pese a todos esos rumores el rey Rodrigo murió en la Janda. Para nosotros supuso un golpe terrible. No solo por su muerte, también porque su pérdida significaba que nos quedábamos sin cabeza en un reino que había mostrado lo peligrosas que eran las divisiones.

—Habéis dicho que una flecha lo alcanzó y que cayó de su caballo, que lo arrastró hasta la ribera del lago. Pero ¿visteis su cadáver?

El viejo guerrero visigodo pensó en recriminarle. Su pregunta significaba que, en parte, ponía en cuestión sus palabras. Pero no lo hizo. Le gustaban las personas que dudaban y preguntaban buscando la verdad. Había conocido demasiada gente que aceptaba lo que otros decían por el simple hecho de haberlo dicho alguien con autoridad, aunque sus palabras fueran vanas y carentes de sentido.

—Si lo que quieres saber es si vi su cadáver, la respuesta es no. Pero en Astigi, uno de sus espatarios me mostró su manto y uno de los botines que calzaba. En el tafilete rojo del empeine del botín estaban bordadas con hilos de oro las letras RRG en el interior de un círculo. Era el botín del rey, sin la menor duda.

—¿Qué significa RRG?

—*Rodericus Rex Gothorum.*

—Estabais diciéndome que los espatarios...

—Sus protecciones, menos pesadas que las de los catafractas, les daban más movilidad. Eso les permitió, siguiendo las órdenes de su comandante, desmontar y formar un cuadrado erizado de lanzas y espadas en cuyo centro quedaron sus caballos. Pensé que aquella maniobra era una forma honrosa de morir, pero no era ese el plan. Su comandante les ordenó desplazarse lentamente hacia su izquierda para bloquear a una de las alas de nuestro ejército y entorpecer la maniobra de los traidores. Era una tarea de titanes. Murieron más de la mitad. Vendieron caras sus vidas abriéndose paso a través de las filas de los miserables cuya ambición había convertido una

jornada, que la víspera se presumía victoriosa, en una aplastante derrota. Me sumé a ellos con algunos de nuestros jinetes y luchamos hasta la extenuación. La sangre empapaba la tierra que, convertida en un lógamo viscoso, hacía cada vez más complicado avanzar. ¿Me sigues?

—A duras penas, señor —respondió Vitesindo sin levantar la cabeza, al tiempo que aprovechaba para mojar el cálamo en tinta.

Liuva dio otro sorbo al agua. Hacía tiempo que no hablaba tanto y se le secaba la boca, dejó escapar un suspiro.

—Estoy cansado. Estas toses... Lo mejor será que dispongas de tiempo para ordenar las notas que has tomado. Mañana seguiremos.

Había amanecido un día radiante. El sol era luminoso, pero la temperatura resultaba gélida. Vitesindo no dudó en acudir, inmediatamente después del rezo de maitines, a encender la chimenea de la celda, convertida en *scriptorium*. Aquel frío sería un problema para la dolencia que aquejaba a Liuva. La pequeña estancia estaba caldeada cuando llegó. Una vez sentado y, tras cubrirse las piernas con una manta, preguntó al novicio.

—¿Por dónde habíamos quedado?

Vitesindo consultó sus notas.

—Tratabais de llegar donde estaba la infantería.

El anciano ofrecía un aspecto tan frágil que resultaba difícil imaginar al poderoso guerrero que había luchado en aquella dura batalla. Masculló algo entre dientes y con la voz apagada retomó el relato.

—Con mucho esfuerzo logramos acercarnos hasta donde estaban los que no habían seguido al traidor Oppas. Algunas unidades de las milenias también formaban parte de aquella conjura de malvados. El desplazamiento fue tan lento y dificultoso que cuando logramos llegar ya era pasado el mediodía. Formamos dos grandes tortugas, como antiguamente hacían los romanos.

—Disculpad, pero ¿qué era una tortuga?

—Era una forma de combatir de las legiones romanas. Los legionarios formaban un cuadro y los que quedaban a los lados se cubrían con sus grandes escudos, que tenían forma rectangular, levantándolos hasta la altura de la cara, mientras que las filas que quedaban en el interior colocaban los escudos sobre sus cabezas, formando un caparazón que recordaba al de las tortugas. Es necesaria mucha disciplina. Todavía me pregunto cómo fuimos capaces de hacerlo en medio de aquel desorden. Los jinetes que quedábamos impedíamos a la caballería de los africanos, que había hecho acto de presencia en el momento en que la traición tomaba cuerpo, abalanzarse sobre las tortugas. Así fue como nos abrimos paso lentamente hasta llegar a la entrada de un desfiladero que quedaba a uno de los lados de la llanura y que permitía tomar el camino de Asidonia. Sus poderosas murallas eran nuestra única salvación. Nuestros hombres hicieron prodigios de valor. El día declinaba cuando llegamos a la boca de aquella angostura que, en alguno de

sus tramos, era tan estrecha que no permitía el paso de más de tres o cuatro hombres al mismo tiempo. Una vez allí, nuestra retirada sería mucho más fácil.

—¿Por qué?

—Porque en el plan de ataque diseñado la víspera se había decidido que en aquellas alturas se apostase un cuerpo de arqueros y otro de honderos para proteger nuestra retirada, en caso de que las cosas no salieran como se habían planificado. Nuestro temor era que ignoráramos si formaban parte de los traidores o simplemente habían huido para ponerse a salvo, al ver lo que estaba sucediendo... —La tos que lo afectaba le impidió continuar. Tardó varios minutos en sosegar y, una vez más tranquilo, fue Vitesindo quien le preguntó:

—¿Estaban allí los arqueros y los honderos?

—Solo quedaban algunos. Por suerte, no formaban parte de la conjura urdida por Oppas; sin embargo, los más pusilánimes habían huido ante el panorama que contemplaban a sus pies. A quienes permanecieron en sus puestos les infundió ánimos ver la maniobra de los espatarios. Ver a la élite de nuestro ejército afanarse por salvar a la gente de a pie les hizo permanecer en su puesto. La mayoría de ellos eran campesinos incorporados al ejército real sin apenas instrucción. Algunos eran cazadores que se ganaban la vida cobrando piezas con sus flechas y otros pastores que manejaban con habilidad la honda cuando cuidaban de los ganados. Una vez en el desfiladero, los restos de nuestra caballería, siguiendo órdenes de Bacauda, nos quedamos a su entrada para cubrir la retirada durante el mayor tiempo posible y así darles alguna ventaja. Yo fui de los que cerramos el paso a los africanos. Éramos poco más de dos docenas de jinetes, pero con la ayuda que recibíamos desde las alturas, mantuvimos taponado el desfiladero durante más de dos horas. Habían tenido tiempo para alejarse un buen trecho y les ayudaba que el sol estaba ya poniéndose y las sombras serían un manto protector. Fue entonces cuando llegó nuestra hora. A aquellas alturas del día los catafractas éramos poco más de una docena. Estábamos heridos y agotados. No hubiéramos podido replegarnos sin la protección que nos dispensaron los honderos y arqueros que no dejaron de lanzar proyectiles desde aquellas alturas. Volvimos grupas y tomamos la vía que llevaba a Asidonia, aunque estábamos para pocos trotes y menos aún nuestros caballos que habían soportado una dura jornada.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Hazla.

—¿Qué hay de verdad en el rumor de que don Rodrigo había... había...?
—a Vitesindo se le había atragantado la palabra.

—¿Violado a la hija del gobernador de Septa?

—Sí. —El rostro del joven monje había enrojecido.

—¡Una patraña, jovencito! ¡Como la de la leyenda del palacio encantado de Toledo! —Liuva había alzado la voz y volvió a toser—. Se la inventaron los witizanos para culpar al rey Rodrigo de la pérdida del reino, cuando los verdaderos culpables de todo lo que nos ha ocurrido fueron ellos.

—¿Qué dice esa leyenda?

—Que en Toledo había un palacio, cuyo subterráneo era una caverna que había sido excavada por Hércules. Una vez construido el palacio el rey ordenó cerrarlo para que nadie entrara en la caverna. Era un lugar maldito. Cada monarca que subía al trono, añadía un candado a la puerta del palacio. Cuando Rodrigo fue ungido como rey, en lugar de añadir el que le correspondía, decidió entrar en el palacio. Ordenó romper todos los candados. Allí solo había un arca forrada con gruesas láminas de oro y adornada con piedras preciosas de diferentes clases. La misma curiosidad que había impulsado al rey a abrir el palacio, le hizo abrirla y lo que encontró en ella fue un pergamino donde podían verse algunos guerreros de piel oscura y tocados con turbantes como los que cubren la cabeza de los musulmanes. Al pie había una leyenda que decía: «Cuando este palacio sea profanado por la curiosidad de un rey impío, guerreros como estos invadirán la Península y se apoderarán del reino.» La curiosidad del rey había sido la causa de la perdición del reino.

—¿Entonces la pérdida del reino no fue consecuencia de la lujuria de don Rodrigo que no se había detenido ni ante la virginidad de la hija del conde Julián, que tenía encomendada la defensa de las Columnas de Hércules?

—Hay algo de verdad y mucho de mentira. La historia de la violación de esa joven, que ahora dicen se llamaba Florinda, es cierta, como lo es que su padre vengó la afrenta permitiendo el paso de los musulmanes por las Columnas de Hércules. Pero no fue don Rodrigo. No puedo decir que fuera testigo de aquella fechoría, pero sí que estaba en el lugar donde ocurrió esa triste historia. Ignoro por qué ahora a ese conde se le llama Julián. Su nombre era Urbano. También se ha cambiado el nombre de su hija a la que mandó a la corte para que se educara en un ambiente regio.

—¿La joven no se llamaba Florinda?

—No, su nombre era Oliba y quien la violó fue Witiza, cuya lujuria era tan fuerte que no tuvo empacho en afirmar que los clérigos debían casarse para satisfacer sus deseos carnales. Witiza desfloró a Oliba, estando en Sevilla. Tengo la impresión de que los witizanos, que son quienes han alentado estas historias, cambiaron los nombres para oscurecer la historia y culpar a Rodrigo, como con el palacio encantado de Toledo, pero los acontecimientos eran tan recientes, que cambiaron el nombre de la joven y de su padre para crear confusión. Lo importante era convertir a Rodrigo en el causante de la desgracia que ellos habían provocado. No solo llamando a los africanos para que vinieran a la Península prometiéndoles un rico botín, sino traicionándolo en el campo de batalla.

—¿Habéis dicho que los witizanos hicieron eso para oscurecer la historia?

—Eso he dicho. Era mucha la gente que sabía lo que Witiza había hecho a Oliba, la hija de Urbano. Por eso se referían a Florinda y Julián.

—Esos witizanos hicieron bien su trabajo. Lo que hoy corre de boca en boca es que Rodrigo fue el culpable de los males que nos aquejan.

—Pero no es verdad. En fin, dejémonos de esas historias. ¿Por dónde iba cuando me has preguntado?

—Marchabais hacia... hacia Asidonia, buscando la protección de sus murallas. ¿Os fue posible llegar aquella noche?

—Nunca llegamos a Asidonia... —Otro golpe de tos impidió a Liuva continuar.

Vitesindo no sabía qué hacer. Era una tos seca y profunda, pensó que los pulmones del viejo guerrero debían de estar muy mal.

—¿Queréis que busque al hermano herbolario y os prepare una tisana de malva?

Liuva negó con la cabeza y hasta pasados unos minutos, en que su alterada respiración se sosegó, no pudo continuar con el relato.

—Nunca llegamos a Asidonia. Los caballos estaban demasiado cansados y el enorme peso de sus protecciones se había convertido en un obstáculo para los animales. La noche se nos echó encima y, protegidos por sus sombras, llegamos a una *villa* que había sido abandonada por sus moradores. Allí encontramos comida y agua, y permanecemos hasta que con las primeras luces del amanecer reemprendimos el camino. Nos habíamos deshecho de las pesadas cotas de mallas e hicimos lo mismo con los caballos y eso nos

permitió aligerar el paso, pero no podíamos marchar hacia Asidonia. Había patrullas de africanos en el camino.

—¿Qué hicieron?

—Guiados por un catafracta que era de la zona, nos internamos por las fragosidades de una serranía y, por veredas perdidas y caminos de cabras, llegamos tres días después a Astigi.

—¿Astigi?

—Sí, un *oppidum* que se alza en las tierras llanas de la Bética, a orillas del río Betis donde recibe las aguas del Singilis. Durante los siguientes días fueron llegando otros contingentes de hombres, varios centenares. Allí descansamos y nos preparamos para la lucha porque dispusimos de varias semanas, gracias a la resistencia que Hispalis había ofrecido al enemigo en su victorioso avance. El mando de las tropas estaba en manos del gobernador astigitano. Cuando los moros se presentaron ante los muros de Astigi éramos cerca de un millar hombres.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Vitesindo, tratando de ganar un segundo mientras mojaba el cálamo en el cuerno de la tinta.

—Que el gobernador decidió que presentáramos batalla fuera de las murallas. Fue un grave error. Nos destrozaron. La caída de Astigi abrió el paso hacia Corduba, que estaba protegida por unas poderosas murallas. Salvé la vida en aquella batalla y con algunos de mis catafractas, ya éramos menos de una docena, logré llegar a la capital de la Bética. Aquel fue el último foco de resistencia importante. Luchamos con decisión, pero nuestra moral era de derrota y los ánimos estaban muy decaídos. Un grupo de valientes resistió en la fortaleza principal y vendieron caras sus vidas. Otros que se refugiaron en la basílica de San Vicente murieron quemados, al prenderle fuego los africanos después de que rechazaran entregarse. Tras la caída de Corduba todo fue huir a la desbandada. Lo que recuerdo de aquellas terribles jornadas es que el terror se había apoderado de la gente que no sabía qué hacer ni adónde huir. Vi numerosas *villae* abandonadas y aldeas sin un solo habitante. Circulaban rumores terribles sobre los invasores. Decían que se comían a las personas, después de cocinarlas a fuego lento o que tenían pezuñas en lugar de pies y que olían a azufre.

—¿No es cierto? —preguntó Vitesindo, dubitativo.

—¡Eso son majaderías! Es verdad que son crueles. Pero todas las guerras lo son. Nosotros no somos mejores personas que ellos en el campo de batalla. Es la ley de la guerra. Como iba diciendo, tras la caída de Corduba,

no había ningún lugar donde hacerse fuertes. Decidí encaminarme a Toletum acompañado por los últimos tres catafractas de mi unidad. Solo nos quedaba el nombre y la espada que colgaba de nuestro cinto. En la capital de la Bética habíamos perdido también nuestros caballos de batalla y lo que montábamos eran unos jamelgos que habíamos tomado en una de las *villae* abandonadas que había en una sierra que se alza al norte de la ciudad. Llegamos a la *Urbs Regia* a mediados de septiembre. Aunque aquel horrible verano estaba despidiéndose, hacía un calor insoportable.

—¿Qué ambiente se respiraba en Toletum?

—Todo era desolación. Las noticias que llegaban de la Bética y la Lusitania eran terribles. Había un gran desconcierto. Apenas quedaba una pequeña dotación de hombres en el *Palatium Regium*, y la iglesia de Santa María, sede de los arzobispos, presentaba un aspecto desolado, al igual que Santa Leocadia y los Santos Apóstoles Pedro y Pablo. El clero y sus servidores las habían abandonado, llevándose todos los objetos de valor que las adornaban: cruces, candelabros, navetas, incensarios... hasta las coronas que decoraban sus bóvedas y que habían sido ofrendadas por los reyes en agradecimiento por un favor divino o para cumplir con algún voto o promesa. Pero no solo los clérigos habían abandonado la ciudad. La mayor parte de la gente también había huido. En medio de la confusión se había difundido el rumor de que aquellos diablos de piel oscura solo buscaban botín y que, una vez conseguido, cruzarían las Columnas de Hércules en dirección a Mauritania.

—¿Eso era lo que pensaban entonces?

—Sí, por aquellas fechas, muchos tenían el convencimiento de que su objetivo era saquear Toletum, hacerse con un rico botín y regresar a su tierra. Por eso, la gente se marchaba al campo o a lugarcillos que, al tener poco atractivo para los saqueadores, podían ser un buen refugio. Se llevaban consigo los objetos de más valor. No hallé a mi familia...

—¿Estabais casado?

—Sí, mi esposa se llamaba Domitila, era de ascendencia hispanorromana, pero no teníamos hijos. A mi cargo estaban dos hermanas. Una de ellas, viuda, era madre de tres hijos y añádele dos docenas entre esclavos, siervos y criados. Supuse que se habían ido a la *villa* que poseíamos cercana al monasterio de Sorbaces en la creencia de que allí escaparían al furor de los mahometanos. Allí me dirigí acompañado por los tres catafractas. Mi familia se encontraba bien, aunque estaban horrorizados con los rumores

que circulaban. El lugar estaba lleno de gente y en el monasterio se había congregado una parte importante de los eclesiásticos que atendían las iglesias de la *Urbs Regia*.

—¿Qué hacían allí?

—Ocultar las piezas más valiosas que había en las iglesias de la capital. Allí se habían llevado un gran número de las coronas que colgaban de las bóvedas de las iglesias de Toletum ofrendadas por devotos y también de las que había en aquel monasterio. Muchas de ellas eran ofrendas de nuestros reyes, de Suintila, de Recaredo, de Recesvinto. ¡Eran joyas extraordinarias! Habían salido de los mejores talleres de orfebrería que había en el reino. Todas ellas labradas en oro y cuajadas de piedras preciosas. También había numerosas cruces revestidas de ricos metales y adornadas de pedrería. ¡Un verdadero tesoro!

—¿Qué pasó con él?

Liuva hizo un leve movimiento con los hombros y permaneció algunos segundos en silencio, con los ojos cerrados, como si ello le ayudara a rememorar aquellos momentos. Parecía agotado por el esfuerzo que le suponía traer a su memoria aquellos hechos ocurridos hacía más de cuarenta años.

—No lo sé. Es posible que se encuentren en el mismo lugar donde lo ocultaron antes de que aquellos clérigos marcharan hacia el norte.

—¿No se llevaron esas coronas y cruces consigo?

—No, pensaban volver cuando los sarracenos se marcharan.

—¿Las dejaron en Santa María de Sorbaces?

—Las ocultaron. No sé exactamente dónde porque los clérigos lo hicieron todo con un gran sigilo. Sí sé que las depositaron en unas fosas, próximas al monasterio. Estaban convencidos de que los mahometanos después de hacerse con el botín regresarían a Mauritania. Ellos volverían y las sacarían del escondite. ¡Ese tesoro lleva oculto en esas fosas cuarenta años! Solo el Altísimo sabe si continúa allí o los infieles han dado con el escondite. Resulta increíble que esas joyas sigan ocultas o estén perdidas. En nuestra tierra nada es igual desde que esas hordas cruzaron las Columnas de Hércules y sufriéramos aquella invasión como castigo que Dios nos envió por nuestros grandísimos pecados y también por una larga cadena de intrigas y traiciones que...

No terminó la frase. Un golpe de tos se lo impidió. Vitesindo le preguntó si quería un poco de agua, pero el viejo guerrero visigodo, inmóvil y con su

monda cabeza inclinada sobre el pecho, no respondió. Se levantó turbado y comprobó que no reaccionaba. Salió de la celda pidiendo ayuda a gritos. En pocos minutos la celda donde dictaba sus memorias era un hervidero de monjes. El abad Eurico tuvo que imponer su autoridad para desalojarla.

Quien en vida había sido el conde Luiva y en los últimos años monje en San Juan de Valdebúhos había entregado su alma a Dios. Su cuerpo volvió a la tierra donde lo depositaron sus hermanos de este cenobio que se alza en un ameno valle, que llaman de Liébana, perdido en las fragosidades de las montañas de Cantabria y donde resisten a la morisma grupos de hombres valientes que no se han sometido a su dominio. El último testimonio que había dejado era la historia de un fabuloso tesoro que los clérigos toledanos habían escondido cerca del monasterio de Santa María de Sorbaces para ocultarlo a la rapiña de los invasores musulmanes.

Toledo, verano de 1858

Morales y su familia vivieron los días siguientes presa de una excitación permanente. Sacaban del arca aquel montón de joyas y las contemplaban arrobados, después de asegurar puertas, cerrar ventanas, echar persianas y correr estores. Cada cual dejaba volar su imaginación. Lo habían convertido en una especie de ritual que practicaban varias veces al día. No dejaban de hacerse preguntas como cuánto tiempo llevarían en aquella fosa, quiénes las habrían ocultado allí, qué serían aquellas coronas que pendían de unas cadenas o si aquel tesoro tendría algo que ver con los difuntos que, según se decía, había enterrados en aquel paraje. A Morales se le erizaba el vello de los brazos y un escalofrío recorría la espalda de su esposa y de alguna de sus hijas.

¿Qué iban a hacer con aquello? Se preguntaban sin tener una respuesta.

Habían encontrado un tesoro y no sabían qué podían hacer con él. En aquel montón de joyas no había pendientes, broches o anillos que las mujeres de la casa pudieran lucir. Eran cruces de diferentes formas y tamaños, unas extrañas piezas que parecían coronas, sujetas a unas cadenas, como si en algún momento hubieran estado colgadas. Había también una especie de bastón con una esfera muy labrada y cuajada de piedras preciosas, coronado por una pequeña cruz.

Una semana después Morales seguía sumido en un mar de dudas. No sabía el valor que aquel montón de joyas podía tener y tampoco qué hacer para convertirlas en dinero. Eso lo tenía sin sueño. Estaba tenso e irritable. Solo le tranquilizaba saber que en el pueblo nadie sospechaba lo que había encontrado. Había descartado venderlas como antigüedades porque suponía correr un grave riesgo. Al tratarse de piezas antiguas, algo de lo que no tenía la menor duda, tendría que dar explicaciones, responder a preguntas incómodas y era posible que hasta saliera malparado. La opción que barajaba como más conveniente para su bolsillo era trocearlas y deshacerse de ellas por lo que le pagaran al peso. El principal problema era que tanto oro acabaría por levantar sospechas, aunque acudiese a varios joyeros de los que

había en Toledo. Tampoco tenía idea de la calidad del oro, ni siquiera podía afirmar si era plata sobredorada. Había raspado alguna pieza, utilizando su navaja, y el color dorado no había desaparecido. Si era plata bañada en oro se reduciría mucho el valor del tesoro.

—Esto debió de ser el tesoro de un rey moro —señaló Simona después de una de las sesiones de contemplación.

—No lo sé —respondió su padre encogiéndose de hombros—. Pero vamos a desmontar una de esas... esas extrañas lámparas...

—A mí me parecen coronas —indicó Escolástica—. Desmontarlas me parece una barbaridad.

—¿¡Tienes tú una solución mejor!? —le preguntó irritado.

La joven negó con la cabeza.

—Mañana iré a Toledo, buscaré a algún joyero y le mostraré las cadenas. A ver cuánto me ofrece.

—También podríamos desmontar algunas de las piedras preciosas —propuso Isidora.

—No es mala idea —respondió Morales dispuesto a aprovechar cualquier aportación que apoyase su decisión—. Así que vamos a ponernos a trabajar.

Eligieron una de las coronas. No era la más grande ni la más pequeña y Morales, valiéndose de unas tenazas, fue abriendo eslabones y desprendiendo las cadenas en medio de un silencio casi sagrado. Seis cadenas que medía cada una cerca de una vara.

—Quizá sea bueno que trocees alguna de ellas —indicó su esposa—. Todas iguales...

—Tienes razón.

Escolástica miraba horrorizada cómo su padrastro estaba destruyendo la pieza sin que le temblara el pulso, sin vacilar. Cuando terminó, el aspecto que ofrecía la corona, sin las gemas y perlas que la decoraban, era lamentable. Estaba llena de arañazos por todas partes y las oquedades dejadas por las piedras desprendidas tenían un tono negruzco.

—Escolástica, tráeme un poco de agua. Tengo la garganta seca.

La joven fue a la cocina donde estaba la cantarera.

—¿Qué podemos hacer con eso? —Raimunda señaló la corona—. Si usted la trocea, nadie sabrá qué forma tenía esa pieza.

—No es mala idea.

Valiéndose de un serrucho, unas tenazas y una hachuela de cortar la

carne, a la que golpeaba con un mazo, fue cortando la corona en ocho pedazos de tamaño parecido. La hermosa pieza de orfebrería había quedado reducida a media docena de cadenas, un montón de piedras preciosas y trozos irregulares de oro labrado.

—¿Por qué no pesamos todo eso? —propuso la madre.

Morales asintió y lo metieron todo en una talega de lienzo y la pesaron con una romana pequeña de las que se empleaban para el queso y cuya precisión era mayor que las utilizadas para las labores del campo.

—Ese peso no es fiable para objetos tan valiosos —protestó Escolástica, enfadada con el destrozo de la pieza.

—Pero al menos nos dará un peso aproximado —respondió Morales quien, cuando dejó equilibrado el fiel con el pilón, anunció—: cerca de dos libras.

—¿Te lo vas a llevar todo? Me parece que tanto oro...

—Tienes razón, María. Solo llevaré dos cadenas, un par de trozos y la mitad de las piedras preciosas.

Morales madrugó. Apenas hubo despuntado el sol, estaba montado en su mula camino de Toledo. En las alforjas llevaba algo de comida y un pellejillo de vino. El oro, envuelto en unos trozos de lienzo, lo había metido en la albarda. Las piedras preciosas las llevaba en una taleguilla que María le había cosido en el forro del chaleco. Todavía eran visibles los efectos de la tormenta en el camino. El sol había secado el barro y ahora formaba una costra que, conforme se fuera deshaciendo, se transformaría en un molesto polvo.

Dos horas y media después de haber salido de Guadamur, dejaba la mula en El Laurel, la posada que le servía de alojamiento cuando iba a Toledo. Se encaminó a la joyería de Antón Valcárcel, un joyero que, según sus discretas indagaciones, parecía la que más convenía a su propósito. El joyero tenía su establecimiento en la Cuesta de los Carmelitas, a la espalda de su convento, frente a la ermita del Cristo de la Luz.

Valcárcel era un hombre entrado en años, de aspecto canijo, el rostro alargado, la nariz ganchuda y unos labios tan finos que costaba trabajo verlos. Morales se había decidido a visitarlo porque tenía fama de perista. Cuando entró en la joyería, que era a la vez tienda y taller, acompañado del tintineo de una campanilla que sonaba al abrirse la puerta, lo encontró afanado en dar los últimos retoques a un camafeo. Tenía una cinta atada a la cabeza con la que sostenía una gruesa lente sobre su ojo derecho. Apenas alzó la vista,

cuando oyó el sonido de la campanilla.

—Aguarde un momento.

Valcárcel continuó con su tarea bajo la mirada de Morales a quien no le gustó el recibimiento. Después de soplar sobre la pieza y pasarle un paño la miró con aire satisfecho.

—¿Qué se le ofrece?

—Me gustaría que le echase un vistazo a unas piezas que traigo conmigo.

—¿Por qué quiere que lo haga?

—Quiero saber su valor.

El joyero se quitó la lente y miró a Morales, tratando de calibrar a la persona que tenía delante. Su fama de perista hacía que le llegase toda clase de género, pero solo excepcionalmente le traían algo fuera de lo común y aquel sujeto, con trazas de labriego, no parecía que fuera a ofrecerle nada interesante.

—Vamos a echar un vistazo a ese material.

Morales, suspicaz por naturaleza, sacó una cadena y la depositó sobre el mostrador que servía al joyero de mesa de trabajo. Valcárcel la examinó detenidamente, sin decir palabra. Luego, miró a Morales y otra vez se concentró en la cadena. Se colocó la lente y calibró la pieza una vez más. Morales, que lo observaba en silencio, empezó a ponerse nervioso. Se preguntaba qué estaría pasando por la mente del joyero, que examinaba en silencio cada uno de los eslabones.

—Dígame, ¿de dónde la ha sacado?

Morales titubeó. Había preparado dos respuestas. Una era que llevaba mucho tiempo en su familia, lo que le permitía explicar la antigüedad, pero tenía el inconveniente de que no servía si pretendía mostrarle todo lo que llevaba encima. La otra, que la había encontrado. Ahora, llegado el momento, no le parecía buena ninguna de las dos. Trató de eludir la pregunta.

—Solo quiero saber cuánto vale.

El joyero se quitó de nuevo la lente.

—Debe saber, amigo mío, que no soy ni policía, ni guardia civil. A mí no me importa que la haya robado.

—Puedo asegurarle que yo no... —Morales se mostró indignado.

—Está bien, está bien. —El joyero hizo un gesto de apaciguamiento con las manos—. Pero si no me dice de dónde viene esta cadena, hemos terminado. Le aseguro que soy persona discreta. Pero necesito saber la

procedencia de lo que llega a mis manos y eso queda entre usted y yo. Dígame, ¿va usted a responder a mi pregunta?

Morales notó cómo le temblaban las piernas y pensó si lo mejor no sería marcharse. Dudó un momento, pero descartó esa idea. No había venido a Toledo para volverse como había venido. Si había acudido a un joyero con fama de perista, no podía andarse ahora con remilgos. No le daría toda la información, solo le proporcionaría algún dato para satisfacer su curiosidad.

—La he encontrado en una fosa en el campo. En una finca de mi propiedad. Hay más.

—¿Más fosas?

—No, más piezas y no todo son cadenas como esa —señaló la que estaba sobre el mostrador—. Alguna estaba adornada con piedras preciosas.

—Dice... ¿estaba?

—Sí, se las he arrancado.

Valcárcel torció el gesto. Dios sabría lo que aquel paleta podía haber hecho. Sacó de una urna de cristal una balanza de precisión y pesó la cadena con la meticulosidad propia de un joyero.

—Pesa menos de media libra, exactamente cinco onzas y dos dracmas —comentó mientras anotaba el peso en un papelillo.

Morales no estaba muy ducho en aquellos pesos. Él entendía de fanegas, celemines, arrobas y almudes. Ignoraba que los joyeros tenían un sistema propio de pesos. Se acarició el mentón y preguntó:

—¿Cuánto me pagaría por ella? Es muy antigua.

Valcárcel observó la cadena una vez más.

—Como joya no tiene valor. Es una cadena y ni siquiera sé si es un trozo. Habría que fundirla.

—¿Fundirla? —Morales simuló espantarse—. Podría confeccionarse un gran collar o varias pulseras.

Valcárcel resopló con fuerza.

—Como ha dicho, se trata de un trabajo muy antiguo. Alguien podría hacer preguntas y eso no sería conveniente. ¿No le parece?

Morales asintió con la cabeza. El joyero tenía razón. Si el descubrimiento llegaba a oídos de las autoridades o del propio dueño de la finca, todo se complicaría. Además, si corría la voz de que había encontrado un tesoro oculto en el viejo cementerio de Guarrazar, el escándalo en Guadamur sería monumental. Era mejor asegurar la venta, aunque supusiera una pérdida significativa.

—¿Cuánto?

—Antes de ofrecerle un precio, tengo que comprobar la calidad del oro.

Valcárcel hurgó debajo del mostrador hasta dar con un objeto envuelto en un paño. Se trataba de una piedra, como un jaspe negro y poco más grande que la palma de la mano. Luego, sacó una caja en la que, entre algodones, había unos pequeños frascos con unas etiquetas numeradas. Frotó uno de los eslabones sobre la piedra hasta dejar un pequeño rastro y vertió una gota del contenido de uno de los frascos. Morales lo observaba en silencio. La gota cambió de color y Valcárcel lo miró a los ojos.

—Es oro de buena calidad.

—¿Cuánto me daría?

Mientras guardaba los adminículos, pareció echar cuentas.

—Ochenta reales.

—¿Solo? ¡Acaba de decir que es oro de buena calidad y esa cadena pesa mucho!

—Menos de media libra.

—Deme ciento cincuenta reales y es suya.

El joyero negó con la cabeza.

—Tengo que fundirlo y obtendré un lingote que he de trabajar para confeccionar ese collar o esas pulseras. Serán muchas horas. Puedo subir a noventa. Ni un maravedí más.

—Cien y es suya.

El joyero aparentaba dudar. En realidad, podía pagar mucho más. Más de los ciento cincuenta reales que Morales le había pedido. Incluso pagando el doble, tendría un elevado beneficio. Si aquel pueblerino le dejaba la cadena en cien reales haría un negocio redondo. Pero no era bueno precipitarse. Su olfato le decía que allí había negocio y tenía que jugar bien sus bazas.

—Me ha dicho que tiene más cadenas y otras piezas.

—Así es.

Morales ahora no estaba seguro de haber hecho una buena elección dirigiéndose allí. Si no le vendía la cadena, aquel sujeto sabía lo suficiente como para crearle problemas muy serios. Le bastaría con denunciarlo, aunque siendo un perista, como señalaba la voz pública, no parecía lógico que acudiera a las autoridades.

—Puedo darle esos cien reales, si llegamos a un acuerdo sobre esas otras piezas.

—No, lo que está en venta es esa cadena. La toma o la deja. —Morales

estaba dispuesto a resistir. Ahora sabía que el oro era de buena calidad. Se arrepentía de haber bajado a cien reales, la cadena valía mucho más del doble. Estaba dispuesto a mantener su palabra.

—Hagamos un trato —propuso Valcárcel.

—¿Qué trato?

—Si las otras piezas son de la misma calidad, también se las compro.

Morales se acarició el mentón. Tenía que desprenderse de aquel tesoro y Valcárcel le estaba brindando una oportunidad.

—Sí, siempre que me las compre a razón de los ciento cincuenta reales que le he pedido. Es un buen negocio para usted.

El joyero se dio cuenta de que la actitud de aquel paleta había cambiado. No le resultaría fácil rebajar el precio y la oportunidad era de las que se presentan pocas veces en la vida.

—¿Las lleva encima?

—Sí.

—¿Le importaría enseñármelas?

Morales iba a mostrarle la otra cadena y los dos trozos de corona, pero en aquel momento sonó el tintineo de la campanilla de la puerta anunciando que alguien entraba. El labriego notó cómo un escalofrío le recorría la espalda, pero no se volvió. Cogió rápidamente la cadena que estaba sobre el mostrador y se la guardó entre los pliegues de su faja. No sabía quién podía ser, pero temió verse en una situación comprometida. Habría jurado que nadie le había seguido.

Valcárcel masculló una maldición antes de darse cuenta que la silueta, que se recortaba al contraluz, era la de una de sus mejores clientes y también más difíciles de satisfacer. Su actitud cambió al comprobar que se trataba de doña Martina Vicentelo. Una acaudalada viuda, en el esplendor de la madurez, sobre la que por Toledo corrían extraños rumores relativos a actitudes que muchos consideraban indecorosas para una viuda. Solo pasaba algunas temporadas en Toledo, alternando su estancia entre un palacete que tenía en la calle de San Ginés, cuya trasera daba a la llamada Cueva de Hércules, y un cigarral en el pago de la Fuencisla. La mayor parte del año vivía en Madrid.

Entró en la joyería cerrando la elegante sombrilla festoneada de encaje con que se protegía del sol. Valcárcel salió del mostrador y se acercó solícito a ella, haciéndose cargo del quitasol y deshaciéndose en una retahíla de elogios. La dama le ofreció su mano y el joyero la acercó a sus labios, sin llegar a besarla.

Morales se quedó inmóvil, impresionado por el porte de la dama. Le echó unos treinta y cinco años, y estaba en el esplendor de su belleza. Jamás había estado tan cerca de una mujer tan elegante y tan hermosa. Alta, de talle esbelto, resaltado, sin duda, por un corsé apretado que reducía su cintura de forma prodigiosa, al tiempo que resaltaba el generoso busto que se adivinaba bajo la fina batista de su pechera. Si su cintura era de avispa, su blanco cuello era de cisne. Tenía su sedosa melena de tonos caoba, recogida con primorosas horquillas, diminutas peinetas de carey y lujosos alfileres con lo que sujetaba un tocado minúsculo, adornado con dos largas plumas de faisán y una exquisita pedrería.

—¡Doña Martina, es un placer recibir su visita! —exclamó el joyero, después de dejar la sombrilla colgada en una percha.

—Solo será un momento, señor Valcárcel. —Miró a Morales con cierta displicencia—. Aunque... termine con este caballero.

—En modo alguno, doña Martina. Este... caballero no tiene prisa.

Morales estuvo a punto de presentar una excusa y marcharse. Pero varios eslabones de la cadena, con las prisas y los nervios, destacaban tanto

sobre el negro de su faja que llamaron la atención de aquella señora.

—Se le puede caer esa cadena. Tenga cuidado. Parece que se trata de una buena joya.

—Muchas gracias —respondió el labriego con un hilo de voz al tiempo que trataba de ocultarla.

—¿Me permite verla?

Turbado, iba a farfullar una excusa cuando el joyero se le adelantó.

—Supongo que no tendrá inconveniente en satisfacer el deseo de doña Martina.

Morales dejó escapar un suspiro y, sin decir palabra, tiró de la cadena, cuya longitud sorprendió a la dama. Ella la observó con mucho detenimiento.

—Es muy antigua. Una joya de mucho valor. ¿Ha venido a venderla?

El joyero temió que le hiciera la competencia y, una vez más, se anticipó.

—Solo ha venido para que se la tase.

—¿Es que desea empeñarla?

—No... no... —farfulló Morales, cada vez más nervioso y decidido a ser cómplice de Valcárcel—. Solo quiero saber cuánto puede valer.

—Si quiere venderla, aquí tiene una compradora. He de hacer un regalo y esa cadena me vendría pintiparada. ¿Cuánto querría por ella?

El joyero decidió cortar aquella intromisión. Conocía lo suficiente de doña Martina como para saber que si se había encaprichado con la cadena era capaz de ofrecer una suma disparatada con tal de hacerse con ella.

—Su camafeo está terminado, doña Martina. ¡Ha quedado espléndido!

La dama se dio cuenta de la jugada del joyero y decidió no insistir.

—Veámoslo.

Valcárcel le mostró la pieza, ponderando el trabajo realizado.

—La lacería de adorno es como usted quería. Todo en oro blanco. La pedrería son veintinueve puntas de diamante y un rubí, como me encargó. No ha sido fácil encontrarlas. En total casi quilate y medio.

La dama, que examinaba la pieza con ojo de experta, no ocultaba su satisfacción.

—Espléndida, espléndida. ¿Cuánto es?

Valcárcel pareció ajustar la cuenta. Puro teatro. Doña Martina pagó la suma que le pidió, indicando que era un precio de amigo. A Morales le pareció una suma exorbitante.

Con un mimo exagerado el joyero colocó el camafeo en una cajita

forrada en tafilete rojo donde en letras doradas podía leerse «Antón Valcárcel, joyero. Cuesta de los Carmelitas. Toledo». Doña Martina la guardó en su bolso y dedicó a Morales una medida sonrisa, antes de recuperar su quitasol, que el propio joyero le entregó ya desplegado, en la puerta del establecimiento.

Valcárcel permaneció inmóvil unos segundos mientras la veía alejarse en dirección a Zocodover. Entró en su establecimiento y rápidamente cerró la puerta echando el cerrojo. No quería más visitas inoportunas. Se acomodó tras el mostrador y miró a Morales que sostenía la cadena en su puño.

—Veamos, pues, lo que iba a enseñarme antes de que apareciera doña Martina. Ya ha visto que es una dama muy... muy decidida. Es persona de mucho mundo, dicen que antes de enviudar viajó mucho.

—¿Es viuda?

—Sí, su marido era una persona importante. Muy culto y apasionado por la arqueología. Una pasión a la que aficionó a su esposa. Supongo que ha oído hablar de don Atilano Rízquez de Losada. —Morales asintió con la cabeza—. En Toledo solo pasa temporadas y la gente, que es muy deslenguada, esparce habladurías sobre ella a las que no hay que darle crédito. Ya ha visto que es toda una dama, aunque he de admitir que algo caprichosa.

—¿Cree que se ha dado cuenta de la antigüedad de la cadena?

—No le quepa la menor duda. Bueno, vayamos a lo nuestro. ¿Me enseña esa pieza?

—Primero cerramos el acuerdo. ¿Acepta lo que le he propuesto?

—¿Cuál era su proposición? —Valcárcel, muy ladino, trataba de hacerse de nuevas.

—Que si el oro es de la misma calidad me lo paga a razón de ciento cincuenta reales lo que ha pesado la cadena... No... no recuerdo cuánto ha dicho.

—Cinco onzas y dos dracmas —indicó el joyero mirando el papelillo donde había anotado el peso. Resopló, como si le costara trabajo tomar aquella decisión—. Si son de la misma calidad...

—Tienen que serlo. Formaban parte de una misma joya.

—Eso no quiere decir nada. En muchos trabajos se emplean materiales de calidades muy diferentes. Vamos a verla.

Morales fue depositando lentamente en el mostrador la otra cadena y los dos trozos de corona que había llevado consigo. Valcárcel, cada vez más

sorprendido, observaba en silencio cómo sacaba las piezas de las alforjas.

—¿Todo esto formaba parte de una misma pieza?

—Sí. Es menos de la mitad.

El joyero contempló los huecos dejados al desprenderle las gemas.

—¿Estaba adornada con piedras preciosas?

—Sí, pero se las he arrancado.

—Ya lo he comprobado —comentó sin disimular su rechazo—.

¿También tiene las piedras?

Morales asintió.

Valcárcel trató de disimular su entusiasmo. En su larga trayectoria profesional y en su actividad como perista jamás había visto una cosa igual. Intentaba imaginar el objeto que podía formarse con aquellas piezas de las que colgaban unas cadenillas que sostenían letras primorosamente labradas y esmaltadas. Si en los huecos se encajaban las piedras preciosas, aquello, que era el trabajo de un extraordinario orfebre y parecía ser una corona, era la joya de un rey. Volvió a utilizar la piedra de toque obteniendo el mismo resultado. Todo era oro de una calidad extraordinaria. Pesó con precisión la cadena y los trozos de oro y anotó cuidadosamente el resultado. Cuando acabó tenía la frente empapada de sudor. Se la secó con un pañuelo, antes de sumar.

—Hace un total de cinco libras, nueve onzas y cuatro dracmas, incluyendo la cadena que habíamos pesado. Eso supone... —En una cuartilla limpia hizo una serie de complicadas operaciones sobre la base de ciento cincuenta reales por cinco onzas y dos dracmas. Aquella operación llevaba su tiempo. Mientras calculaba, una sombra ocultó momentáneamente la claridad que entraba por el pequeño escaparate de la joyería. Morales, que estaba cada vez más nervioso, tuvo un mal palpito. Aunque estaba convencido de que, salvo por la inesperada presencia de doña Martina Vicentelo que solo había visto la cadena, nadie sabía lo que había ido a hacer al establecimiento de Antón Valcárcel, no aguantó más y espetó al joyero.

—Deme mil doscientos reales y todo el lote es suyo. —Valcárcel alzó la vista y lo miró sorprendido. No había terminado la cuenta, pero sabía que era un buen puñado de reales lo que aquel paleta estaba perdiendo—. ¡Mil doscientos reales! ¡Lo toma o lo deja!

—¡Un momento!

El joyero comprobó rápidamente que eran casi ciento cuarenta reales lo que ganaba de forma adicional. Miró a Morales a los ojos, fijamente, y le

preguntó:

—¿Ha robado esa joya y toda esa historia que me ha contado del hallazgo es un invento, una mentira? Si esto es fruto de un robo —señaló las cadenas y los trozos de corona—, tengo que saberlo. No supone un problema, pero tengo que saberlo.

—¿Por quién me toma? No lo he robado. Lo encontré en esa fosa, como le he dicho antes. ¿Está de acuerdo con los mil doscientos reales? Si es así, págume. Si no, lo recojo y santas pascuas.

Por alguna razón que ignoraba, aquel sujeto se había puesto nervioso. No era cuestión de discutir. Podía sacar cuatro o cinco mil reales, con solo fundir aquel oro y hacerlo lingotes. Si lo trabajaba, el precio se triplicaría por lo menos, aunque tardaría más tiempo en darle salida.

—Está bien. Mil doscientos reales.

El joyero le ofreció la mano para dejar cerrado el trato. Morales la estrechó con fuerza y corroboró la cifra:

—Mil doscientos reales.

—Aguarde un momento.

Valcárcel se perdió tras una ajada cortina de terciopelo rojo, que ocultaba la trastienda. Al labriego la espera se le hizo eterna. No dejaba de echar miradas al escaparate por si la sombra que había vislumbrado volvía a aparecer. Sintió alivio al ver de nuevo al joyero con una bolsa de cuero en la mano. La vació sobre el mostrador y un montón de relucientes escudos de a dos, acuñados en el reinado de Fernando VII, se desparramó sobre la pulida y oscura madera.

—Los mil doscientos reales son setenta y cinco escudos. Si quiere comprobar la cuenta...

—No es necesario.

—Cuéntelos. Hay treinta y ocho. Lleva un escudo de regalo.

Morales los fue contando, al tiempo que los introducía de nuevo en la bolsa.

—Treinta y seis, treinta y siete y treinta y ocho. Me ha aligerado bastante el peso. No creo que esta bolsa pese mucho más de media libra.

—Estoy seguro de que también lo he aligerado de otro peso. Con eso —señaló las cadenas y los trozos de corona— no iba a ninguna parte. Con esa bolsa podría ir al fin del mundo. Me ha dicho antes que tenía las piedras preciosas... ¿Me las enseña? Podríamos cerrar otro trato.

Morales, que ya había guardado en su faja la bolsa con los escudos, se

negó. Lo único que deseaba en aquel momento era marcharse de allí.

—He pensado que, por ahora, no quiero deshacerme de esas gemas. Además, tengo prisa.

Valcárcel se encogió de hombros. Se le escapaba una oportunidad, pero no podía quejarse. La suerte le había hecho una visita aquel día.

—Si cambia de parecer, ya sabe dónde puede encontrarme. También si tiene más... más material. Usted ya me entiende.

—Lo tendré en cuenta.

Se despidieron con otro apretón de manos.

Morales subió la cuesta que llevaba a la plaza de Zocodover tratando de sacudirse la mala impresión que lo embargaba. La inoportuna presencia de aquella dama en la joyería le había dado mala espina. La culpa había sido suya por no haber ocultado convenientemente la cadena que tanto había llamado su atención. Aquel interés no le había gustado, pero lo que le había puesto los nervios de punta era la sombra que había aparecido y desaparecido fugazmente ante el escaparate.

No tenía ninguna razón para estar así, pero la tensión que llevaba soportando desde que encontraron el tesoro lo tenía desquiciado. Que alguien más estuviera al tanto del hallazgo suponía un terrible problema. Ese temor era lo que le había llevado a desear salir de la joyería cuanto antes mejor. No era experto en cuentas, sabía que había perdido un buen puñado de reales, pero lo daba por bien empleado con tal de marcharse.

Cuando llegó a Zocodover la angustia le oprimía el pecho y hasta le costaba trabajo respirar, como si la atmósfera se hubiera espesado. Respiró hondo y trató de serenarse. El lugar estaba tan concurrido como de costumbre: vendedores que pregonaban sus artículos, compradores que regateaban el precio y curiosos que haraganeaban en busca de una ganga, si se ponía a tiro. Cruzó la plaza presa de sensaciones contradictorias. Aliviado por haberse desprendido del oro que llevaba encima, pero pesaroso por haber hecho un mal negocio que, además, había rematado de forma lamentable. Mil doscientos reales era mucho dinero, nunca había tenido tanto dinero junto. Pero el valor de casi seis libras de oro era muy superior a la bolsa de escudos que llevaba en la faja. Se alegraba de haberse negado a mostrarle las gemas.

Entró en el mismo café que el día en que Escolástica se examinaba para obtener su título de maestra. Necesitaba un buen vaso de vino para refrescar su garganta. Tenía la boca seca. El establecimiento estaba sumido en una agradable penumbra. Olía a humo y brea, y no había mucha gente. En un

extremo del mostrador cuatro hombres discutían sobre la corrida de toros celebrada en Zocodover, convertida en el coso para la ocasión. Habían toreado Cúchares y El Tato y porfiaban sobre los méritos de cada matador. Cerca de ellos dos hombres, en silencio, bebían y fumaban gruesos cigarros, cuyo humo era apestoso. Se acodó en el mostrador y pidió una jarrilla de valdepeñas. Apenas le habían servido, cuando entró un sujeto que llevaba un ejemplar de *La Iberia*, el diario liberal que propugnaba la unidad ibérica, y un elegante bastón con la empuñadura de plata. Se quitó la chistera, se acercó al mostrador y susurró algo al oído del tabernero, antes de sentarse en el velador que había más cercano a la puerta. Desplegó el periódico y se sumió en la lectura ocultando su rostro tras las grandes páginas del diario.

Mientras daba cuenta del valdepeñas, dudaba de si regresar a la posada, recoger la mula y hacer el camino de vuelta a Guadamur en pleno día, con el sol muy alto, o quedarse en Toledo hasta que cayera la tarde. Si se inclinaba por lo segundo, llegaría a Guadamur al anochecer y quizá no era lo más conveniente con una bolsa repleta de escudos encima. Con el último trago decidió marcharse, aunque el sol le calentase las costillas. Pagó, se caló el sombrero y se dispuso a salir, pero el sujeto que leía el periódico cerca de la puerta se levantó y le cerró el paso.

—¡Qué demonios...!

—Disculpe, pero me gustaría hablar con usted.

—¿Nos conocemos?

—No, señor.

—En ese caso, ¡échese a un lado! No tenemos nada de qué hablar.

—Si lo he ofendido, le presento mis disculpas. Solo quiero hablar con usted un momento —insistió.

Morales lo miró receloso. No tenía mala pinta, pero había comprobado, en más de una ocasión, que el hábito no hacía al monje. Vestía con elegancia discreta. Un terno oscuro de buen paño, camisa blanca de cuello almidonado, corbata de lazo y botines con mucho uso, pero impecablemente lustrados. A su mente acudió la imagen de la sombra a través del escaparate de Valcárcel.

—¡Tengo prisa!

—Como le he dicho, será solo un momento. ¿Le dice algo el nombre de doña Martina Vicentelo?

Morales se preguntó si sería la dama que había entrado a la joyería. Valcárcel se había dirigido a ella como doña Martina. Sin saber por qué asoció aquel hombre con la sombra que había visto escabullirse en el

escaparate de la joyería. Palpó discretamente la navaja que llevaba en el bolsillo.

—No tengo el gusto de conocer a esa dama. Ahora déjeme pasar. Como ya le he dicho, tengo prisa.

—La ha conocido en la joyería de Valcárcel. Doña Martina tiene mucho interés en hablar con usted. Tanto como para estar esperándolo.

Morales dudó. Aquel sujeto había entrado en el café tras él. Eso solo podía significar que lo había estado vigilando. Posiblemente, desde que salió de la joyería, aunque él no se había percatado de ello. Doña Martina era una señora de postín. Su elegancia y su hermosura lo habían impresionado. Por un momento, se sintió halagado de que una dama como ella estuviera aguardándolo. Valcárcel había mostrado con ella una actitud casi servil y un tipo como el joyero solo lo haría con alguien de mucho dinero. Se había referido a ella como mujer de mundo, aunque «un tanto caprichosa». Se había mostrado interesada por la cadena y quizá... Nada perdería por mantener un encuentro con ella y la tentación de volver a verla... Miró una vez más al sujeto que le cerraba el paso. Podía estar tentándole para llevarlo a una trampa y robarle los mil doscientos reales que llevaba encima. Pero, si aquel individuo sabía algo de la cadena, era porque doña Martina se lo había dicho y la dama no tenía noticia de la bolsa de escudos que llevaba en la faja.

—¿Dónde está?

—Acompañeme.

Morales negó con la cabeza.

—No, si antes no me dice dónde está.

—Aguarda en la posada de la Sangre. Solo tenemos que cruzar la plaza.

Morales receló de nuevo. Una señora como aquella en una posada... El desconocido pareció leerle el pensamiento.

—Doña Martina es la dueña de la posada. Allí tiene un aposento para su uso exclusivo.

Aquella aclaración no hizo sino aumentar las sospechas de Morales. Valcárcel le había dicho que tenía un palacete en la calle de San Ginés.

—¿No tiene casa en Toledo?

—Sí, un palacete en la calle de San Ginés.

Morales pensó que, al menos en aquello, no le había mentado.

—¿Cómo es entonces que aguarda en una posada?

En los labios del desconocido apuntó una sonrisa.

—Doña Martina es persona muy discreta.

—Está bien. Vamos allá. Pero le juro que si...

—Le aseguro que no tiene nada que temer.

El desconocido, dejando el periódico sobre el velador, cogió el bastón, se puso la chistera y cedió el paso a Morales. Cruzaron la plaza de Zocodover y pasaron bajo el Arco de la Sangre que recibía ese nombre porque sobre él estaba la capilla de la cofradía de la Sangre de Cristo, cuyos miembros se encargaban de asistir a los reos que iban a ser ajusticiados. Bajaron las escaleras que salvaban el fuerte desnivel. Junto a la puerta de la posada había varias seras con melones de Villaconejos, según pregonaban sus vendedores, dos mozos que vestían camisas de lienzo basto, recogidas por fajas negras, calzones remangados hasta la pantorrilla y alpargatas de esparto.

Entraron en la posada y los recibió un olor a mulo, a sudor. Los sujetos que ajustaban la cuenta con el posadero eran unos arrieros de la comarca de Sagra, con la vara de arrear metida del través en la faja. Sentados en torno a una mesa había unos tratantes de ganado del valle de la Alcudia con la boina calada hasta las cejas. En el patio, dos carros y una carreta que descargaban unos queseros manchegos de los que iban de casa en casa ofreciendo la mercancía que cargaban en una espuerta y llevaban al hombro la romana de pesar. Se les identificaba porque vestían unos amplios blusones oscuros.

El sujeto cruzó sin saludar y condujo al labriego hasta un oscuro corredor salpicado de puertas a ambos lados. Se detuvo ante una de ellas, se quitó la chistera y se alisó el cabello antes de golpear suavemente con los nudillos.

—¡Adelante! —La respuesta fue inmediata.

—Señora, aquí está... —Miró a Morales invitándolo a presentarse.

—Francisco Morales para servir a Dios y a usted —farfulló, sorprendido por el aspecto de la sala donde aguardaba la dama. Era otro mundo que nada tenía que ver con el aspecto del lugar. Estaba amueblada con gusto y resultaba acogedora. Nadie lo habría imaginado al entrar en la posada. Doña Martina se había desprendido del tocado y soltado su melena de suaves tonos cobrizos; también había desabotonado el cuello del vestido. Si en la joyería le había parecido una mujer hermosa, ahora lo dejó deslumbrado.

—Gracias, Celestino, ¿te importaría dejarnos a solas?

—Aguardaré en el pasillo, por si me necesita.

Morales estaba nervioso. Jamás hubiera imaginado verse en una situación como aquella: a solas con una dama de alcurnia.

—Quiero agradecerle que haya aceptado mi invitación —le dijo con una

sonrisa, al tiempo que le ofrecía una mano que Morales se limitó a estrechar con torpeza.

—La verdad es que ese... ese caballero no me ha dado muchas opciones.

—¿Celestino le ha importunado? —preguntó alzando las cejas.

—No... no, señora. Pero... ha insistido tanto...

—Comprendo, comprendo. Supongo que se habrá preguntado por qué deseo hablar con usted.

—Lo que me pregunto es por qué me ha citado en un lugar como este.

Doña Martina le dedicó una sonrisa.

—¿Sorprendido?

—Mucho, señora. —Morales no dejaba de mirar los muebles, las cortinas... la mullida alfombra que pisaba...

—Quizá le aclare algo saber que soy la dueña de este establecimiento y que tengo... tengo esta dependencia reservada para mí. He preferido reunirme aquí porque está cerca de la joyería de Valcárcel y no sabía cuánto tiempo tardaría en salir de ella. Además, si Celestino le hubiera dicho que lo acompañase hasta el callejón de San Ginés su recelo hubiera sido mucho mayor. ¿Me equivoco?

Morales tuvo claro que, como había dicho el joyero, doña Martina Vicentelo era una mujer de mucho mundo.

—No, señora. No se equivoca. Supongo que estoy aquí por lo de la cadena.

—En efecto. Me gustaría verla de nuevo. Si deseara venderla, estoy dispuesta a ofrecerle una buena suma.

—Lamento mucho decirle que no puedo satisfacer su deseo.

—¿Qué quiere decir?

—Que ya no la tengo.

—No iré a decirme que se la ha vendido a Valcárcel.

—Así es.

—Pero... si me dijo que solo había ido para que la tasara. ¿Me ha mentido?

Morales asintió con un ligero movimiento de cabeza.

—En cierto modo, sí.

—¡Cómo que en cierto modo! —exclamó doña Martina sin disimular su irritación.

—Solo en cierto modo, señora —reiteró Morales, que había observado a través de la fina batista cómo el pecho de aquella hermosa mujer se agitaba.

—¿Le importaría explicarse?

—En realidad, había acudido a la joyería a tasar la cadena, pero con el propósito de vendérsela.

—¡Ese bribón me mintió!

Antón Valcárcel estaba eufórico. Apenas hubo salido aquel paleta de la joyería, volvió a echar el cerrojo y examinó con deleite lo que acababa de adquirir. Había sido una de las mejores operaciones de su vida y quería disfrutarla sin que nadie le molestara. Despejó la amplia mesa que tenía en la trastienda y colocó las cadenas y los pedazos de oro adquiridos. Intentó recomponer la extraña pieza que le habían servido en bandeja. No necesitó demasiado tiempo porque los trozos eran grandes y encajaban sin mayores problemas. Era soberbia y consideró una pena que no estuviera completa y le faltasen las gemas que la adornaban. Lo que pudo comprobar fue que se trataba de algo excepcional. Sin duda, aquella extraña corona formaba parte del tesoro de un rey de la antigüedad y estaba convencido de que no era la única que aquel tipo había encontrado en la fosa, según le había explicado. A saber lo que aquel sujeto habría encontrado.

La forma en que estaban labrados los eslabones de la cadena y la técnica con que los habían engarzado indicaban la mano de un orfebre extraordinario. También los trozos de la corona señalaban la mano de un grandísimo artista. Observó que el último eslabón de una de las cadenas era diferente. Era más grueso y era redondo en lugar de tener forma de corazón, como los demás. Aquel aro debía de servir para que todas las cadenas se sujetasen a él. Pensó que aquello podía ser una especie de lámpara para ser colgada del techo de algún palacio. Pero no tenía soportes para velas o candiles. Se preguntó qué demonios sería aquella pieza. Jamás había visto algo parecido. Comprobó los engarces que sujetaban las pequeñas letras que pendían en lo que debía de ser su parte inferior. Llegó a la conclusión de que eran de la mano del mismo artista.

Fue copiando en un papel aquellas letras y lo que obtuvo fue un galimatías, pero estaba convencido de que, si deseaba saber algo más de aquella extraña pieza, la clave estaba en ellas.

Guardó el oro en el arca de tres llaves que tenía anclada a la pared y, con el papel donde había anotado las letras en el bolsillo, salió a la calle echando todos los cierres a su establecimiento. Era casi la hora del almuerzo y, desde luego, la menos indicada para visitar a don Trinidad, el párroco de Santiago

del Arrabal, a quien sus feligreses conocían como don Trinito. Un anciano sacerdote, caritativo y bonachón, aunque podía tener un genio de mil demonios. Persona cultísima, cuyos conocimientos el joyero estaba dispuesto a poner a prueba.

Don Trinito vivía en una casita, en la calle de Santa Ana, muy cerca de su parroquia. A pocos pasos de la Puerta de Bisagra. Tuvo que llamar dos veces hasta que le abrió el ama de llaves, Dolores. Una mujer de genio muy vivo.

—¿Está don Trinidad?

—¿Por qué quiere saberlo?

—Necesito hablar con él. Solo será un minuto.

—Eso dicen todos y luego se necesita un enjambre de abejas para echarlos de aquí.

—Es un asunto grave.

—También es lo que dicen todos. Aguarde un momento —le ordenó con tono autoritario—. Pero le advierto que el almuerzo del padre es dentro de diez minutos y el puchero no se come frío. —El ama de llaves se perdió por el pasillo y regresó casi de inmediato—. Venga conmigo.

Lo condujo hasta un pequeño despacho atestado de papeles y libros. Don Trinidad, que vestía sotana negra deslustrada, estaba sentado en un sillón frailuno y leía un folleto pegado a los ojos. Su aspecto llamaba la atención: alto, extremadamente delgado y unos pelos grisáceos muy desordenados. Continuamente se pasaba la lengua por los labios, rojos como tomates maduros, para humedecerlos.

—Padre, aquí está el joyero de la Cuesta de los Carmelitas.

Don Trinidad retiró el folleto de sus ojos y le ofreció la mano para que la besara. Valcárcel lo hizo con actitud servil.

—Siéntate —el sacerdote le señalaba la única silla que había— y dime qué tripa se te ha roto.

—Don Trinito, es que quiero que vea unas letras que... Bueno, las palabras que forman... Es posible que sea latín. ¿Le importaría echarles un vistazo? —El joyero ya le estaba entregando el papel donde las había anotado.

Efectivamente, un galimatías: REGGOTHRECRGA.

Don Trinidad, con la vista fija en el papel, guardó silencio un rato antes de preguntarle:

—¿De dónde has sacado esto?

—Me lo ha traído un cliente... —y añadió mintiendo descaradamente—. Son letras muy pequeñas que forman una pulsera.

—¿Estás seguro de que este es el orden?

Valcárcel no había reparado en ello.

—No, señor. Pudiera ser que tuvieran otro. Si quiere voy...

—¡Se acabaron los diez minutos! —La voz del ama de llaves había sonado a la espalda de Valcárcel.

—¿Ya han pasado?

—¡Sí, señor, diez minutos!

—Dolooores...

—Padre, la mesa está puesta y el cocido se enfría.

Don Trinidad, a quien aquel galimatías había picado su curiosidad, buscó la solución. Sabía que Dolores no cedía fácilmente en lo relativo al orden en la casa. Decía que para cada cosa había un sitio y un sitio para cada cosa, y que todo debía hacerse a su debido tiempo, principalmente las horas de la comida. Por otro lado, si quería aclarar algo de aquello el joyero tenía que mostrarle las letras. Eso le daba una salida.

—Vete a almorzar y, cuando termines, tráete esas letras.

—¿No va a dormir la siesta?

—Dolooores...

—Ni Dolores ni nada. Usted tiene que descansar. No es bueno ponerse a trabajar después de almorzar.

Don Trinidad sabía que era una batalla perdida.

—Está bien, vente a las seis —indicó al joyero.

Eran cerca de las siete y media cuando don Trinidad había logrado dar un sentido a aquellas palabras.

—En mi opinión —el sacerdote no dejaba de pasarse la lengua por los labios—, lo que aquí tenemos son tres palabras. Hay dos grupos de letras REC y RGA que presumiblemente responden al nombre de una persona, posiblemente una reina. No puedo precisar más porque deben faltar algunas letras.

—¿Por qué a una reina y no a un rey?

—Porque la otra palabra es REG, abreviatura de Regina. Si fuera masculino, la palabra sería REX. Más dudas tengo respecto a GOTH. Pudiera ser que se refiera a Gothorum. Sería Regina Gothorum. Debe de ser el nombre de una reina de los godos. El mensaje es, presumiblemente, *Reciberga, Regina y Gothorum*. Hay dos palabras latinas. *Regina* y

Gothorum, cuya traducción es *Reina de los Godos*. Supongo que *Reciberga* es el nombre de la reina. Es posible que esa pulsera perteneciera a una reina del tiempo de los visigodos. Pero no sé qué reina podía ser.

—¿Cuándo fue el tiempo de los visigodos? —preguntó el joyero.

—Fue el tiempo en que existió el llamado reino de Toledo. Aquí tuvieron su capital desde principios del siglo VI, cuando los derrotaron los francos y se desplazaron hacia el sur, abandonando las tierras que ocupaban en Galia, salvo un pequeño territorio, que se llamaba Septimania. Ese reino se mantuvo hasta comienzos del siglo VIII cuando llegaron los moros y acabaron con él. Esta Reciberga... —don Trinidad se pasó la lengua por los labios y se acarició el mentón con aire pensativo— debió de ser la esposa de alguno de sus reyes. Si es Regina Gothorum... Quizá podríamos... ¡Un momento! —El anciano sacerdote se levantó con dificultad y buscó entre los volúmenes de la estantería que había a su espalda el primer tomo de la *Historia general de España, desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII*, de don Modesto Lafuente, que por aquellas fechas estaba dándose a la estampa—. ¡Vamos a ver qué tenemos aquí!

Valcárcel lo miraba pasar las hojas, tratando de encontrar lo que buscaba.

—¿Puedo saber qué busca?

El sacerdote no le echó cuentas, embebido como estaba en la búsqueda.

—¡Aquí está! ¡Reciberga! ¡Fue la esposa del rey Chindasvinto!

A Valcárcel aquellos nombres le sonaban a chino. Solo acertó a decir:

—Eso significa que esa pulsera es una joya muy antigua.

—¡Y tan antigua! —Sin levantar la cabeza del libro comentó—: Chindasvinto reinó entre los años 642 y 653. Eso significa que la joya tiene... tiene —echó cálculos mentalmente— unos mil doscientos años. —Don Trinito levantó la vista y miró al joyero entrecerrando sus ojillos miopes—. ¡Más que una joya esto es un tesoro! ¿Cómo diantres ha llegado a sus manos?

—¡Padre, Agudo ha dado ya el primer repique de campanas! ¡No puede entretenerse un minuto más! —Era el ama de llaves la que había hecho la advertencia desde la puerta del despachillo.

—¿Tan tarde es?

—Casi las ocho menos cuarto. Ya estarán rezando el rosario...

—¡Bendito sea Dios! —Don Trinidad cerró el libro y se levantó a toda prisa. Si no quería que la exposición y manifiesto del Santísimo Sacramento empezara con retraso, no podía perder un instante.

La aparición del ama de llaves fue como una bendición del cielo para el joyero. Evitaba tener que dar explicaciones y no deseaba mentir otra vez a don Trinidad —es lo que hubiera hecho, caso de tener que responderle—, pese a que el sacerdote se había mostrado tan generoso con su tiempo y conocimientos. Recuperó su papel y también se levantó sin dejar de dar las gracias a don Trinito.

Cuando salió a la calle, Valcárcel tenía la boca seca y una sensación de mareo. No sabía historia, pero lo que acababa de conocer era extraordinario. ¡Tenía en su poder parte de una joya que todo apuntaba a que había pertenecido a la esposa de un rey visigodo! No sabía exactamente qué era. Pasó por la joyería y volvió a extasiarse viendo su adquisición y, tras guardarla en el arca de tres llaves, echó los cierres. Ahora lo asaltaba la duda. Podía seguir indagando por su cuenta con mucha discreción porque el peligro era demasiado grande, si alguien se enteraba de lo que tenía. Por otro lado, la experiencia le indicaba que lo mejor era fundirlo todo en pequeños lingotes, pero se trataba de algo tan extraordinario... Si lograba recomponer aquella joya...

Subió hasta Zocodover y estaba llegando a la plaza cuando oyó el repique de las campanas de Santiago del Arrabal. Iba tan embebido en sus pensamientos que no se dio cuenta de que Celestino Conesa, el administrador de doña Martina Vicentelo, acompañado por dos criados de la casa, se le había acercado. Se sorprendió al verlo. Sabía quién era porque, en más de una ocasión, había acudido a la joyería con algún encargo de su señora.

—Buenas tardes, Valcárcel —lo saludó el administrador con cara de pocos amigos.

—Buenas tardes. ¿Ocurre algo?

—Sí, que doña Martina quiere hablar con usted.

—¡Hummm! —Se acarició el mentón—. ¿Cuándo?

—Ahora.

—¿Ahora? Lo lamento mucho, pero en este momento no me es posible. Voy con retraso...

—Veo que no lo ha entendido. No le estoy preguntando si puede reunirse con ella. Lo que le he dicho es que quiere verlo.

Valcárcel miró a los dos criados que acompañaban al administrador. Tenían aspecto de matones con malas pulgas. Aunque estaban en Zocodover y había mucha gente en la plaza no tenía donde elegir. Con suerte podía zafarse de aquellos sujetos, pero sería una solución de emergencia y le

serviría temporalmente. Se encogió de hombros y comentó:

—Si es deseo de doña Martina...

—Compruebo que es usted un hombre razonable.

—¿Adónde vamos?

—A su casa.

—¿A la calle de San Ginés?

—Exacto.

Celestino echó a andar y los dos criados se situaron como si fueran la escolta del joyero, que empezaba a intuir la razón por la que la dama quería verlo. Seguro que ya sabía que tenía la cadena que Morales no había ocultado convenientemente cuando apareció por la joyería.

Apenas cruzaron palabra durante los pocos minutos que tardaron en llegar a casa de doña Martina. Un palacete que respondía al modelo solariego de la ciudad: zócalo de grandes piedras de algo más de una vara de altura y la fachada de aparejo toledano, mampostería entre hiladas de ladrillo, culminadas con un amplio alero de madera oscura. La puerta labrada en piedra y coronada por un arco de medio punto daba paso a un amplio zaguán en el que una cancela de forja dejaba ver desde la calle un amplio patio claustral donde una notable vegetación creaba un agradable ambiente de verdura y frescor.

La dueña de la casa no hizo esperar al joyero, a quien Celestino había conducido a una estancia lujosamente amueblada.

—Supongo que ya imagina por qué está aquí.

Valcárcel aparentó ignorarlo.

—La verdad es que no he dejado de preguntármelo desde que su administrador me ha abordado. ¿Hay algún problema con el camafeo?

—No me tome por tonta. Sabe de sobra por qué le he hecho venir.

—Prefiero que usted me lo diga.

—La cadena, Valcárcel, la cadena. Me mintió cuando me dijo que aquel individuo la había llevado para que se la tasara. ¡Era mentira!

—¿Qué le hace pensar eso?

—Ya le he dicho que no me tome por estúpida. Ese patán me ha dicho que había ido a su joyería con el propósito de vendérsela. ¡Usted se la compró! ¡Déjese de disimulos! —exclamó irritada y alzando la voz.

—¿Ha visto a ese individuo?

—Sí, he tenido una conversación con él. ¡Quiero esa cadena, Valcárcel!

—La forma en que lo dijo no dejaba dudas de que se trataba de una orden—.

Es muy antigua. Diría que de la época de los visigodos.

Valcárcel quedó impresionado.

—¿Está segura?

—Tengo pocas dudas.

Lo que ahora preocupaba al joyero era hasta dónde Morales le había contado en esa «conversación». Sopesó la situación para salir de ella lo mejor posible. Tenía sobradas muestras de que la mujer que tenía delante era caprichosa, estaba muy bien relacionada y su bolsa no parecía tener fondo. Venderle la cadena podía resultar un buen negocio. Sin embargo, suponía un riesgo. Si no era la única que Morales había encontrado, era algo que no debía difundirse. Si se hiciera público el escándalo podía ser monumental. La Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos no dejaba de meter las narices en cualquier objeto que tuviera un atisbo de valor histórico o artístico y todo se había complicado desde que dependía de la Real Academia de Bellas Artes. Sus agentes lo tenían en el punto de mira. Lo que había comprado, incluso destrozado como se lo había llevado Morales, era de un valor indiscutible y, si se enteraban, las consecuencias podían ser muy graves. Decidió que fundirlo era la mejor opción porque no dejaba rastro. Fundirlo todo menos la cadena de la que se había encaprichado doña Martina porque si no satisfacía su deseo podía tener también consecuencias muy graves, como dar por perdida a una de sus mejores clientas.

—Le advierto que he tenido que pagar mucho.

—No me venga con monsergas. Sé lo que ha pagado.

Valcárcel lanzó el anzuelo.

—Tres mil quinientos reales.

—¡Cómo se atreve a mentirme tan descaradamente!

—Puede que quien le haya mentido sea ese paleta.

Morales apenas le había dado información. Le había contado una historia de su abuelo y que Valcárcel le había pagado ciento cincuenta reales. La cadena no podía valer tres mil quinientos reales. Era el joyero quien mentía, tratando de... estafarla.

—La cadena es muy valiosa, pero usted sabe mucho mejor que yo que no puede valer esa suma.

Oír aquellas palabras quitó al joyero un peso de encima. Por alguna razón, Morales no le había dado demasiada información. El daño era grave pero no resultaba irreparable, al menos todavía. Lo mejor era cederle la cadena, pero antes tenía que asegurarse de lo que doña Martina conocía de

aquel asunto. La experiencia le decía que un secreto compartido dejaba de serlo.

—Si sabe lo que yo he pagado, creo que lo mejor es que usted me diga cuánto está dispuesta a darme. Pero antes deberá satisfacer mi curiosidad.

—¿A qué se refiere?

—Me gustaría saber dos cosas. La primera, ¿por qué está tan interesada en esa cadena? La segunda, qué le ha contado ese tipo sobre ella. Tal vez la historia que usted conozca tenga poco que ver con lo que me ha dicho a mí.

—A lo primero le diré que se trata de una cadena muy antigua. ¡En Madrid causará sensación! Respecto a lo segundo, lo que el señor Morales me ha contado es que en su familia se cuenta que su bisabuelo la halló en el campo, en una finca de su propiedad. Si está satisfecha su curiosidad, estoy dispuesta a doblarle los ciento cincuenta reales que ha pagado por ella. ¿Le parece bien?

Las explicaciones no habían convencido al joyero. Aquel Morales debía mentir más que hablaba. Pero no estaba en condiciones de poner en duda lo que doña Martina le había dicho. Venderle la cadena echaba por tierra su proyecto de reconstruir la joya, pero era mejor no arriesgarse. Nada objetó al precio.

—Es usted muy generosa. Mañana puede mandar a por ella. Se la tendré preparada y limpia.

—Si no le importa, Celestino le abonará la suma y ahora lo acompañaré a la joyería. Me gustaría tenerla en mi poder esta misma noche.

Aunque conocía los caprichos de la dama, aquella prisa por tener la cadena en su poder le ratificó que allí había gato encerrado. Valcárcel disimuló su contrariedad, pero no puso ningún reparo. Era lo más conveniente, tal y como se habían puesto las cosas.

Apenas hubo regresado Celestino al palacete de San Ginés, doña Martina ordenó que encendieran uno de los grandes candelabros del salón y lo llevaran a su alcoba. Necesitaba mucha más luz de la que le proporcionaba el velón que alumbraba aquella estancia o la palmatoria que tenía en su mesita de noche. Se encerró en su dormitorio y, después de asegurar la puerta, abrió el armario donde guardaba sus vestidos de fiesta y donde al fondo, en un secretillo disimulado, guardaba ciertas pertenencias. Allí había saquitos de seda con monedas de diferentes metales, etiquetados convenientemente. «Denarios republicanos», «Bronces del Bajo Imperio», «Reales de a ocho», «Doblonos de oro», «Escudos de Felipe II» «Ducados

del reinado de los RRCC». Había pequeñas figurillas de bronce. Una diadema cuajada de piedras preciosas de factura muy antigua. Varios brazaletes de oro macizo con forma de serpiente enrollada, ajorcas de oro, un par de torques de la época de los íberos y una especie de gargantilla finamente labrada. Por fin, encontró lo que buscaba. Era una cadena tan larga como la que acababa de adquirir y, al ponerlas una junto a la otra, pudo comprobar que también sus eslabones tenían forma de corazón. Sin duda, habían salido de la mano del mismo orfebre o cuando menos eran obra de un mismo taller. Por un momento la invadió la nostalgia al recordar cómo había hallado la cadena que allí guardaba. Todavía vivía su marido, que era quien le había inculcado la afición a las antigüedades. La encontraron en los cimientos de las ruinas de la vieja ermita que había junto al cigarral donde pasaban los veranos y siempre estuvieron convencidos de que era el resto de una pieza de mayor entidad que alguien había encontrado. Su marido consideró que, siendo las ruinas de la época visigoda, la cadena también había de serlo. Adquirió algunas obras que trataban del mundo de los visigodos: sus reyes, sus costumbres, su religión... Fue entonces cuando oyó hablar por primera vez de coronas votivas.

—¡Lo sabía! —exclamó, sin poder contener su emoción.

Cerró el escondite, guardó las dos cadenas en el bolsillo de su vestido, abandonó la alcoba y encaminó sus pasos hasta la que había sido biblioteca de su difunto esposo, alumbrándose con el candelabro. La biblioteca tenía dos grandes ventanales que daban al patio posterior de la casa. Buscó en la única estantería con puertas de cristal y asegurada con una cerradura —las demás solo tenían una malla de fino alambre con trenzado hexagonal— donde solo había libros encuadernados en pergamino con aspecto de antiguos códices. Alzó el candelabro para ver mejor y fue repasando los títulos hasta que encontró lo que buscaba: un grueso volumen infolio, titulado: *El reino Visigodo de Toledo. De Alarico II a Rodrigo*.

A la luz del candelabro buscó el texto que su marido le había leído cuando le regaló la cadena que ya tenía, cuya página estaba señalada con un papelillo. Leyó varias veces el párrafo:

Era costumbre entre los monarcas visigodos donar la corona con que habían sido ungidos monarcas a alguna iglesia importante, al tiempo que hacían un voto o promesa. Por esa razón se las conoce como coronas votivas. Dichas coronas, ricamente ornamentadas con piedras preciosas, se colgaban con unas cadenas del techo del templo donde lucían esplendorosas y recordaban el poder del monarca donante.

Presa de una creciente excitación, buscó otra página, que también estaba señalada un poco más adelante, y leyó:

Una de las principales manifestaciones artísticas de tiempos del reino visigodo de Toledo fue la orfebrería, que gozaba de una larga tradición entre las tribus germánicas que invadieron el Imperio romano de Occidente. Solían elaborar hebillas y fíbulas que decoraban con esmaltes. Los eslabones de sus cadenas, cuando tenían un fin decorativo, tenían forma alveolada y cada uno de ellos era una verdadera obra de arte.

Sacó las dos cadenas y las extendió sobre la mesa. A la oscilante luz de los cirios los eslabones cobraban hermosas tonalidades doradas. Aquellas cadenas eran visigodas. Perdió la noción del tiempo contemplándolas con arrobo e imaginando dónde estarían las coronas votivas que aquellas cadenas habían sostenido en otro tiempo.

Francisco Morales había pasado un mal trago. Doña Martina no solo era una mujer bellísima, sino seductora. Hubo un momento en la posada de la Sangre que estuvo a punto de sucumbir a sus encantos, pero no se atrevió cuando ella pareció que daba el último paso. Resistió pensando que si daba un traspie... Era una locura desde cualquier punto de vista que se mirase. Se cuidó mucho de hablarle de las coronas y la conversación se limitó a la cadena y sobre la marcha había improvisado una historia sobre la antigüedad del hallazgo por uno de sus abuelos.

Pese a que no era la hora más apropiada, cuando se despidió de ella eran cerca de las dos, decidió regresar a Guadamur. Tomó un poco de queso en aceite y una rebanada de pan que le prepararon en la posada El Laurel, pagó la comida y el alojamiento de la mula y abandonó Toledo.

Durante el camino su cabeza era un volcán en erupción. Apenas le preocupaba el viajar con una bolsa repleta de escudos que, en otras circunstancias, hubiera sido la causa principal de su intranquilidad. Al paso cansino de la mula, bajo un sol inmisericorde, se sentía inquieto. No estaba contento con el resultado de la venta a Valcárcel y tenía el ánimo desasosegado. Tampoco podía quitarse de la cabeza el encuentro con doña Martina Vicentelo. Por lo que ella le había dicho, que no había sido gran cosa, las piezas de las que se había desprendido, incluso troceadas, valían mucho más. Eso significaba que, posiblemente, habría más joyeros que se mostrarían interesados. Se planteó probar suerte con otro, aunque eso suponía que el secreto podía empezar a dejar de serlo. Cuando avistó Guadamur ya había tomado una decisión: realizaría una nueva tentativa, pero no sería con Antón Valcárcel. Buscaría la forma de vender aquellas joyas, aunque desprenderse de ellas llevara implícita su destrucción. Para Morales lo más importante era mantener la discreción. Le gustaría no tener que destruir aquellas maravillas, pero se veía obligado a ello por las circunstancias.

En su casa la bolsa de escudos fue celebrada, el ajuar de las jóvenes casaderas había dejado de ser un problema. Tendrían los mejores juegos de sábanas, las mantelerías más delicadas, camisones con los mejores encajes... Pero coincidían en que aquel oro valía mucho más. Morales les contó cómo

había sido el trato con Valcárcel, pero se cuidó mucho de hacer el menor comentario sobre doña Martina y su interés por la cadena. Cuando explicó lo que había pensado, todas se mostraron conformes, salvo Escolástica que, desde el primer momento, había considerado una barbaridad hacer trozos aquellas joyas. Pero la mayoría estaba de acuerdo con desprenderse de ellas de aquella manera. El riesgo de ofrecer a algún joyero una pieza completa podía traer consecuencias muy graves, que no estaban dispuestos a afrontar.

Al cabo de tres días Morales se acercó al taller de Narciso Pulgarín, uno de los joyeros más acreditados de Toledo. Su taller estaba frente a la iglesia de Santo Tomé, cerca del Palacio de Fuensalida y no lejos de la posada El Laurel. Para no tentar demasiado a la suerte solo le había mostrado un par de cadenas que resultaban menos llamativas que los trozos de oro de la corona que había cortado. Antes de salir de Guadamur había pesado, como siempre hacía, las cadenas en la romana pequeña, cuya fiabilidad dejaba mucho que desear, pero le proporcionaba una idea aproximada del peso de lo que llevaba. El encuentro con este joyero fue peor que el vivido con Valcárcel.

Pulgarín, desde que lo vio entrar por la puerta de su establecimiento, tuvo una actitud casi despreciativa. El aspecto de Morales no cuadraba con la imagen que tenía de sus clientes: el traje de pana, un tanto deslustrado, el ajado sombrero de fieltro, el rostro y las manos curtidas por la vida en el campo... Aquellas trazas y la forma de expresarse... Luego, cuando vio lo que puso sobre su mostrador, aparentó estar poco interesado. Pero cuando Morales recogió las cadenas e hizo ademán de marcharse, modificó su actitud temiendo que aquel palurdo se largara y perdiera la posibilidad de hacer un buen negocio. Después de un rato de tira y afloja, cerraron un acuerdo que distaba muy poco del que había alcanzado unos días antes. Trescientos cincuenta reales. Era una buena suma, pero había esperado mucho más.

Otra vez había pesado en él el deseo de desprenderse del oro por encima de conseguir un precio más acorde con el valor de lo que vendía. Pero lo que había hecho más mella en su ánimo había sido la actitud displicente del joyero. Se sintió poca cosa. Desasosegado, subió por el callejón que daba a la amplia vía de Santo Tomé y enfiló por el Aljibillo pensando que la fortuna había llamado a su puerta al encontrarse con aquel tesoro, pero no estaba contento. Tenía que buscar la forma de sacarle partido a lo que guardaba en el desván de su casa. Eran poco más de las once y disponía de tiempo para hacer los dos encargos que le habían encomendado. Escolástica necesitaba unas láminas de papel pautado y también había de pasarse por la mercería de

Regina para recoger unos cadejos de hilo para su mujer. Camino de los encargos pasó ante la calleja que daba a la Puerta del Reloj de la catedral. Sin saber muy bien por qué entró en la iglesia. El interior del templo, protegido por sus gruesos muros, era fresco y estaba sumido en una agradable penumbra que contrastaba con el calor que ya empezaba a apretar y con la intensidad de la luz exterior. El ambiente invitaba al recogimiento y era propicio a la reflexión. Después de arrodillarse, se sentó en uno de los bancos que había frente el presbiterio, delante del coro, con el ánimo turbado. No dejaba de ser un campesino con un honesto pasar, un hombre de pueblo al que le había sonreído la fortuna, aunque lo había hecho de forma que tenía que andarse con pies de plomo. Ahora era un hombre rico que podía permitirse ciertos lujos con los que no se había atrevido a soñar. Lo sacaron de sus elucubraciones las campanadas del reloj dando las doce. Apenas se apagó el sonido de la última cuando la gente se arrodilló y un clérigo, acompañado por varios monaguillos, recitó la plegaria del Ángelus:

—El ángel del señor anunció a María.

—Y concibió por obra y gracia del Espíritu Santo.

Dios te salve María... Las bóvedas del templo se llenaron con el rezo de los fieles.

Aquellos minutos habían serenado algo su ánimo, pero no hizo desaparecer el desasosiego. Necesitaba encontrar una solución para lo que ocultaba en el desván de su casa. Pero también había de evitar los inconvenientes que caerían sobre él y su familia, si alguien llegaba a descubrir lo ocurrido junto a la fuente de Guarrazar. No estaba dispuesto a malvenderlo como había hecho hasta aquel momento y, si era posible, no lo destruiría de forma tan lamentable. Hasta ahora había respetado las cruces, tanto las de oro macizo como las de madera revestidas de oro, por un temor mezcla de superstición y religiosidad. También había conservado intacto aquella especie de bastón con una esfera en uno de sus extremos porque le parecía de una belleza extraordinaria.

Morales abandonó la catedral cuando terminaron las oraciones y se santiguó con agua bendita de la pililla que había junto a la puerta Llana, llamada así por los toledanos al encontrarse a ras de suelo. Era por donde salía y entraba del templo metropolitano la monumental custodia en la que el Santísimo Sacramento recorría las calles de la ciudad en la festividad del Corpus Christi. Al llegar a la altura del callejón del Vicario, vio a lo lejos salir de una librería que había en la esquina a monsieur Hérouart. Le pareció

que acompañaba a una dama a la que cedía el paso. Fue una visión momentánea, tan fugaz que ni siquiera estaba seguro de que aquel caballero fuera Hérouart. Se había perdido por la calle que conducía a la Posada de la Hermandad, que quedaba a la espalda de la catedral y que, en tiempos, había albergado la sede de los cuadrilleros de la Santa Hermandad, una guardia de origen medieval surgida entre los ganaderos y leñadores de la comarca de los Montes de Toledo para hacer frente a los bandidos que pululaban por la zona. Fernando III la había transformado en una institución de la Corona, dotándola de amplios poderes para llevar a cabo su cometido.

Se pasó por la papelería donde adquirió el papel pautado para Escolástica y después se encaminó a la mercería para recoger el paquete de su mujer antes de ir a la posada. Allí pidió a la posadera que le preparase algo que llevarse a la boca antes de ponerse en camino. La mujer sacó de una orza un grueso taco de lomo en manteca y varios trozos de queso en aceite, acompañándolos de unas rebanadas de pan. Comió y, sin perder un minuto, ajustó la cuenta con el posadero, aparejó la mula y se puso en camino.

Ver a monsieur Hérouart hizo que una idea comenzara a revolotear en su mente. El cansino caminar de la mula lo amodorraba y lo invitaba a pensar. Poco a poco, una posible solución fue tomando forma en su mente y dos días más tarde Morales regresaba a Toledo de nuevo. Empezó a preocuparle que, en el pueblo, donde resultaba difícil ocultar algo, se preguntaran la razón por la que viajaba con tanta frecuencia a Toledo. Era algo anormal y, sin duda, ya habría despertado algún comentario, aunque nada había llegado a sus oídos.

Dejó la mula en El Laurel, como siempre, y cruzó la plaza del Conde. Caminó hasta una calleja a la espalda de San Juan de los Reyes. El monasterio que los Reyes Católicos habían mandado construir con el propósito de que allí descansaran sus restos mortales. El que fuera un espléndido edificio, símbolo de una época, estaba semiderruido. Durante la guerra de la Independencia los franceses habían mutilado las esculturas del claustro y desmontado el retablo mayor para obtener madera con la que calentarse. Los desmanes de aquellos bárbaros los completó la desamortización de los bienes eclesiásticos durante la regencia de doña María Cristina de Nápoles, al obligar a la comunidad a abandonar el monasterio. Aquel hermoso recinto labrado con la riqueza que requería el que fuera a albergar una tumba regia era ahora un erial donde encontraban cobijo algunos mendigos y era refugio de alimañas.

Morales llamó a la puerta de una casa, pequeña pero con aspecto

cuidado. La mujer que respondió a su llamada lo hizo con malos modos. Atender a la puerta le había obligado a abandonar la tarea doméstica en la que estaba empeñada.

—¿Quién es? —preguntó asomándose a una ventana de la planta alta.

—¿Vive aquí monsieur Hérouart?

—¿Quién quiere saberlo?

—Mi nombre es Francisco Morales. ¿Está monsieur?

—¡Está, pero no recibe visitas! Anda muy atareado.

—Entonces ¿cuándo podría recibirme?

—No lo sé. ¡Venga otro día!

La mujer dio un portazo cerrando la ventana y dejando a Morales con la palabra en la boca.

—¡Será malnacida! —farfulló entre dientes el campesino que no se lo pensó dos veces y volvió a golpear el aldabón, con toda la fuerza de que era capaz. Si aquella arpía creía que podía darle con la puerta en las narices, no iba a resultarle fácil. No obtuvo respuesta, por lo que insistió otra vez dando una larga serie de golpes. Ante la falta de respuesta hizo un tercer intento. Esta vez con éxito.

La mujer, empuñando un escobón, abrió la puerta y, soltando una ristra de improperios, lo amenazó a voces con romperle las costillas a palos si no se marchaba inmediatamente. Los gritos hicieron que monsieur Hérouart, que estaba en pantuflas y vestía un batín corto de llamativos cuadros escoceses, apareciera con las antiparras en una mano y una pipa en la otra.

Adolphe Hérouart era un hombre maduro que se conservaba bien y resultaba atractivo. Sus ojos azules hacían suspirar a más de una dama toledana. Era de mediana estatura, conservaba el cabello, que tenía completamente blanco, lo que acentuaba su aire distinguido; su rostro era alargado a lo que colaboraba una puntiaguda barba que cuidaba con esmero. Llamaban la atención sus mostachos, que le aportaban otro toque de distinción y, aunque ahora se mostraba con bata y pantuflas, vestía con una elegancia que llamaba la atención en la ciudad. Había llegado a España hacía casi veinticinco años, en 1834, para enrolarse en las filas del ejército carlista, donde alcanzó el grado de coronel por méritos de guerra. Tras la firma del Convenio de Vergara, se acogió a la posibilidad de enrolarse en el ejército isabelino con la misma graduación que tenía. Su nueva situación le había llevado a diferentes destinos para acabar retirándose a Toledo, al ser llamado por el director del Colegio de Infantería, para enseñar francés a los cadetes

con unos emolumentos que le permitían vivir con ciertas comodidades y tener una criada que también le calentaba la cama de vez en cuando. Iba tres días por semana, lunes, miércoles y viernes, en horario de tarde, al antiguo Hospital de la Santa Cruz, sede del Colegio para instruir a los cadetes en la lengua de Molière.

—¡*Mon Dieu*, Leocadia! ¿Puede saberse a qué viene todo este escándalo?

—¡El culpable es este energúmeno que va a echar la puerta abajo! — gritó la moza que seguía amenazando a Morales con el palo de la escoba—. ¡Está empeñado en hablar con usted! ¡Le he dejado muy clarito que estaba ocupado y no se le podía molestar!

El francés acercó los lentes a los ojos.

—¡Pero si es mi amigo, el de Guadamur! *Mon Dieu!* ¡Pase, pase! ¡Déjele entrar, Leocadia! ¡Vamos, vamos!

La criada se apartó de la puerta y, con gesto adusto, franqueó la entrada a Morales. Al entrar, murmuró una protesta ininteligible.

—Con su permiso, monsieur. —Morales se había quitado el sombrero y estrechó la mano que Hérouart le ofrecía.

Pasaron a un pequeño gabinete donde había más libros de los que Morales había visto en su vida y, tras sentarse, el francés le preguntó por el motivo de aquella visita. Llegaba el momento que el labriego más temía. Había ensayado diversas formas de plantearle lo que había ido a proponerle, barajado diferentes posibilidades de hacerlo y todas las había desechado. La verdad era que no sabía cómo decírselo y, en aquellas circunstancias, optó por la vía más directa. Sacó del bolsillo de su chaleco un trozo de cadena de labrados y gruesos eslabones y se la mostró.

—¿Qué le parece a usted?

Hérouart, con rostro impenetrable, la examinó con detenimiento y, después de sopesarla, comentó:

—Pesa al menos un cuarto de libra y yo diría que se trata de oro de buena calidad. ¿Dónde ha encontrado esto?

Morales respondió insistiendo en su pregunta:

—¿Qué le parece?

—Es una joya antigua, no me cabe la menor duda. La manera en que están elaborados los eslabones, su forma... Pero en este momento no sabría precisar la época. Necesitaría consultar algunos libros y, en todo caso, lo mejor sería que la viera un experto.

—¿Conoce a alguno?

El francés frunció el ceño. Permaneció un rato en silencio observando la pieza y dando caladas a su pipa.

—Conozco a un joyero en Madrid, que tal vez podría... No sé... ¿Merece la pena? Sin duda alguna, es una pieza valiosa. Pero no sé si tan importante como para ir a Madrid para pedir información a un experto...

Por un momento, Morales dudó. Pero después de haberle dado tantas vueltas y haber decidido que monsieur Hérouart podía buscar una salida a las cruces y las lámparas o coronas o lo que quiera que fueran aquellas joyas, no iba a echarse ahora atrás. Desvelárselo quizá era demasiado arriesgado, pero no había encontrado solución.

—Verá, monsieur, eso es solo una muestra.

El francés lo miró a los ojos, dio una larga calada a su pipa y expulsó el humo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que hay mucho más.

El francés trató de disimular la impresión que le había causado lo que acababa de oír. Conocía a Morales lo suficiente como para saber que no era un sujeto fantasioso. Le parecía un hombre realista, apegado a su tierra y sensato. No sabía exactamente lo que quería decir con «hay mucho más», pero no tenía duda de que se trataba de algo que no se podía tomar a la ligera. Volvió a dar otra chupada a su pipa y le preguntó:

—¿Qué quiere decir exactamente eso de «que hay mucho más»?

A Morales le pasó otra vez por la cabeza echarse atrás. Quizá su obsesión por obtener más dinero le había llevado a cometer un error. El secreto, que él y su familia, habían guardado hasta aquel momento, había sido puesto en riesgo con la visita a los joyeros. Pero estos por su propio interés mantendrían la boca cerrada. Al revelárselo a monsieur Hérouart, dejaría de serlo. Sacó el pañuelo y se secó el sudor que había aparecido en su frente y estuvo a punto de pedirle a monsieur que le devolviera el trozo de cadena y que se olvidase de aquella visita. Pero fue una tentación pasajera. No había viajado a Toledo para echarse ahora atrás. Menos aún después de sentirse estafado por los dos joyeros que había visitado. Había estado dándole vueltas al riesgo que aquello significaba y lo había asumido. Con Hérouart las cosas solo podían mejorar. Carraspeó, como si necesitara aclararse la voz, y empezó a contarle, con todo lujo de detalles, lo que había ocurrido en aquella huerta del pago de Guarrazar. El francés lo escuchaba en silencio, sin apenas

pestañear. La historia le parecía increíble, pero sabía que algunos de los mayores descubrimientos de la arqueología se habían producido por circunstancias casuales. Había dejado su pipa sobre la mesa y el aromático tabaco se consumía lentamente en la cazoleta. Más de una vez estuvo a punto de interrumpirlo para pedirle alguna aclaración, pero no lo hizo. Aguardó a que Morales acabara. Quería saber sobre el lugar exacto en que estaba la fosa, la clase de objetos que había encontrado, cuántos eran... Para terminar preguntándole:

—¿Cuánto puede pesar todo ese oro?

—No lo sé. No tengo una balanza que afine el peso. Pero calculo que estarán alrededor de cincuenta o sesenta libras. He vendido parte de ello, algunas cadenas y piezas, a varios joyeros de aquí.

—*Mon Dieu!* ¿Conocen la historia que me acaba de contar?

—No, señor. Me he limitado a ofrecérselas. Me las han pagado al peso, cadenas y trozos de lámparas o coronas. No sé qué son exactamente.

—¿Qué significa eso de... trozos?

Morales sintió vergüenza cuando le explicó cómo habían dividido una de las joyas y que también le habían arrancado las gemas que las adornaban para enmascarar la venta. Hérouart vació los restos de tabaco que quedaban en su pipa y volvió a cargarla. Necesitaba fumar.

—Con una muestra como esta —alzó la cadena con la punta de los dedos— no puedo molestar al que en mi opinión es el mejor diamantista que hay en España.

—¿Qué es un diamantista?

—Un joyero experto en piedras preciosas.

—¿Ha dicho que es el mejor de España?

—Sin la menor duda. Me estoy refiriendo a don José Navarro.

—No sé quién es —se excusó Morales.

—Fue quien hizo la corona para la reina Isabel II. ¡Una joya excepcional! Es un gran maestro. Ahora está retirado y pasa largas temporadas aquí, en Toledo, donde se ha comprado una casa a orillas del Tajo.

Morales se acarició el mentón.

—Podemos mostrarle algo que le interesará.

—¿Qué?

Se desabrochó el chaleco y de una taleguilla que llevaba cosida al forro sacó varias piedras preciosas y se las mostró. El francés, conteniendo la

respiración, sopesó una esmeralda del tamaño de un huevo de codorniz. Luego examinó un par de rubíes como no había visto en su vida y una gruesa perla.

—¿Estas piedras pertenecen a esas joyas?

—Sí, todas están adornadas con mucha pedrería. Las cruces, esas extrañas lámparas... ¿Cuándo podríamos ir a verlo?

Hérouart dio una chupada a su pipa, como si el humo del tabaco, cuyo olor inundaba el pequeño gabinete, le ayudara a pensar. Con que solo una pequeña parte de lo que aquel rústico acababa de contarle fuera cierto, podía ganar una fortuna. Se había equivocado al decirle el nombre del joyero y experto en piedras preciosas. No iba a cometer más errores.

—Creo que sería mejor que primero fuera a verlo yo. Le enseñaría esta muestra y vería cuál es su reacción. Como le he dicho, dejó el oficio y está retirado. Habrá que convencerlo.

El labrador asintió. El francés era un hombre de mucha experiencia. Hérouart miraba y remiraba las piedras.

—Esto vale mucho dinero, amigo mío. Más del que usted se imagina.

—¿Usted cree?

—Sin duda. Cuénteme otra vez cómo y dónde se produjo el hallazgo. No se deje atrás nada. Cualquier detalle es importante.

Morales repitió la historia, tratando de no olvidar ningún detalle. Las dudas iniciales se habían disipado. Ahora estaba convencido de haber tomado la decisión correcta acudiendo a ver a monsieur Hérouart.

—¿Esas huertas están donde en el pueblo se dice que hubo un cementerio?

—Así es, junto a la fuente de Guarrazar.

—¿Aparecieron huesos u otra clase de restos en la fosa? Quiero decir, si la fosa era una tumba.

—En la fosa no había huesos. Aunque... aunque —Morales notó cómo se le encogía el estómago—, la verdad sea dicha, aquello estaba muy oscuro y lleno de fango.

—Eso quiere decir que no está usted seguro.

—Creo que no había restos. Pero seguro... seguro... tampoco estoy. ¿Qué podemos hacer?

Hérouart dio otra chupada a su pipa y dejó que el humo saliese lentamente de su boca.

—Me gustaría ver esas joyas. ¿Tiene inconveniente en mostrármelas? Si

le parece, yo podría acercarme a Guadamur pasado mañana. Si las joyas son la mitad de valiosas de lo que me dice, quizá podamos conseguir que ese joyero venga a Toledo, las examine y nos dé su opinión. —Hérouart escogía con cuidado las palabras porque lo que estaba diciendo eran medias verdades; algo que, la mayor parte de las veces, se convierten en las peores mentiras—. ¿Qué le parece?

Morales asintió con la cabeza.

—¿Cómo ha dicho que se llama ese joyero?

—Navarro —respondió el francés de mala gana.

—Bien, en ese caso, ¿espero su visita en Guadamur pasado mañana?

—Allí estaré. Saldré temprano para llegar antes de que el calor apriete.

Una pregunta, Morales, ¿ha vuelto a ir por el sitio donde encontró las joyas?

—No, señor. No se me ha ocurrido volver. En aquel pago no tengo ninguna propiedad y eso podría levantar sospechas. No quiero que nadie se entere de lo que he encontrado.

—No sabe si hay otras fosas con..., bueno, ya me entiende. Aquello fue un cementerio.

A Morales no se le había pasado por la cabeza. Durante aquellos días había estado obsesionado en ocultar el tesoro y buscar la forma de convertirlo en dinero contante y sonante. Ni se le había pasado por la cabeza que la fosa que había encontrado no fuera la única.

—Mis preocupaciones de estos días... —farfulló como si tuviera que excusarse.

—¿Sabe quién es el propietario de aquella tierra?

—Es de un señor que vive aquí, en Toledo. Creo que se llama don Marcos Hernández.

Hérouart anotó mentalmente el nombre. El plan que estaba fraguando empezaba a tomar forma. Ahora lo más importante era despedir a Morales. Vino en su ayuda que en el reloj que colgaba de la pared empezaron a sonar, lentas y majestuosas, las campanadas que señalaban el mediodía.

—¡*Mon Dieu*, las doce! —Se levantó dando por concluida la reunión—. Se me ha hecho tarde, *mon ami*. Deje de mi cuenta lo del joyero. ¿Me permitirá quedarme con la cadena y esas piedras para que se haga una idea de lo que estamos hablando? Si quiere, puedo extenderle un recibo.

Morales dudó un momento. Pero no le pareció adecuado. Adolphe Hérouart era un caballero.

—No es necesario. Nos vemos pasado mañana en mi pueblo.

El francés lo acompañó hasta la puerta, donde lo despidió con un apretón de manos que parecía sellar un acuerdo que, en realidad, no existía. Una vez cerrada la puerta, regresó al gabinete y en un papel escribió un nombre que no quería olvidar: Marcos Hernández. Luego, gritó:

—¡Leocadia! ¡Leocadia!

La criada asomó por la barandilla de la galería superior que daba al patio central de la casa. Leocadia rondaría los veinticinco años. No era una belleza, pero sus formas eran rotundas y en el lecho desbordaba pasión.

—¿Me ha llamado?

—Prepara mi levita nueva, el corbatín azul con el chaleco a juego y una camisa blanca. ¡Rápido, no puedo perder un minuto!

—¡Ay, Dios y las prisas!

Se vistió enseguida y, antes de marcharse, le indicó:

—Necesitaría que averiguases algo. —La criada lo interrogó con la mirada—. Necesito saber dónde vive un señor llamado don Marcos Hernández.

—¿Tiene alguna referencia?

—Ninguna. Ni sé dónde vive, ni a qué se dedica. El único dato que puedo darte es que tiene unas tierras en Guadamur.

—No se preocupe. Toledo no es Madrid. ¿Almuerza en casa?

—No.

—¿Entonces, el puchero que he preparado?

—Para la cena —respondió besándola en los labios y despidiéndose con una carantoña.

Adolphe Hérouart, vestido de punta en blanco —chistera, guantes y bastón—, salió a la calle y caminó rápido, como si tuviera mucha prisa. Dejó atrás la iglesia de Santa María del Tránsito —una antigua sinagoga—, cerrada desde que se llevó a cabo la desamortización de los bienes eclesiásticos. Bajó por la calle de los Descalzos hasta ganar la Carrera de San Sebastián y por una calle cuyo nombre ignoraba, pegada a la muralla que corría paralela al curso del Tajo, llegó a su destino: una casa que era conocida como la del Barco del Tinte.

Se levantaba al pie de la ladera que caía sobre el Tajo, junto a la ribera del río. Quedaba fuera del recinto amurallado, aguas abajo del puente de Alcántara. Tenía el aspecto de casa fortificada, como las que eran vivienda de las familias nobles en la Edad Media. Era una construcción recia, labrada con gruesos muros de piedra. Poseía un embarcadero propio que su dueño había

construido aprovechando la pequeña ensenada que el río formaba a sus pies y se bajaba hasta él por unas escalerillas talladas en la piedra. Contaba con un hermoso jardín y una terraza desde la que se gozaba de unas espléndidas vistas sobre el río, el cerro del Bú, que se elevaba al otro lado del Tajo, y la ermita de Nuestra Señora del Valle.

Tenía cierto aire de misterio y ello había dado lugar a que corrieran entre las gentes algunas historias que tenían mucho de leyenda. Esos rumores habían cobrado mucha fuerza desde que vivía en ella su actual propietario: el diamantista al que iba a visitar monsieur Hérouart. Don José Navarro vivía en ella desde hacía cinco o seis años con una dama de origen suizo, doña Luisa Chapuiz, con la que tenía dos hijos, sin haber pasado por la vicaría, lo que causaba un gran escándalo y daba lugar a no pocos de los rumores que circulaban en torno al lugar. Había quien decía que el diamantista tenía tratos con seres extraños y eran muchos los toledanos que, tras la puesta del sol, no se atrevían a acercarse por las inmediaciones.

Al salir de casa del francés, Morales decidió volver a Guadamur sin perder un momento. A aquella hora iba a sudar de lo lindo, pero no le importaba. Recogió su mula, pagó al posadero y apenas hubo dejado atrás las últimas casas de Toledo, montó en ella y espoleó al animal como si se tratara de un caballo, obligándola a una marcha que distaba mucho del paso cansino al que estaba acostumbrada. Había estado tan obsesionado con el tesoro encontrado, que no se le había ocurrido pensar que hubiera más fosas llenas de joyas. No había reparado en la posibilidad de que lo descubierto solo fuera una parte de lo allí ocultado. Mientras hundía los talones en los ijares de la cabalgadura, para que avivase el paso, se preguntaba cómo había sido posible que todos hubieran estado tan ofuscados.

A eso de las cuatro y media, con el sol cayendo a plomo, llegó a la fuente de Guarrazar. Descabalgó y, mientras el animal saciaba la sed, oteó el horizonte. No se veía un alma bajo aquel sol de justicia. Se acercó a la fosa donde habían encontrado el tesoro y lo alarmó comprobar que alguien había estado hurgando allí. Lo que vio no dejaba margen para la duda. A pocos pasos, oculta tras un matorral, había otra fosa como la que ellos vaciaron. También había sido registrada. Estaba tapada a toda prisa con lajas de la misma clase. A Morales se le hizo un nudo en el estómago. En el pueblo había alguien más con un tesoro parecido al que él ocultaba en el desván. Su cabeza se convirtió en un volcán en ebullición y conforme pasaban los segundos lo atenazaba una inquietud creciente. Pensó que hasta era posible que alguien los hubiera visto la noche del hallazgo.

Rebuscó en los alrededores y descubrió un eslabón de oro y una perla. Se ocultó tras el matorral temiendo que, pese a no haber visto a nadie por la zona, hubiera alguien agazapado. Todo estaba en calma. Era la hora de la siesta y lo único que perturbaba el silencio era el zumbido de las moscas y el ruido del agua que manaba de la fuente. Montó en la mula y se encaminó hacia el pueblo, con el ánimo descompuesto.

La sospecha de que alguien más podía conocer el secreto que tan celosamente habían guardado podía convertirse en un serio problema. También especulaba con la posibilidad de que en aquel pago de huertas

podieran encontrarse más fosas llenas de joyas. Si aquello era un cementerio de los moros... Se preguntó si aquella gente enterraría a los muertos con sus joyas. Pero desechó rápidamente esa posibilidad porque no cuadraba con lo que había encontrado. Era un tesoro excepcional, impropio de los habitantes de un pequeño pueblo, y si era un cementerio de moros no podía haber cruces. Además, no había el menor rastro ni de huesos ni de restos humanos. Aquellas fosas tenían que responder a otra cosa. Doña Martina le había comentado que sospechaba que las cadenas eran de una época anterior a los moros. No recordaba muy bien lo que le había dicho, pero se había referido a los monarcas que reinaban antes de la invasión de esas gentes. Ahora se arrepentía de no haberle preguntado para obtener algún detalle. Pero aquella mujer lo había puesto tan nervioso que ni se enteró de la mitad de las cosas que le dijo.

Cuando María oyó ruidos en la cuadra dejó la tarea que tenía en la cocina y corrió hasta allí. Quería saber cómo había ido su encuentro con monsieur Hérouart. Su marido estaba desaparejando la mula y, al ver la expresión de su rostro, pensó que las cosas no habían ido como esperaba. No le extrañó. María no acababa de ver claro que se acudiera a aquel francés para buscar una salida al tesoro.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, dando por sentado que había sucedido algo muy grave.

—Saca una jarrilla de vino. Necesito beber. Tengo la boca seca.

—¿Qué ha ocurrido? —insistió María.

—Ahora te lo cuento. Ponme el vino.

En un santiamén se habían reunido en la salita todas las mujeres de la casa alrededor de la mesa. Ellas expectantes y preocupadas por la visita que habían tenido y porque lo que veían en el rostro del padre no anunciaba nada bueno. Francisco dio un largo trago al vino y se tomó su tiempo antes de empezar a hablar, aumentando la impaciencia entre las mujeres.

—¿Vas a contarnos cómo ha ido tu encuentro con ese francés? —Más que una pregunta era una exigencia.

—No seas tan impaciente, mujer. Espera que tome resuello. Venir desde Toledo a estas horas...

—Supongo que lo has hecho porque ha ocurrido algo grave.

—Pero no es lo que estás pensando. Con monsieur Hérouart todo ha ido a pedir de boca. Es un caballero de los pies a la cabeza.

—Entonces, ¿a qué viene esa cara de entierro?

Sacó el eslabón y la perla, y los puso encima de la mesa.

—¿Qué es eso? ¿De dónde ha salido? —preguntaron varias voces a la vez.

—Lo he encontrado en Guarrazar.

—¿Has vuelto a ir por allí? —preguntó María con el ceño fruncido y su marido asintió con la cabeza—. ¡Por la Santísima Virgen! ¡Hombre de Dios! ¿Cómo se te ha ocurrido hacer una cosa así?

—Porque cuando le conté a monsieur Hérouart cómo descubrimos las joyas, me preguntó si habíamos mirado para comprobar si solo había una fosa. Esa es la razón por la que he regresado tan pronto. Necesitaba dar una vuelta por allí. Cuando llegué, me acerqué a la fuente, como si fuera a darle de beber a la mula. Miré por los alrededores y eso que veis lo he encontrado allí.

—Pudieron caérsenos —señaló Escolástica—. ¡Estaba todo tan oscuro y lo hicimos tan deprisa!

—Es posible, pero lo malo es que hay otra fosa. Muy cerca de la que nosotros encontramos.

—¿Eso es lo que tenía? —preguntó Simona.

—Eso es lo que yo he encontrado, rebuscando en el fango.

—¿Estás seguro de que en esa fosa también había un tesoro? —preguntó María.

—¡Cómo voy a estar seguro! Es solo un suponer. ¡Cuando yo la he visto estaba vacía!

—Pero ese eslabón y esa perla indican...

—Es posible que sean restos de lo que nosotros sacamos. Pero puedo asegurarnos que allí ha habido alguien buscando y ha descubierto otra fosa. Lo que no sé es lo que podía haber en ella.

El silencio se había apoderado de la salita. Se oía el zumbido de las impertinentes moscas. Escolástica apartó una de su cara de un manotazo y María no disimuló su inquietud:

—Esto está tomando un camino que no me gusta. Como tampoco me gusta que hayas acudido a ese francés.

—Pues va a venir pasado mañana —anunció Morales.

—¿¡A la casa!?

—Sí, a la casa. Quiere ver lo que hay en el arca.

—¡Cómo se te ha ocurrido una cosa así! ¡Es una locura!

—¡No lo es! Ya os he dicho que la reunión con monsieur Hérouart ha

ido a pedir de boca.

—Si alguien más está al tanto de lo que hay en esas huertas...

—Eso nada tiene que ver con la visita de monsieur Hérouart. Lo que hay es que redoblar el cuidado que hemos tenido hasta ahora.

—La presencia de ese francés dará que hablar —insistió María.

—No es la primera vez que viene por el pueblo —se defendió Morales.

—Pero sí es la primera vez que viene a esta casa. La gente se preguntará a cuento de qué... ¡En fin, ya no tiene remedio! —zanjó María.

—Si has encontrado otra fosa, ¿no es posible que haya más? —preguntó Raimunda.

—Es posible. Aquello dicen que fue un cementerio en tiempo de los moros... —apostilló Isidora.

—Ya he pensado en eso mientras venía hacia el pueblo. Pero estoy convencido de que las joyas no tienen nada que ver con sepulturas de los moros.

—¿Por qué lo dices?

—¡Coño! ¡Porque los moros no se entierran con cruces como las que hay arriba! ¡Son moros!

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó María, preocupada.

—No lo sé.

María dio un sorbo al vino que había servido a su marido.

—¿Por qué no nos cuentas la reunión con el francés?

Francisco les explicó con todo lujo de detalles el encuentro. Cuando satisfizo la curiosidad de las mujeres, Escolástica sacó a relucir lo de la nueva fosa.

—Esa fosa significa que no somos los únicos que tenemos...

—Es posible, y también que alguien más sepa que nosotros hemos encontrado lo que hay arriba en el desván.

—Pues tenemos un serio problema.

—¡No lo creo! —exclamó Simona concentrando en ella todas las miradas.

—¿Por qué dices eso?

—Porque si esa fosa contenía un tesoro parecido al nuestro, quien la haya vaciado está tan interesado como nosotros en guardar el secreto.

—Eso es cierto —corroboró su padre—. Pero nos encontramos en una situación diferente. Si antes hemos sido muy discretos, ahora debemos actuar con mucho tiento. Un secreto entre tanta gente...

—Lo mejor es desprendernos cuanto antes de todo. Ese tesoro es un peligro que aumenta cada día que pasa —sentenció María—. ¿Dónde está el trozo de cadena y las piedras que te llevaste para enseñárselas al francés?

—Lo tiene monsieur Hérouart.

—¿Se ha quedado con ello? —preguntó Escolástica.

—Sí. Es la muestra que va a enseñarle a ese joyero del que os he hablado.

—¡Te fías demasiado de ese sujeto! —protestó María.

—Sí, me fío, y tal y como se han puesto las cosas, puede ser que sea quien nos saque de esta situación. Si ese joyero compra las joyas por un precio razonable, se las vendemos y a otra cosa.

—Madre, ¿vas a contarle a padre la visita de esta mañana?

Morales miró a su hija.

—¿Qué visita es esa? ¿De qué demonios está hablando Simona?

—Con tanta cosa... —se excusó María—. Esta mañana se ha presentado aquí un tipo que dijo llamarse Antón Valcárcel. Si no estaba mintiendo, ese sujeto es el primer joyero con el que trataste. Por la pinta que tiene no me gusta ni un pelo.

Morales pasó por alto el comentario. El joyero era también un perista y su mujer lo sabía. Sin duda, eso había influido en que el aspecto de Valcárcel levantara en ella suspicacias.

—¿Qué quería?

—Dijo que necesitaba hablar contigo. Pero nada más. Me limité a indicarle que no estabas en casa y casi le di con la puerta en las narices.

Hérouart tuvo que llamar dos veces hasta que le respondieron desde el otro lado de la puerta.

—¡Ya va! ¡Ya va! ¡Qué prisas! ¡Ni que fuera a acabarse el mundo!

Al francés le sorprendió que fuera la voz del diamantista la que respondiera. Se quitó los guantes y se destocó la chistera, mientras oía cómo el diamantista descorría el cerrojo y giraba la llave de las dos cerraduras con que aseguraba la puerta. Aunque en Toledo no había tenido ninguna experiencia desagradable, en Madrid sorprendió a un individuo tratando de forzar la puerta de su casa. Navarro era, desde entonces, una persona más precavida de lo que ya de por sí recomendaba una profesión como la suya. Antes de abrir preguntó:

—¿Quién es?

—Adolphe Hérouart.

Solo entonces abrió la puerta.

—¡Monsieur Hérouart! ¡Qué sorpresa! ¿Qué le trae por mi casa? —le preguntó al tiempo que le ofrecía su mano.

—Disculpe, amigo mío, que me haya presentado a estas horas y sin anunciarme. Pero es que ha surgido un asunto...

—No tiene que disculparse. Ha venido a su casa. Pero, pase, pase. Hace un calor horrible. Lamento recibirlo de esta guisa...

Navarro extendió los brazos mostrando una indumentaria inadecuada para recibir. Vestía una fina bata de seda con motivos chinescos sobre un camisón de dormir y calzaba unas pantuflas de fino tafilete. Tenía revuelto el escaso pelo que conservaba y en la mano un libro que debía estar leyendo.

—Pero la doncella y la criada han acompañado a mi esposa y a los pequeños a la modista. Estoy solo en casa, disfrutando de la lectura y... de la paz que ahora reina en ella.

—No sé si llego en un buen momento —insistió Hérouart como una forma protocolaria de excusarse.

—Está en su casa, amigo mío. ¡Pase, pase!

Navarro estaba cercano a los sesenta años, pero se conservaba bastante bien, pese a que había perdido casi todo el pelo. Era más bien bajo y

extremadamente delgado. Lo más llamativo era su nariz, ganchuda, como el pico de una rapaz. Había causado cierto escándalo que viviera, como si fuera su esposa, con una mujer mucho más joven. Condujo al francés hasta un pequeño gabinete donde el lujo de las alfombras y del mobiliario quedaba deslucido por el notable desorden que imperaba. Lo invitó a tomar asiento en uno de los sillones tapizados en terciopelo carmesí que había junto a una chimenea que llevaba mucho tiempo sin encenderse. Navarro marcó la página por donde iba leyendo y, dejando el libro sobre la mesa, se acomodó en el otro sillón y, tras una breve conversación sobre asuntos intrascendentes, preguntó por el motivo de la visita.

—¿Qué buenos vientos le han traído hasta mi casa?

Hérouart, que había encendido su pipa, dio una chupada y expulsó el humo lentamente, como si estuviera calibrando la respuesta.

—Verá, *mon ami*, como usted bien sabe tengo cierta afición por las cosas antiguas. No sé si le he comentado en alguna ocasión que poseo en casa un... un pequeño gabinete de curiosidades. Algunas monedas antiguas, restos de estuco de tiempo de los árabes, algunos azulejos antiguos y otras cosillas. Me gusta pasear por lugares que conservan testimonios de otros tiempos. Hay muchos de ellos cercanos a Toledo y, a veces, encuentro alguna pieza de otra época. Uno de esos lugares es Guadamur, a unas dos leguas de aquí. Supongo que ha oído hablar de él.

El diamantista asintió, añadiendo:

—No tenía noticia de que allí hubiera un yacimiento arqueológico.

—No lo hay, pero a veces se tropieza uno con algún resto interesante. El caso es que un vecino de ese lugar, al que he tratado alguna vez, me ha visitado hoy porque hace unos días ha encontrado —Hérouart sacó del bolsillo de su levita el trozo de cadena— esto.

A Navarro le llamó la atención la antigüedad de los eslabones. Se levantó y, de un cajón de la mesa sobre la que había dejado el libro, sacó una lupa y observó la pieza con detenimiento.

—Esto es muy antiguo. En este momento no sabría decirle de qué época. Pero por la forma de labrar y engarzar los eslabones me atrevería a decir que es de tiempo de los moros, quizá incluso más antiguo. Pero un trozo de cadena tiene un valor relativo. Quizá, algún coleccionista pueda pagar algo más de lo que vale su peso en oro.

—Eso es solo una muestra.

El diamantista, que continuaba examinando la cadena, apartó la lupa de

su cara y alzó la vista.

—¿Qué quiere decir?

—Que ese conocido, que se llama Francisco Morales, tiene mucho más. Mire. —Hérouart sacó la esmeralda, los dos rubíes y la perla, que le había dejado Morales.

Navarro, al coger las gemas, contuvo la respiración y durante un par de minutos las examinó sin abrir la boca. Mientras tanto, el francés no dejaba de dar chupadas a su pipa, esperando el dictamen del diamantista.

—La perla es buena, los rubíes son magníficos, pero esta esmeralda... esta esmeralda es extraordinaria. He visto pocas así a lo largo de mi vida. ¿Son tuyas estas gemas?

—No, son de ese tal Morales. Me ha dicho que ha encontrado unas extrañas coronas, pero que no las tiene por tales, también varias cruces extraordinarias. Alguna es de oro macizo, otras de madera revestidas con placas de oro y adornadas con gran cantidad de piedras preciosas. Según él, lo que ha encontrado pesará entre cincuenta y sesenta libras.

—¡Será una exageración! ¡Usted, que lleva ya tanto tiempo entre nosotros, ya sabe cómo somos! ¿Estas piedras son de esas joyas?

—Sí.

—¿Las ha desmontado?

—Me temo que sí, *mon ami*. Alguna de las joyas ha sido... cómo le diría... muy maltratada.

Navarro volvió a examinar otra vez la esmeralda.

—¿Cuál es la razón por la que ha venido a verme?

Era la pregunta que el francés estaba esperando.

—Morales quiere venderlas de forma... discreta. Busca un comprador solvente que pague algo más que lo que hasta ahora ha obtenido vendiendo algunas piezas a joyeros de aquí. He pensado que usted podría estar interesado.

Navarro dejó escapar un suspiro.

—Sabe que hace ya algunos años me retiré del negocio y me vi, en cierto modo, obligado a retomar la actividad por servir a Su Majestad doña Isabel II y las cosas no fueron todo lo bien que debían.

—¿Por qué dice eso? La corona que hizo para la reina fue alabada de forma unánime. Algo muy difícil que ocurra en España. Aquí los piques, los celos, las envidias... son un veneno muy extendido. Me sorprendió aquella unanimidad. Todo fueron loas a su trabajo.

—Tiene razón. Estoy satisfecho del resultado de aquel encargo. Pero, cuando digo que las cosas no fueron todo lo bien que debían, me refiero a que tardaron más de cinco años en pagarme ese trabajo. Gasté casi todo el dinero que había ganado a lo largo de una vida de trabajo en el oro y las gemas de esa corona. ¡Una fortuna, amigo Hérouart! ¡Los ahorros de una vida!

—¿Han tardado más de cinco años en pagarle?

—Como se lo estoy diciendo. Llevé la corona a palacio el primer día de febrero del año mil ochocientos cincuenta y dos y me pagaron hace pocos meses. Cuando entregué la pieza ni siquiera me dieron un recibo que pudiera servirme de garantía para pedir un préstamo. Ni siquiera eso, amigo mío. ¡Imagínese que me vi obligado a acudir al Monte de Piedad!

—¿¡Cómo dice!?

—Lo que oye, amigo mío. Tuve que empeñar algunos objetos personales para poder vivir. Cuando ya no tenía nada que empeñar acudí a una clienta mía, mujer de mucho dinero, que me ayudó sin hacer preguntas. ¡Gracias a ella no fui a la ruina ni perdí cosas que había empeñado y a las que me encuentro muy unido sentimentalmente!

—¡No me lo puedo creer! —El francés no salía de su asombro.

—Pues créaselo porque es verdad. Si le contara por los malos tragos que Luisa, mis hijos y yo hemos tenido que pasar...

—¡Cómo es posible que ocurran esas cosas!

Navarro se encogió de hombros.

—Al día siguiente de entregar la corona ocurrió algo que usted recordará. Un sujeto extraño, a quien se conocía como el cura Merino, atentó contra la reina. Logró penetrar en el Palacio Real sin que los alabarderos de guardia se lo impidieran; dicen que le franqueó la entrada el hecho de vestir ropas talares. Logró acercarse a la reina, que se disponía a asistir a la misa de parida en la iglesia de Nuestra Señora de Atocha, y le clavó un estilete en el costado derecho. La herida no fue profunda gracias al grueso tejido del vestido que estaba recamado de oro y sobre todo a las ballenas del corsé. La reina sufrió un desvanecimiento y se temió que el estilete estuviera envenenado.

—Lo recuerdo perfectamente. ¡El escándalo fue monumental!

—Eso hizo que dejara pasar algún tiempo antes de que me personara en palacio para reclamar el pago de la corona. Primero me dieron largas, más tarde nadie quería saber nada del asunto.

—¡No me lo puedo creer! —repitió Hérouart.

—No sé cuántos gobiernos he visto pasar sin que ninguno hiciera caso a mis reclamaciones. Lo he pasado muy mal hasta que, por fin, logré que el marqués de Santa Isabel atendiera mi petición. Me sorprendió que me pagara de una sola vez la totalidad del valor de la corona. Santa Isabel se portó como un verdadero caballero. No solo me abonó la corona, sino que añadió una pequeña suma a modo de interés por el retraso.

—Comprendo que no tenga deseos de arriesgarse a pasar de nuevo por un trance como ese. Pero lo de la corona de la reina no tendría por qué repetirse. Exigiríamos garantías de cobro.

—Si es algo que merece la pena... —concedió el diamantista.

—Para serle sincero, le diré que no he visto las joyas. En realidad, no sé de qué se trata, ni en qué estado se encuentran.

—Ese sería el primer paso, ¿no cree? Mire, amigo mío, estas gemas que tengo en la mano apuntan muy alto. Estoy dispuesto a ver esas joyas y, si realmente merecen la pena, podríamos hablar. ¿Está de acuerdo?

—Me parece muy razonable. Pasado mañana iré a Guadamur para ver lo que realmente tiene ese labriego.

El francés se despidió agradeciéndole el tiempo que le había dedicado.

Aunque le había dicho a Leocadia que no pensaba ir a almorzar, tras el encuentro con el diamantista, cambió de opinión. Subió por la Bajada del Barco hasta la librería de Maluenda, cerca de la catedral, adonde llegó sudoroso por el esfuerzo. Entrar en la librería supuso un pequeño respiro que le permitió recuperar el resuello. Aunque estaba en forma, los años no pasaban en balde.

Preguntó al librero por el encargo que tenía hecho, pero no había llegado. Maluenda, que era corresponsal en Toledo de *La Iberia*, se excusó, diciéndole que posiblemente llegarían al día siguiente. Un tanto contrariado, tomando por la Trinidad llegó a Santa María del Tránsito y enfiló hasta su vivienda.

—¡Leocadia! —llamó a la criada desprendiéndose de la chistera y el bastón para después quitarse la levita y quedarse en mangas de camisa—. ¡Leocadia! —volvió a gritar al no haber tenido respuesta, pero nuevamente solo obtuvo silencio.

Entró en la cocina, donde todo estaba en orden, y se asomó al patinillo donde hizo un tercer intento con el mismo resultado. Tampoco la localizó en la planta de arriba. Era extraño pues a aquella hora, cercana al almuerzo, Leocadia siempre estaba en casa. Tal vez, el haberle dicho que no iría a

almorzar...

Bajaba por la escalera cuando oyó como hurgaban en la cerradura de la puerta de la calle. Era Leocadia, quien se sorprendió de ver a su amo en casa.

—¿Ha vuelto?

—He terminado antes de lo previsto.

—¿Significa que va a almorzar?

—¿Ese puchero está listo...? —Se acercó a ella, que se había desprendido del pañuelo con que cubría su cabeza, la tomó por la cintura y la besó en los labios.

—¿Quiere probar algo antes del puchero?

Su respuesta fue volver a besarla al tiempo que le desabrochaba la blusa y empezaba a acariciarle los pechos. Ella deshizo el lazo del corbatín, le desabrochó el chaleco y, sin decir palabra, tomó escaleras arriba, seguida por él, que no dejaba de palparle las nalgas, mientras ella iba desprendiéndose de la ropa. Cuando llegaron a la alcoba estaban medio desnudos.

Fue durante el almuerzo cuando Leocadia le dijo:

—Ya sé quién es y dónde vive Marcos Hernández.

—¿Cómo lo has averiguado tan pronto?

—Porque Damiana, la mujer de Aroldo, el carnicero, conoce a todo el mundo. Después de que se marchara, retiré el puchero y fui a verla. Le pregunté si conocía a ese individuo y me dijo que es un escribiente de los que trabajan en la escribanía de don Dimas Huarte.

—Conozco a don Dimas, su oficina está al final de la calle Alfileritos.

—Damiana también me dijo que ese Marcos Hernández vive en la calle donde está el Colegio de las Doncellas. He ido hasta allí y he preguntado discretamente. Vive en la casa que hace esquina con la Plaza de la Cruz.

Hérouart se quedó mirándola, sin disimular su sorpresa.

—¡Eres un tesoro, Leocadia!

—No lo sabe usted muy bien.

No le había costado trabajo encontrar la casa de Francisco Morales, siguiendo las indicaciones que le dieron unos vecinos. Simona fue quien acudió a los aldabonazos que sonaban en la puerta. La cara de la joven no disimuló su sorpresa al ver a un señor, cuyas trazas no eran habituales en el pueblo, pese a que Hérouart no vestía con la etiqueta que caracterizaba su imagen de profesor de la Escuela Militar.

—¿Vive aquí Francisco Morales? —Al acento gutural, muy matizado por sus largos años vividos en España, se sumó a la impresión de Simona que, aunque estaba al tanto de la visita de monsieur Hérouart, no lo esperaba tan temprano. Incapaz de responder, reaccionó llamando a gritos—: ¡Madre! ¡Madre! ¡Aquí hay un señor que pregunta por padre!

María dejó de picar la cebolla que iba a utilizar para la salsa y acudió limpiándose las manos en un pico del delantal. Al ver al francés, tuvo la impresión de que los problemas con que había comenzado el día iban a aumentar.

—¿Qué desea? —le preguntó sin molestarse en saludar. Aquel francés no era santo de su devoción.

—*Madame*, me alegro de volver a verla. —Hérouart se cuidó de no extenderle la mano al ver que la esposa de Morales no se la ofrecía y se limitó a destocarse del salacot con que se cubría—. ¿Está su esposo? ¿Podría recibirme? —preguntó educadamente.

—Usted es la segunda persona que hoy ha venido preguntando por él. Hérouart frunció el ceño.

—¿Significa que no está en casa?

—Se marchó hace como media hora.

—¡Vaya! ¿Sabe dónde podría encontrarlo?

—No, se marchó sin decir adónde iba.

El francés comprendió que no iba a obtener información. Por alguna circunstancia, supo que no era bien recibido.

—Agradecido, *madame*.

Mientras se alejaba, llevando el caballo de la brida, oyó decir a la esposa de Morales, antes de cerrar la puerta, dando un portazo.

—Esto va a acabar mal, Simona. Acuérdate de lo que te digo. Tanta visita no puede anunciar nada bueno.

El francés llegó a una plazoleta en uno de cuyos laterales se alzaba una iglesia en cuya espadaña doblaba una campana, anunciando que alguien había fallecido. Enfrente había una taberna. Entró en ella, después de atar la brida del caballo a una de las argollas empotradas en la pared. Se quitó el salacot y lo recibió un fuerte olor a vinazo, queso rancio y humo, amén del llamativo silencio que se impuso entre los parroquianos nada más verlo cruzar el umbral. Un forastero con aquella pinta era toda una novedad. Se acercó al mostrador y pidió una jarrilla de vino, que no pensaba beberse, pero le permitió entablar conversación con el tabernero y, cuando lo consideró oportuno, le preguntó por Morales.

—Ha estado aquí y se ha ido hace poco rato. Iba con un forastero.

—¿Sabe adónde han podido ir?

—No sabría decirle, pero no creo que ande muy lejos.

Hérouart salió de la taberna y comprobó que en la puerta de la iglesia se estaba concentrando un nutrido grupo de gente. Desató el caballo y tiró de él, llevándolo de la brida, sin saber hacia dónde encaminarse. Alguien entonces gritó su nombre a su espalda.

—¡Monsieur Hérouart! ¡Monsieur Hérouart!

El francés vio a Morales que le hacía señales desde el otro extremo de la plaza. El labriego, que se acercaba a toda prisa, no estaba solo. Tras saludarse con un apretón de manos, Morales le presentó al individuo que lo acompañaba, que vestía una deslustrada levita de paño demasiado grueso para aquella época del año.

—Monsieur Hérouart, este es Antón Valcárcel. —El francés le estrechó la mano, al tiempo que Morales añadía—: Es joyero, tiene su taller en la Cuesta de los Carmelitas.

Resultaba evidente que, con aquella aclaración, le estaba haciendo una advertencia. Tenía que ser uno de los joyeros a los que había vendido algunas piezas del tesoro. Se preguntó por la razón que le habría llevado hasta Guadamur. Tal vez tendría una explicación más tarde. Ahora se trataba de ocultar que su presencia allí estaba también relacionada con el hallazgo del tesoro.

—He estado en su casa, pero su esposa me ha dicho que no estaba. ¿Ha hablado con el dueño de las ovejas? Le advierto que no dispongo de mucho tiempo. Esta tarde tengo que estar en Toledo. Tengo... tengo que cumplir mis

obligaciones en la Escuela Militar.

Morales comprendió la estratagema del francés y le siguió el juego.

—He quedado con él a las once.

Miró el reloj del ayuntamiento, que ocupaba otro de los laterales de la plazuela, y comprobó que faltaba poco más de media hora.

—¡Hay que ver cómo vuela el tiempo! Amigo Valcárcel, no puedo seguir atendiéndole. Ya sabe lo que pienso de su oferta. Si quiere... podemos vernos pasado mañana. Tengo que ir a Toledo. Así tiene tiempo para pensar en una respuesta. ¿Le parece?

Al joyero no le quedó otra opción que despedirse. Lo hizo de mala gana. Apenas se levantó la chistera, les deseó unos buenos días, sin mayores especificaciones, y se alejó hasta perderse por una esquina. Solo entonces Valcárcel farfulló entre dientes una maldición. Se había dado un madrugón para viajar hasta Guadamur y lo único que había conseguido era perder el tiempo. Malhumorado, se prometió a sí mismo que indagaría hasta saber qué pintaba allí monsieur Hérouart porque lo que había dicho de las ovejas le sonaba a argucia. Estaba convencido de que su presencia tenía que ver con el tesoro que Morales había encontrado.

En Guadamur era costumbre que durante el funeral una parte importante de los hombres esperaran a la entrada de la iglesia. Al templo entraban las mujeres y solo algunos hombres, los más cercanos a la familia del finado. Aguardaban para acompañar al difunto y a su familia hasta el cementerio, una vez que el sacerdote lo había despedido, según el ritual de la Santa Madre Iglesia. A la puerta de la iglesia se echaba un cigarro y se pasaba revista a las últimas novedades, siempre escasas, que se producían en el pueblo.

La presencia de aquellos dos forasteros era el principal motivo de conversación. Se preguntaban qué clase de tratos se traería Francisco Morales con ellos y, como era habitual, había comentarios para todos los gustos. Por lo general, daban pie a que surgieran rumores, algunos de lo más extraño. En ello estaban cuando uno de los lugareños comentó:

—Me parece que conozco al de la chistera.

—¡Anda ya, Juanele!

—Creo que sí. Si ese tipo no es un joyero de Toledo, que tiene la tienda en la Cuesta de los Carmelitas que baja hasta la Puerta de Bisagra, se le parece mucho.

—¿De qué conoces tú a ese señor?

—Porque fue el que hizo las alianzas cuando me casé. Si no es él... Se le

parece mucho —insistió Juanele.

—Pues si ha venido de Toledo, ha debido de madrugar —indicó uno de los presentes dando la última calada a su cigarro, antes de arrojar la colilla al suelo y aplastarla pisándola con fuerza.

—¿Por qué lo dices?

—Porque esta mañana lo vi cuando llegaba. Venía en un calesín que dejó cerca de la era de Manolico, el de los huesos.

—Por cierto, ¿dónde está Manolico? —preguntó otro de los que formaban el corrillo.

—Me parece que en casa de Bartolo, el tuerto.

—¿Ha pasado algo?

—Su hijo pequeño se ha caído de una higuera y tiene que gobernarle un hueso que se le ha salido del hombro.

—¡Vaya por Dios!

Valcárcel estaba a punto de llegar al descampado donde había dejado el calesín, cuando oyó como lo llamaban.

—¡Oiga! ¡Oiga! ¡Aguarde un momento! ¡Aguarde un momento, por favor!

El joyero se puso en guardia, preguntándose quién podía llamarlo en aquel lugarejo. Instintivamente, se llevó la mano a la cintura y palpó el pistolete que ocultaba bajo la levita. No se fiaba ni de su sombra, y que apareciera un sujeto llamándolo a voz en grito, en un paraje solitario, no le dio buena espina. El desconocido estaba todavía a seis u ocho pasos cuando le espetó.

—¡Quieto ahí y dígame lo que desea! —Apartó el faldón de la levita dejando al descubierto el arma.

—Verá usted. Me gustaría saber si es cierto lo que se comenta en el pueblo.

Valcárcel, pendiente de todo lo que había alrededor, por si había algún otro sujeto que no hubiera visto, no dejaba de mirar hacia todas partes, aunque al estar en un descampado, quien quisiera acercarse sin ser visto no lo tenía fácil.

—¿Qué demonios se comenta en el pueblo?

—Que usted es un joyero de Toledo.

Valcárcel lo miró receloso. Tenía pinta de patán, como Morales. Tiró del pistolete y amenazándole le preguntó:

—¿Quién es usted?

El hombre se quitó la boina, temeroso ante la amenaza que suponía estar encañonado.

—Disculpe, mi nombre es Domingo de la Cruz. Soy un vecino de Guadamur y me gustaría saber si es cierto que usted es joyero —insistió otra vez.

—¿Por qué está tan interesado en saberlo?

—Porque si es cierto, me gustaría... me gustaría proponerle un trato.

Valcárcel arrugó la frente. Pensó en la clase de trato que podía proponerle un sujeto como aquel. Recordó que Morales tenía la misma pinta, aunque hubiera vestido ropas un poco más escogidas cuando se presentó en su taller. Tal vez el viaje no iba a ser tan vano como pensaba.

—¿Qué clase de trato?

—Antes tiene que responder a mi pregunta. ¿Es usted el joyero de la Cuesta de los Carmelitas?

—Así es. Soy el dueño del taller de joyería que hay en la Cuesta de los Carmelitas. Ahora, dígame que es lo que tiene que proponerme.

Domingo de la Cruz, que seguía estrujando la boina entre sus manos, dudó por un momento. Quizá se había precipitado y había actuado movido por un impulso del que podía terminar arrepentido. Cuando oyó decir en la puerta de la iglesia que el sujeto que se había despedido de Morales era el joyero de la Cuesta de los Carmelitas, no tuvo dudas. Con lo que él sabía, no le extrañaba que un joyero estuviera hablando con Morales. Era posible que el otro forastero también lo fuera. Era el tesoro que Morales había encontrado lo que explicaba la presencia de ambos en el pueblo. Vio una oportunidad y decidió, sin pensárselo mucho, que si aquel individuo había venido a Guadamur para ver las joyas que Morales guardaba en su casa, era posible que también se interesara por las suyas. Había dado una excusa para largarse a toda prisa de la puerta de la iglesia y dado un rodeo para buscar a aquel sujeto que había dejado el calesín en el descampado. Ahora, nervioso, estrujaba la boina entre sus manos y no dejaba de lanzar miradas en todas direcciones. Lo último que deseaba es que alguien lo viera charlando con aquel individuo.

—Tengo algunas piezas que podrían interesarle. Son... son de mucho valor. Si usted se pone a tiro... Quizá podríamos llegar a un acuerdo.

—Enséñeme lo que tiene. Si es de tanto valor como dice...

—Como comprenderá, no las llevo encima.

—¿Dónde tiene el género? Puedo acompañarlo.

—¡No! —El rechazo fue inmediato.

—Entonces ¿a qué demonios ha venido?

—No pueden vernos juntos en el pueblo. —Domingo de la Cruz palideció al oír el tañido de las campanas que indicaban que el cura acababa de terminar el funeral—. Yo estaría dispuesto a ir a Toledo adonde usted me diga y mostrárselo. Hay que ser muy discreto.

Valcárcel disipó sus recelos y no tuvo duda de que lo que aquel tipo iba a ofrecerle no debía de ser muy distinto a lo que le había comprado a Morales, que ahora se mostraba reticente a seguir tratando con él. Más que reticente, se había negado en redondo a llegar a algún tipo de acuerdo con él.

—¿Le viene bien venir mañana por la mañana a mi joyería? Deduzco por sus palabras que sabe dónde está.

—Sí, señor, mañana podemos vernos.

El joyero guardó el pistolete y le estrechó la mano. La notó áspera, propia de un labrador. Después de quitar a la mula la traba con que había sujetado sus patas delanteras, subió al calesín.

—¿Le parece bien mañana a las diez? —preguntó ya desde el pescante.

—Allí estaré.

Valcárcel arreó la mula y buscó la senda que llevaba al camino que conducía a Toledo. Aquel inesperado encuentro podía compensarle del fiasco que había supuesto la visita a Morales.

Morales estaba muy preocupado después de que medio pueblo lo hubiera visto con los forasteros. Se había equivocado al llamar a gritos a monsieur Hérouart, despertando la atención de quienes aguardaban a la puerta de la iglesia. Pero le había salido del alma. No esperaba verlo tan temprano y, sin pensarlo, lo llamó a voz en grito. Era la forma de quitarse de encima a Valcárcel, quien insistía en que le mostrase las piezas que guardaba en su casa. Trataba de convencerlo diciéndole que podía mejorar mucho el precio que le había pagado por lo que le había comprado, pero Morales se había negado en redondo. El joyero insistía y no sabía cómo quitárselo de encima. Ahora era el blanco de todos los comentarios y tendría que buscar la forma de responder a las preguntas que los vecinos iban a hacerle a la primera ocasión que tuvieran. Podía haber explicado la presencia de Valcárcel diciendo que estaba interesado en una pequeña finca de plantones de olivar que tenía entre Guadamur y Polán. La de monsieur Hérouart era más fácil. No era la primera vez que el francés había aparecido por Guadamur y algunos vecinos conocían la afición del francés por pasear por el campo buscando

restos antiguos. Lo peor era que los dos se habían presentado a la vez y la gente no creía en las coincidencias. Aunque pudiera acallar los rumores con aquellas explicaciones, sus visitas no ayudaban a mantener el secreto.

Hérouart y Morales se alejaron de la plaza. Una vez solos, el francés le preguntó:

—¿Algún problema?

Morales resopló.

—No sabría decirle. Ese Valcárcel fue el primer joyero que visité. Tiene casi media... casi media corona y un par de cadenas.

—¿A qué ha venido?

—Sabe que tengo mucho más y quiere que se lo venda. Me ha dicho que estaba dispuesto a pagarme mejor. Cuando me he dado cuenta de que era usted quien salía de la taberna, he visto el cielo abierto. ¡No sabía cómo quitármelo de encima!

—No conozco a ese Valcárcel, pero por lo que he oído decir la Guardia Civil lo considera un perista.

—Es lo que se dice. Por eso... por eso acudí a él. —Hérouart puso cara de sorpresa—. Pensé que, siendo poco escrupuloso, no haría demasiadas preguntas sobre el origen de las joyas. Pero está hecho un pájaro de cuidado. Me ha dicho algo que, si es verdad, nos vendría bien.

—¿Qué le ha dicho?

—Que el tesoro es de época anterior a los moros. Asegura que son joyas del tiempo de los... de los... —Morales no recordaba el nombre.

—¿Del tiempo de los visigodos?

—¡Eso es! De los visigodos.

—Es posible. He consultado algunos libros y, por lo que he podido sacar en limpio, ese joyero no anda desencaminado.

—Lo que es un problema es lo que he descubierto después de la visita que le hice.

—¿Qué ha descubierto?

—Que es muy posible que hubiera otra fosa con joyas, pero que no la vimos la noche del hallazgo.

—¿Por qué piensa eso?

Morales le contó lo ocurrido cuando echó un vistazo al lugar donde había encontrado el tesoro.

—Supongo que, si realmente alguien ha encontrado otra fosa, tendrá tanto interés como usted en que se mantenga en secreto, ¿no cree?

—Supongo que sí.

—Entonces el problema es mucho menor de lo que piensa —lo tranquilizó Hérouart—. Qué le parece si nos acercamos a su casa y me enseña lo que tiene allí.

—Vamos allá.

María disimuló lo mejor que pudo el rechazo a que su marido hubiera recurrido a aquel francés.

Con la ayuda de sus hijas bajaron el arca del desván. Cuando el francés vio lo que allí había se quedó sin habla. Durante un buen rato permaneció en silencio, mirando aquel tesoro que superaba todas sus expectativas. ¡Era algo verdaderamente increíble que en un lugar tan pequeño como Guadamur hubiera aparecido aquello! Solo podía explicarse porque, si efectivamente aquellas joyas pertenecían al tiempo de los visigodos, era un lugar próximo a Toledo, capital de aquel reino. Las cruces eran espléndidas y las extrañas coronas que parecían haber estado colgadas de algún sitio, según podía deducirse de las cadenas de las que pendían, eran unas piezas extraordinarias. El labrado de los eslabones, el entramado de las diferentes piezas, la forma en que estaban engarzadas aquellas gemas... Todo apuntaba a que los orfebres que habían hecho aquello eran verdaderos artistas.

—¿Todo esto estaba en la fosa? —preguntó al fin.

—Todo esto y lo que ya hemos vendido.

Hérouart comprobó que a algunas de las piezas les faltaban las gemas, otras estaban abolladas o presentaban deformaciones. La mitad, aproximadamente, parecían no tener daños.

—¿Dónde están las piedras que faltan?

Bastó una mirada de su padre a Simona para que la muchacha sacase de un cajón del aparador una pesada talega de lienzo. La visión de aquella cantidad de esmeraldas, zafiros, perlas, rubíes, topacios, amatistas... hizo que el profesor de la Escuela Militar enmudeciera tanto rato que Morales rompió el silencio, preguntándole:

—¿Qué le parece?

—Es mucho más de lo que había imaginado. Verdaderamente esto es un tesoro excepcional.

María, que había permanecido cruzada de brazos y con gesto adusto, no pudo seguir en silencio.

—Ahora que ha visto todo esto, ¿qué piensa que se puede hacer?

Hérouart la miró con aire dubitativo. Morales no había exagerado

cuando le dijo que era un gran tesoro y que su peso podía estar entre las cincuenta y sesenta libras. Pero el precio de aquellas joyas no podía calcularse por su peso. Su valor histórico multiplicaba por mucho lo que podía valer al peso, que era como Morales lo había vendido hasta aquel momento.

—No lo sé, *madame*. Pero no tengo la más mínima duda de que no debería arrancarse una sola gema más y tampoco desmontar ninguna de esas joyas. El valor histórico de estas piezas es mucho mayor que el del oro o de las piedras preciosas. En mi opinión, creo que lo más conveniente sería informar a don José Navarro.

—¡Otro más metiendo la cuchara!

—¡Mujer, por el amor de Dios!

María salió dando un portazo. El silencio apenas duró unos segundos, pero la situación se había vuelto más tensa de lo que ya estaba. El francés, hombre de mucho mundo, hizo algunos comentarios sobre las joyas y el valor que podían alcanzar con el propósito de rebajar la tensión que había provocado la actitud de María. Luego, como forma de convencer a Navarro de que les ayudara en la venta de las joyas, logró que Morales le permitiera llevarse una de aquellas extrañas coronas. La envolvieron en un grueso lienzo y formaron un paquete que no permitía adivinar su contenido. Hérouart se empeñó en dejar firmado un recibo para dejar constancia de que la joya quedaba en su poder, solo temporalmente.

Hérouart dijo a Morales que, si temía que su presencia levantase sospechas, no debían volver a verlos juntos por el pueblo. Había otra razón para ello. Quería acercarse hasta las huertas próximas a la fuente de Guarrazar y no deseaba que nadie lo acompañara. Sacó el caballo de la cuadra de Morales y tomó el camino de Toledo. Cuando llegó a la altura de la fuente, oteó el panorama, como si fuera un general que se familiarizaba con el terreno donde sabía que había de librarse la batalla. Desmontó y ató la cabalgadura a la rama de un árbol que había a la vera del camino. Sacó su pipa y la cargó de tabaco, antes de iniciar un paseo por la zona.

En el pago de huertas podía verse cierto movimiento. Algunos hortelanos estaban con sus tareas, algo atrasadas al haber asistido al entierro que había tenido lugar aquella mañana. Halló sin dificultad las dos fosas de las que Morales le había hablado, pero no encontró indicios de que hubiera alguna más, lo que no significaba que no existieran. Sí le pareció, después de una atenta y discreta inspección, que eran muy similares y que por sus medidas nada tenían que ver con fosas mortuorias. Pensó que debieron excavarlas para ocultar aquellos tesoros y se preguntó cuál sería la causa por la que quienes lo hicieron actuaron de aquella manera. Conversó con algún hortelano y obtuvo información de por dónde iban los linderos de la parcela donde estaban las fosas.

Hizo el camino de regreso a Toledo sin problema alguno. Las blancas y algodonosas nubes que se mezclaban con el azul del cielo, que la brisa mañanera había arrastrado, se habían transformado, conforme avanzó el día, en un cielo cada vez más encapotado y de tonos plomizos. Las altas temperaturas de las jornadas anteriores habían caído considerablemente. Eso había aliviado el viaje y permitido al caballo mantener un buen paso.

Entraba en la ciudad montado en el corcel blanco que la Escuela Militar ponía a su disposición cuando deseaba dar un paseo por los alrededores de Toledo, acudir al cigarral de algún conocido o hacer un viaje corto, como era el caso. Se protegía con un tabardo de la cada vez más intensa brisa de poniente, que traía alguna nube anunciando que el otoño estaba en puertas. Cruzó el Tajo por el puente de San Martín, justo cuando oyó las campanas

del reloj de la catedral dando las dos. Subió la Cuesta de la Cava hasta llegar a su casa donde acomodó el caballo en la pequeña cuadra que allí tenía. Hasta el día siguiente, según lo acordado con el comandante Miralles, no lo devolvería a la Escuela Militar. Leocadia lo había recibido sorprendida, no esperaba que regresara tan pronto. Puso la mesa a toda prisa y comprobó que su amo estaba tan ensimismado que parecía ausente. Como si estuviera en otra parte.

Después de comer sin decir palabra, se encerró en su despacho. Abrió el paquete que había traído de Guadamur y consumió el tabaco de una pipa contemplando, absorto, aquella maravilla. No sabía si se trataba de una corona o de una lámpara. No tenía la menor idea de la función que podía tener, pero era una pieza bellísima. La diadema estaba sujeta por seis cadenas que confluían en una anilla, posiblemente de donde colgaba; en la parte inferior sujetas a unas cadenillas colgaban unas letras. Tomó un pliego y las fue anotando. Lo que podía leerse era RECCESVINTUSREXOFFERET. Después de consultar algunos libros llegó a la conclusión de que aquel texto estaba formado por tres palabras escritas en latín: RECCESVINTUS REX y OFFERET. La primera correspondía al nombre de un monarca visigodo, conocido como Recesvinto. La segunda aludía a su condición de rey, mientras que la tercera se refería a que, posiblemente, la pieza había sido ofrecida por dicho monarca. Según aquellas palabras la extraordinaria joya era la ofrenda del rey. No había ninguna mención a quién se hacía la ofrenda ni por qué causa se hacía. Quizá aquel rey había ganado una batalla o tal vez había salido con vida de un intento de asesinato. Había leído que era frecuente la muerte violenta de los reyes en la monarquía visigoda. También podía ser que Recesvinto hubiera superado una grave enfermedad o que se hubiera hecho realidad un deseo. No tenía la menor idea. Buscó en el tomo segundo de la *Historia general de España*, escrita por el padre Juan de Mariana, por si encontraba alguna referencia que le diera una pista acerca de esta clase de joyas. Pero no encontró nada. Lo que el erudito jesuita señalaba, referido a este monarca, se encontraba en el capítulo VIII e indicaba que tenía gran afición por las cosas eclesiásticas, que participaba en las disputas que se celebraban sobre materia religiosa y que para adornar los templos y aumentar el culto divino no dejaba de darles oro, piedras preciosas, brocados y sedas.

Hérouart imaginó aquella joya suspendida de la bóveda de un templo o adornando el techo de un palacio del rey. La diadema estaba primorosamente labrada en oro purísimo, trabajada con numerosos calados y cuajada de

piedras preciosas, principalmente esmeraldas, perlas y zafiros de diferentes tamaños y formas. La envolvió de nuevo con sumo cuidado y estuvo otro rato consultando algunos libros y tomando notas. No encontró, sin embargo, ninguna referencia a aquel tipo de joyas.

Consultando textos había perdido la noción del tiempo y la tarde se le fue de las manos. Se sorprendió al oír el toque de las campanas de alguna iglesia próxima llamando a los fieles al manifiesto. Consultó su reloj, que guardaba, asegurado por una gruesa leontina de oro, en el bolsillo de su chaleco y comprobó que eran las siete.

—*Mon Dieu!*

No podía perder un minuto si quería visitar al diamantista aquella misma tarde. Lo que Morales le había mostrado no admitía espera. Si terminaba con tiempo, trataría de ver a don Dimas Huarte. Necesitaba informarse con detalle de la propiedad donde habían sido halladas las fosas, y el escribano era, por varias razones, la persona más indicada para hacerlo. Llamó a Leocadia, que estaba zurciendo calcetines, para que le preparase a toda prisa una camisa limpia, su mejor levita y le lustrara los botines.

Navarro lo recibió ofreciéndole una copa de licor de naranja que elaboraba su propia esposa, antes de que Hérouart abriera el paquete que contenía la corona. El francés lo hizo con mucho cuidado y cierta ceremonia. Fue deshaciendo los lazos lentamente, sin prisas, como si se tratara de una especie de solemne ritual. Cuando el diamantista vio la corona no pudo evitar una exclamación de asombro.

—¡Es algo extraordinario! ¡Esto es una maravilla! ¿Dónde me dijo que había aparecido?

—En un pago de huertas del término municipal de Guadamur. A dos leguas escasas de Toledo.

—¡Esto es muy antiguo! ¡Fíjese, amigo mío, fíjese cómo están engastadas las piedras! —Navarro no apartaba la vista de la corona, sin dejar de manifestar su admiración—. ¡Amigo Hérouart, se trata de una pieza rarísima! ¡Jamás en mi vida había visto una cosa parecida! ¡Esto vale mucho dinero!

—Eso mismo pienso yo.

—¿Cuántas joyas dice que ha visto?

—No sé decirle con exactitud, pero en torno a quince piezas entre cruces y coronas. No todas están tan completas como esta. También hay varias cruces y una especie de cetro.

—Eso es mucho material.

—Por lo que he podido indagar, estas joyas pertenecieron a la época de los visigodos, lo que le da una antigüedad de más de mil años.

—¡Más de mil años! —exclamó el diamantista sin ocultar su sorpresa—. ¿Está seguro de que son del tiempo de los visigodos?

—Tengo indicios sólidos para afirmarlo.

—¿Cuáles son, si no es mucho preguntar?

—En la frase que forman esas letras —señaló las que colgaban de la parte inferior de la diadema— aparece el nombre de uno de sus reyes. Un tal Recesvinto. Fue quien la ofrendó.

—¿A quién?

—No lo sé, ni tampoco cuál fue la causa de la ofrenda.

Navarro examinó las letras.

—¿Ese Recesvinto era visigodo?

—Sí.

—Entonces todo indica que esta corona es del tiempo de los visigodos.

—Así es. Esa es también la opinión de un joyero al que Morales, antes de entrar en contacto conmigo, le había vendido alguna pieza. Es un tal Valcárcel.

—No lo conozco, pero sé de quién me está hablando. ¡Un perillán! ¡Ese tipo además de joyero es un perista!

—Según me ha dicho Morales, se quedó con una cadena y parte de una corona. Esta mañana lo he visto en Guadamur. Había ido para tratar de convencer a Morales de que le vendiera más piezas. El muy ladino se habrá dado cuenta del valor que tienen y no quiere perder la ocasión.

—Esa no es una buena noticia.

—¿Por qué lo dice?

—Porque, si vamos a comprarle ese tesoro a Morales, tenemos un competidor. Eso elevará el precio.

Hérouart no había hablado de que fueran a comprarle las joyas a Morales. Lo que acababa de oírle a Navarro le sorprendió y al mismo tiempo le llenó de satisfacción. Eso quería decir que había superado las reticencias que mostró días atrás, cuando lo visitó la vez anterior y le dijo que ya estaba retirado de los negocios. No le parecía mala idea constituir con él una sociedad y sacar el mayor beneficio posible.

—Morales se ha negado en redondo a tener más tratos con él. Se siente estafado por ese Valcárcel. Cuando esta mañana me vio en la plaza del

pueblo, me llamó a gritos. Deseaba quitárselo de encima. Aunque es posible que haya más gente interesada porque le ha vendido a otro joyero.

—¿A quién?

—A Narciso Pulgarín. Es posible que pujan aunque solo sea para fundir el oro. Por eso he venido a verlo sin pérdida de tiempo. Muchas de las piezas no están en las mejores condiciones. ¡Imagínese el tiempo que han estado ocultas en esa fosa! A ello hay que añadir que Morales ha llevado a cabo destrozos considerables en su afán por desprenderse de ellas.

—¿Las ha encontrado en una finca de su propiedad?

—No, la finca no es suya. Está junto a una fuente que se surte del manantial que proporciona el agua a las huertas de aquel pago. Aquello fue una casualidad extraordinaria.

—Si ha encontrado ese tesoro en una fosa pudiera ser...

—Morales está convencido de que al menos había otra fosa que también contenía joyas.

—¿Otra fosa?

—No es seguro, pero yo he estado esta mañana en el lugar y, efectivamente, hay otra fosa muy similar a pocos pasos. Estaba vacía.

—¿No la vio ese Morales cuando encontró el tesoro?

—Era de noche y, posiblemente, los nervios jugaron una baza importante. ¡Imagínese la situación que vivió junto a su esposa y una de sus hijas cuando encontraron este tesoro!

—Si hay otra fosa, esto se complica, amigo mío.

—No lo creo si se mantiene todo en secreto. Mire, Navarro, esto solo es conocido por un número muy reducido de personas. Además de usted y yo, Morales y su familia, varios joyeros de Toledo y quien haya vaciado la otra fosa. A ninguno le interesa, como dicen ustedes, darle tres cuartos al pregonero.

—Eso que dice es cierto. Pero un secreto entre tantos... Siempre hay quien no puede mantener la boca cerrada. Se hace un comentario inadecuado o alguien que ha visto lo que no debe ver... Hay otro asunto que puede complicarlo todo.

—¿Cuál?

—Que la finca donde han encontrado el tesoro no sea de Morales. ¿Sabe de quién es esa finca?

—De un vecino de Toledo. Si termino con tiempo le haré una visita, por si estuviera interesado en vender esa parcela.

Navarro se acarició el mentón.

—Veo que está en todo.

—Si hubiera más fosas y fuera el propietario de esas tierras, la posición de cara a la legalidad del hallazgo se consolidaría mucho, ¿no le parece?

El diamantista asintió y volvió a examinar la pieza, utilizando ahora una lupa de gran aumento.

—¡Esto es extraordinario! ¡Mire, mire aquí! —Señalaba los puntos donde estaban hechas las soldaduras—. ¡Qué maravilla! ¡Es la obra de un gran artista! —Tiró de la argolla donde se unían las cadenas y la estiró. No tuvo problemas para izarla ni por el peso ni por el tamaño. Debían de estar colgadas del techo de palacio.

—Lo que he podido leer, que tampoco ha sido mucho, señala que algunos reyes visigodos daban mucha importancia a la opinión de los eclesiásticos, incluso en lo que se refería a la toma de decisiones sobre asuntos de gobierno. En realidad, esas decisiones se tomaban en concilios que se celebraban aquí, en Toledo. También he leído que los visigodos tenían una gran devoción por las reliquias y que solían ofrecer grandes donativos a los templos donde se guardaban las de los santos y mártires más importantes. Es posible, según se deduce de estas letras —señaló las letras que colgaban de la diadema—, que Recesvinto ofreciera esta joya a un templo. Pero no puedo afirmarlo y, como le he dicho, desconozco por qué lo hizo. Por lo que he leído, las reinas hacían esta clase de ofrendas e incluso algunos de los nobles más poderosos e influyentes del reino. Al parecer, muchas veces la donación era en cumplimiento de una promesa o voto que habían hecho.

Navarro asintió en silencio. Una vez que había comprobado el extraordinario valor de la joya que Hérouart le había llevado, no dejaba de hacerse preguntas. Aquello era oro de una calidad extraordinaria y las piedras, no tenía la menor duda, eran gemas muy valiosas. Pero se habían dado casos de falsificaciones muy graves. Lo que más le hacía recelar era el lugar donde había aparecido el tesoro. No encontraba una explicación lógica. Se preguntaba también si Morales, un labriego de un pequeño pueblo, no sería una pantalla y habría alguien detrás de todo aquello dispuesto a hacer negocio. Por un momento, pensó si el francés estaría desempeñando su papel en una tramoya fraudulenta. Lo conocía desde hacía tiempo y, aunque no había mantenido con él una estrecha relación, le parecía una persona honorable. No era probable que anduviera metido en farsas y engaños. Por lo que sabía, era amante de los pequeños lujos que hacen la vida agradable.

Devoto de la buena mesa, amante de los vinos de calidad, de los trajes de buen paño y mejor confección. Por otro lado, según el propio Hérouart le había dicho, algunos joyeros de Toledo habían adquirido piezas de aquellas. Se trataba de profesionales dispuestos a aprovechar la ocasión que se les presentaba y no resultaba fácil engañarlos, aunque era posible que quisieran las joyas para fundirlas. Había conocido tantas argucias y artimañas a lo largo de su dilatada carrera, que no era mala cosa que se mantuviera con la guardia levantada.

—¿Cómo es posible que esto, siendo cosa de príncipes y reyes, se encuentre en un lugar como el que me dice? Un vulgar pago de huertas en las afueras de un pueblecito.

—No lo sé, *mon ami*. Quizá la explicación se encuentre en que ese lugar está cercano a Toledo.

—¿Qué quiere decirme con eso?

—Que Toledo era la capital del reino de los visigodos.

El diamantista, escéptico, se encogió de hombros. No acababa de entender lo que el francés quería indicarle.

—Si estas joyas, dignas de la realeza, se ofrecían a un templo como signo de agradecimiento por los reyes cuando eran coronados, como regalo por un favor recibido o en cumplimiento de una promesa, estarían en una gran iglesia. Supongo que esas iglesias estarían aquí en Toledo. Sería en ellas donde se guardarían las reliquias más veneradas. Supongo que colgarían de la bóveda del templo para que los fieles pudieran verlas. No en un lugar con pocos habitantes. Además, Guadamur parece ser un nombre árabe. Los ríos que tienen nombre musulmán empiezan todos por «Guad», Guadalquivir, Guadiana, Guadalete... Es posible que ese lugar ni siquiera existiera en la época de los visigodos y, en caso de que existiera, ¿cree usted que en ese pueblecillo habría una iglesia de tanto relieve como para que los reyes hicieran unas ofrendas tan valiosas? No sé... Todo esto es muy extraño. La riqueza de las joyas... Que aparezcan en las afueras de un pueblo pequeño...

Hérouart también se había hecho las mismas preguntas, cuando Morales apareció por su casa y le contó la historia del hallazgo. Pensó que exageraba. Pero después de ver las joyas, había encontrado una explicación. Las extrañas joyas que podían colgar de las bóvedas de un templo o de un palacio respondían al mismo modelo, pero no eran de la misma factura. Ocurría lo mismo con las cruces. Allí podían haberse reunido piezas elaboradas en diferentes momentos y, tal vez, procedentes de diferentes lugares.

—Después de ver ese montón de joyas, pienso que no proceden de un mismo lugar. No he dejado de preguntarme cómo irían a parar allí. Tal vez esas fosas fueron un escondite porque se cernía sobre ellas un gran peligro. Quienes las llevaron solo trataban de ocultarlas para salvarlas de alguna amenaza grave.

—¿Y nunca fueron a recogerlas? —El diamantista se mostraba escéptico—. Eso es algo que parece poco probable.

—Quizá esa misma amenaza los obligó a huir.

—¿Huyeron dejando atrás ese tesoro?

—Tal vez, pensaron que solo era una amenaza pasajera y en lugar de llevarlas consigo, algo que sería muy problemático porque una cantidad de joyas como esa no pasa desapercibida fácilmente, las ocultaron con el propósito de recuperarlas cuando pasase el peligro. Pero la cosa debió complicarse y ahí han permanecido ocultas todos estos siglos.

—Es posible —concedió Navarro poco convencido.

—Planteo eso solo como una posibilidad.

—¿Ha pensado en qué clase de amenaza podía llevar a tomar una decisión tan grave como esa?

—Por lo poco que he leído, quizá ante el desorden que provocaba alguna de las luchas intestinas. Entre los visigodos fueron muy frecuentes. Me ha llamado la atención el hecho de que muchos de sus reyes murieran de forma violenta. Al parecer toda esa violencia derivaba del hecho de que la monarquía entre los visigodos no era hereditaria. Cuando un rey moría, los nobles y los clérigos más importantes del reino se reunían en una especie de cónclave para elegir a quién había de ser el sucesor. Eso hacía que cuando alguno se veía con posibilidades de ser elegido, quitaba de en medio a quien ocupaba el trono y, de ese modo, se convertía en rey.

—Podría ser una explicación. Pero no creo que las iglesias corrieran peligro. Los visigodos, según usted mismo acaba de decir, eran gentes muy religiosas y los templos donde se conservaban las reliquias lugares sagrados. Si esas coronas estaban colgadas de sus bóvedas, supongo que todos las respetarían. La iglesia, también lo ha dicho usted, era una institución muy poderosa. Insisto en que es muy extraño que en un lugarejo como Guadamur, aparezca un tesoro como este.

—Hay otra explicación que quizá le resulte más convincente.

—¿Por qué no me la cuenta?

Hérouart carraspeó como si necesitara aclararse la garganta. Pero en lugar de la explicación que el diamantista esperaba, lo sorprendió formulándole una pregunta:

—¿Cuál cree usted que fue el mayor peligro que amenazó al reino de los visigodos?

Navarro se tomó un tiempo antes de responder.

—Yo diría que el mayor peligro fue el que acabó con aquel reino.

—Así es. La invasión de los moros en el año 711. Supongamos que estas piezas estaban adornando los templos más importantes de la ciudad de Toledo y cuando los clérigos toledanos tuvieron noticia de la grave derrota que su ejército había sufrido en la batalla del Guadalete cundió el pánico al saberse que avanzaban sin encontrar mucha resistencia. Las noticias que le llegaban de la Bética, que era como entonces se llamaba Andalucía, señalaban que les amenazaba un grave peligro.

—En efecto, los moros eran una amenaza lo suficientemente grave como para que buscaran poner unas joyas como estas a buen recaudo.

—Piense por un momento, *mon ami*, en las noticias que llegarían a Toledo. No podían ser otras que las de esas gentes avanzando por el reino sin que nada pudiera cerrarles el paso. Se vieron en la necesidad de ocultar aquellas valiosas ofrendas que habían hecho monarcas anteriores, como era el caso de Recesvinto. Si esto fue así, posiblemente las ocultaron pensando que era algo temporal.

—¿Por qué?

—Porque los visigodos estarían convencidos de que la presencia de los mahometanos en su territorio sería una cosa pasajera. De que su objetivo sería hacerse con un valioso botín y, una vez conseguido, regresar a África. Habían venido llamados por los enemigos del rey don Rodrigo, en uno de los muchos enfrentamientos que tuvieron entre ellos, porque trataban de arrojarlo del trono. Estas joyas eran un extraordinario botín. Digamos... digamos que sería de lo primero que echarían mano los invasores. Por eso las ocultaron...

—Pero eso no explica por qué lo hicieron en Guadamur —lo interrumpió el diamantista.

—Déjeme terminar, por favor. Luego haga todas las objeciones que considere convenientes.

—Le pido disculpas. Prosiga con su planteamiento.

—Le decía que las ocultaron para ponerlas a salvo de un peligro que en el momento de la invasión de los moros estimaban transitorio. Toledo no era un lugar seguro. Era la capital y uno de los principales objetivos de los moros, que tratarían de entrar en ella para saquearla. Si allí era donde estaba la corte de los monarcas visigodos, tenía que ser el lugar donde se encontraban los principales tesoros del reino. Ocultarlas en Toledo era asumir un riesgo muy elevado. Quienes escondieron esas joyas lo hicieron en un sitio discreto, que no estuviera muy alejado. Un lugar que por su insignificancia no llamara la atención de los saqueadores. Guadamur podía ser el escondite perfecto.

—Discúlpeme, pero ¿Guadamur existía entonces? Como le he dicho antes, estoy convencido de que ese nombre es árabe. Por lo tanto, tiene que ser posterior a la invasión de los moros.

—Estoy de acuerdo con usted, pero muchos lugares que han llegado hasta nosotros con nombres árabes existían con anterioridad. Allí tenía que haber algo. Una ermita y algunas casas. Un cenobio de monjes... no podría precisarlo. Pero debía de haber algo para que lo escogieran como lugar para ocultar las joyas. Mi afición por las cosas antiguas me ha llevado en diversas ocasiones a dar paseos por la zona. Por eso conocí mucho antes de todo esto a Francisco Morales y esa ha sido la razón por la que ha acudido a mí. Pues bien, en esos paseos he encontrado restos que, sin ninguna duda, son anteriores a la presencia de los moros.

—Prosiga.

—El lugar no estaba tan cerca de Toledo que los moros pudieran sospechar, ni tan lejos como para crearles un problema a los clérigos cuando llegara el momento de recuperarlas. Luego resultó que los moros no invadieron el reino de los visigodos solo para hacerse con un rico botín, después de saquear el territorio, y marcharse de nuevo a África. Sino que lo hicieron para añadir el reino visigodo como un dominio más a su imperio. Los que ocultaron el tesoro no pudieron regresar a recogerlo y quedó allí oculto durante todo este tiempo hasta que por un azar del destino ha sido encontrado.

—Bien —admitió el diamantista—. Es posible que las cosas ocurrieran de ese modo. La llegada de los mahometanos debió representar la gran

amenaza y eso los llevó a ocultar el tesoro. Pero su hipótesis sigue sin dar respuesta a la cuestión de por qué fue Guadamur el lugar que eligieron. ¿Por qué Guadamur? Hay muchos otros lugares a una distancia parecida de Toledo.

—No tengo una respuesta para eso. Pero resulta evidente que el lugar elegido era magnífico. ¡Han tenido que pasar más de mil años para que alguien encontrara el tesoro! ¡El escondite no era malo! Supongo que en eso estará de acuerdo conmigo.

—Desde luego. Por otro lado, ignorar por qué se eligió un lugar como Guadamur no representa ningún inconveniente para encontrar un buen comprador, aunque siempre es recomendable aportar el mayor número de datos para una pieza cuyo valor histórico es muy superior al material. Por eso le recomendaría, ya que es usted aficionado a estas cosas, que siga indagando y obtenga todos los datos que le sea posible.

Hérouart se sentía satisfecho con su explicación. Parecía que las dudas del diamantista habían quedado despejadas y no debía prolongar mucho más aquel encuentro, si es que deseaba visitar a don Dimas Huarte. Pero había algunas cosas más de las que hablar. Si la visita al escribano no era posible aquella tarde, la dejaría para el día siguiente.

—¿Cree que encontraremos clientes? No es solo lo que está viendo. Ya le he dicho que hay ocho o diez más, además de las cruces...

—No le quepa la menor duda. Pero me temo que será difícil encontrar alguno que merezca la pena en España.

Hérouart frunció el ceño. No le gustó lo que acababa de oír; sobre todo viniendo de una persona con tanta experiencia como don José Navarro.

—¿Por qué dice eso?

—Porque lo que aquí pagarían sería incluso menos de lo que ese Morales obtiene por vender a los joyeros de Toledo el oro al peso.

—¿No cree que encontremos a alguien que esté dispuesto a pagar un buen precio?

—Me temo que no, amigo mío. Voy a contarle, porque tengo datos de primera mano, lo que sucedió hace algunos años con una valiosa pieza de época romana a la que se conoce con el nombre de *Disco de Teodosio* y que hoy se guarda en la Real Academia de la Historia.

—¿Qué ocurrió?

—Algo que me hace sospechar las dificultades a que me he referido. Verá, esa pieza, que es excepcional, fue encontrada por unos labriegos en una

finca del término municipal de Almendralejo, una localidad de Extremadura, hará —el diamantista hizo memoria— unos diez años, poco más o menos. Un miembro de la Real Academia de la Historia, que estaba relacionado con la zona, advirtió a la institución de la importancia del hallazgo: era una hermosa bandeja de forma circular de casi una vara de diámetro, estaba primorosamente labrado y no había duda de que era de época romana. La alerta, en esta ocasión, surtió efecto y se hicieron gestiones para adquirirlo. Era una pieza de mucho valor, pese a que se encontraba muy estropeada. A los labriegos se les pagó el doble de lo que valía la plata, tasada por su peso.

—No fue un mal precio.

—Las piezas de valor histórico y artístico no se suelen valorar en función del precio del material en que están elaboradas. El trabajo del artista es muy superior. Imagínese, por un momento, que quisieran valorar un cuadro de Velázquez por el precio del lienzo, los pigmentos o el marco.

—Disculpe mi ignorancia.

—No tiene importancia. Como le iba diciendo se pagó el doble de lo que valía la plata, pero como el plato estaba en muy malas condiciones, abollado y partido en dos mitades, era necesario restaurarlo y la Academia me encargó realizar ese trabajo. Su restauración requirió mucho trabajo y para mí fue todo un reto, dadas las pésimas condiciones en que se encontraba. Un día, uno de los académicos que visitaba mi taller para comprobar cómo iban los trabajos se me quejó amargamente del precio que se había pagado por la pieza. Me indignó tanto su cicatería, que ofrecí a la Academia pagarle el doble de lo que habían abonado, si estaban dispuestos a vendérmelo.

—¡Resulta increíble! Sobre todo tratándose de un miembro de la Academia de la Historia.

—Por eso le he dicho que lo mejor es no hacerse demasiadas ilusiones con una posible venta en España. Aunque en España hay algunos coleccionistas de mucho mérito, no resultará fácil conseguir un buen comprador. Hace algunos años no hubiera resultado tan difícil encontrar un particular de los que tenían los llamados gabinetes de curiosidades. Pero hoy en día se ha perdido el interés por los gabinetes. Ahora están en pleno auge los museos. Son las instituciones de nuestro tiempo. Los gabinetes eran algo que daba tono social a sus poseedores, que buscaban hacerse con las piezas más extrañas. En otro tiempo, se llegaron a pagar sumas muy elevadas por cosas que carecían de valor, pero resultaban llamativas. Hoy, como le digo, esos gabinetes de curiosidades han perdido su atractivo y los museos se han

convertido en los principales clientes de piezas con un valor histórico.

—Yo había pensado en algún museo —indicó el francés—. La Ley General de Instrucción Pública, que el gobierno promulgó hace poco, concede una gran importancia a los museos como centros de gran interés.

—No se haga ilusiones, Hérouart —insistió Navarro—. En España, aunque hace algunos años se crearon las Comisiones Provinciales de Monumentos que, como usted sabe, tienen como una de sus misiones crear museos en las respectivas provincias, no han cumplido sus objetivos. No ha sido por falta de voluntad de sus miembros que, por lo general, son gente preparada y están haciendo una labor muy meritoria. Han conseguido piezas de valor, pero casi todas proceden de la desamortización de los conventos. A sus miembros no les falta entusiasmo, lo cual es un problema para nuestro propósito, pero carecen de los recursos necesarios.

—¿Por qué dice que ese entusiasmo es un problema para nuestro propósito?

—Porque si no encontramos comprador en España y tenemos que buscarlo más allá de las fronteras pondrían el grito en el cielo si se enterasen. A diferencia de otros países de Europa, aquí no tenemos un museo donde se guarden las grandes colecciones arqueológicas, aunque tengo entendido que en el Congreso de los Diputados se está hablando de la creación de un Museo Arqueológico General.

—Pero las cosas de palacio van despacio —añadió el francés.

—¡Qué me va a decir a mí sobre ese particular! Por lo tanto, en lo que se refiere a vendérselo al Estado, lo mejor es olvidarse. Paga tarde y mal. En su país podríamos conseguir una buena venta.

El francés prestó atención a lo que acababa de decir Navarro. Pese a los muchos años pasados en España, no olvidaba su país de origen. Nunca había roto los lazos con Francia y, aunque ahora hacía algunos años que no había ido a su país, no desperdiciaba ocasión para viajar a París o a la costa normanda, región de la que era nativo. Era un devoto de Alejandro Dumas, había leído varias veces *Los tres mosqueteros* y *El conde de Montecristo*. Mantenía el contacto con su país a través de dos publicaciones a las que estaba suscrito. El diario *Le Figaro* y, desde hacía poco más de un año, la revista semanal *Le Monde Illustré* donde escribía su admirado Dumas.

—¿Usted cree?

—Sin duda, amigo mío. En Francia se ha despertado una auténtica fiebre por la Edad Media y estas joyas son de un tiempo que encaja a la perfección

con esa moda.

—También en España se mira hacia la Edad Media.

—Cierto, pero en mucha menor medida. Es cosa de todos los románticos. ¿Ha leído la novela de Victor Hugo, *Nuestra Señora de París*?

—Sí, me ha parecido una obra extraordinaria, pese a que la crítica no le ha sido muy favorable.

—¡La crítica! Nada que tenga éxito popular les parece que sea digno de su consideración. Es como si temieran contaminarse y se niegan a admitir la calidad de una obra que alcanza el beneplácito general. Es algo que les escuece. Es como si descendieran peldaños del pedestal en el que ellos mismos se suben. Conozco muchos críticos que se han dedicado a ello porque son escritores fracasados y no soportan que otros triunfen donde ellos no lo lograron. Como le digo, la obra de su paisano ha despertado en su país un deseo por conocer la Edad Media verdaderamente extraordinario. Están restaurando la catedral de Nôtre Dame, que había sufrido destrozos muy graves durante la revolución de finales del siglo pasado.

—¿Cree, entonces, que lo más adecuado para nuestros intereses es buscar un comprador en Francia?

—Allí obtendremos un precio mucho mejor que el que pudieran pagarnos en España. ¿Hace mucho que no ha ido por París?

—En noviembre hará seis años —la inmediata respuesta de Hérouart indicaba que era algo en lo que pensaba con frecuencia.

—Demasiado tiempo, amigo mío, demasiado tiempo. Tiene que ir con más frecuencia. He estado allí hace pocos meses y le aseguro que no reconocería la ciudad. Los viejos barrios de estrechas y oscuras callejuelas están siendo derribados y sustituidos por hermosos bulevares y amplias avenidas que han dado una extraordinaria claridad a lugares donde antes no llegaba la luz. Luis Napoleón quiere que París sea una capital imperial y ha encargado de ello al barón Haussmann, a quien ha nombrado prefecto de la ciudad y está convirtiéndola en la ciudad de la luz. Eso no es obstáculo para que se restauren edificios de la Edad Media. No solo la catedral como usted acaba de señalar. Hace quince años, poco más o menos, la que fue la residencia parisina de los abades de Cluny se ha convertido en un museo, del que se hizo cargo el Estado, donde se exponen obras muy diferentes, pero relacionadas con la Edad Media.

—He tenido ocasión de visitarlo un par de veces. Antes era una colección particular.

—Cierto. Pero, como le digo, el Estado la adquirió y hoy es un museo público.

—¿Cree usted que podrían estar interesados?

—Estoy convencido de que sí. No puedo asegurárselo, pero no creo que haya muchas coronas, lámparas o lo que demonios sea esto.

—La verdad es que el arte de ese tiempo es muy limitado, apenas han quedado restos.

—Estoy convencido de que despertará su interés. Será cuestión de proponérselo. ¿No le parece?

—Además, los visigodos, según he podido comprobar en los textos que he consultado, antes de asentarse en Hispania y convertir Toledo en su capital, habían configurado un reino en la Galia, con capital en Toulouse. Vinieron a Hispania después de haber sido derrotados por Clodoveo, el rey de los francos, en una batalla cuyo nombre no recuerdo, pero que se libró a principios del siglo VI.

—En ese caso, lo mejor es que no perdamos tiempo y nos pongamos a trabajar. Por lo que me ha dicho, muchas de las gemas han sido desmontadas. Todo eso habrá que restaurarlo, además de recomponer los desaguizados que se han cometido.

—¿Cuándo podría empezar?

—Cuanto antes mejor. Aunque nadie está interesado en divulgar el hallazgo de ese tesoro, un secreto compartido por tanta gente corre el riesgo de difundirse y eso es algo que no nos conviene. No podré trabajar aquí. Mi taller está en Madrid. Pero eso no es problema. Estoy dispuesto a desplazarme.

—Antes habrá que negociar con Morales.

—Si usted está de acuerdo podemos comprarle todo lo que tiene. Usted y yo a partes iguales y nos repartimos los beneficios. ¿Qué le parece?

—¿Cuánto podemos pagarle?

—¿Sabe lo que le han pagado los joyeros?

—No, pero ¿cuánto podían darle si es oro al peso?

—Si son unas cincuenta o sesenta libras Como máximo conseguiría unos diez mil reales, quizá doce mil, como máximo —remarcó el diamantista—. Podemos ofrecerle veinte mil reales para llegar, si es necesario, a los veinticinco mil.

—Me parece poco. Piense que al oro habría que añadir las gemas. Por lo que yo sé no ha vendido ninguna.

Navarro se acarició el mentón y calibró la joya que había sobre la mesa.

—¿Me ha dicho que hay unas quince piezas?

—Sí.

—Si incluimos las gemas estamos hablando de una suma muy diferente.

—Hay que incluirlas, si quiere restaurarlas.

—Las piedras, según su calidad y número, pueden superar la cifra que podemos ofrecer por el oro. Pero necesitaría verlas. Las que adornan esta pieza son buenas, muy buenas. Pero a veces me he encontrado con piedras no ya de inferior calidad, sino que no tenían valor alguno.

—Piense que, si Morales ha acudido a mí, es porque espera darle salida al tesoro con una ganancia mucho mayor que la obtenida hasta ahora.

—Está bien. Podemos doblar esa cifra. ¿Qué le parece?

—¿Cuarenta mil con la posibilidad de llegar a los cuarenta y cinco mil?

—Eso es.

—Mucho mejor. Pero no sé si accederá. Su mujer es muy reticente y, al menos a mí, me mira con malos ojos.

—Mala cosa, amigo mío. Las mujeres ejercen mucha más influencia de lo que parece.

La oficina, donde trabajaban media docena de escribientes, ocupaba la mayor parte de la planta baja de su domicilio. La superior era su vivienda particular.

Don Dimas Huarte recibió a Héroutart como a un viejo amigo en la salita adonde lo había conducido una doncella vestida de punta en blanco: cofia y puños de encaje, vestido negro y pequeño delantal.

—Monsieur Héroutart, mi buen amigo. ¿Qué buen viento le trae por mi casa, que es la suya?

—Mi querido don Dimas... —El francés le ofreció su mano y el notario la estrechó efusivamente, al tiempo que le daba unos amigables golpecitos en la espalda y lo invitaba a tomar asiento en uno de los sillones de cuero repujado y madera tallada que formaban parte del mobiliario de la salita.

Don Dimas Huarte era la viva imagen de un hombre feliz con su vida. Más bien bajito, barrigudo, calva lustrosa y mofletes sonrosados. La sonrisa que mostraba nunca desaparecía de su apacible rostro. Sus manos, pequeñas y gordezuelas, eran propias de quien a lo largo de su existencia solo ha tenido contacto con libros, legajos y papeles. Era padre de una numerosa prole y a su esposa, una de las mujeres más bellas de Toledo, no parecía haberle pasado factura tanto parto. Don Dimas sacó su pitillera y le ofreció un cigarrillo.

—Gracias, pero prefiero mi pipa.

Concluido el ritual de cargarla y encenderla, Héroutart planteó el motivo de su visita.

—Tengo entendido que uno de sus oficiales se llama Marcos Hernández.

—Así es. En la casa lo conocemos como Marquitos porque era un muchacho cuando entró a trabajar en la notaría, hace ya muchos años.

—Según la información que tengo es propietario de una parcela de terreno en el término de Guadamur. En un pago de huertas conocido como Guarrazar.

—En efecto. ¿Está interesado en esa finca?

—Así es.

—¿No irá a decirme que piensa echarse a agricultor a estas alturas?

—No, pero tengo un dinero... y quizá me haga una vivienda campestre donde pasar la temporada de calor.

—Un cigarral.

—Algo parecido.

—Esa heredad es herencia de una tía de Marquitos. Le diré, reservadamente, que está deseando encontrar un comprador... Siempre que el precio sea razonable —añadió a modo de coletilla—. Él no es campesino...

—¿Cuánto sería, según su opinión, un precio... razonable?

Don Dimas encendió otro cigarrillo. En la salita se mezclaban los olores, muy diferentes, de los dos tabacos y empezaba a flotar una nubecilla de humo.

—No recuerdo cuál es su cabida. Pero tratándose de un pago de huertas, no será muy grande. ¿Quiere que bajemos a la oficina? Desgraciadamente, Marquitos hace rato, como los demás oficiales, que se marchó.

El francés tenía aquel día la suerte de cara.

—¿No le supone una molestia?

—¡En absoluto, amigo mío, en absoluto! Venga conmigo. Acompañeme, por favor.

Tomó el quinqué y bajaron a la oficina. A don Dimas le resultó fácil hacerse con el legajo donde estaba la escritura de la finca y anotó en un papelillo una minuta. Volvió a colocar el legajo en su sitio —era hombre muy puntilloso con el orden— y comentó con Hérouart.

—Hummm, hummm... ¡Aquí está! Su cabida es de una fanega, tres celemines y dos cuartillos. Tiene una choza con cubierta de balago y paredes de caña y barro. Pesa sobre ella un censo perpetuo de doscientos cuarenta reales de capital que genera unos réditos de siete reales y diecisiete maravedíes anuales, a favor del Hospital de Tavera, conocido popularmente como el hospital de afuera, de la ciudad de Toledo. Linda...

—Esa choza, por lo que he visto, está arruinada.

—Lo supongo.

—¿Cuánto diría que puede valer?

—En tierra de regadío una huerta con esta cabida, teniendo en cuenta que la tierra no estará metida en labor..., puede rondar entre los mil y mil quinientos reales. Si estuviera cultivada y la choza en condiciones su precio sería el doble, como mínimo.

—¿Sería un precio razonable pagar mil reales y hacerme cargo de levantar el censo?

—Sería razonable. Respecto al censo le diré que se trata de un censo perpetuo. Aunque creo que no habría problema en levantarlo. Al hospital le vendrán mucho mejor esos doscientos cuarenta reales que la miseria de los réditos. Puedo encargarme de hacerle la gestión. Conozco a uno de sus patronos.

—Don Marcos Hernández, ¿aceptará?

—También me encargo de eso. Supongo que estará encantado. ¡Esos mil reales van a venirle como agua de mayo! Anda agobiado con la dote de su hija que se casa en unos meses.

—Si don Marcos está de acuerdo y a usted le parece bien, vendré mañana a cerrar ese acuerdo y dejar señalada la finca. ¿Cuándo cree que estarán las escrituras listas para firmarlas?

—¿Le corre prisa?

—Me marcho a Francia y me gustaría dejarlo todo resuelto antes de partir.

—Entonces le daremos prioridad. Si Marquitos está de acuerdo en la venta, mañana mismo trataré de ver al patrono y así todo quedará ajustado.

—No sé cómo darle las gracias, don Dimas.

—No las merece.

Al día siguiente quedó cerrado el trato. Hérouart entregó a modo de señal doscientos reales. Los ochocientos restantes los desembolsaría cuando se firmase la escritura que, según don Dimas, sería un par de días más tarde.

Domingo de la Cruz había salido de Guadamur con estrellas, bastante antes de que el sol apuntara. No se trataba de aprovechar el fresco de la mañana porque la temperatura, desde hacía unos días, había descendido mucho. El calor del verano empezaba a ser un recuerdo, aunque era posible que volviera, menos intenso, algunos días. La razón era que había quedado con el joyero Valcárcel a las diez y no quería retrasarse. Llegó al puente de San Martín cuando entraban, casi formando procesión, quienes llevaban a cuestas, en cabalgaduras o en carros, toda clase de productos para el abastecimiento de la ciudad.

Allí se producía todas las mañanas una larga cola por la aglomeración de quienes habían de declarar en el fielato para pagar el impuesto de consumos. La posada que había elegido para dejar a *Golondrina* era la de la Sangre porque quedaba cerca del taller de Valcárcel. Por la Cava, rodeó la muralla y entró en Toledo por la Puerta de Bisagra. Cuando pasó, camino de la plaza de Zocodover, por delante de la joyería de Valcárcel, el establecimiento estaba

todavía cerrado.

Una vez ajustado el precio de la cuadra para la mula, decidió tomar un refrigerio. Entró en la confitería situada junto al Arco de la Sangre, era un devoto del mazapán que elaboraban en aquel obrador. Satisfecho su deseo, se encaminó a su encuentro con el joyero con las alforjas, donde llevaba los objetos que había seleccionado, bien agarradas. Llegó al establecimiento pocos minutos antes de las diez y la joyería ya había alzado su persiana. Abrió la puerta y el tintineo de la campanilla alertó a Valcárcel que estaba terminando de colocar un muestrario de cadenas para medallas, collares y gargantillas con el que había de visitar la casa de un cliente.

—¡Amigo mío! ¡Qué puntualidad!

Tras unos breves saludos, Domingo le mostró las joyas: un par de cruces, las láminas del revestimiento de otra y una corona con cadenas completa. A diferencia de Morales, no había desmontado las piedras. Valcárcel tuvo que hacer un esfuerzo para disimular la excitación que le produjo ver la pieza completa. Decidió que nadie más debía ver aquello. Echó el cierre a la puerta y corrió unas cortinillas que tenía en el escaparte para protegerlo cuando el sol apretaba con más fuerza.

El deseo de Domingo de la Cruz de deshacerse de las joyas y el interés del joyero les permitió llegar pronto a un acuerdo. Fue pesando las piezas una por una y anotándolo todo cuidadosamente. Era algo más de once libras y media. Valcárcel miró en un cuadernillo el precio que había pagado a Morales y echó cuentas mentalmente.

—Puedo pagarle dos mil reales.

—Eso es muy poco. Aquí hay más de once libras de oro, sin contar el valor de las piedras.

—Pero esto no puede venderse así. Hay que fundirlo y volver a trabajar el oro. En cuanto a las piedras, hay algunas que son más falsas que Judas.

—¡Que las piedras son falsas! ¡Venga ya!

—Yo no he dicho eso. Solo que algunas son falsas. Tendrá que verlas un diamantista, tasarlas y desechar las malas.

—Es muy poco —insistió el labriego.

Valcárcel, un verdadero experto en el chalaneo, utilizó un argumento que sabía era de mucho peso en circunstancias como aquella.

—Voy a aligerarle de una preocupación muy grande. Estas cosas antiguas suelen crear muchos problemas cuando no se tienen por herencia familiar. Si las autoridades llegan a enterarse de que ha ocultado el hallazgo

los problemas que tendrá no puede ni imaginárselos.

El semblante de Domingo de la Cruz acusó el impacto.

—Tiene que ofrecerme algo más. Solo el oro al peso vale más de lo que me ha ofrecido.

Era lo que el joyero esperaba oír. Aquel palurdo estaba ya atrapado en sus redes. Cerrar el trato era cuestión de unos pocos reales. Solo tenía que cerrar el trato y obtendría una ganancia tan extraordinaria como jamás había conseguido en su dilatada carrera de perista. El único problema era que iba a quedarse sin liquidez. Pero sabía cómo encontrar una solución. La vida le había enseñado que una mala experiencia podía aprovecharse para obtener beneficios.

—Puedo ofrecerle... hasta dos mil quinientos reales.

—Tres mil y el lote es suyo.

—Dos mil quinientos —reiteró el joyero.

—Entonces no hay trato.

Domingo iba a recoger las piezas, pero Valcárcel lo detuvo.

—Lo que voy a hacer es una locura. Puede que hasta pierda dinero. Pero voy a darle dos mil seiscientos reales. Ni un maravedí más.

—Dos mil ochocientos y todo esto es suyo —señaló con la mano extendida todo lo que había sobre el mostrador.

Valcárcel sabía que sin esforzarse podía sacar por aquello de diez a doce mil reales. No podía dejar escapar la ocasión.

—Está bien, dos mil ochocientos. No sé cómo voy a salir de todo esto —protestó el joyero.

Domingo de la Cruz salió a la calle, donde el sol empezaba a calentar con fuerza, presa de sensaciones encontradas. Por un lado, sentía cierto alivio por haberse desprendido de unas joyas cuya posesión podía convertirse en un grave problema. Por otro, era consciente de haber dejado atrás algo que valía muchísimo más. Se consoló pensando que todo era beneficio porque el destino había puesto aquello en sus manos por una casualidad. Cuando llegó a Zocodover entró de nuevo en el obrador de pastelería y compró dos libras de mazapán. Estaba dispuesto a quitarse el mal sabor de boca.

Valcárcel, una vez que despidió a Domingo de la Cruz, guardó las piezas, echó todos los cierres a la joyería y salió a la calle. Aprovecharía la visita al cliente para quien había preparado el muestrario para hacer otra que presumía mucho más lucrativa.

Hérouart, como en la notaría todo había ido muy deprisa, y dado que el

maestro Navarro había mostrado la mejor disposición tras el encuentro de la víspera, decidió desplazarse a Guadamur. El tiempo apremiaba porque eran demasiadas las personas que estaban al tanto de la existencia de aquel tesoro. El hallazgo, que hasta entonces había permanecido circunscrito a un círculo cerrado de personas todas las cuales, por diferentes motivos, tenían interés en mantener el secreto, podía salir a la luz en cualquier momento y echar por alto el negocio que se traían entre manos.

Sin detenerse, pasó por la Escuela Militar y pidió al comandante Miralles que le permitiera quedarse con el caballo un día más, lo que le fue concedido sin problema. Luego marchó a su casa, se cambió de ropa, sacó el caballo de la cuadra y dejó a Leocadia con la incertidumbre de si volvería para la hora del almuerzo. Salió de Toledo por el puente de San Martín, que ya no tenía el tránsito que al amanecer se agolpaba en el fielato. Cuando llegó a la casa de Morales su esposa lo recibió con cara de pocos amigos.

—¿Podría ver a Francisco?

—No está.

—¿Le importaría decirme dónde puedo localizarle?

—Esta mañana, muy temprano, se marchó al campo. Lo siento.

María le dio con la puerta en las narices.

Hérouart, un tanto desconcertado, estuvo tentado de volver a llamar. Pero desechó la idea. No sabía qué podía tener aquella mujer contra él. Pero aquel rechazo frontal empezaba a llamarle la atención. Antes de cruzar dos palabras con ella, le hacía patente la animadversión que le profesaba.

Tomó el caballo por la brida, sin saber muy bien qué hacer. En la puerta de una casa de la vecindad unas comadres murmuraban en voz baja y lo miraban con recelo. No era cuestión de andar por el pueblo preguntando por Morales. Bastantes comentarios provocaba ya su simple presencia en Guadamur. Se alejó calle abajo cuando un portazo llamó su atención, pero solo vio a las comadres que, alertadas también por el ruido, habían dejado el palique. Vislumbró una figura que se perdía por la esquina a toda prisa. Siguió andando sin darle mayor importancia. Ahora en la calle solo se oían las pisadas del caballo. Cruzó varias calles buscando la plaza. Pensó que, tal vez, en la taberna podían darle alguna información. En los pueblos pequeños eso resultaba relativamente fácil. Pero antes de encontrarla, una joven, que cubría su cabeza y buena parte de la cara con un pañuelo anudado a la barbilla y con la respiración muy agitada por haber caminado muy deprisa, se le acercó:

—*Monsié*. ¿Anda buscando a Francisco Morales?

—¿Quién es usted?

—Eso no tiene importancia. —Hérouart se quedó mirándola fijamente a los ojos, que era de lo poco que podía ver de su cara—: ¿Quiere verlo?

—¡Claro, a eso he venido!

—Muy de mañana se ha ido a una finca que está en el camino de Polán y no regresará hasta mediodía porque se ha llevado en la mula un cántaro con agua y un hatillo con algo de comida. Como le digo está en un olivar en el camino de Polán. No queda lejos y con ese caballo se planta allí en menos de diez minutos ¿Sabe dónde queda eso?

—El camino, sí. El olivar no.

—¿Sabe dónde está la fuente de Guarrazar?

—Sí.

—Pues cuando llegue allí, tome el camino que queda a la derecha. Andará como media milla hasta llegar a un puentecillo, tome el segundo carril que sale a la derecha del camino. No tiene pérdida.

—Segundo carril a la derecha después de pasar el puentecillo —repitió el francés.

—Eso es. No me entretengo, que he salido para hacerle un mandado a mi madre. Si se entera que le he dicho dónde está mi padre...

—¿A su madre?

—Sí, soy una de las hijas de Morales. No comprendo la actitud de mi madre. Aunque creo conocer la explicación.

—¿Podría decírmelo?

—No. ¡Vamos, márchese de una vez!

—¿Cuál es tu nombre?

—Eso no tiene importancia —le respondió alejándose a toda prisa, sin darle tiempo a agradecerle la información.

Con aquella explicación, no le resultó difícil encontrar a Morales.

—*Mon ami*! —le gritó cuando estaba a poco más de treinta pasos.

Morales se irguió, se puso la mano sobre la frente, a modo de visera, para limitar una luminosidad que dificultaba su visión y se sorprendió de verlo allí.

—¡Monsieur Hérouart! ¿Cómo ha dado conmigo?

El francés, que se había bajado del caballo, se acercó hasta él.

—Una de sus hijas me ha indicado dónde estaba. No me ha resultado difícil localizarlo.

—¿Pasa algo? —preguntó Morales con cierta inquietud.

—Algo que usted debe conocer. Pero ¿por qué no nos ponemos a la sombra? ¡Aquí hace un calor...!

Morales dejó la azada, sacó un pañuelo y se limpió el sudor de la cara, antes de remover un montón de hierba buscando el cántaro del agua, que de esa forma trataba de evitar que se calentase en exceso.

—¿Quiere un trago? Está algo caliente, pero es lo que hay en el campo.

—Gracias, hace mucho calor.

Hérouart, poco hecho a beber a morro, derramó sobre su pechera más agua de la que entraba en su boca. Morales lo miraba divertido y cuando alzó el cántaro lo hizo con mucha habilidad. Después de colocarlo en su sitio y de limpiarse la boca con el dorso de la mano, se acomodaron bajo una enorme encina que proporcionaba una agradable sombra.

—A ver, ¿qué es eso que debo conocer?

Hérouart le explicó la excelente disposición de Navarro después de ver la joya y se refirió a la necesidad de restaurar las piezas. También se extendió acerca de las dificultades que, en opinión del diamantista, podían encontrar para venderlas. No hizo alusión alguna a que acababa de comprar la parcela donde estaban las fosas.

—Entonces, cree que encontrar un comprador será difícil.

—Sí, sobre todo porque en España no se valora suficientemente la importancia histórica de las joyas y en el caso del Estado...

—¡Mejor no arriesgarse! —lo atajó Morales con vehemencia—. ¡Eso solamente traería problemas!

Al francés le sonó a música celestial oír unas afirmaciones tan rotundas como aquellas. Era lo mejor para sus intereses. Por otro lado, no le sorprendía. Llevaba en España años suficientes como para saber que los españoles consideraban al Estado un enemigo al que habían de ocultársele las actividades y, si era posible, engañarlo. Se tenía poca conciencia de país, a diferencia de lo que ocurría en Francia.

—Tratar de vendérselas al Estado sería problemático —señalo Hérouart con mucha más tranquilidad—. Sin embargo, si usted quiere, estamos dispuestos a ofrecerle una suma muy superior a lo que le han pagado hasta ahora.

—Cuando dice estamos... ¿se refiere a ese joyero y usted?

—Efectivamente.

—¿Comprarían ustedes todas las joyas?

Morales temió que fueran a jugarle una mala pasada. Consideraba a monsieur Hérouart un caballero, pero su experiencia con los joyeros toledanos había sido tan negativa...

—No sé... —Se rascó la cabeza, como si con aquel gesto se le aclarasen las ideas.

El francés se dio cuenta de las dudas que habían asaltado al campesino y decidió apostar.

—Si usted quiere formar parte de esa sociedad... el señor Navarro y yo estaríamos encantados. No tendríamos que desembolsar la suma que habría que pagarle. Con el valor de las joyas tendría un capital mucho mayor que el necesario para hacer frente a los gastos iniciales.

—¿Gastos iniciales? ¿Qué quiere decir con eso?

—Hay que restaurar las joyas y eso cuesta mucho dinero. Habrá que pagar a un marchante que busque clientes para comprarlas. Será necesario viajar... quizá fuera de España. Es posible que pueda ganar más, pero se arriesga también a perder.

—No estoy interesado en eso. Para mí supone demasiadas complicaciones. ¿Cuánto pagarían ustedes por las joyas? Se lo vendo todo, menos esa especie de bastón, algunas cadenas sueltas y una cruz que tiene menos de un palmo. Es... es por quedarnos con un recuerdo.

—¡Menudo recuerdo!

—No es ni la décima parte de todo lo que vio.

—Podemos pagarle... —Hérouart aparentó echar cuentas—, teniendo en cuenta los importantes gastos que habrá que asumir, cuarenta mil reales. Es mucho más de lo que le han venido pagando los joyeros.

Morales se acarició el mentón. Era cierto que el francés estaba ofreciéndole una suma considerablemente superior al dinero que había obtenido hasta aquel momento. Además, tenía la ventaja de quitarse de en medio todas las piezas de una vez y eso significaba no tener que andar con más tratos ni más chalaneos. Decidió que vendería las joyas, pero no podía aceptar la primera cantidad. Si el francés le ofrecía aquello de primeras, era porque estaba dispuesto a pagar algo más.

—Creo que se quedan cortos. Lo que los joyeros de Toledo han pagado era una miseria. Por eso, precisamente, acudí a usted.

—Tenga en cuenta que se quita de encima... un problema y que somos nosotros quienes asumimos los riesgos.

—Pero, si van a vender las joyas en el extranjero, estoy seguro de que

sacarán mucho más.

El profesor de la Escuela Militar sabía que Morales no tenía un pelo de tonto, pero ignoraba que fuera capaz de captar las cosas al vuelo y utilizarlas en su propio beneficio. Todo lo que oía se le pegaba a la oreja con mucha facilidad.

—Cuarenta y dos mil reales. —Hérouart resopló como si hubiera hecho un gran esfuerzo para añadir aquellos dos mil reales.

Morales escupió y masculló algo entre dientes antes de responder a la nueva oferta.

—Cuarenta y cinco mil y no se hable más —replicó tratando de disimular su satisfacción.

Esa cifra era lo que el francés estaba esperando oír. Si bien simuló digerir la petición, finalmente la aceptó. El trato no quedó cerrado porque Morales planteó una cuestión final, que podía dar al traste con el acuerdo.

La solución que le propuso Navarro no acababa de convencer a Hérouart.

—Pues si ese Morales exige el pago al contado...

—Es la condición que ha puesto para aceptar la venta por los cuarenta y cinco mil reales. Dice que quiere el dinero a toca teja.

—Pues si no le parece bien mi propuesta, dígame entonces cómo salimos del atolladero. Si usted no dispone de efectivo, la única solución es que, si tiene algo que empeñar por la suma que necesita, acuda en Madrid al Monte de Piedad. La experiencia que yo tengo no es mala. No sangran a la gente como hacen los prestamistas, aunque si los plazos vencen la situación se complica.

Hérouart negó con un ligero movimiento de cabeza. Después de haber comprado la parcela, aunque disponía de capital en metálico, le faltaba algo más de diez mil reales para hacer frente a su parte del pago a Morales. A esa suma habría que añadir algunos cientos de reales más, necesarios para hacer frente a una serie de gastos iniciales. Navarro había aceptado no cobrar por sus trabajos de restauración hasta después de haber vendido las piezas, pero había otros que no era posible retrasar.

—No quiero arriesgarme a perder los objetos que podría empeñar —objetó el francés.

—No sabe cuánto lamento no poder disponer del efectivo suficiente para poder hacerle un préstamo.

—Supone correr un riesgo importante y, si la operación no sale como esperamos... —El francés dudaba—. Además, los objetos de valor que poseo tienen para mí una importancia que va mucho más allá de su valor material.

—No creo que la operación salga mal. En Francia no resultará complicado obtener un buen precio.

—Pero podría retrasarse y, si no pudiera cumplir los plazos con el Monte de Piedad...

—Pues necesitamos el dinero para pagar a Morales. Además, en las circunstancias presentes, el tiempo es algo que no debemos perder de vista. ¿No le parece?

Navarro esperó a que dijera algo, encendiendo un cigarrillo.

—No sé, *mon ami*. Empiezo a lamentar haberle involucrado en todo este asunto. No creí que fuera a complicarse de este modo.

Permanecieron en silencio un largo rato hasta que el francés lo rompió.

—Déjeme veinticuatro horas para pensar alguna solución. No creo que sea pedir demasiado. Aunque... no sé... no sé...

—Está bien, veinticuatro horas.

Hérouart se levantó y Navarro lo acompañó hasta la puerta donde recogió su bastón y se caló la chistera. El diamantista le abrió la puerta con el temor de que aquel negocio, que había despertado en él una ilusión que a sus años no creía posible, iba a irse al garete. Cuando estrechó la mano del francés estuvo a punto de decirle algo que había pasado por su cabeza, pero no lo hizo.

Hérouart farfulló una palabra de disculpa al despedirse y, abatido por el fracaso, enfiló la ribera del río para dirigirse a la cuesta del Barco. Apenas se había alejado una veintena de pasos cuando lo detuvo la voz de Navarro.

—¡Adolphe, aguarde un momento!

El francés se volvió y vio cómo el diamantista se acercaba a toda prisa.

—Quizá haya una solución.

—Usted dirá, *mon ami*.

—Venga, venga a casa. Este no es el lugar más indicado para hablar de lo que voy a decirle.

Entraron en la casa y, tras cerrar la puerta, permanecieron en el pequeño recibidor.

—¿Recuerda lo que le conté cuando lo pasé tan mal porque no me pagaban la corona de la reina?

—¿A qué se refiere en concreto?

—A que una clienta mía me prestó una suma que me permitió salir adelante.

—Sí.

—Esa clienta es doña Paulina de Escobedo. Podríamos acudir a ella.

—¡Pero yo no la conozco!

—Por eso, sería yo quien le pidiera ayuda. Usted se limitaría a acompañarme, pero tendría que ofrecerme garantías del pago del empréstito que le solicitaría. Así no tiene por qué preocuparse de los plazos. Doña Paulina no me los exigiría, al menos es lo que pienso, y desde luego yo no se los exigiría a usted.

—¿Cree que es posible?

—Si me ayudó en aquella ocasión...

—Supongo que tendría que explicarle para qué quiere el dinero.

—Por supuesto y, desde luego, no le mentiría. Lo que le pediríamos es que participara como inversora.

—¿Lo cree posible? ¿Esa dama es discreta?

—A mí me lo parece, aunque no la conozco lo suficiente como para asegurárselo. En cuanto a si lo creo posible, le diré que su marido es inmensamente rico y ha multiplicado su fortuna en los últimos años con inversiones en los ferrocarriles y, como a doña Paulina le gusta tomar iniciativas, le permite hacer sus propios negocios. ¿Sabe que juega a la bolsa e invierte las ganancias?

—¡No me diga! No creí que las mujeres en España...

—Pues sí, amigo mío, hace jugadas en la Bolsa y, por lo que tengo entendido, no se le da nada mal. Lo que temo es que pueda irse de la lengua. Ya sabe lo que a estas damas de la alta sociedad les gusta presumir ante sus amistades. Corremos un riesgo, no seré yo quien lo niegue. Pero podemos advertirle del peligro que correría su inversión si el negocio se va al traste. Eso ayudaría a asegurarnos que mantiene el secreto.

—No sé, *mon ami*. No acabo de verlo claro.

—Amigo Hérouart, no quiero ocultarle nada. Ha sido usted quien me ha metido en este negocio. He admitido que existe un riesgo, pero ese riesgo, más que en doña Paulina, estaría en quien es su mejor amiga.

El francés lo miró con cara de incredulidad.

—No comprendo qué quiere decir con eso.

Navarro supo que aquello que acababa de decirle requería de una detallada explicación.

—Pasemos, pasemos a la salita. Seguir aquí de pie no me parece lo más correcto y lo que he de contarle lleva su tiempo.

Se acomodaron de nuevo y Navarro, después de encender un cigarrillo, le aclaró su extraño comentario.

—Verá. Doña Paulina de Escobedo vive en una casona en la calle de Alcalá, que linda por un lado con el convento de las Calatravas y por otro con un palacete, que es donde vive esa amiga suya cuando está en Madrid. Pasa largas temporadas fuera porque es una dama viajera. Su nombre es doña Martina Vicentelo y es extraordinariamente rica. Según se dice en los mentideros de la Villa y Corte, aunque resulta difícil saberlo, más rica incluso

que doña Paulina. Puedo dar testimonio de que algunas joyas de doña Martina valen una fortuna. Es viuda y su esposo, al morir, la dejó como heredera de todos sus bienes. Eso hizo que su familia se encolerizase porque se creía con mejores derechos que ella para heredarlo porque el matrimonio no tenía descendencia. El pleito que ha durado más de cinco años ha llegado hasta el Tribunal Supremo, donde intervino incluso la Sala de Indias porque la herencia incluía una enorme plantación de azúcar en Cuba y uno de los mayores ingenios de la isla, y otra plantación de tabaco. Esa dama viene con frecuencia por Toledo de donde era su familia, aquí posee uno de los mejores cigarrales. Nunca quiso encargarme una joya...

—Sé de quién me habla y la he visto en Toledo. ¡Es una mujer bellísima! No tengo el gusto de conocerla. Pero dígame, ¿hay alguna razón por la que no le ha encargado ningún trabajo? Usted es el mejor y, si tiene tanto dinero, puede permitirse cualquier capricho.

—Lo ignoro. Siempre ha hecho encargos a otros colegas de Madrid y cosas menores a joyeros toledanos. Por lo que tengo entendido acude con frecuencia a ese Valcárcel, que no me parece el más recomendable. Pero... cada cual puede hacer con su dinero lo que le venga en gana.

—¿Por qué piensa que el peligro puede estar en ella? No tiene por qué enterarse de este negocio.

—Se equivoca, amigo mío. Entre doña Paulina y doña Martina no hay secretos. Son como uña y carne. En cuanto a mi temor, se funda en que la segunda tiene gran interés por los objetos del pasado. No tengo dudas de que doña Paulina le hará algún comentario sobre todo esto y eso puede ser un problema. Doña Martina querrá saber, y si se entera de que las piezas pueden salir de España...

—Razón de más para no acudir a la solución que me propone.

El diamantista, resignado, se encogió de hombros. Había dudado si plantear aquella solución... Al no aceptarla Hérouart, había quemado su último cartucho.

—Pues si no tiene algo valioso que esté dispuesto a pignorar en el Monte de Piedad, no sé qué solución puede haber, salvo que acuda a alguna sanguijuela de las que le chuparán la sangre. Conseguir el dinero que necesita en unos días se me antoja una operación hartamente complicada.

El francés, que había encendido su pipa con la parsimonia que le era habitual, se quedó un momento con la mirada perdida en el amplio ventanal desde el que se veían las mansas aguas del Tajo. Expulsó el humo de su pipa

lentamente.

—Déjeme pensarlo. Deme solo veinticuatro horas. Tal vez encuentre una fórmula para conseguir el dinero por otra vía. Quizá no sea descabellado ir a Guadamur y decirle a Morales que no podemos... bueno que no puedo hacer frente al pago al contado como él exige. Es posible que reflexione y nos dé algún plazo.

—Es usted quien me ha dicho que ese labriego está decidido a cobrar los cuarenta y cinco mil reales al contado.

—En caso de que se empecine en su posición, le diré que no me queda más remedio que deshacer el trato.

—No sabe cuánto lamento oírle decir eso. La joya que me trajo ayer es excepcional. Podríamos ganar mucho dinero y en lo de acudir a doña Paulina no encuentro tantos inconvenientes como usted ve.

Hérouart marchó directamente a su domicilio. La expresión en el rostro de Leocadia, que había acudido a abrirle la puerta, no anunciaba nada bueno.

—¿Ocurre algo?

—Tiene visita. En la sala baja.

—¿Visita?

—Sí, señor, visita. No ha habido forma de que se marche.

—¿Quién es?

—El individuo ese que el otro día recibió usted, como si fuera un amigo de toda la vida. También han mandado recado de la escribanía de don Dimas.

—¿Qué quieren?

—Que mañana se pase por allí para firmar las escrituras de la huerta que ha comprado.

Morales se puso en pie en cuanto vio aparecer a Hérouart.

—¡*Mon ami*, qué sorpresa! ¿A qué debo esta visita? ¿Ocurre algo?

—Sí, señor. Por eso llevo aguardándolo más de una hora.

—Siéntese, Francisco, siéntese y cuénteme lo que pasa.

—Ha surgido un problema.

—¿Un problema? ¿Con nuestro trato?

—Me he enterado de que la otra fosa también estaba llena de joyas. Las tiene otro vecino del pueblo. Se llama Domingo de la Cruz.

El francés se acarició la barba con gesto reflexivo. Se preguntó por qué esa noticia había llevado a Morales a visitarlo.

—¿Cómo se ha enterado?

—Porque uno de su familia se ha ido de la lengua.

—*Mon Dieu!*

—Pero eso no es lo más grave. —El francés arrugó la frente—. Lo peor de todo es que, además, va diciendo por el pueblo que también yo he encontrado un tesoro.

Ya tenía la explicación de la presencia del labriego en su casa.

—Esa no es una buena noticia, desde luego que no. ¿Qué es lo que se comenta entre el vecindario?

—¡Bufff! ¡Cada uno dice una cosa! ¡Muchos se lo han creído y han ido a Guarrazar! ¡Aquello parecía esta mañana una romería! ¡Hay quienes se han puesto a escarbar! También hay gente que no se lo ha creído, sobre todo cuando no han encontrado nada. Lo han puesto todo patas arriba, pero de tesoros nada de nada. Parece ser que esas dos fosas eran las únicas. Lo que han encontrado ha sido alguna tumba, pero eso no es una novedad. En el pueblo siempre se ha dicho que allí hubo un cementerio en tiempo de los moros. Eso... eso no ha sido mala cosa.

—¿El qué no ha sido mala cosa?

—El que hayan aparecido huesos de muerto. Ya sabe cómo es la gente. Nada de molestar a los que están en el otro mundo. Los enterramientos han echado para atrás a mucha gente. Cuando me he venido para Toledo, después de almorzar, ya no había tanto alboroto ni tanta gente. Alguien ha debido leerle la cartilla al familiar de Domingo que se fue de la lengua, porque estaba diciendo que todo era un bulo. Que lo que quería era divertirse. Ha tenido que meterse en su casa porque alguno quería repasarle las costillas con una estaca. Pero ha levantado la liebre. Ya sabe lo que dice mucha gente...

—¿Qué dice?

—Que cuando el río suena... Será difícil que los rumores desaparezcan. Además, cuando la noticia se sepa algún periodista querrá husmear y meter las narices.

—Ha hecho muy bien en venir y ponerme al corriente, *mon ami*. Pero esto no tiene por qué afectar a nuestro trato.

—Lamento no estar de acuerdo con usted. Yo creo que sí lo afecta.

Hérouart arrugó la frente.

—¿Quiere usted explicarse?

—Verá, los cuarenta y cinco mil reales acordados son sagrados. Soy un hombre de palabra y mi palabra va a misa. Pero el trato hay que dejarlo cerrado en veinticuatro horas. Ese es el tiempo que puedo mantenerlo. Si usted y ese joyero no me pagan lo acordado... No quiero que esas joyas

permanezcan por más tiempo en mi casa, después de lo que hoy ha pasado en el pueblo.

—Pero Francisco, usted exige el pago al contado y... y cuarenta y cinco mil reales no se encuentran a la vuelta de la esquina.

—Lo comprendo. Pero, como le he dicho, no quiero que esas joyas estén en mi poder más tiempo. ¡No puede imaginarse la mañanita que hemos pasado en mi casa!

Morales llevaba razón. Cuando acordaron el precio, incluido el pago al contado, no hablaron del plazo. Era Hérouart quien tenía más prisa. Era él quien quería hacerse con las joyas lo antes posible, pero veinticuatro horas lo colocaban entre la espada y la pared. Entendía a Morales y que lo sucedido lo llevara a tomar una determinación tan drástica como aquella. El labriego no lo había dicho, pero sabía que podía desprenderse de las joyas en veinticuatro horas, aunque tuviera una pérdida considerable y no había más que mirarlo para saber que estaba dispuesto a hacerlo. En Toledo había joyeros dispuestos a comprar las joyas por bastante menos de lo que valían al peso y, en aquellas circunstancias, Morales parecía dispuesto a vendérselas. No estaba faltando a su palabra, pero ponía las cosas todavía más difíciles de lo que ya estaban. Hérouart estuvo a punto de decirle que deshacía el trato que habían apalabrado, pero no lo hizo. La propuesta con que lo había despedido el diamantista cobraba otra dimensión.

—Veinticuatro horas es muy poco tiempo. Compréndalo, es una suma muy importante.

Morales se quedó un momento en silencio. Estaba seguro de que podía deshacerse de las joyas sin problemas. Pero si lograba la mitad de los cuarenta y cinco mil reales sería un milagro. Ya conocía el paño, y los joyeros de Toledo solo le habían ofrecido miserias en comparación con el valor de las joyas. Aunque en el pueblo las cosas se precipitaran, un día más no tenía importancia.

—Tratándose de usted podría esperar cuarenta y ocho. Pero ni un minuto más. La cosa se ha complicado y cuanto antes termine con esto...

Al francés cuarenta y ocho horas le seguía pareciendo muy poco tiempo. Si tenían que ir a Madrid...

—Tres días —apuntó.

—Cuarenta y ocho horas porque se trata de usted. ¡Ni un minuto más!

—En fin, qué se le va a hacer. Le agradezco que amplíe ese plazo. Traiga las joyas dentro de dos días. Tendrá su dinero.

—Aquí estaré.

Hérouart acompañó a Morales a la puerta y consultó la hora. Todavía no habían dado las ocho. Estaba anocheciendo, pero no podía andarse con remilgos. El horno no estaba para bollos.

Habían salido con las primeras luces del día en un simón con capota que habían alquilado a un cochero de la calle Hombre de Palo. Era la única forma de hacer las doce leguas que separaban Toledo de Madrid. Cuando el sol apuntaba sus primeros rayos habían dejado atrás Bargas y su propósito era no detenerse antes de llegar a Illescas. Allí dieron un pienso a los animales, tomaron un refrigerio y habían avanzado cerca de una legua cuando sonaron las campanas que llamaban al rezo del Ángelus. Era mediodía.

Entraron en Madrid, pasadas las cuatro, y fueron a la casa que el diamantista tenía en la calle de las Huertas con el fin de asearse un poco y cambiar la ropa de viaje por otra más acorde con la calidad de la dama a la que iban a visitar.

Con indumentaria propia de caballeros —levita de faldones largos, con pantalones a juego, chaleco de raso dejando ver la leontina, camisa de cuello duro, corbatín de seda adornado con alfiler de joyería, botines acharolados, guantes de fina piel, chistera de copa larga y bastón con labrada empuñadura de plata— montaron en un coche de punto y, sin avisar, se presentaron en casa de doña Paulina de Escobedo. El diamantista, a pesar de conocer las costumbres de doña Paulina, jugaba la baza de ser persona conocida de la casa.

Quien acudió a la puerta del palacete, al oír sonar la campanilla, fue el mayordomo, un sujeto de formas cuidadas, atildada vestimenta y maneras cortesanías. Le extrañó ver al joyero. Doña Paulina era muy puntillosa en cuestión de visitas y no le gustaban las improvisaciones ni las sorpresas.

Navarro sabía que aquel individuo suponía el mayor obstáculo para poder ver a la señora de la casa. Su relación con el mayordomo, que se llamaba Apolinar, era poco cordial desde hacía mucho tiempo por una cuestión menor, pero que se había enconado cada vez más con el paso del tiempo. Apolinar le había encargado un alfiler de corbata que el diamantista le hizo, según unas indicaciones muy precisas. El trabajo fue hecho a plena satisfacción, pero Apolinar no lo abonó al recibirlo y cuando Navarro le reclamó la suma, puso cara de sorpresa, diciéndole que si pretendía cobrarle dos veces.

Apolinar se había plantado en la puerta con aires de superioridad sin tener la gentileza de permitirles pasar.

—¿Qué desea usted? —preguntó a Navarro, como si fuera un desconocido, y sin tomarse la molestia de saludar.

—Ver a doña Paulina —respondió el diamantista con la misma sequedad.

—Me temo que eso no va a ser posible. En la lista de visitas de la señora no consta ninguna para esta tarde —señaló con la voz engolada para darse tono, mientras estiraba los puños de su camisa.

—Es cierto, pero el asunto del que deseo hablarle ha surgido de improviso. Es algo muy urgente. ¿Sería usted tan amable de anunciarle mi presencia? Estoy convencido de que su ama no tendrá inconveniente en recibirnos. —Navarro había utilizado la palabra «ama» para recordarle que solo era el mayordomo—. ¿Le importaría comunicarle que me acompaña monsieur Adolphe Hérouart, profesor de la Escuela Militar de Toledo?

El mayordomo miró al francés de arriba abajo. Estaba impecablemente vestido y su ropa era de buena factura. Bastaba con mirarlo al rostro para saber que se trataba de una persona de calidad. Tenía aspecto de ser un caballero y, si era quien el joyero decía, quizá cometiera un error dándoles con la puerta en las narices. Le hizo una leve reverencia cuando Hérouart, siguiendo instrucciones de Navarro, le entregó una tarjeta de visita. Solo entonces les franqueó el paso.

—Tengan la bondad de pasar, caballeros.

Accedieron a un suntuoso vestíbulo donde podían verse por todas partes mármoles de diferentes colores. En las paredes colgaban lujosos espejos con amplios marcos dorados de rebuscadas formas. Pero lo que más llamaba la atención eran los numerosos lienzos con antiguas pinturas de grandes maestros. El mayordomo los condujo hasta un saloncito donde el lujo del vestíbulo —paredes enteladas con seda, muebles de caoba y nogal, cuadros de dimensiones reducidas, pero no menos valiosos— se reproducía a pequeña escala.

Hérouart estaba impresionado.

—¿Navarro, ha visto los cuadros del vestíbulo? ¡Esto es un museo de pintura! ¡Mire, eso es un Rembrandt!

—El marido de doña Paulina, don Nazario, es coleccionista de pintura. Tiene obras de mucho valor.

—No necesita jurarlo, *mon ami*.

—¿No estaría interesado en comprarnos...?

—Colecciona pintura —lo interrumpió el diamantista—. Nada de orfebrería. ¿No cree que se lo habría propuesto si hubiera alguna posibilidad?

—¡Una pena! Quien parece que no le tiene en mucha estima es el mayordomo.

—Ese sujeto se llama Apolinar y es demasiado estirado, incluso para mayordomo —susurró Navarro al francés.

—Si de él dependiera el éxito de su gestión...

Apenas habían transcurrido un par de minutos cuando Apolinar apareció por la salita. A Hérouart le sorprendió que la espera fuera tan breve.

—Acompañenme los señores.

Los condujo hasta una dependencia que doña Paulina utilizaba como sala de estar en verano —en invierno se trasladaba a la primera planta—, un amplio y luminoso salón gracias a un ventanal grande que daba a una terraza que volaba sobre un frondoso jardín, donde podían encontrarse una interesante variedad de árboles y arbustos. La botánica, además de la pintura, era otra de las pasiones del marido de doña Paulina. Encargaba plantas a los conocidos que viajaban al mar Caribe donde España, tras la pérdida de su imperio colonial hacía un cuarto de siglo, conservaba Puerto Rico y la llamada Perla de las Antillas; también cuando navegaban por aguas del Pacífico porque les llevara alguna misión a Manila, la capital del archipiélago de las Filipinas, les encargaba que le trajeran especies exóticas que encontraran en aquellas latitudes.

Navarro trató de disimular su desasosiego. No había contado con aquel imponderable: a doña Paulina la acompañaba su amiga doña Martina Vicentelo, con quien, según señalaban los naipes que había sobre la mesa, estaba jugando una de sus innumerables partidas de canasta donde la perdedora abonaba a razón de un maravedí por cada mil puntos de diferencia.

El estirado mayordomo no concebía que la señora lo recibiera cuando estaba jugando a la canasta, como si fuera un miembro de la familia, y menos aún cuando aparecía acompañado por un desconocido.

—¡Navarro, qué sorpresa! —exclamó doña Paulina dejando las cartas sobre la mesa.

—Doña Paulina, tengo que presentarle mis disculpas por esta... esta intromisión. Presentarme sin avisar... No sé cómo podré pagarle que me haya recibido. —Se acercó hasta ella y besó la mano que le ofrecía. Luego tomó la mano que le ofrecía doña Martina.

Presentó a Hérouart como coronel del ejército, aunque retirado, y profesor de la Escuela Militar de Toledo.

—Monsieur Adolphe Hérouart... doña Paulina de Escobedo... doña Martina Vicentelo.

Las formas del francés eran exquisitas, a lo que colaboraba su porte. Cuando se alzó, tras besar la mano de doña Martina, sus miradas se cruzaron un instante. La viuda ofrecía una imagen espléndida. El traje blanco de immaculada gasa forrada que vestía era entallado, lo que ajustaba su cintura y resaltaba sus rotundas formas. La media manga rematada en un volante de encaje dejaba al descubierto sus bellos antebrazos y la baja caja del escote ofrecía un largo y blanquísimo cuello.

—¿Cuál es la razón de esta urgencia?

Navarro miró a doña Martina de forma casi furtiva, a lo que doña Paulina respondió sin vacilar.

—Lo que tenga que decirme, también puede oírlo mí amiga.

—Creo que lo que estos caballeros han de comentarte solo te concierne a ti. Me marcho, querida. —Doña Martina se puso en pie ofreciendo ahora toda su belleza.

—¡Ni hablar! ¿No irás a aprovechar su presencia para marcharte? ¡Con la paliza que me estás dando! ¡Siéntate, por favor! A don José no le importará. ¿Me equivoco?

—En absoluto, doña Paulina. No se trata de un secreto, pero la discreción...

—¡Ni hablar! ¡No hay peros que valgan! —Miró a doña Martina, que permanecía en pie y le pidió que se sentara—. Querida, por favor... También ustedes pueden tomar asiento. —Señaló los sillones vacíos que había en torno a la mesa.

Hérouart se sentó junto a doña Martina, quien parecía complacida con las miradas del francés.

—Verá, doña Paulina, si acudo a usted es porque el coronel y yo necesitamos su colaboración.

A doña Paulina le llamó la atención la palabra que el diamantista había empleado.

—¿Mi colaboración? —Alzó las cejas y utilizando unos impertinentes pasó revista con detenimiento a Hérouart quien carraspeó al verse escrutado de aquella forma. Navarro no quiso interrumpir con sus palabras aquella inspección ocular, sabiendo que la dueña de la casa sacaría una conclusión

favorable. La planta del francés que, sin duda, infundía confianza, había sido una de las razones por las que se había hecho acompañar por él.

—En efecto, doña Paulina.

—¿Qué clase de colaboración?

—Verá, necesitamos un socio que aporte capital para una operación que el coronel y yo estamos seguros dará en poco tiempo sustanciosos beneficios.

—¿De cuánto estamos hablando?

—De veinte mil reales.

—Eso es mucho dinero.

—Vamos, doña Paulina... Para usted una minucia.

—¿Qué clase de negocio es ese?

—Restaurar unas magníficas piezas de orfebrería. Se trata de joyas muy antiguas que han llegado a mis manos a través del coronel. Necesitamos esa suma porque la restauración será costosa.

Al francés le sorprendió la habilidad con que Navarro había planteado la cuestión.

—Supongo que será usted quien se encargará de esa restauración.

—Así es, doña Paulina.

—Supongo que luego habrá que vender esas joyas.

—En efecto.

—¿Tiene ya comprador?

—No. —A Hérouart la negación le había salido del alma.

Doña Paulina miró al francés con una leve sonrisa en la boca.

—Entonces el negocio no es tan claro como quiere presentármelo.

Navarro respondió de inmediato. No quería que el francés se le adelantara de nuevo.

—Tiene sus riesgos. Si no quiere correrlos, puedo hacerle otra propuesta.

—¿Cuál?

—Que me ayudase, como ya hizo en otra ocasión.

Doña Paulina miró las cartas que había sobre la mesa, recordando el mal momento por el que pasó el diamantista como consecuencia del impago de la corona de la reina. Nunca le dijo a Navarro que el marqués de Santa Isabel, amigo de su marido, resolvió aquel asunto porque don Nazario tomó cartas en el asunto.

—¿Me está diciendo que le preste esa suma?

Navarro, que todo lo tenía ensayado, aparentó avergonzarse.

—No me he atrevido a planteárselo de ese modo.

Hérouart que, además de atender a la conversación, no dejaba de flirtear con doña Martina, que se mostraba cada vez más receptiva, se quedó, por un momento, mirando a Navarro. Además de haber sido uno de los mejores joyeros del país, podía haber triunfado sin problemas en los escenarios.

—¿Para cuándo necesitaría el dinero?

—Es urgente, doña Paulina. De lo contrario no me habría presentado en su casa tan de sopetón.

La dueña de la casa apenas tuvo que estirar el brazo para alcanzar un cordón y agitar una campanilla. Instantes después, como si hubiera estado pegado a la puerta, apareció Apolinar.

—¿Ha llamado la señora?

—Traiga recado de escribir y papel.

—Enseguida, señora.

El propio Navarro se puso a redactar un documento por el que declaraba haber recibido de doña Paulina Escobedo la suma de veinte mil reales, que se comprometía a pagar sin intereses y en un solo plazo...

—¿Qué plazo ponemos, doña Paulina?

—El que usted crea conveniente.

—¿La parece bien dos años?

—Ponga tres.

Hérouart estaba impresionado. Navarro había logrado los veinte mil reales sin tener que soltar información de las coronas. Mientras se redactaba el documento y sacaba un duplicado, el diamantista había vuelto al flirteo con doña Martina con la que había cruzado alguna palabra. Una vez redactado lo firmaron y doña Paulina volvió a tirar del cordón.

—Apolinar, retire todo esto.

—Como ordene la señora.

Al tiempo que el mayordomo salía del salón, también lo hizo doña Paulina, que tardó unos minutos en regresar. Hérouart aprovechó para dedicarle algunos requiebros a doña Martina, que se dejaba complimentar, sin dejar de abanicarse. Hubo un momento en que lo dejó cerrado sobre su mejilla derecha y después volvió a abanicarse hasta que se cubrió, solo por un momento, el rostro. Hérouart pensó que era una muestra de coqueteo, al desconocer el lenguaje de los abanicos. Pero Navarro interpretó lo que doña Martina estaba diciendo. Nunca hubiera imaginado que actuara de aquella forma.

Cuando doña Paulina apareció de nuevo por el salón venía acompañada de una doncella que portaba una bandeja sobre la que había dos pesadas bolsas.

—¡Déjalas sobre la mesa! —le ordenó antes de indicarle que podía retirarse.

Cuando la doncella cerró la puerta, le dijo a Navarro:

—Veinte mil reales en escudos de a ocho. Ahí los tiene. Pero antes de que se marche quiero conocer algunos detalles de ese negocio. No es malsana curiosidad, solo saber qué destino tienen esos veinte mil reales que le estoy prestando.

Hérouart que, viendo el asunto resuelto de forma tan favorable, únicamente concentraba su atención en las zalamerías que doña Martina le dedicaba, trató de disimular la sacudida que le produjo lo que oyó.

—Voy a recomponer unas joyas antiguas que, como le dije antes, han llegado a mis manos a través del coronel. —Seguía utilizando el grado que Hérouart había alcanzado en el ejército porque estaba convencido de que entre las damas de la buena sociedad eso estaba muy bien visto. Mucho más que profesor, aunque fuera en la Escuela Militar—. No sabría precisar la época, pero le aseguro que son muy antiguas. Algunas están muy deterioradas e incompletas y será necesario adquirir diferentes gemas y una importante cantidad de oro. Para eso necesitamos el dinero.

—¿Tiene las joyas aquí?

—No, señora. Están en Toledo.

Mencionar la ciudad alertó a doña Martina. No pudo evitar recordar la cadena que había obligado a Valcárcel a venderle y la conversación que había mantenido con su propietario, de cuyo nombre no se acordaba. Estaba convencida de que le ocultó lo que había detrás de ella que, según sus indagaciones, pertenecía a la época de los visigodos. Pensó que un acreditado joyero como Navarro debería saberlo. Supo que allí había gato encerrado y decidió que iba a enterarse. Se sabía con recursos para ello.

—Es una gran oportunidad, amigo mío. La tenía comiendo en la palma de su mano. Supongo que no ha sabido interpretar el mensaje que le ha mandado con el abanico.

—*Mon ami*, sé que ese lenguaje existe, pero ignoro cómo interpretarlo. ¿Me ha mandado algún mensaje?

—Claro como el agua. Cuando doña Martina apoyó su abanico cerrado sobre la mejilla derecha y luego se cubrió el rostro con él momentáneamente. Estaba respondiendo al flirteo que se traía usted con ella.

—¿Qué diantre significa eso? ¡No sea malo, *mon ami*! ¡Traduzca, por favor!

—Al poner el abanico sobre su mejilla derecha, estaba respondiendo afirmativamente a sus requiebros y cuando se cubrió el rostro con él lo invitaba a seguirla cuando se marchara.

—¡Pero... pero cómo es eso posible! ¡Usted... usted no ha debido interpretarlo correctamente! Nosotros nos hemos marchado antes que ella de casa de doña Paulina de Escobedo.

—¡Ohhh! ¿No se ha percatado del gesto de doña Martina? No ha interpretado correctamente el que le haya dado una tarjeta con su dirección. ¿No se ha dado cuenta? ¿Piensa que una dama de su categoría da su dirección así como así? ¡No sé cómo es usted oriundo de Francia, el país del amor! ¡Ella, que ignora que usted se marcha mañana de Madrid, le estaba diciendo que la visite!

—*C'est impossible!* ¡No puedo visitarla! —exclamó Hérouart.

—¡Pero hombre de Dios! ¡Cómo va a desaprovechar una ocasión como esa! ¡No nos vamos hasta mañana! Tiene tiempo de comprar unas flores, unas pastas o unos bombones. Si se inclina por algo de esto último, ahí en la Carrera de San Jerónimo tiene Casa Mira. Es un establecimiento... —Navarro no concluyó lo que iba a decir.

—¿Le ocurre algo?

—Quizá sea mucho mejor que la invite a cenar. Es lo que se espera de un caballero. Luego, Dios dirá. En la Carrera de San Jerónimo tiene el lugar ideal. Hay un restaurant magnífico, al que he ido en algunas ocasiones. Se

llama Lhardy.

—¿Cómo ha dicho?

—Lhardy. La reina suele frecuentarlo y también los diputados del Congreso, que está a pocos pasos. Ya tiene tema de conversación para romper el hielo inicial. Háblele de ese lugar, que se inauguró como sede parlamentaria hace pocos años, no más de siete u ocho. Pero el edificio que había antes tiene mucha historia. Fue el convento del Espíritu Santo que fundó el Caballero de Gracia en el reinado de Felipe II.

—¿No le parece que invitarla a cenar resultaría excesivo? ¿No lo cree demasiado precipitado?

—Lo es, amigo mío. Pero la actitud de la dama... Como le he dicho, el mensaje que le ha mandado con el abanico no podía ser más claro ni más directo. Además, ¿qué perdería presentándose en su casa? Lo peor sería que se encontrase con una negativa.

—Sin embargo, tenemos que regresar mañana a Toledo.

—Eso significa que tiene toda esta noche por delante.

Dos horas más tarde, Adolphe Hérouart entraba tras de doña Martina Vicentelo por la puerta de Lhardy que le había abierto un portero uniformado y que se había quitado la chistera en honor de la dama. La planta baja del restaurante estaba muy concurrida. Era lugar de cita donde se tomaba algún vino, con frecuencia antes de pasar al comedor. Hacía casi veinte años que ese establecimiento, toda una novedad en el Madrid isabelino, había abierto. Traía a la capital de España un concepto de lo que empezaba a llamarse *service de restaurant*, muy diferente a las tradicionales casas de comidas y figones que había en Madrid. Lo había abierto un cocinero parisino, Emilio Huguenin, en los años siguientes a la muerte de Fernando VII, que permitió regresar del exilio a numerosos liberales y abrió las puertas al romanticismo. Trajo los modernos conceptos del restaurant francés, incluido el nombre que había tomado del famoso café Hardy, en el *Boulevard des Italiens*, y era uno de los que marcaban la pauta en el París regido por Louis Philippe.

Subieron a la planta primera y a la entrada se encontraron con dos individuos que los miraron inquisitorialmente; el *maître*, que estaba a su lado, les susurró algo al oído y los dos individuos asintieron sin apartar la vista de ellos. El *hostess* que los conducía hasta la mesa se sintió en la obligación de darles una explicación:

—Doña Isabel está cenando en uno de nuestros reservados. Su Majestad nos hace el honor de visitarnos con frecuencia. —Los condujo hasta un

coqueto comedor donde había varias mesas de tamaño muy reducido, también de estilo parisino, para lo que se estilaba en Madrid. Todas ellas, alumbradas con elegantes lámparas de gas, estaban cubiertas con manteles de hilo rematados en puntillas y con el servicio de vajilla, cubertería y cristalería dispuesto—: ¿Les gusta a los señores esta mesa más retirada o prefieren aquella junto a la ventana?

Hérouart miró a doña Martina.

—Mejor aquí.

El francés escogió el vino y se puso en manos de la dama para el menú. Vichyssoise para entrar, filetitos de pez con crema de calabaza y lonchas de carne con verdura.

Los primeros minutos, mientras servían el vino, les trajeron unos aperitivos cortesía de la casa, estuvieron presididos por un silencio incómodo, punteado de breves comentarios intrascendentes. Hasta que, servida la vichyssoise, ella, cuya belleza a la tenue luz de las lámparas resultaba turbadora, comentó:

—Supongo que se preguntará acerca de mi comportamiento en casa de Paulina.

—*Chère madame*, no... no sé a qué se refiere —respondió Hérouart deteniendo a medio camino la cuchara que iba hacia su boca.

—¿Desconoce, *monsieur*, el lenguaje de los abanicos?

Hérouart consideró conveniente no darlo por conocido.

—No sé de qué me habla, *madame*.

Doña Martina le dedicó una sonrisa difícil de interpretar. Dudaba que el coronel fuera sincero.

—Me refiero a que le invitara de forma tan grosera a seguir adelante con sus insinuaciones.

El francés se atusó el mostacho, desconcertado.

—Me sorprende, *madame*.

Ella probó la vichyssoise. Apenas se mojó los labios y se los secó con la punta de la enorme servilleta.

—Verá, *monsieur*, mi interés por cenar o simplemente haber degustado un refresco o un helado en alguno de los establecimientos de la Puerta del Sol, es porque deseaba hablar con usted. Lamento decirle que, si he levantado en usted otras expectativas, lo siento mucho.

—*Madame*, compartir la mesa con una dama como usted es un placer difícilmente igualable —replicó Hérouart disimulando su decepción, pero

mostrando las hechuras de un perfecto caballero—: ¿Está interesada en que hablemos de algo en concreto o es simplemente por el placer de departir?

—Cuando el señor Navarro se refirió a unas joyas que es necesario restaurar e indicó a Paulina que no podía mostrárselas porque estaban en Toledo, despertó mi curiosidad.

Hérouart se puso en guardia.

—¿Por algo en concreto?

—Porque hace unos días llegó a mis manos una cadena cuyo trabajo de orfebrería es muy antiguo, de la época de los visigodos.

Hérouart ya estaba arrepentido de cenar en compañía de una dama tan seductora y maldecía el momento en que había entrado en Lhardy donde todo era propicio para un galanteo que había imaginado muy diferente.

—¿Cómo... cómo sabéis que es de esa época?

—Porque es idéntica a otra que mi marido me regaló. La había encontrado en una excavación en una finca que tenemos en Toledo.

—Eso es muy interesante. Pero... ¿qué tienen que ver las joyas que va a restaurar el señor Navarro con esas cadenas?

—Que la cadena que adquirí hace pocas fechas es solo una parte de algo mucho más importante. Algo que ha aparecido en un pueblo que se encuentra a dos leguas de Toledo. Se llama Guadamur.

A Hérouart casi se le atragantó la vichysoise. Trató de disimular y otra vez maldijo el momento en que se había dejado seducir como un colegial porque eso era lo que doña Martina había hecho. Ignoraba por qué aquella hermosa mujer estaba al tanto de lo ocurrido y sobre todo no tenía la menor idea de qué buscaba. Al menos ahora estaba sobre aviso y sería bueno para sus planes y los del diamantista enterarse de hasta dónde sabía ella de lo encontrado en el pago de Guarrazar y sobre todo qué pensaba hacer. La experiencia le decía que muchas veces, quienes solo tenían vagas referencias de algo, aparentaban tener un conocimiento mucho mayor. Había algunas cosas que le parecían evidentes. Que había adquirido una cadena al joyero toledano. Recordó que Navarro le había dicho que era cliente de Antón Valcárcel. Posiblemente esa era la vía por la cual la cadena había llegado a sus manos. Sabía también que en Guadamur se había producido un importante hallazgo. Morales le había comentado que había contado a Valcárcel que poseía muchas más joyas; este se había presentado en Guadamur tratando de comprarle algo más. Tenía que ser Valcárcel la fuente de información de doña Martina. Pero posiblemente desconocía el contenido

exacto del hallazgo. Lo que ignoraba por completo era el propósito de aquella mujer que se había hecho con la herencia de su esposo frente a la familia del difunto. Eso revelaba que no se arredraba fácilmente.

—¿Ha dicho Guadamur?

—¡No me tome por tonta, coronel! Ha estado usted allí y un lugareño llamado Francisco Morales —ahora recordó el nombre— lo ha puesto al corriente del hallazgo.

Hérouart supo que era inútil disimular. Aquella mujer parecía estar al tanto de todo. No se explicaba cómo lo sabía, pero era así. Se olvidó de que estaba sentado en aquel lujoso restaurante porque, atraído por sus zalamerías, tenía la pretensión de seducirla. Decidió que lo más importante en aquel momento era conocer qué pretendía aquella mujer.

Habían terminado la vichyssoise y el camarero retiró los platos. Inmediatamente trajeron el pescado. El *maître* sirvió la salsa y rellenó el vino de las copas.

—Esto tiene una pinta excelente —comentó doña Martina.

—Muchas gracias, señora. Espero que lo disfruten.

Una vez se hubo retirado, Hérouart abordó directamente la situación. Era una tontería andarse con tapujos.

—*Madame*, dadas las circunstancias, dejaré a un lado lo que buscaba respondiendo a sus... insinuaciones.

—¿Qué buscaba? —le preguntó ella con malicia, llevándose el primer trozo de pescado a la boca.

—Seducirla, señora mía.

—¿Con algún propósito concreto?

—Usted es una mujer con experiencia. Puede imaginárselo fácilmente.

Doña Martina lo miró fijamente a los ojos, sin pestañear.

—¿Qué quiere decir con que soy una mujer con experiencia? —Su tono dejaba entrever una ira contenida.

—No me malinterprete, como he hecho yo con sus zalemas. Me refiero a que ha estado casada y, por lo que tengo entendido, es usted una mujer que ha visto mundo.

—¿Así que se había informado previamente acerca de mi persona?

—No exactamente, pero don José Navarro me lo ha comentado cuando me ha explicado el lenguaje de los abanicos.

—Comprendo.

Tomó otro trozo de pescado e invitó a Hérouart a no dejar que se

enfriase. Pero el francés no estaba para degustar exquisiteces.

—Supongo que busca algo, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca.

En ese momento sorprendió a Hérouart acercando su mano a la suya y acariciando la punta de sus dedos.

—¿Le han dicho que es usted un hombre muy apuesto?

El francés la miró desconcertado. La mujer que tenía enfrente era bellísima... y maligna.

—¿Qué pretende?

—Saber, con detalle, qué es lo que se ha encontrado en Guadamur. Lo que no impide que busque... algo más.

—¿Qué es algo más?

—¡Coronel! Estoy segura, aunque no lo conozco, que usted es un hombre con mucha experiencia. —Volvió a rozar la punta de sus dedos. Hérouart sintió los mismos efectos que si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—*Mon Dieu!* Es usted una mujer perversa y... adorable.

Ahora fue el francés quien buscó la mano de ella, que se dejó acariciar.

El diamantista era quien conducía el carruaje. Hérouart había llegado con las primeras luces del día a casa de Navarro, donde este le aguardaba dispuesto a iniciar el viaje de regreso a Toledo. El francés apenas había abierto la boca más que para intercambiar un saludo, cargaron sus ligeros equipajes y se pusieron en marcha. Salieron de Madrid algo más tarde de lo que habían previsto, pero si a lo largo del camino no sufrían ningún percance, llegarían a Toledo mucho antes del anochecer.

—¿Cuándo piensa dejar ese mutismo? ¿Tan agotado ha quedado que no le quedan ni fuerzas para hablar? —le preguntó el diamantista.

Hérouart tardó en responder y solo lo hizo para indicarle a Navarro que, cuando llegaran a la venta que había una vez pasado Getafe, se detuvieran para tomar algo.

—¿Le dieron mal de comer en Lhardy? —ironizó Navarro.

—No, *mon ami*, lo que ocurre es que uno no está ya para estos trotes.

—¿No irá a decirme que se le ha hecho pesada la noche con una mujer como esa?

—No, pero pesa como una losa en mi ánimo lo ocurrido.

—¡Vamos, vamos! Doña Martina dista mucho de ser una doncella virginal.

—Tiene información del hallazgo de Guadamur.

La expresión risueña del rostro del diamantista desapareció como por ensalmo.

—No irá a decirme...

—¿Que se lo he dicho yo? No, *mon ami*. No necesito aclararle que esa mujer tiene armas sobradas para seducir a cualquier hombre. Pero ella sabía lo del tesoro. Es más, todas sus zalemas en casa de doña Paulina Escobedo estaban dictadas por ello.

—¿Me está diciendo que es conocedora del hallazgo de las joyas? ¿¡Cómo es posible!?

—Por una casualidad.

—No me venga con esas. Hace tiempo que dejé de creer en las casualidades.

—Pues, si no me ha mentado...

—Cuenta... cuenta... —Navarro, un tanto ofuscado, arreaba los caballos como si le fuera la vida en ello.

—Pero primero contenga usted esos ímpetus. Si sigue así va a reventar a esos pobres animales o vamos a terminar en el suelo. —El diamantista refrenó la marcha dejando que los caballos marcaran el trote—. La información le ha llegado a través de Valcárcel y, principalmente, del propio Morales.

—¡Explíquese, por favor!

—Cuando Morales estaba en la joyería de Valcárcel, apareció doña Martina. Había ido a recoger un camafeo y vio la cadena que Morales ofrecía al joyero, pero este, que es vivo como el hambre, le indicó que se la había llevado solo para tasarla. Cuando Morales salió de la joyería, después de habérsela vendido, el administrador de doña Martina lo condujo hasta ella y quiso comprársela. Morales le confesó que Valcárcel era ya su dueño. Ella se la compró al joyero.

—¿Esa cadena está en su poder?

—Me la ha enseñado cuando, después de la cena en Lhardy, marchamos a su casa. Poseía otra muy parecida que su marido había encontrado. Sabía que eran obra de algún orfebre de la época de los visigodos.

—Pero poseer una cadena no significa que esté al tanto de la importancia del hallazgo. ¿Quién se lo ha contado, Morales o Valcárcel?

La pregunta del diamantista fue para Hérouart como un latigazo en su mente.

—¡Un momento! ¡Un momento! —Trató de recordar lo que había hablado con doña Martina sobre ese particular y, tras unos segundos, soltó un exabrupto.

—¡Maldita sea!

Navarro lo miró extrañado.

—¿Por qué dice eso?

—¡Porque esa bruja sabía mucho menos de lo que me hizo creer! ¡No solo me ha seducido! ¡Me ha engañado miserablemente!

Navarro volvió a mirarlo pensando que la noche pasada con doña Martina le había afectado a la sesera.

—¿Se encuentra bien?

—Me ha manejado como a un corderito. Sus insinuaciones... Lamento decirle, amigo mío, que he caído en sus redes. Sabía lo de la cadena y que

posiblemente con ella habían aparecido más cosas. Pero estaba lejos de saber la verdadera entidad del hallazgo.

—¿Ha sido usted quien se lo ha revelado?

—Posiblemente. Aunque... aunque lo que he hecho ha sido confirmarle sus sospechas. No sé si también sedujo a Morales, pero ese pardillo debió contarle algo. Cuando ayer tarde visitamos a doña Paulina y le dijimos que el negocio era restaurar unas joyas antiguas que estaban en Toledo, ató cabos. La necesidad de una suma tan importante debió indicarle la entidad del hallazgo. A partir de ese momento redobló sus zalamerías e incluso me tendió una trampa, utilizando el lenguaje de los abanicos.

—¡Yo fui un ingenuo al creer que deseaba algo más que coquetear! Debí leer en mi cara la sorpresa que me producía que una dama de su posición actuase de aquella forma. ¡Para asegurarse le facilitó su propia dirección! Efectivamente, todo ha sido poner cebos para conseguir su propósito.

—Pero... ¿cuál es su propósito?

—Usted sabrá. ¿No le ha dicho nada?

—No. Estuvo sonsacándome, con carantoñas y permitiéndome algunas... algunas libertades. Llegué incluso a desabrochar su camisa y gozar... *Mon Dieu, quelles sublimes poitrines!*

—¿No llegaron...? Bueno, ya me entiende.

—No —respondió el francés cabizbajo—. Ha habido besos, algunas caricias, manoseo... Puedo asegurarle que es una real hembra. Lo que se adivina no le hace justicia.

—¿Ha estado toda la noche y no...?

—¡No! —respondió Hérout, como si revelar aquello fuera mucho más grave que haber desvelado cosas que no debía haber comentado.

Navarro iba a hacer un comentario. Pero prefirió guardárselo por no herir al francés. Hay cosas con las que no se debe bromear, si no se quiere herir el amor propio de las personas. Quizá por su origen, Hérout había sido sincero al revelarle aquello que era algo impensable entre los españoles para quienes alardear de ciertas cosas, por lo general exagerando, era de suma importancia. Pensó en más de un conocido que publicaría a los cuatro vientos haber pasado una noche en casa de doña Martina, aunque no hubiera podido ni cogerle la mano.

Durante un buen trecho permanecieron en silencio. Solo se oía el traqueteo del carruaje y el trotar de los caballos. Dejaron atrás Getafe sin

detenerse. Hérouart parecía haber superado su necesidad de tomar algo y no se detuvieron hasta una venta que había a menos de una legua de Illescas. Fue allí, mientras daban cuenta de unos tazones de leche de cabra, gruesas rebanadas de pan untadas con manteca y una fuente de embutidos, donde retomaron la conversación sobre lo que podía buscar doña Martina Vicentelo al actuar de aquella forma.

—Analicemos fríamente la situación —propuso el diamantista, para enumerar a continuación las circunstancias que rodeaban el negocio que habían emprendido—. Lo primero es que podemos hacernos con las joyas de Morales porque con el dinero de doña Paulina ya estamos en condiciones de hacerle efectivo el pago. Lo segundo es que no podemos entretenernos porque hay ya demasiada gente en el ajo. Tercero, hasta ahora podíamos asegurar que toda esa gente estaba interesada en que no se difundiera la noticia porque cada cual tenía su razón particular para ello, pero lo ocurrido en Guadamur ha levantado la liebre.

—Además, no sabemos si doña Martina... —puntualizó el francés.

—Ese es nuestro mayor problema. Supongo que estará de acuerdo conmigo en que no ha montado todo esto para conocer algunos detalles de lo que Morales ha encontrado. Tiene que haber una razón de mucho más peso.

Los dos hombres intercambiaron una mirada de preocupación.

—¿Cuál cree que debe ser nuestro próximo paso, *mon ami*?

—Hacernos con las joyas —afirmó tajante el diamantista.

—Pero si doña Martina...

—Trataremos de enterarnos de por qué está tan interesada. Tiene que ser por algo importante. Tanto como para que lo haya seducido utilizando procedimientos... ¡ejem!, procedimientos propios de otra clase de mujeres...

—¡Dígalo claramente! ¡Se ha comportado como una ramera!

—Yo no diría que haya sido así exactamente. Digamos que ha utilizado sus armas de mujer. He de reconocer que en determinadas circunstancias son muy poderosas.

Llegaron a Toledo a media tarde y fueron directamente a la casa del diamantista. Con el dinero que traían de Madrid, solo faltaban dos mil quinientos reales que tendría que poner Hérouart. Marcharon a casa de este y se encontraron con que Leocadia estaba de un humor de perros.

La relación que mantenía con su amo le permitía ciertos comportamientos que, en otras circunstancias, habrían sido inadmisibles. El francés hizo que Navarro pasase al gabinete y le pidió disculpas.

—Solo será un momento. —Se dirigió a la cocina donde la criada andaba atareada y con gesto adusto le preguntó—: ¿Puede saberse qué mosca te ha picado?

—¡Ha venido tres veces! ¡Ese sujeto no tiene hartura! ¡La última vez le he dicho que no vuelva por aquí!

Hérouart arrugó la frente.

—¿Quién ha venido tres veces?

—¡Ese paleta con el que últimamente se reúne!

—¡*Mon Dieu*, Leocadia! ¡Había quedado con él!

—Pues... pues podía habérmelo dicho. —La criada suavizó el tono de voz, temerosa de haber cometido un grave error.

—¿Cuándo vino por última vez?

—Hará como media hora. —En aquel momento oyeron como llamaban a la puerta—. ¡Es él otra vez!

—¿Cómo lo sabes?

—Porque llama siempre de la misma forma.

Hérouart abandonó la cocina a toda prisa.

—¡Morales, *mon ami*! ¡Pase, pase! Leocadia me ha dicho que ha venido varias veces.

—¡Esa bruja me ha echado de mala forma! No me explico que un caballero como usted la tenga a su servicio.

—Hoy tiene un mal día —la justificó Hérouart—. Supongo que ha venido para cerrar el trato.

—Para cerrarlo y decirle que el pueblo está revolucionado. ¡Hay comentarios para todos los gustos! ¡Gracias a Dios nadie ha hecho alusión a que mi familia ha encontrado un tesoro! Pero la que hay formada en torno al tesoro de Domingo de la Cruz... ¿Tiene el dinero?

—Lo tengo. No ha resultado fácil reunir esa suma —se quejó el francés—. ¿Usted ha traído las joyas?

—Como comprenderá no las llevo encima. Pero puedo traerlas en media hora.

—Bien, pase. En el gabinete está el señor Navarro.

Morales dudó.

—¡Un momento! ¿No estará aquí para examinar las joyas? Nosotros cerramos un trato y supongo que a estas alturas no tendrá que examinarlas.

—Está aquí porque como le dije hemos constituido una sociedad. Le invitamos a formar parte. ¿No lo recuerda?

—Discúlpeme, don Adolfo —se excusó Morales—, pero con la que está cayendo... Uno ya no sabe ni dónde tiene la cabeza.

El encuentro en el gabinete fue breve. Navarro saludó a Morales y decidieron que este llevaría las joyas a casa del diamantista donde le entregarían el dinero.

Hérouart miró al campesino con curiosidad.

—¿Dónde ha dejado las joyas?

—Están en la posada El Laurel. Es donde dejo la mula cuando vengo a Toledo.

—¿Las ha dejado en una posada? —preguntó Navarro con incredulidad.

—Allí tengo alquilada una habitación donde están mi esposa y dos de mis hijas. Hemos venido a Toledo en una galera pequeña que me ha prestado un pariente.

—¿Eso no levanta sospechas? —preguntó Hérouart.

Morales se encogió de hombros.

—No lo sé. Estos días en Guadamur cualquier cosa que se sale de lo normal levanta sospechas. A ese pariente le he dicho que andamos preparando el ajuar de una de mis hijas.

Una hora más tarde, en la casa del diamantista, Morales, a quien acompañaba su hija Escolástica, entregaba las joyas. Las habían llevado en una mula a la que le habían cargado tres costales de los que usaban para envasar el trigo que habían relleno de paja para disimular la carga. Fueron colocando las piezas sobre una enorme mesa que había en el comedor. Conforme sacaban las joyas y las depositaban sobre la mesa, Navarro las contemplaba en silencio. Estaba impresionado por su belleza y también por el lamentable estado de conservación en que se encontraban algunas. Había seis cruces y diez coronas. Un verdadero tesoro. Terminada la operación. Llegó la hora de contar el dinero: seis talegos repletos de escudos de oro.

—Aquí tiene su dinero. Los cuarenta y cinco mil reales. Están en monedas de dos, de cuatro y de ocho escudos.

—¡Vamos a contarlos!

Bajo la mirada de Morales, Navarro y Hérouart, ayudados por Escolástica, fueron haciendo montoncitos con las monedas del mismo valor. Después las contaron e hicieron la cuenta. Escolástica anotaba en un papel las cantidades de monedas y ella misma hizo la operación de pasar los escudos a reales.

—Efectivamente hay cuarenta y cinco mil.

Guardaron los talegos en dos de los costales y se despidieron, después de estrechase las manos.

Dos días más tarde Hérouart y Navarro trasladaron las joyas a Madrid, al taller del diamantista, que se puso manos a la obra.

—Creo que lo mejor después de haberlas examinado con todo detenimiento es que sacrifiquemos algunas de las piezas más deterioradas para recomponer las demás.

—¿Cuántas habría... habría que sacrificar?

—Creo que dos serán suficiente. Hay cadenas rotas, faltan algunos eslabones. Es necesario ajustar engarces y sustituir alguna pieza. Faltan bastantes gemas y hay que reponerlas...

—¿No podrían recomponerse utilizando algo de oro?

—¡En modo alguno! El oro viejo no puede combinarse con el nuevo. Lo que arreglemos será con la misma clase de material. Las gemas han de ser de la época.

—Usted es el experto —aceptó el francés.

El diamantista se encerró en su taller, mientras que Hérouart regresó a Toledo donde tenía que atender sus obligaciones en la Escuela Militar. Navarro trabajó sin descanso, recomponiendo piezas, engarzando gemas, acortando cadenas para utilizar los eslabones que sobraban. Reparando cadenillas de las que pendían las letras de su parte inferior y que formaban nombres que con toda seguridad estaban relacionados con quien ofrecía la joya, ya que aparecía la palabra «*offeret*»...

Hérouart, que una vez firmada la escritura de la huerta de don Marcos Hernández, se dejó caer por Guarrazar con frecuencia, escudriñó el terreno palmo a palmo, pero no encontró ningún indicio de que hubiera otras fosas, más allá de las dos que había próximas a la fuente. Si quería descartar la existencia de otras, como sospechaba, tendría que excavar. Tenía muy presente que las dos que habían sido descubiertas solo fue posible después de una gran tormenta que arrastró la tierra que las cubría. Contrató a un par de hombres para hacer alguna excavación, lo que explicó como la búsqueda de unas ruinas de la época de los moros. Pero no pudo evitar que su presencia despertara toda clase de rumores, aunque también fueron muchos los que pensaron que el francés buscaba ruinas de antiguas construcciones o, como

decían en el pueblo, «piedras caídas». Ya lo había hecho en otras ocasiones. Los esfuerzos fueron en vano. No encontró ningún indicio que señalara la presencia de nuevas fosas. Tendría que llevar a cabo una búsqueda más sistemática. Cuando sus obligaciones en la Escuela Militar se lo permitían, se desplazaba a Madrid, pero resultaba complicado. Estaba más tiempo en el camino que en la capital. Por eso pidió un permiso de tres meses, dejando las clases en manos de un auxiliar.

Se instaló en Madrid, en una pensión que había a la espalda del monasterio de la Encarnación, cercana a la Biblioteca Nacional que, desde hacía algunos años, estaba instalada en la casa del marqués de los Alcañices. La biblioteca se había enriquecido mucho con una parte importante de los fondos procedentes de los conventos madrileños que habían sido desamortizados poco después de que la biblioteca fuera instalada allí. Quería documentarse lo mejor posible sobre el tiempo de los visigodos en un intento de conocer qué podían ser aquellas joyas que a veces le parecían lámparas y en otras ocasiones estaba convencido de que eran coronas. Allí se empapó de quiénes eran, cómo llegaron a España o cómo eran elegidos sus reyes. Llamó su atención la importancia que tenían los concilios que se celebraban en Toledo para los asuntos relacionados con el gobierno del reino. También averiguó algunas cosas acerca de sus costumbres, aunque en ese terreno no logró mucha información. Por el contrario, encontró muchas obras acerca de cómo había desaparecido la monarquía visigoda. Lo que leyó sobre la invasión de los moros le pareció de gran interés porque podía encontrar una explicación, al menos en parte, acerca de la existencia en el pago de Guarrazar del tesoro que Navarro estaba restaurando en su taller.

Navarro, por su parte, limpiaba las gemas, las engastaba e incluso recomponía las piezas para darles un aspecto lo más llamativo posible. Era consciente de que aquello, desde el punto de vista histórico, era una barbaridad. Pero se había embarcado en aquel negocio para obtener la mayor rentabilidad posible y a lo largo de su dilatada carrera como joyero sabía que las cosas tenían que entrar por el ojo.

Trabajó sin descanso durante varias semanas en jornadas que a su edad le resultaban agotadoras. El trabajo no le impidió retomar sus visitas a la tertulia del *Café de Lorenzini*, por donde todavía se dejaba caer quien años antes había sido presidente del gobierno, don Salustiano de Olózaga. Navarro disfrutaba con las disputas que, en alguna ocasión, acababan a bastonazos. También aparecía por el *Suizo*, un gran café en la confluencia de la calle de

Alcalá con la de Sevilla, a las que abrían sus grandes ventanales y donde había conocido a los hermanos Bécquer, Gustavo Adolfo, exquisito poeta, y Valeriano, afamado pintor. Por Madrid corría el rumor de que este último trabajaba en una serie de láminas donde, con tintes escandalosos, se recogía la licenciosa vida de la reina Isabel II y de algunos de los personajes de más renombre de la corte. Las láminas iban acompañadas de unos comentarios poéticos. Pero todo era un rumor porque nadie las había visto.

El trabajo del diamantista, pese a ciertas libertades interpretativas, no estaba exento de rigor, aunque no había mucha información sobre aquellas joyas acerca de las que ya no había duda respecto a su pertenencia a diferentes reinados de monarcas visigodos. Hérouart había averiguado que todos los nombres que se componían con las letras que colgaban de aquella especie de diademas eran nombres de reyes del siglo VII, salvo en dos casos.

Estaban ultimando los detalles del viaje a París para ofrecer las joyas al Museo de Cluny, cuando a Navarro le llegó una invitación para la fiesta de inauguración del palacio que los marqueses de Salamanca se habían construido en el paseo de Recoletos. Las obras se habían prolongado a lo largo de doce años. No asistir a una invitación como aquella habría sido un desprecio a la marquesa, que había sido una de sus mejores clientas. Doña Petronila de Livermore sentía pasión por las piedras preciosas, a las que consideraba amuletos con propiedades muy especiales. Aunque Navarro ya estaba retirado, nunca se sabía por dónde podían discurrir las aguas.

Acudió a la fiesta acompañado de Hérouart que, aconsejado por Navarro, asistiría al evento vistiendo su uniforme de coronel, lo que le permitiría codearse sin problemas con la flor y nata de la sociedad madrileña que iba a darse cita allí. Se decía que acudirían varios miembros del gabinete y, desde luego, se daban por seguras la presencia de don Pedro Solavarría, titular de la cartera de Hacienda, y la del marqués de Corvera, que se encargaba de la de Fomento.

Llegaron puntuales; a las siete de la tarde. Era ya noche cerrada en el Madrid que estaba despidiendo el año. El tramo del paseo de Recoletos cercano al flamante palacio lucía con un alumbrado extraordinario, que Salamanca había pagado de su bolsillo para dar mayor realce a la inauguración y facilitar la llegada de las berlinas, los landós y los tálburis. El jardincillo delantero era un fárrago de carruajes de los que descendían emperifolladas damas y elegantes caballeros. Los marqueses recibían a sus invitados a la entrada del amplio vestíbulo y les agradecían su presencia.

Doña Petronila, cuya ascendencia inglesa revelaba la exagerada blancura de su cutis y el color cobrizo de su cabello, recogido en un moño bajo y ricamente adornado, lucía un vestido de seda en tonos malva y adornaba su cuello con una gargantilla de esmeraldas y zafiros. Tras el saludo y una brevísima conversación, criados perfectamente ataviados acompañaban a los invitados hasta el salón principal, que relucía como un ascua incandescente, alumbrado por miles de bujías en las arañas que colgaban del techo y que estaba decorado con escenas mitológicas. También había numerosas lámparas que adornaban las enteladas paredes sobre las que podían verse cornucopias de anchos marcos dorados, espejos venecianos, primorosamente tallados, y unos grandes retratos de los marqueses.

En los corrillos, entre los que deambulaban doncellas con bandejas de bebidas, servidas en finas copas de cristal y con pequeños y exquisitos bocados, se mantenían las conversaciones más variadas. Había quienes se centraban en la que se consideraba inminente salida de Quesada del gabinete presidido por O'Donnell y se hacían cábalas sobre su sustituto. Otros comentaban que en África las cosas estaban cada vez más complicadas, hasta el punto de que nadie descartaba una pronta intervención militar. Algunos comentaban, en fin, los numerosos avatares vividos por el anfitrión. Hubo quien recordó su jugada bursátil, hacía ya algunos años, en la que, contando con información privilegiada, ganó en un solo día treinta millones de reales, al utilizar convenientemente la noticia del pronunciamiento del general Martín Zurbano en La Rioja.

El diamantista, que se movía mucho mejor entre los corrillos de damiselas, presentó a Hérouart a algunas de ellas. A Navarro no le sorprendió la presencia de doña Paulina de Escobedo. Su esposo había hecho algunos negocios con el anfitrión. La saludó besando su mano.

—¿Qué tal ese trabajo?

—Prácticamente terminado.

Varias de las damas pusieron cara de extrañeza. Era sabido que don José Navarro había cerrado su taller.

—¿Tiene usted un encargo de Paulina?

El diamantista hizo como que disimulaba un gesto de complicidad con la dama.

—Ejem, ejem... Digamos que tenemos un asunto pendiente. —Acto seguido se despidió con una ligera inclinación de cabeza, sin dar tiempo a que le preguntasen. Hérouart, que había permanecido en silencio después de

ser presentado, imitó al diamantista. Apenas se alejaron unos pasos todas las presentes preguntaron a doña Paulina qué era ese «encargo», pero ella guardó el secreto. Tenía mucho más morbo que desvelarlo.

La conversación entonces se centró en aquel apuesto coronel. Era objeto de toda clase de comentarios; alguna dama lo miró con cierto descaro, llegando a utilizar incluso los impertinentes.

Navarro, cumplido el trámite con los anfitriones, estaba pensando en retirarse a la primera oportunidad, cuando Hérouart vio a doña Martina Vicentelo. Otra vez vestía un traje blanco escotado, que dejaba sus hombros al descubierto y entallado hasta el límite para resaltar sus formas. Llevaba el pelo recogido con una redecilla invisible adornada con numerosas y diminutas perlas que parecían brotar de su cabello. Adornaba su cuello con un collar de perlas. Conversaba con un caballero de edad difícil de determinar, delgado como un estoque, que gastaba perilla y fino bigote engominado, pelo canoso y un tanto alborotado. Ella parecía estar más pendiente de lo que ocurría a su alrededor que de la conversación con ese caballero. Hérouart, tras un momento de duda, se acercó hasta ella.

—*Madame* Vicentelo, es un placer... —Doña Martina le ofreció su mano y el francés la besó con mayor fruición de lo que la etiqueta recomendaba.

Navarro, que estaba a pocos pasos, se quedó mirando la escena. Como si fuera un pintor que deseara fijar en su retina el instante para llevarlo a un lienzo. Luego se acercó, la saludó con toda formalidad, y se retiró prudentemente al igual que hizo, aunque con el ceño fruncido, el caballero engominado dando una excusa banal. Hérouart y doña Martina no habían vuelto a verse desde la noche que cenaron en Lhardy, aunque en más de una ocasión él había estado a punto de visitarla en su casa. Lo había retraído lo ocurrido aquella noche. Consideraba a la dama un peligro, además de su fracaso como amante.

—No sabía que estuviera usted en Madrid, y lo último que esperaba era encontrarlo en esta fiesta. ¿Es usted amigo de los Salamanca? —preguntó con toda intención.

—No les conozco. El invitado ha sido monsieur Navarro. He venido... digamos como acompañante.

Doña Martina le dedicó una sonrisa.

—¿Sería tan amable de conseguirme una copa de champán?

Hérouart llamó la atención de una de las doncellas que portaba una bandeja con copas de burbujeante y ambarino líquido, que se acercó

rápidamente. Ella apenas mojó sus labios, mientras el francés daba a su copa un generoso trago para refrescarse la garganta, que repentinamente se le había quedado seca. Aquella mujer, de formas voluptuosas, lo atraía como un imán, pese al desplante que había sufrido.

El caballero que acompañaba a doña Martina se acercó a Navarro, que también había cogido una copa de champán.

—Disculpe, señor, permítame presentarme. Mi nombre es Julián Carabias, soy doctor en Medicina y Cirugía, y catedrático de Anatomía en la Universidad Central. ¿Le importaría responderme a una pregunta?

El diamantista lo miró de hito en hito. Aquel individuo, aunque vestía de rigurosa etiqueta, ofrecía una imagen un tanto desaliñada, a lo que, sin duda, colaboraba lo alborotado de su frondosa cabellera.

—Depende de lo que usted quiera saber —respondió después de dar un sorbo a su champán.

—No quiero parecerle indiscreto, pero... ¿conoce al caballero que está hablando con doña Martina Vicentelo?

—¿Por qué quiere saberlo?

—Para retarlo formalmente a un duelo. ¡Un caballero no se entromete de la forma en que lo ha hecho ese sujeto cuando otro está hablando con una dama!

Navarro pensó que no andaba bien de la cabeza.

—Disculpe, caballero, pero doy por concluida nuestra conversación. — Navarro le volvió la espalda y se alejó con el propósito de perderlo de vista.

La conversación de Hérouart y doña Martina resultó breve. Cuando el francés se despidió, besándole la mano, rebosaba satisfacción. Buscó a Navarro y lo localizó en el otro extremo del salón. Se acercó hasta él y le susurró al oído:

—Me ha dicho que me espera en su casa dentro de dos horas.

Navarro arrugó la frente.

—¿No teme llevarse otro chasco?

—No. Esta vez...

—Pues guarde cuidado. Al caballero que estaba con ella le ha sentado fatal verse desplazado por usted.

Lo buscaron con la mirada, pero el doctor Carabias no estaba en el salón. Había desaparecido. En ese momento el mayordomo llamó la atención de los invitados y pidió silencio. Don José de Salamanca y Mayol dirigió unas breves palabras de salutación a las autoridades y de agradecimiento a

todos los presentes y finalizó dando por abierto el baile. Numerosas parejas ocuparon el centro del salón y se aplicaron a disfrutar a los acordes de la orquestina que se había instalado en un estrado. Hérouart buscó a doña Martina con la mirada, pero la dama también había desaparecido.

Después de dos piezas —un vals y una polonesa—, Navarro consideró que había cumplido con el anfitrión y se despidió de los marqueses.

—¡Cómo va usted a marcharse si la fiesta no ha hecho más que empezar! ¡Si no encuentra pareja yo se la proporcionaré!

—Muy agradecido por su interés, doña Petronila, pero dentro de unos días marchó para París y todavía tengo cosas pendientes de resolver. Les deseo la mayor de las felicidades en el disfrute de esta espléndida mansión. Muy agradecido por su invitación en mi nombre y en el del coronel Hérouart.

El francés dio un taconazo e inclinó la cabeza.

Cuando salieron al vestíbulo le fueron entregados sus bastones, guantes, chisteras y capas, y un criado los acompañó hasta la puerta. Nada más salir el frío golpeó sus rostros, pero apenas tuvieron tiempo de darse cuenta. Al cruzar la verja que daba a la calle, una sombra se abalanzó sobre Hérouart y lo abofeteó repetidamente hasta que el francés, sorprendido en un primer momento, pudo reaccionar y de un empujón alejó a aquel sujeto unos cuantos pasos.

—¡Se ha vuelto usted loco!

—Si quiere limpiar su honor señale armas y lugar.

Era el doctor Carabias.

—¡Déjese de monsergas! —gritó Navarro al estafalario personaje, amenazándolo con el bastón.

—¡Señale armas y lugar en veinticuatro horas! —insistió el extraño sujeto—. ¡Allí estaré con mis padrinos! —diciendo esto le entregó una tarjeta a un Hérouart todavía turbado por lo ocurrido, y dando media vuelta se marchó paseo de Recoletos arriba.

—¡Pero qué demonios! —El francés no salía de su asombro.

—No irá a hacerle el juego a ese botarate —indicó el diamantista—. Además, un duelo es un asunto muy delicado tanto para el que lo pierde como para el que lo gana.

—Pero... *mon ami*! ¡Mi honor quedará mancillado!

—Déjese de tonterías, Adolphe. Ni debe responder a semejante estupidez ni puede enredarse en un asunto tan complicado como un duelo con el negocio que tenemos por delante. ¡Hágame caso!

Hérouart no estaba convencido. Consideraba que no debía dejar aquello sin respuesta. A la luz de una farola leyó la tarjeta que le había entregado aquel sujeto. Su nombre completo era Julián Carabias Somolinos y, según allí se consignaba, tenía el título de doctor en Medicina y Cirugía, y ejercía como Catedrático de Anatomía. Vivía en la calle de Leganitos número ocho.

—No puedo dejar esto así. ¡Ese Carabias me ha abofeteado! ¡Ha manchado mi honor!

—¡El honor! ¡El honor! —exclamó Navarro como si se tratara de un concepto con poca sustancia—. ¡El honor, amigo mío, solo es la buena reputación pública que se gana o se pierde ante los demás con nuestras acciones!

—¡Le parece a usted poca cosa! —replicó Hérouart, muy irritado.

—Poca cosa, amigo mío. Porque dígame, ¿quiénes son los demás en este caso?

El francés se quedó en suspenso un instante.

—¡Usted!

El diamantista lo miró con ojillos burlones.

—¿Cree que ha ganado o perdido consideración y fama ante mí porque ese botarate le haya agredido? La respuesta es no, amigo mío. Usted me merece la misma consideración que cuando estábamos ahí dentro. En todo caso, descendería algunos peldaños si respondiera a ese envite.

—¿Habla en serio?

—Completamente en serio.

—¡No me lo puedo creer! Los españoles siempre... siempre han tenido el honor en muy alta estima. Recuerdo unos versos de... de...

—Don Pedro Calderón de la Barca en su obra *El alcalde de Zalamea* —le ayudó Navarro.

—Exacto. Hay un pasaje en que el alcalde, Pedro Crespo, dice que la hacienda y la vida al Rey se han de dar, pero que el honor es patrimonio del alma y el alma solo es de Dios.

—Ta, ta, ta... eso es una antigualla. ¡Fíjese en ese palacio!

—¿¡Qué tiene que ver una cosa con otra!?

—Mucho. El marqués ha ganado millones jugando en bolsa de forma poco... poco honorable. Ha utilizado la información que le facilitaban desde don Ramón Narváez hasta el marido de la madre de Isabel II, don Fernando Muñoz. Jugaba con ventaja y de esa forma ha ganado mucho dinero. Logró una fortuna construyendo en Madrid todo un barrio que lleva su nombre,

donde todos han especulado. Ha invertido en la construcción del ferrocarril y, según dicen, gana muchos miles de reales diarios con el tren que hace el trayecto hasta Aranjuez.

—Eso nada tiene que ver con el honor —insistió el francés.

—Estoy de acuerdo. ¿Cree que con honor hubiera logrado la fortuna que hoy posee? No, amigo mío. Si su actuación hubiera sido honorable, no habría hecho algunas de las cosas que ha protagonizado. Hoy el honor lo dan los dineros. Hay mucho honorable que es un truhan. Si actuáramos con honorabilidad nosotros no ganaríamos un real. ¿Hay honor en el negocio que nos traemos entre manos? No —se respondió el diamantista a sí mismo—, no lo hay. Como no lo hay en la compra que ha hecho usted de esa parcela para ver si existen más fosas con tesoros ocultos. ¡Este es otro tiempo, amigo mío! ¡Ahora lo que interesa son los ferrocarriles! ¡Hasta la reina doña Isabel invierte en ellos! También las acciones de las compañías que cotizan en la bolsa, pese a los escándalos que de vez en cuando la sacude. Y desde luego los bancos. ¡Fíjese en qué cantidad han aparecido! Incluso hay uno bautizado como Banco de España.

—¡Pero ese individuo me ha abofeteado! —insistió Héroutart.

—Vamos, vamos... ¡También usted le ha dado lo suyo! Esto queda en un lance entre ustedes y solo me tiene a mí como testigo. ¡El único testigo! Un asunto privado. ¿Cree que su honra sufre menoscabo por eso? ¡Hágame caso, Adolphe! Lo que ha ocurrido solo tiene una explicación.

—¿Cuál?

—Ese individuo está irritado porque usted tiene lo que él pretendía y... ¡Vaya usted a saber si ese Carabias es doctor en Medicina e imparte clases en la universidad!

—¿Qué quiere decir?

—Amigo Héroutart, ¡hay tanto pillastre! Mucha gente, más de la que creemos, aparenta lo que no es. Gente que se arroga títulos que no posee para darse postín. He hecho joyas más falsas que Judas encargadas por quienes querían darse tono y no podían permitirse más que lucir quincalla. Hay mucha más apariencia que realidad. Supongo que conoce un refrán nuestro donde se afirma que las apariencias engañan.

—Eso es cierto —concedió Héroutart de mala gana.

—¡Y tanto que lo es! España es un país de gentes honorables, pero también hay pícaros en gran número. Usted, que es hombre leído, sabe que muchos de los grandes personajes de nuestra literatura son eso... pícaros.

Pícaro es la Celestina, lo es el lazarillo de Tormes y Guzmán de Alfarache o el buscón don Pablos.

—La picaresca no es patrimonio de los españoles, *mon ami*. Puede encontrarlos en muchas otras partes.

—Es cierto. Pero en pocos lugares se les tiene tanta consideración como aquí. Quien sisa en el peso o engaña cuando vende no es para muchos un bribón. Hay quien incluso lo alaba, ponderando su astucia. Hágame caso y olvídense de este incidente, váyase a casa de esa dama y ¡pruebe suerte, hombre! ¡A ver si en esta ocasión lo deja entrar a matar!

Hérouart resopló. Parecía más resignado que convencido. Los duelos estaban prohibidos por ley, pero no era menos cierto que las autoridades, si no había un desenlace fatal, solían no darse por enteradas. El diamantista tenía razón. Las formas y costumbres de otro tiempo, aunque en ciertos ámbitos apegados a la tradición, se mantenían, habían cambiado con las transformaciones que había traído la nueva situación política, dominada por el liberalismo constitucional, y el nuevo rumbo de la economía donde las actividades que no estaban relacionadas con el mundo rural cobraban fuerza creciente. Todo ello acompañado de grandes cambios en las formas de vida que suponía el ferrocarril. También estaban cambiando actitudes que habían permanecido inamovibles durante mucho tiempo. El ascenso social de la burguesía había hecho que su influencia en el destino del país, hasta entonces en manos de la nobleza con el apoyo del clero, fuera ya una realidad. Eran principalmente burgueses adinerados quienes se habían enriquecido con la venta de los bienes desamortizados a los monasterios, conventos y otras instituciones religiosas. El honor empezaba a parecer cosa de otro tiempo y su valor quedaba muy por debajo del dinero que hasta permitía comprarlo. El propio José Salamanca había obtenido un marquesado, aunque esa era una fórmula que se había utilizado en otro tiempo en que se vendieron toda clase de honores y distinciones, incluidos títulos de nobleza.

Subieron por el paseo de Recoletos hasta una parada de coches de punto. Había dos simones y cada cual alquiló uno. El diamantista se dirigió a su casa, mientras el francés, una vez subido al carruaje, indicó al conductor:

—Al número ocho de la calle Leganitos.

La oscuridad no le permitió ver la sonrisa que apuntó en los labios del cochero.

El farolillo de cristales tintados en rojo que había sobre el dintel indicaba que aquello era un burdel.

—El número ocho de Leganitos, señor —indicó el cochero.

Hérouart se quedó perplejo.

—¿Está seguro de que es el número ocho?

—Sí, señor, mire el número junto al farolillo.

En la fachada del edificio podía apreciarse mucha suciedad, grandes desconchones y cierto abandono. Si era un reflejo del interior, del que salía el rasgueo de una guitarra y un murmullo apagado de voces, aquello era un burdel de baja estofa. El francés comprobó la dirección escrita en la tarjeta. No había duda. El diamantista no había errado al dudar de que aquel sujeto fuera quien decía ser. Todo aquello era inexplicable para Hérouart. Cómo un farsante como aquel podía haberse colado en la fiesta de los marqueses de Salamanca y, sobre todo, por qué lo había abofeteado y retado a batirse en duelo. No encontraba ninguna explicación.

Hérouart farfulló algo entre dientes antes de soltar una maldición.

—¡Maldito botarate!

—¿No era este el lugar al que deseaba ir? Si el señor quiere, puedo llevarlo a un lugar más... más a propósito.

Hérouart consultó su reloj. Casi habían transcurrido las dos horas que doña Martina había fijado para que acudiera a su casa. Indicó la dirección al cochero, se retrepó en el asiento del simón y se arrebujó en su capa, en realidad, un capote militar de cuello alto, para protegerse del frío que aumentaba conforme avanzaba la noche. Durante el recorrido por calles sumidas en una penumbra que, en algunos momentos, era oscuridad absoluta, se respiraba un agradable silencio, solo roto por el traqueteo del carruaje. Pese a la ansiedad por verse con doña Martina, no dejó de pensar en las extrañas situaciones con que uno podía encontrarse de forma inesperada. En un momento la vida de una persona podía dar un giro radical.

Cruzó la verja que cerraba el jardincillo delantero de la casa y llegó hasta la puerta. Antes de tirar de la cadenilla que agitaba la campanita le abrió un individuo al que ni la imagen ni la indumentaria encajaban con el perfil

propio de un mayordomo. Era corpulento y la levita no parecía de su talla. Le abrió tan inmediatamente que Hérouart pensó que debía de estar aguardando su llegada. Le pidió el capote, los guantes, el bastón y la chistera, y lo condujo a una salita de recibir.

Apenas habían transcurrido un par de minutos cuando apareció el doctor Carabias, a quien acompañaba el mismo individuo que había ejercido de mayordomo. Era corpulento y malencarado, y sin la levita tenía la pinta de un vulgar matón. Hérouart, intimidado, dio un paso atrás y comprobó cómo en la boca de Carabias apuntaba una sonrisilla burlona.

—La expresión de su semblante merece una explicación, aunque sea somera. Empezaré por decirle que es usted un cabeza de chorlito.

—¿A qué viene ese insulto gratuito?

—A que ha picado el anzuelo.

Hérouart frunció el ceño. Estaba claro que había caído en una trampa y quien la había urdido era doña Martina Vicentelo. Se había burlado de él por segunda vez. Aquella voluptuosa mujer era una mala pécora. Estaba acorralado y decidió ganar algo de tiempo, aunque no sabía muy bien para qué.

—¿Le importaría explicarse?

—Doña Martina, para quien trabajamos Zapatonos —miró al falso mayordomo— y yo, lo planificó todo, hasta el más mínimo detalle, al saber que el diamantista había sido invitado a la inauguración del palacio de los marqueses de Salamanca.

—No podía saber que yo lo acompañaría.

—Pero supuso, acertadamente, que usted lo haría. Sabía que usted estaba en Madrid. Como sabía que no ha dejado de visitar la Real Biblioteca buscando cierta información sobre la monarquía visigoda...

Hérouart no pudo evitar un gesto de sorpresa. Ahora preguntó, más que por ganar tiempo, para satisfacer su curiosidad.

—¿Cómo sabe eso?

—Porque yo le he informado puntualmente. No se imagina la de cosas que sé sobre usted. Podría decirle los cafés que ha frecuentado, las tabernas a las que se ha aficionado y hasta cuáles son los dos burdeles que ha visitado durante las semanas que lleva en Madrid. Pero no entremos en detalles. Eso es algo que nos llevaría demasiado tiempo. Doña Martina, que es dama de muchos recursos, sabía que, pese a la decepción de su anterior encuentro con ella, no sería insensible a sus encantos. Por eso decidió acudir a la

mencionada fiesta y que yo le acompañara en el papel de doctor Carabias. Cuando usted se acercó a donde nosotros simulábamos una conversación, todo ocurrió tal y como ella había previsto. Yo debía salir de escena según las instrucciones recibidas, aunque solo de una forma momentánea...

Hérouart supo que no solo había estado sometido a una estricta vigilancia, sino que, como decía aquel individuo, había demostrado tener menos cabeza que un chorlito. Aquella mujer había vuelto a jugar con él. Solo que en esta ocasión todo apuntaba a que la situación era mucho más complicada, como revelaba la presencia de aquel matón, que le había franqueado la entrada. Su mayordomía era tan falsa como el doctorado en Medicina de Carabias. Se preguntó dónde estaría el servicio.

—Eso no explica por qué me abofeteó y me retó a batirme en duelo.

En los ojos de Carabias brilló un destello de satisfacción. Se mostró ufano.

—No me negará que fue una actuación extraordinaria.

—¿Por qué me abofeteó?

—Necesitaba ganar algo de tiempo para venir hasta aquí y recibirle como se merece. —Miró a Zapatonos de forma significativa—. Fue por eso por lo que le di la dirección de ese lupanar de la calle de Leganitos. Es de mucha menos categoría que los que usted ha visitado. Pero servía a mi propósito. Aseguraba el tiempo suficiente para que Zapatonos, que aguardaba frente al palacio de los marqueses de Salamanca, llegara a la casa, por si la cosa se ponía fea, y era necesaria su intervención. Abofetear a todo un coronel —Carabias lo dijo con cierto retintín— tiene sus riesgos, pero la intervención de ese joyero salvó la situación. Si usted iba a la calle Leganitos nos daba tiempo a organizarnos antes de que apareciera por aquí.

—Pude no haber ido a la dirección que había en esa tarjeta.

—Eso hubo que improvisarlo. Habrá visto que la tarjeta no estaba impresa, sino manuscrita. La confeccioné a toda prisa con el recado que doña Martina pidió para resolver un imprevisto. No esperaba que se retiraran ustedes tan pronto de la fiesta. Mientras se despedían confeccioné la tarjeta. Era una posibilidad. Pero si picaba e iba hasta la calle de Leganitos, como ha ocurrido, nos proporcionaba el tiempo que necesitábamos.

—¿Qué piensan hacer ahora?

—Basta de cháchara. —La autoritaria voz había sonado a la espalda de Carabias.

Doña Martina llevaba el mismo atuendo con que había asistido a la

fiesta y seguía emanando sensualidad. Era una mujer hermosísima. A Hérouart lo había cegado, aunque ahora veía muy lejos hacer realidad sus deseos. La presencia de Zapatones no auguraba nada bueno.

—No sabía que tuviera trato con esta clase de gente. —El tono de su voz era hiriente.

—Hay un viejo refrán español que dice que no es oro todo lo que reluce —replicó ella—. Por lo que he podido saber también se le puede aplicar a usted.

El francés torció el gesto.

—No comprendo. ¿Qué quiere usted decir?

—Que el aire de caballero que usted ofrece es solo fachada. Tras ella se esconde un malandrín. Un sujeto que por dinero luchó con los carlistas y cuando la cosa se puso fea para ellos no dudó en cambiarse la chaqueta y que su supuesta afición por las antigüedades ocultan a un buhonero que solo busca llenarse los bolsillos traficando con las piezas que llegan a sus manos.

A Hérouart lo sorprendió que tuviera aquella información. Había tratado de borrar las huellas de su pasado y actuar con la mayor discreción en lo referente a sus negocios. No sabía de dónde había podido conseguirla, pero aquello suponía un serio problema para su imagen y podía entorpecer gravemente el negocio que se traía entre manos. Empezó a plantearse que su presencia en aquella casa iba a tener un desenlace muy diferente al que lo había llevado hasta ella. Empezó por negar aquellas afirmaciones para ganar tiempo en el plan que ya empezaba a bullir en su cabeza.

—No sé de dónde ha sacado usted esos infundios. Son viles calumnias.

—No lo creo. Mi fuente de información es solvente. No suele hacer afirmaciones que carecen de fundamento.

—En este caso carecen de solvencia.

Ella lo miró fijamente.

—¿Le suena de algo el nombre de don Carmelo Otamendi?

Al oír aquel nombre, Hérouart no pudo evitar que su rostro se contrajera.

—No sé quién es ese individuo.

—Le refrescaré la memoria, es el nombre del coronel carlista que mandaba el regimiento donde usted prestó servicios en favor de la causa del pretendiente. Don Carmelo, como hizo la práctica totalidad de los oficiales carlistas, rechazó la oferta de integrarse en las filas del ejército constitucional, que Espartero había ofrecido a Maroto en el acuerdo de Vergara. Se retiró a su caserío, cercano al bosque de Irati.

Hérouart supo que era inútil seguir negando. Ignoraba cómo había llegado hasta don Carmelo y quién podía haberla informado de sus trapicheos con restos arqueológicos.

—Otamendi solo decía sandeces.

—¿Así que lo conoce?

—Dejé de tener relación con él hace mucho tiempo. Imagino que ahora, que es un viejo chocho...

—Lo que acaba de decir es muy poco caballeroso. No me he equivocado al decirle que en usted solo hay fachada. Don Carmelo, que vive en Madrid, desde hace algunos años, es un caballero de pies a cabeza. Fue muy amigo de mi marido. Sigo visitándolo y ha sido él quien me ha alertado cuando le hablé de usted. Le aseguro que su cabeza funciona perfectamente y su memoria es prodigiosa.

Hérouart, al verse desenmascarado, trató de ganar algo de tiempo para poner en práctica su plan.

—¿También le ha hablado Otamendi de mis aficiones arqueológicas?

—No, ese *descubrimiento* tiene otra procedencia.

El francés había ido retrocediendo de forma imperceptible para ganar un paso o dos de distancia. Eso le permitiría sacar su cachorrillo y abrir fuego. Disponía de dos disparos. Si acertaba podía acabar con Carabias y Zapatones y después encargarse de doña Martina. Sabía cómo obligarla a decirle dónde vivía Otamendi y quién le había dado el resto de la información.

—Madame, no esperaba encontraros en estas circunstancias. ¿Qué es lo que queréis de mí?

—Información, simplemente información. Quiero saber en qué trabaja el diamantista. Qué clase de objetos está reparando. Qué han averiguado acerca de su antigüedad y con qué propósito está llevando a cabo esa costosa restauración.

Hérouart se atusó una de las guías de su bigote.

—Supongamos... solo supongamos que le facilito la información que me ha pedido. ¿Qué ocurrirá después?

Hubo un momento de silencio, como si ella tuviera que pensar la respuesta. Carabias miró hacia atrás para ver qué decía doña Martina.

El francés supo que era el momento. Aprovechó para sacar el cachorrillo y abrió fuego contra *Zapatones*. Si lo eliminaba podía tener una posibilidad de salir con vida de aquella encerrona. Fue un disparo certero que dio en la frente del gigantón, que se desplomó sin darse cuenta de que se le escapaba la

vida. Carabias se abalanzó sobre Héroutart, quien disparaba por segunda vez en ese momento. La bala le pasó por encima y fue a dar en el pecho de doña Martina. Una mancha roja se extendió por la albura de su vestido de fiesta, como una rosa roja que desplegaba sus pétalos.

—¡Maldita sea! —El francés arrojó el cachorrillo sobre Carabias, que lo esquivó, mostrando una gran agilidad, al tiempo que en su mano aparecía una daga articulada.

Los dos hombres se trabaron en un cuerpo a cuerpo. Rodaron por el suelo derribando casi todos los muebles de la salita. Carabias, con la daga en la mano, buscaba el cuello de su adversario, que se defendía con habilidad, aunque no pudo evitar un par de cortes superficiales en la mano hasta que logró atrapar la cabeza de su adversario entre las manos, la giró bruscamente y se oyó un sonido siniestro al tiempo que Carabias se desmadejaba como una marioneta a la que le habían cortado las cuerdas que la dotaban de movimiento. No se detuvo a comprobar su muerte. No era necesario. Se acercó rápidamente a donde se encontraba doña Martina en medio de un charco de sangre. Tenía la respiración entrecortada y exhalaba gemidos de dolor, al tiempo que apretaba la mano contra su pecho en un intento desesperado de taponar la herida por la que se estaba escapando la vida. Héroutart reparó en que nadie había acudido. Estaban solos. La dueña de la casa había dado la noche libre a la servidumbre.

—¿Dónde vive Otamendi? ¿Quién le ha dicho que comercio con antigüedades?

Doña Martina, con la mirada velada, trató de escupirle. Pero le faltaban las fuerzas. El esfuerzo aceleró su final. Su muerte le impidió conocer lo que deseaba, pero le permitió escudriñar por la casa. Estar solo jugaba a su favor. Entró en la biblioteca y quedó impresionado. Había visto pocas como aquella. Las estanterías de nogal, atestadas de libros, eran obra de un fino ebanista, que las había rematado con una cornisa sobre la que podían verse unos bustos labrados en bronce, algo menores que el natural, dedicados a algunos de los grandes ingenios de la literatura española. Podía adivinarse a Cervantes con su gorguera de lienzo plegado, el mostacho y la perilla que identificaban al gran Lope de Vega o el rostro apacible, ya entrado en años, de don Pedro Calderón de la Barca. Había unas tablillas que informaban de la materia de los volúmenes, cuyos lomos señalaban la calidad de las encuadernaciones. Sobre una pequeña mesa, primorosamente labrada, una lujosa arqueta llamó su atención. Trató de abrirla, pero estaba cerrada con llave. Supuso que era

indicio de que su contenido era valioso. No podía preguntarle a doña Martina, pero recordó que tenía atada a su muñeca una cinta de seda de la que pendía una llavecita dorada. Pensó que tal vez...

Fue a la salita y con mucha dificultad logró deshacer el doble lazo de la cinta, sacó la llavecilla y regresó a la biblioteca. Había acertado, la llave abría el cofre. No pudo contener una exclamación de sorpresa. Se quedó paralizado y permaneció inmóvil un largo rato. Le sobresaltaron las campanadas, rotundas en medio de un silencio absoluto, que le llegaron desde el vestíbulo. El carillón estaba señalando la medianoche.

Si no quería verse metido en un buen lío, lo mejor era poner tierra de por medio. Si nadie lo había visto... Era posible que la presencia de dos sujetos como el supuesto doctor Carabias y Zapatones en casa de una respetable dama... podía explicar la muerte de doña Martina, aunque no la de aquellos dos individuos. Quedaban muchos flecos en el aire. Pero para la policía sería muy difícil que a él lo relacionaran con aquella matanza.

Buscó su capote, su chistera, guantes y bastón para marcharse lo más aprisa posible. La noche y la oscuridad iban a ser sus aliados. En el último momento decidió llevarse la arqueta consigo.

Navarro y Hérouart habían decidido salir a la calle, tras una larga conversación en la que el segundo había explicado lo ocurrido en casa de doña Martina Vicentelo. Lo hicieron muy temprano, inmediatamente después de asearse. Querían saber si había alguna noticia sobre lo ocurrido. Los muchachos que voceaban los periódicos daban la noticia de la última medida del gobierno presidido por O'Donnell, referente a la situación en África. También se referían a la inauguración del palacio de los marqueses de Salamanca.

—No hay noticias de las muertes —comentó Hérouart a Navarro ya sentados a la apartada mesa que ocupaban en el Café de Lorenzini.

—No es posible que venga recogida en los periódicos. Si algo llega a nuestros oídos será un comentario. La prensa no se hará eco hasta mañana. Quizá en algún periódico vespertino. No siendo culpable debería haberse presentado en el cuartelillo. Es posible que lo lamente.

—Estaba tan ofuscado... —se excusó el francés—. No pensé en las consecuencias que podía tener.

—Pues ha hecho un pan como unas tortas. Tres muertos y un robo. La policía no tiene más que sumar dos y dos. Será lo primero que piense. Quien ha robado ha sido el que ha acabado con la vida de los tres.

—Lo mejor será... será que nos desprendamos de esa arqueta y de su contenido, y que lo hagamos lo antes posible.

Navarro hizo un gesto de duda y el francés lo miró sorprendido.

—No iré ahora a decirme...

—Quizá, amigo mío... —Lo que el diamantista iba a decir no salió de su boca. En el café entró un individuo dando gritos. Traía una novedad. Algo que se valoraba mucho en el Lorenzini.

—¡Tres muertos! ¡Tres muertos! ¡Asesinados en la calle Arenal! ¡Han robado en casa de doña Martina Vicentelo! ¡Unos ladrones han matado a tres personas!

—*Mon Dieu!* —farfulló Hérouart.

—Mala cosa, amigo mío. Asesino y ladrón —susurró Navarro.

—Será mejor que nos marchemos —indicó el francés.

—¿Ahora? ¡Ni pensarlo! Resultaría muy extraño irse con un notición como ese. Tenemos que esperar a que cuente su historia. Además, nos interesa conocer qué se dice. Vamos a escuchar qué versión trae ese sujeto.

En el café, después de la agitación que provocó la noticia, se hizo el silencio. Todo el mundo estaba pendiente de lo que iba a contar el portador de la noticia, que se había subido en una silla para dominar el auditorio, pese a que el café no estaba tan concurrido como a la caída de la tarde, cuando se organizaban las famosas tertulias.

—La servidumbre, a la que la señora de la casa había dado la tarde libre, es la que se ha encontrado con el desaguisado. ¡Tres muertos!

—¿Se sabe quiénes son los muertos? —preguntó un sujeto que se calaba un sombrero hongo.

—La señora...

—¡Eso ya lo has dicho! —replicó el del hongo.

—¡Entonces para qué preguntas!

—¡Porque ha dicho que los muertos son tres!

—Al parecer los otros dos cadáveres son los de los ladrones. Un gigantón y un sujeto escuchimizado que anda metido en negocios turbios.

—Se está refiriendo a Carabias —apuntó Hérouart en voz baja.

—¡Chitón! Aquí oyen hasta las paredes. Mejor será marcharse, pero cuando ese bocazas haya desembuchado todo lo que tenga que decir.

El sujeto aportó poco más, por lo que apenas hubo descendido de la silla, Navarro decidió que era el momento de abandonar el Lorenzini.

—Si piensan que esos son los ladrones... tenemos cierto margen —comentó Navarro.

—¿Ciertamente? ¿Para qué?

—Para que podamos poner tierra de por medio. ¡Cuanta más mejor!

—¿Cree que eso es lo mejor?

—Cuanto antes. Cuando regresemos de París las aguas se habrán calmado. Si todo queda en unas muertes a causa de un robo... Aunque me temo que la policía estará haciéndose muchas preguntas. ¿Por qué la señora había dado tiempo libre a la servidumbre que, según usted me ha dicho, no debía regresar hasta muy tarde? Eso, amigo mío, no es normal. Como tampoco tiene lógica que el cachorrillo de dos tiros sirviera para acabar con la vida de uno de los ladrones y con la de doña Martina Vicentelo. También se preguntará por qué los ladrones pudiendo haberse llevado muchas más cosas solo se hayan llevado... bueno, ya me entiende. Lo mejor será que nos

marchemos de Madrid. Salgamos a la calle.

Navarro pidió la cuenta y abandonaron el Lorenzini, que ya era un hervidero de comentarios y rumores. La temperatura sentimental de Madrid se iría caldeando conforme avanzase la mañana. Por el contrario, con el cielo encapotado y el frío intenso, la amenaza de lluvia que venía con las nubes sería nieve si descargaba sobre la capital de España. Se calaron las chisteras y embozaron las capas para protegerse del viento que soplaba con fuerza y echaron a andar. Cuando se alejaron unos pasos en dirección a la calle de Carretas Hérouart preguntó a Navarro:

—Me ha parecido ver que ha hecho un gesto de duda cuando he comentado que lo mejor será que nos deshagamos de la arqueta.

—No creo que fundir en el crisol esa corona sea lo más acertado.

—¿Por qué?

—Porque la corona que hay en esa arqueta es una maravilla. ¡Jamás había visto una cosa de época tan extraordinaria! Quizá en esos papeles haya algún dato que resulte de interés. Esa joya vale mucho más que cualquiera de las que tenemos en el taller. Es una maravilla y, lo que es más importante, parece estar intacta. Quizá hasta pueda servirme para corregir algo de lo que he venido haciendo estas semanas. Tiene unas medidas... perfectas. Las gemas que la adornan, aunque no las he examinado con el detenimiento que merecen, son extraordinarias.

—¿Me está diciendo que trataremos de encontrar un comprador?

—Sí —respondió secamente el diamantista.

Hérouart frunció el ceño.

—No lo entiendo... Antes de salir de casa fue usted quien me dijo que lo más acertado sería fundirla y hacerla desaparecer, y que había que deshacerse de los papeles y de la arqueta. ¡Dijo que solo podían traernos complicaciones!

—Es cierto. Pero desde entonces no he parado de darle vueltas. Ahora pienso que sería un verdadero disparate arrancarle las piedras y fundir el oro en el crisol. ¡Un auténtico disparate! Creo que será difícil, por no decir imposible, que alguien pudiera identificarla como una propiedad de la difunta.

—¿No cree que doña Paulina de Escobedo...?

—Lo he pensado y es posible. Pero, si la vendemos en París, no creo que pueda identificarla. ¿No le parece?

El francés se encogió de hombros.

Caminaron en silencio un buen trecho por la calle de las Carretas hasta

que, a la altura de la plaza del Ángel, el francés se detuvo un momento:

—¿Qué piensa entonces que debemos hacer con los papeles?

—¿Los ha leído?

—No, no... he tenido tiempo. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque, tal vez, en esos papeles haya información valiosa. Lo mejor es quemarlos, pero después de leerlos. Esos papeles con la letra de doña Martina deben desaparecer. Pero la joya no. Es extraordinaria. No le quitaremos los adornos ni la echaremos al crisol.

Hérouart, en lugar de responder, echó a andar. No acababa de estar convencido. No veía claro lo que ahora pensaba el diamantista. Apenas vio el contenido de la arqueta, cuando llegó a casa, dijo que era mejor hacer desaparecer aquella corona, fundiéndola y que los papeles y la arqueta debían quemarse. Era la única prueba que podía relacionarlo con aquellas muertes. Ni siquiera el cachorrillo con el que había efectuado los disparos y que, con las prisas del momento, no había recogido, suponía un problema. Era un arma muy común.

La policía tenía muy complicado poder relacionarlo con el suceso por aquella pistolilla. Pero la arqueta y su contenido eran algo muy diferente. Recordaba cómo había aumentado la distancia para ganar un segundo a la hora de sacar el cachorrillo y disparar a aquellos delincuentes. Cómo disparó contra Zapatones y cómo Carabias se abalanzó sobre él cuando apretaba el gatillo por segunda vez. Recordaba cómo la sangre manchaba el immaculado vestido de la dueña de la casa y de forma muy vaga la pelea que sostuvo con Carabias. Luego, una especie de velo envolvía sus recuerdos; solo tenía claro que doña Martina expiró en sus brazos y que, en el último momento, trató de escupirle a la cara. Jamás, por muchos años que viviera, olvidaría la ira que había en su mirada. Recordó que, tras verla morir, aprovechando que estaba solo en aquel caserón, recorrió algunas estancias buscando no sabía muy bien qué, pero algún indicio que explicara la actitud de doña Martina. Le impresionó la biblioteca donde vio la arqueta que tanto llamó su atención.

El diamantista pareció adivinarle el pensamiento.

—¿Cómo supo dónde estaba la arqueta?

—Después de que doña Martina expirara recorrí algunas dependencias de la casa. La vi en la biblioteca y llamó mi atención. Al tratar de abrirla y comprobar que estaba cerrada sospeché que debía contener algo importante.

—¿Cómo consiguió la llave?

Hérouart se detuvo.

—Recordé que doña Martina tenía una cinta de seda atada a la muñeca y que de ella pendía una llavecita. Tuve la intuición de que era la de la arqueta. No me equivoqué, y cuando la abrí y vi lo que contenía decidí llevármela y marcharme de allí a toda prisa. Temiendo que de un momento a otro llegara la servidumbre, me marché caminando hasta la pensión, pero como no podía dormirme, me vine muy temprano hasta su casa con la arqueta oculta bajo mi capa. Cuando llegué y Andrea me abrió usted todavía estaba en su alcoba. Me senté en el sillón en el que me encontró cuando apareció por el salón.

—Hay que ver qué se dice en esos papeles. Tal vez encontremos información valiosa sobre esa joya. Doña Martina Vicentelo, aunque no era una mujer culta, se había aficionado a las antigüedades y es posible que hubiera averiguado algo.

Llegaron a la casa del diamantista. Hacía mucho frío, pese a que la chimenea del salón estaba encendida y ardía en ella un buen fuego que la vieja Andrea, que se encargaba de cuidarle la casa incluso cuando estaba fuera, había alimentado con los gruesos troncos de encina que se apilaban en la leñera.

Se encerraron en el taller y Hérouart fue sacando los papeles que había en la arqueta. Eran en total cuatro pliegos, el cuarto estaba guardado en un sobrecito. El primero era una descripción precisa y detallada de la joya. Les llamó la atención los términos empleados.

—Son propios de un profesional —comentó Navarro.

El segundo era muy corto. Media docena de líneas en las que se detallaban las medidas, el peso de la joya, y una relación de las diferentes piedras que la ornamentaban.

El tercero era un texto erudito. Consideraba la joya como una obra de extraordinario valor histórico y artístico y la situaba en tiempo de los visigodos. Se decía que, posiblemente, se tratara de un objeto ofrecido a una iglesia en cumplimiento de un voto o promesa hecho por el rey Wamba, que había reinado entre los años 672 y 680 «cuando fue destronado por una conjura y se retiró a un monasterio. Este rey convocó el IX Concilio de Toledo para corregir los vicios de los clérigos. Ello le acarreó la animadversión de los eclesiásticos, que participaron en la conjura para destronarlo. Se dice que entre ellos estaba Julián, arzobispo de Toledo, porque el monarca había limitado los poderes de la Iglesia».

—Por lo que he leído —señaló Hérouart—, ese Wamba fue un buen rey.

—¿Sabe algo de esa conjura?

—Por lo visto, entre los visigodos tener el cabello largo y la barba eran condiciones imprescindibles para ser rey. A Wamba le suministraron un narcótico y, mientras dormía, le afeitaron y raparon la cabeza.

—¿Qué ocurrió cuando se despertó?

—Se retiró a un monasterio y allí pasó los siete últimos años de su existencia, haciendo vida de monje.

—¡Qué cosas!

Hérouart sacó, por último, el cuarto papel, el que estaba guardado en un pequeño sobre. Lo que allí se consignaba era la cantidad que había pagado por la pieza. Contuvo la respiración al comprobar que le había sido vendida a doña Martina por Francisco Morales, vecino de Guadamur.

—¿Qué dice ese papel? Se le ha cambiado el color de la cara. ¡Ni que le hubieran comunicado su propia sentencia de muerte!

—¡Navarro, mire qué dice aquí! —Hérouart le entregó el papel.

—Esto simplemente indica que esta joya también formaba parte del tesoro que encontró Morales.

—¿No se da cuenta del riesgo que eso supone?

—Si usted no me lo explica...

—Morales ha podido vender otras piezas. Si las autoridades se enteran, indagarán y tendremos problemas. ¿No se da cuenta?

—Amigo mío, está usted muy nervioso. Tranquilícese. Lo de Guadamur es ya un secreto a voces. Si las autoridades competentes no han intervenido es porque no le han dado la menor importancia. No se preocupe por eso. Además, la legislación española no es muy exigente en materia de ventas de objetos en el extranjero, a diferencia de lo que ocurre en otros países.

—En Francia no sería posible sacar estas piezas del país.

—Pero estamos en España. En fin, no le dé más importancia de la que tiene. Quizá Morales se la hubiera vendido antes de que le enseñara a usted el lote. Si lo hizo después de que lo viera, nos birló esa corona. Pero nunca podremos demostrarlo y lo preocupante es lo ocurrido en casa de doña Martina. Lo que hoy es un rumor, mañana va a ser un escándalo cuando lo publiquen los periódicos y los muchachos lo vocean a voz en grito por las calles. Se lo advierto para que no se altere demasiado. Por eso lo mejor es, como ya le he dicho, que nos marchemos cuantos antes.

Hérouart dejó escapar un suspiro. El diamantista tenía razón. Después de lo ocurrido la víspera, tenía los nervios destrozados.

—¿Hay más papeles?

—No, solo esos. —Señaló los cuatro papeles que había sobre la mesa.

El diamantista había cogido la joya y la contemplaba con detenimiento.

—¡Fíjese cómo están engarzadas las gemas! ¡Cómo está trabajado el oro! ¡Los remaches! ¡Los adornos! ¡Los eslabones de las cadenillas! ¡Estas letras! —Alzó la vista y casi ordenó al francés—. Vaya preparando su equipaje, pero antes queme en la chimenea del salón esos papeles y también la arqueta. Yo haré algunos retoques en las coronas, siguiendo este modelo.

—¿Cuándo partimos?

—No tengo fecha, pero será en pocos días.

—Mañana iré a ver los horarios de las diligencias que parten hacia el norte.

El francés, con la arqueta bajo el brazo, estaba a punto de abandonar el taller cuando Navarro le advirtió:

—Aunque Andrea es de toda confianza, procure que no le vea quemarla. Le parecerá extraño.

Iniciaron el viaje con el año nuevo. Todavía era noche cerrada cuando llegaron a la posada de la que partían las diligencias que entraban y salían de Madrid con destino a diferentes ciudades del Norte. Hacía un frío intenso y el viento, que a ráfagas soplaba desde el Guadarrama, cortaba la cara. Cuando salieron de Madrid apenas se habían disipado las sombras de la noche y el día se presentaba neblinoso. El invierno no era la mejor época para ponerse en camino.

El tren en España empezaba a ser una realidad, pero se limitaba a tramos cortos y muy concretos. Se podía ir de Madrid a Aranjuez o de Mataró a Barcelona. Había en marcha numerosas obras con las que se ampliaba el tendido ferroviario. Muchos inversores habían visto en ello un negocio con mucho futuro y también el capital extranjero buscaba las ganancias que el nuevo sistema de transporte suponía.

Navarro se había dado toda la prisa posible para adelantar el viaje y evitar una situación complicada. Hérouart estaba cada vez más nervioso como consecuencia de las informaciones que diariamente iban apareciendo en los periódicos. *La Iberia* informaba puntualmente de las pesquisas policiales. Ya era público que los tres cadáveres correspondían a la dueña de la casa donde se habían cometido los asesinatos, mientras que sobre los otros dos, los de Zapatones y Carabias, la policía había averiguado que se trataba de una pareja de delincuentes de poca monta que se ejercitaban en la realización de ciertos trabajos. El verdadero nombre de Zapatones era Aquilino Sabariego y el de Carabias era Casiano Tribulete, quien ni era doctor en Medicina ni daba clase en la universidad. Era, sin embargo, sujeto de cierta instrucción y cuidadas maneras, por lo que era capaz de hacerse pasar por persona ilustrada. La policía les achacaba delitos de poca monta, que ambos cometían bajo la dirección de Tribulete. Un suelto que apareció en la *Gaceta de Madrid*, lo que daba mucha credibilidad a su contenido, señalaba que Casiano Tribulete actuaba también como confidente de la policía por lo que esta, a veces, hacía la vista gorda sobre alguna de las menudencias que protagonizaba.

Pese a esos avances, en la prensa se criticaba que la policía daba palos

de ciego respecto al móvil de aquellas muertes que habían conmocionado Madrid. Tanto en las viejas tabernas y botillerías, como en los cafés, chocolaterías y modernos restaurantes no se hablaba de otra cosa. Hasta en las tertulias del Lorenzini o La Fontana de Oro los asesinatos habían sido objeto de discusión y debate.

También se había publicado que los informes de la servidumbre no habían aclarado gran cosa. Ninguno fue capaz de explicar la causa por la que doña Martina Vicentelo les había dado aquel extraño permiso que incluía no regresar a la casa hasta «bien pasada la media noche». Era algo que desconcertaba a la policía y les hacía pensar que lo ocurrido estaba relacionado con esa orden de la difunta dueña de la casa. En *La Época* había aparecido un artículo, titulado «Gato encerrado» donde se hacían una serie de disquisiciones sobre las extrañas circunstancias que concurrían en aquellas muertes con violencia.

Una de las preguntas que quedaba en el aire era conocer la causa por la que aquellos dos sujetos estaban en casa de una dama de tanto copete, viuda de uno de los más importantes próceres madrileños. Pero la gran incógnita era quién había podido acabar con la vida de los tres difuntos. Se tenía certeza de que dos de ellos habían muerto por los disparos de un cachorrillo que se encontraba en poder de la policía. La muerte de Casiano Tribulete había sido, según el informe del forense por «descoyuntamiento de las vértebras cervicales». El comentario en la calle era que a aquel desgraciado su asesino le había partido del cuello.

Las noticias se sucedían en la prensa, que trataba de estirarlas para mantener la atención de sus lectores por un asunto que, con el paso de los días, perdía interés. En *La Discusión*, un periódico que defendía las ideas demócratas y republicanas, una noticia que aparecía en la cuarta plana, donde se recogía «La última hora», decía que el mayordomo de la casa había informado a la policía que había desaparecido un valioso cofre de la casa de doña Martina Vicentelo, así como la llave que la señora siempre llevaba consigo. Pero que desconocía el contenido de dicho cofre.

Al día siguiente, en los numerosos periódicos que se daban a la estampa en Madrid se formulaban toda clase de hipótesis acerca del contenido del cofre, cuyo robo se consideraba la causa de todo lo ocurrido.

La víspera del viaje, el periódico monárquico *La Esperanza* —órgano principal del pensamiento de los carlistas— había dado una noticia que alteró a Hérout. Según el periódico, un cochero había acudido a la policía

voluntariamente. En su declaración afirmaba haber llevado la noche de autos a un viajero hasta la casa donde se habían producido los asesinatos. Relataba que antes habían acudido a un burdel de la calle de Leganitos, pero que el pasajero parecía haberse confundido de dirección. Con respecto al pasajero señalaba que se trataba de un caballero que le pareció que vestía uniforme militar, pero que no estaba seguro. Era un dato interesante, pero su relevancia decrecía ante el importante número de militares que había en la guarnición de Madrid. En *La Esperanza* no se hacía referencia alguna a un posible acento francés. Hérouart, pese a sus largos años en España, lo conservaba, si bien era cierto que lo suficientemente atenuado como para pasar desapercibido, aunque muchas expresiones las decía en francés. Que no apareciera en el periódico no significaba que el cochero no hubiera reparado en ello y se lo hubiera dicho a la policía. Era frecuente que determinados datos se mantuvieran en secreto para no alertar a un posible sospechoso. El profesor de la Escuela Militar de Toledo estaba seguro de que apenas había hablado con el cochero, aunque su enfado ante el burdel quizá le hizo soltar alguna maldición en francés. Si había sido así y el cochero había reparado en ello, seguramente se lo habría dicho a la policía y entonces era cuestión de tiempo que la policía llegara hasta él.

El diamantista había decidido que lo mejor para hacer el viaje a París era cruzar la frontera por Figueras, los pasos por Navarra y Aragón estaban la mayor parte del invierno cerrados por causa de la nieve, cosa que raramente ocurría a orillas del Mediterráneo. Eso significaba que el recorrido de la diligencia se haría por el camino de Zaragoza, que conducía hasta Barcelona, para llegar después al paso fronterizo.

Pese a que los asientos que ocupaban eran de primera clase, aquellos armatostes tirados por media docena de caballos eran una tortura, sobre todo cuando se trataba, como era su caso, de recorridos largos. Eran capaces de hacer, si no surgían problemas, en torno a treinta leguas diarias. Necesitarían al menos dos días para llegar a Zaragoza y otros tantos desde allí hasta Barcelona.

A la altura de Guadalajara, donde hicieron la primera parada, comenzó a llover. La lluvia se intensificó conforme avanzaba el día y cuando hicieron noche en una venta cercana a Medinaceli, caía un diluvio. Al día siguiente el tiempo no había mejorado y la entrada en Zaragoza, que podía haberse hecho a media tarde, se produjo con las últimas luces del día.

En la ciudad todavía eran visibles los efectos de los terribles asedios

sufridos por la ciudad hacía medio siglo, durante la guerra contra los franceses. Navarro, por respeto a Hérouart, no hizo comentario alguno, pero uno de los pasajeros —un clérigo de cierta edad que tenía una larga y encanecida barba— soltó un exabrupto.

—¡Cochinos gabachos! ¡Malditos herejes! ¡Espero que estéis en las calderas de Pedro Botero!

Las palabras del clérigo fueron acogidas con murmullos de aprobación. El medio siglo transcurrido no había hecho olvidar a los españoles los desmanes cometidos por las tropas napoleónicas, que saquearon, violaron y robaron a mansalva durante los años de aquella infausta contienda, que empezaba a conocerse como guerra de la Independencia.

El diamantista se limitó a carraspear, como si le picase la garganta, y el francés guardó un prudente silencio. Sus largos años en España le habían enseñado que el país, dominado por el clero, aunque desde hacía algún tiempo su influencia había decrecido de forma notable, rechazaba los principios que inspiraron la revolución iniciada en su país y que había dado lugar a que los súbditos empezaran a ser ciudadanos. Por otro lado, las tropelías y los desafueros cometidos por los franceses habían generado un profundo sentimiento de aversión que estaba muy extendido.

La fonda donde se alojaron estaba en la plaza que se abría frente a la basílica donde se veneraba la imagen de Nuestra Señora del Pilar, a la que los aragoneses profesaban una devoción especial. Era un lugar limpio y aseado. El dueño era persona afable y las mozas que atendían a los alojados mostraban la mejor disposición. Allí conocieron a un maestro de Humanidades, don Juan de Ortolá que, soltero empedernido, acudía a la fonda a cenar. El humanista impartía su magisterio en la universidad zaragozana, que había fundado hacía algo más de tres siglos el obispo de Tarazona, don Pedro Cerbuna. El maestro Ortolá era, por su erudición, uno de los profesores que gozaba de mayor prestigio entre los estudiantes, lo que le había acarreado la envidia de algunos colegas con menor relieve académico.

Compartieron con él la mesa durante la cena y se mostró como un excelente conversador. Era defensor a ultranza de las nuevas ideas que apostaban porque se llevase a la práctica la barbaridad, según Navarro, de que pudiesen votar todos los hombres mayores de una determinada edad. Igualmente era partidario de que se proclamara la República, a la que consideraba una especie de panacea que acabaría, con solo proclamarse, con

todos los males que aquejaban a la patria.

—¡Solo faltaría que también le pareciera bien que votasen las mujeres! —exclamó el diamantista después de dar un buen tiento al vino de Cariñena con que acompañaban las viandas.

—Desde luego, algunas de ellas votarían con más sentido común que muchos hombres. ¡No tengo la menor duda!

En esas estaban cuando se acercó a la mesa un sujeto entrado en carnes y que hubiera pasado por clérigo, al tener una calva que más parecía tonsura de monje, aunque por sus comentarios formaba parte de las cada vez más numerosas cohortes de anticlericales. Gastaba barba y, por su acento, podía deducirse que era andaluz. Era hombre ilustrado como había puesto de relieve durante el viaje dando explicaciones muy certeras de los lugares por donde pasaban y contado sabrosísimas anécdotas que habían ayudado no poco a hacer más llevadero el penoso viaje. Tenía un extraordinario sentido del humor.

—¿Hay lugar en esta mesa para un hambriento viajero?

—¡Cómo no, amigo Bermúdez! ¡Tome asiento! ¡Hay comida más que de sobra y el vino no ha de faltar! —lo animó el diamantista que hizo las presentaciones y pidió más vino.

La interrumpida conversación ya no volvió al punto donde había quedado.

—¿Viaja a Barcelona? —preguntó a Bermúdez el maestro de Humanidades.

—Así es, a Barcelona. Me dedico al negocio de los paños y, aunque preferiría comprar los que vienen de Inglaterra, los recargos que les ponen en las aduanas hacen que los precios sean prohibitivos para la mayoría de las gentes. ¡Este gobierno solo beneficia los intereses de los catalanes! ¡Encima, como siempre, andan quejándose!

—¡Son buenos negociantes! Pero sus negocios se los estamos pagando entre todos y, si no es así, hay bronca —asintió Ortolá—. Recuerden que hace poco el ejército tuvo que bombardear Barcelona.

—En efecto, la ciudad se llenó de barricadas, al difundirse la noticia de que el gobierno de Espartero iba a firmar un acuerdo de librecambio con los ingleses, lo que suponía rebajar los aranceles para sus paños. A mi bolsillo le habría venido de perlas.

—Lo recuerdo perfectamente —indicó el diamantista.

—Las consecuencias para Barcelona fueron muy graves. Porque la

represión ordenada por Espartero fue muy dura. En mi opinión ese fue el punto de partida para su caída.

—Es cierto lo que dice el profesor. Pero al final se salieron con la suya. En Jaén, que es mi tierra, no ocurre nada parecido ni con el trigo ni con el aceite. Algún día, cuando el negocio me lo permita, escribiré algo sobre estos asuntos.

—¿Es usted aficionado a la pluma? —preguntó el maestro de Humanidades a Bermúdez.

—Mucho. He dado a la estampa alguna cosilla. Unos cuentos sobre un lagarto que según la leyenda apareció allá por el siglo XVII junto a una fuente en la ciudad de Jaén.

La conversación se prolongó un buen rato hasta que Hérouart señaló que había de levantarse temprano.

Estaba amaneciendo cuando cruzaron el Ebro, que bajaba muy crecido con las lluvias de aquellos días, por el que los maños llaman el puente de Piedra.

Dos días más tarde llegaban a Barcelona. La ciudad había crecido mucho. Navarro la había visitado poco después del bombardeo que comentaron durante la cena de Zaragoza y tuvo la impresión de que en aquellos años había aumentado mucho su población, pese a que había permanecido constreñida por las murallas que el gobierno no permitía que se derribasen para ensanchar la ciudad. Los edificios habían crecido en altura, por lo que muchas de sus calles, que eran estrechas, resultaban oscuras incluso en días luminosos.

Otra vez fue Bermúdez quien los ilustró sobre algunos pormenores.

—El ayuntamiento ha logrado, por fin, una vieja aspiración. Que las murallas se vayan derribando poco a poco. Les ha costado casi veinte años de negociaciones.

—¿Por qué no lo han permitido antes? —preguntó Hérouart.

—Porque en Madrid no se fían después de lo que ocurrió a principios del siglo pasado. En aquella guerra en que se jugaba la sucesión al trono para los Borbones o para los Austrias, apostaron por el bando que al final perdió. Faltaron al juramento de fidelidad que le habían hecho a Felipe V y este se mostró implacable con ellos. Suprimió los fueros y las viejas leyes, como escarmiento. Son muchos los que en esta tierra suspiran por los tiempos antiguos. Aunque otros miran hacia el futuro y se lleva tiempo hablando de un plan de ensanche de la ciudad, con calles paralelas y perpendiculares,

como hacían los romanos.

Al diamantista y al francés les hubiera gustado permanecer un mayor tiempo en Barcelona, más aún de la mano de un hombre como don Pedro Bermúdez, cuyos conocimientos no dejaban de causarles admiración. Pero su destino era París.

Un día más tarde, cruzaron la frontera, sin mayores problemas, por el paso de La Junquera, un lugar que no llegaba a las mil almas, al pie de la sierra de Albera y a poco más de tres leguas de Figueras.

Una semana después entraban en París y se alojaron provisionalmente en una fonda del Boulevard des Capucines. Una fonda no era lo más conveniente con la cantidad de joyas que llevaban en el equipaje. Solo estuvieron un par de días, hasta que alquilaron una casa en el Passage Saumon.

Aquel 7 de febrero, un individuo impecablemente vestido, con la chistera en una mano y blandiendo un periódico en la otra, irrumpió en la tertulia que celebraban todas las semanas en *La Plaza*, un café junto al Arco de Cuchilleros, un nutrido grupo de académicos, después de celebrar la reunión semanal de la docta institución en su sede de la Casa de la Panadería, al otro lado de la Plaza Mayor.

—¿¡Han leído la noticia que aparece en *La España*!?

Quien agitaba el periódico era don Amador de los Ríos, catedrático de Literatura en la Universidad Central y secretario de la Comisión Central de Monumentos, quien hacía poco había concluido la ardua tarea de editar la *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar océano*, del cronista Gonzalo Fernández de Oviedo. También era miembro de la Real Academia de la Historia. En la reunión se impuso el silencio. Al parecer, nadie de los presentes tenía la menor idea acerca de lo que aparecía en el periódico.

—¿Qué dice *La España*, paisano? —preguntó don Ángel de Saavedra, cordobés al igual que don Amador.

—¡Que los franceses han comprado una valiosa colección de coronas y cruces góticas procedentes de España!

Don Ángel Saavedra, a quien en los medios políticos y literarios se le conocía como el duque de Rivas, retiró de su boca el grueso habano al que iba a dar una calada, y le pidió:

—¿Quiere repetir eso?

—Lo que acaba de oír, don Ángel. La información procede de París, donde está fechada el día dos de este mes.

—¿Qué dice, pero resumido, por favor?

Don Amador tomó asiento en uno de los sillones que había libres y explicó brevemente el contenido de la información publicada por *La España*, periódico que se definía como liberal y que se caracterizaba por la defensa de los intereses del ala más conservadora del Partido Moderado.

—Por lo que se dice ahí han sido las autoridades francesas quienes han comprado esas piezas. Una colección de coronas góticas. Según *La España*,

fueron halladas, hace algunos meses, en un pueblecito cercano a Toledo. Se llama Guadamur. El vendedor de esas coronas es don José Navarro.

—Si no me equivoco, ese fue el joyero que hizo la corona de Su Majestad. ¿No es así? —preguntó don Salustiano de Olózaga.

—El mismo.

Al silencio que había acompañado la noticia dada por don Amador, siguió una explosión de comentarios.

—Haya calma, señores, haya calma. Lo primero que hemos de comprobar es si esa noticia es abonada —señalaba don Salustiano de Olózaga, que era hombre de mucha experiencia, incluso había sido presidente del gobierno, aunque solo durante nueve días, sabía que la prensa daba pábulo, con más frecuencia de la deseada, a lo que solo eran rumores que surgían de bulos. En muchas ocasiones, difundidos con maligna intención.

—*La España* cita como fuente una publicación muy prestigiosa —respondió don Amador.

—¿Cuál?

El catedrático de Literatura desplegó el periódico y ofreció los datos que allí aparecían recogidos.

—Se trata del Boletín de la Imperial Sociedad de Anticuarios de Francia. Un tal Adrien de Longpérier ha publicado un artículo sobre el asunto en cuestión. Dice que el Estado francés ha comprado una serie de coronas y cruces, halladas... dice textualmente en «las Huertas de Guarrazar» y que las piezas se encuentran depositadas en el Museo de Cluny.

—¿Cómo es posible que haya ocurrido tal cosa? —se preguntó el duque de Rivas después de expulsar una bocanada de humo azulado de su habano—. ¡Si eso es así, ese Navarro es un bribón de siete suelas!

—¡Más que un bribón, es un malnacido! —apostilló uno de los presentes.

—Calma, señores, mantengamos la calma —insistió Olózaga, tratando de aplacar los exaltados ánimos de sus colegas de Academia—. Es posible que haya algo de exageración.

—¿¡Exageración tratándose de unas cruces y unas coronas góticas!?! —protestó don Amador.

—Sí, señores. Exageración... Parece que no conocen ustedes de lo que son capaces los periódicos con tal de vender un puñado de ejemplares.

La tertulia se convirtió, pese a las peticiones de don Salustiano, en un pandemónium donde todos opinaban de algo de lo que apenas tenían

referencias. Cuando abandonaban el Plaza la indignación era la nota dominante.

La noticia quedó confirmada al día siguiente.

Aparecía en otros periódicos, entre ellos *La Época* y *La Correspondencia*. En todos se vertían fuertes críticas a las autoridades académicas y al gobierno por su negligencia. No se concebía que hubieran permitido la salida de España de unas valiosas piezas que empezaban a conocerse como el Tesoro de Guarrazar. También se dedicaba especial atención al hecho de que las joyas en cuestión hubieran sido compradas por un Estado extranjero. Las fuentes eran las publicaciones del país vecino, principalmente la que proporcionaba *Le Monde Illustré*, donde en un artículo de Edmundo de Sommerard, persona muy relacionada con el Museo de Cluny, se ponderaba el valor artístico e histórico de las joyas. Según la publicación francesa, en el hallazgo cobraba protagonismo monsieur Hérouart, a quien atribuía el descubrimiento y afirmaba que las había hallado realizando excavaciones en una finca de su propiedad.

Lo que la víspera se había vivido en la tertulia del café *La Plaza* no era una excepción. La noticia de la venta a los franceses de aquel tesoro era el asunto más importante que se comentaba en tertulias y reuniones, dando lugar a tensos debates y numerosas críticas a los gobernantes. En los ambientes eruditos y en los círculos académicos había provocado un verdadero escándalo que crecía, cada vez más, conforme pasaban los días. Al diamantista, blanco principal de las iras, se le tachaba de traidor y se le dedicaban toda clase de descalificaciones que, en algunos casos, resultaban infamantes.

El tesoro de Guarrazar se llevó como punto principal en la siguiente sesión de la Real Academia de la Historia. Tras un acalorado debate, se comisionó a don Amador de los Ríos y a don Salustiano de Olózaga para que se desplazaran hasta la localidad de Guadamur y emitieran un informe, después de realizar las pertinentes comprobaciones sobre el terreno.

El asunto, como no podía ser de otra forma, llegó al Congreso de los Diputados. El marqués de San Carlos interpeló al gobierno, preguntando sobre la venta hecha a Francia de «varios objetos preciosos, más que por su valor intrínseco, que es considerable, por su mérito histórico y arqueológico, descubiertos recientemente en la provincia de Toledo».

Aquella interpelación tuvo una repercusión inmediata porque se producía en un país que, tras haber perdido su imperio colonial hacía un

cuarto de siglo, trataba de mantener el rango de potencia. El ambiente cultural que se respiraba en Europa era el de recuperar el pasado y algo como lo ocurrido con aquel tesoro dejaba a España, a su gobierno e instituciones culturales, en muy mal lugar. El ministro de Estado, don Saturnino Calderón Lerchundi, ordenó que se telegrafiara al embajador en París.

—¿En qué términos, señor ministro?

—Díganle a Mon que localice a ese diamantista y le conmine a no cerrar el contrato de venta de esas joyas.

Su secretario anotó las indicaciones, pero en su cara apareció una expresión de duda. Releyó sus anotaciones y negó de forma casi imperceptible con la cabeza.

—Disculpadme, excelencia, pero... podría ser que el contrato ya estuviera firmado. En ese caso...

—En ese caso, que Mon se valga de los medios que considere oportunos para tratar de que el gobierno francés se aparte del asunto. Con el gobierno de por medio la cosa es mucho más complicada.

—Me temo, señor, que es el gobierno francés quien ha hecho la compra. El ministro se acarició la barba.

—En ese caso que pida ayuda a la emperatriz. ¡Eso es! —Don Saturnino parecía haber tenido una iluminación—. ¡Que Mon busque los buenos oficios de Eugenia de Montijo!

—Señor, eso es complicado...

—Déjese de «peros», la emperatriz de los franceses es española y nuestra reina ha mostrado un especial interés en comprar esos objetos.

—Muy bien, señor. Hay... hay... —El secretario no se atrevía a hablar porque el humor del ministro estaba alterado.

—¡Suéltelo de una vez! ¡No dispongo de todo el día!

—Verá, excelencia, hay otra cuestión que me parece importante considerar.

—¿Cuál?

—París es muy grande. ¿Cómo localizarán desde nuestra embajada al señor Navarro?

—¡Ese es problema de Mon! ¡No me venga con monsergas, Martínez! El secretario iba a abandonar el despacho, cuando este le ordenó:

—¡Diga que preparen mi carruaje, tengo que salir a toda prisa!

—Sí, señor.

Cuando el secretario hubo cerrado la puerta, don Saturnino consultó su

reloj y casi dio un brinco. Faltaban cinco minutos para la hora en que había quedado en visitar a su amante, a la que tenía instalada en un inmueble de una calle de las que iban de la de San Bernardo a la de Fuencarral. A toda prisa recogió chistera y bastón, y bajó la escalera como alma que lleva el diablo para entrar en el coche que aguardaba ya en la puerta de carruajes del ministerio.

—¡A Fuencarral! —El cochero no necesitó más indicaciones. Sabía sobradamente adónde se dirigía el ministro.

Navarro aguardaba en la antesala. Había llegado a la embajada quince minutos antes de la hora fijada en el requerimiento que le había sido entregado la víspera por un ujier de la legación diplomática española en París. El texto era muy escueto y no se le indicaba el motivo de la reunión. Estaba firmado por el propio embajador, don Alejandro Mon, persona de mucha experiencia, gracias a una larga carrera en la gestión pública. Había sido ministro de Hacienda, donde había llevado a cabo una importante reforma, y presidente del Congreso de los Diputados.

La víspera, Hérouart se había despedido. Tenía que regresar a España porque su permiso, como profesor de la Escuela Militar de Toledo, expiraba. No quería perder su empleo en tan importante centro. Le proporcionaba mucho prestigio. Navarro lo había acompañado hasta la Gare d'Austerlitz donde cogería un tren que le permitiría llegar en menos de veinticuatro horas a Toulouse. Desde allí se dirigiría por carretera hasta La Junquera para hacer el camino de Barcelona a Madrid también en diligencia. Antes de marcharse de París había dejado un documento escrito por el cual se mostraba conforme con el precio ofrecido por el Museo de Cluny para adquirir el tesoro de las joyas visigóticas. Los beneficios iban a ser muy sustanciosos y, al fin y al cabo, aunque España lo había acogido, seguía siendo francés de corazón.

Su principal preocupación, al emprender el viaje de regreso a España, era qué iba a encontrarse en relación con la muerte de doña Martina, Carabias y Zapatonos. El tiempo transcurrido había puesto bálsamo a sus preocupaciones, pero en modo alguno las había eliminado y con el retorno se habían avivado.

A las diez en punto —la hora fijada en el billete que el ujier le había entregado—, el propio embajador salió de su despacho. Daba la sensación de que había aguardado a que sonaran las campanas en el reloj para hacerlo. Saludó a Navarro, como si se tratara de viejos conocidos. Tanta amabilidad puso en guardia al diamantista. No sabía el motivo de aquella llamada pero,

barruntaba, la razón por la que estaba en la embajada.

—¡Don José, buenos días! —Mon se acercó a Navarro, que se había puesto en pie, estrechando su mano.

—Buenos días, señor.

—Tengo que agradecerle su excelente disposición. ¿Había visitado antes nuestra embajada?

—No, señor. He venido en varias ocasiones a París, pero no he tenido la oportunidad de hacerlo.

—¡Pues sea bienvenido a territorio patrio! Como usted sabe, a efectos legales estamos pisando territorio español en el corazón de Francia. Hágame el favor de acompañarme al despacho. Estaremos más cómodos.

El embajador le cedió el paso. El amplio despacho estaba presidido por un enorme cuadro de Isabel II, cuyo colorido contrastaba con los de sus antepasados en el trono, Felipe V y Carlos III, que ocupaban otra de las paredes.

—¿Café, té, limonada, chocolate? Aquí seguimos haciéndolo a la española. Muy espeso.

—Un café con un poco de leche, por favor.

Mon tiró de un dorado cordón de seda trenzada y segundos después apareció un mayordomo, impecablemente vestido.

—¿Ha llamado su excelencia?

—Un café para don José y para mí lo de siempre. Traiga también unas pastas.

—¿Algo más, excelencia?

—Nada más, Policarpo.

El embajador comentó algunos de los sucesos más recientes de la vida parisina y preguntó a Navarro sobre lo que se decía en Madrid. Estaba haciendo tiempo hasta que el mayordomo apareciera de nuevo por el despacho, antes de entrar en materia. Sin embargo, a Navarro le cogió de improviso uno de sus comentarios.

—Madrid, por las noticias que me llegan, está muy agitado con ese triple asesinato. En la prensa se formulan numerosas hipótesis. Algunas verdaderamente extrañas.

Navarro se encogió de hombros.

—Abandoné Madrid poco después de que se hiciera pública esa noticia que, efectivamente, conmocionó a la Villa y a la Corte.

—La información que poseo era reservada hasta hace un par de días,

pero las pesquisas apuntan a que el asesino puede ser un francés.

Navarro frunció el ceño de forma imperceptible.

—¿Cómo se ha apuntado esa posibilidad?

—Parece que todo se fundamenta en el testimonio de un cochero que se presentó a la policía. El hombre declaró que la noche de autos llevó a un caballero que le pareció francés hasta el domicilio de la dama asesinada. La policía, que ha impedido que se difundiera ese detalle durante un par de semanas, está indagando en esa dirección.

—Lamento no poder darle detalles. Está usted mucho más informado que yo.

Unos suaves golpecitos en la puerta anunciaron la llegada del mayordomo, a quien acompañaban dos doncellas uniformadas —cofia, puños de encaje, vestido negro y delantal immaculado—, con las bebidas y las pastas. Siguieron las precisas órdenes del mayordomo que de una licorera escanció una generosa dosis de aguardiente sobre la tetera donde estaba la infusión pedida por el embajador. Navarro seguía en silencio el despliegue de vajilla, cubertería y cristalería sobre la mesa. Terminada la tarea, el mayordomo preguntó:

—¿Desea su excelencia alguna cosa más?

—Muchas gracias, Policarpo, pueden ustedes retirarse.

—Supongo que su excelencia no me ha llamado para preguntarme sobre Madrid. Por lo que he podido comprobar usted tiene información que yo no poseo.

—No, amigo mío, no. Mi llamada está relacionada con una serie de piezas. La prensa española lo califica de tesoro —aclaró el embajador—, que han sido encontradas en nuestro país.

Lo que el diamantista había barruntado acababa de confirmarse.

—Supongo que se refiere a unas piezas de orfebrería encontradas en un pueblo cercano a Toledo.

—Lo que la prensa dice es que usted y un ciudadano francés, que lleva mucho tiempo afincado en nuestro país, son los propietarios de esas piezas.

—En efecto.

—Según se afirma, ejem, ejem —el embajador carraspeó varias veces—, ustedes acaban de vendérselas al Museo de Cluny. ¿Es así?

—Así es. Hemos acordado su venta.

La confirmación hizo que Mon apretara los labios.

—La información que tengo indica que su valor histórico es muy

elevado.

—No solo su valor es histórico, como usted acaba de señalar; también tienen un alto valor material, que difícilmente se aprecia en España —añadió Navarro, que empezaba a ponerse en guardia.

—Sin duda, sin duda —admitió el embajador después de dar un sorbo a su té—. Pero coincidirá conmigo en que, tratándose de obras de alto valor histórico halladas en España, el lugar donde deberían estar es en nuestra patria.

Quien ahora carraspeó fue el diamantista.

—Eso depende del interés que tengan las autoridades españolas.

—¿Qué quiere usted decir? —El embajador había fruncido el ceño.

—Verá, señor. Mi experiencia personal me dice que las autoridades en nuestro país no suelen mostrar un interés... demasiado grande.

Mon se sintió incómodo con las palabras de Navarro.

—Pues en este caso, he de decirle que el interés es máximo. Sepa que el asunto ha llegado hasta el Congreso de los Diputados y que el interés tanto del gobierno de Su Majestad, como de la propia doña Isabel, es muy grande. Esa es la razón por la que, precisamente, usted y yo estamos reunidos aquí.

—Supongo que el escándalo en los periódicos también es muy elevado.

—Está en lo cierto. Por las noticias que me llegan a través del telégrafo sé que el escándalo que se ha organizado es monumental.

El diamantista se encogió de hombros de forma casi imperceptible, como si aquello fuera algo ajeno a su persona. Después dio un largo sorbo a su café con leche, que no había probado, y demasiado tarde se dio cuenta de que no le había puesto azúcar.

—¿Le importaría ponerme al corriente de todo este asunto?

—No tengo el menor inconveniente, excelencia. Pero antes ¿tendría la amabilidad de responderme a una pregunta?

—Si puedo, lo haré con sumo gusto.

—¿Qué clase de instrucciones ha recibido usted? Me refiero a las que le han llevado a convocarme en la embajada.

Mon se acarició el mentón. Estaba perfectamente rasurado. No necesitaba que le dijeran que don José Navarro era un hombre hecho a lidiar en circunstancias difíciles.

—Voy a serle sincero. El gobierno de Su Majestad me ha pedido que haga lo que esté en mi mano para que deshaga usted el trato con los franceses.

—Como le acabo de decir, la venta ya está hecha —replicó Navarro inmediatamente.

—¿Me puede dar más información?

Navarro le contó cómo había llegado a tener conocimiento de las joyas, aunque cambió dos detalles que jugaban a su favor. El primero, que las joyas habían sido encontradas por Adolphe Hérouart. El segundo, que el hallazgo había tenido lugar en una finca de su propiedad. Suponían una importante cobertura legal. Por un lado, quien las había encontrado era un ciudadano que mantenía su nacionalidad francesa a la que no había renunciado; por otro, haberse hallado en su propiedad evitaba posibles reclamaciones.

—Mi experiencia en España es muy negativa. No se valoran como debería ser las obras de arte, pese a que, por lo que me cuenta, ahora se ha desatado un gran escándalo. ¿Sabe cuánto tardé en cobrar la corona que confeccioné para la reina? —Mon, que había encendido un grueso habano después de que el diamantista rechazara el que le había ofrecido, dio cuenta de su té y negó con un movimiento de cabeza—. Más de cinco años. Había invertido en su elaboración todo el dinero que había ahorrado a lo largo de una vida de trabajo. Estuve a punto de arruinarme.

—Eso son aguas pasadas, don José. Con ellas no se mueven los molinos.

—No tan pasadas, señor embajador. Cobré esa corona hace poco más de un año.

—Admito que no se actuó correctamente, pero ahora está en juego... está en juego la honra nacional. —Mon se levantó y sacó del cajón de su escritorio una carpetilla en la que había guardado los periódicos de Madrid que le habían sido enviados por valija diplomática—. Mire esta muestra de lo que dicen los periódicos de Madrid. He señalado en ellos lo referente a este asunto. También he recogido alguna de las publicaciones que sobre este asunto han salido en Francia a la luz pública.

El diamantista leyó en silencio.

—Por lo visto soy una combinación de maldades, sin mezcla de bien alguno. Mal español. Antipatriota. Carezco de sentimientos. Mi único dios es el dinero... en fin, para qué seguir. Lo que todo esto revela —golpeó con el índice la carpetilla, antes de devolvérsela al embajador— es que todos juegan a patriotas con los intereses ajenos. ¡Me gustaría verlos en mis circunstancias!

—No lo he citado para ponerle al tanto de lo que la prensa ha organizado, sino para intentar encontrar una solución a este *affaire*, que sea

favorable a los intereses de España —dio una calada a su veguero y añadió—: y, por supuesto, también a los suyos.

—¿Qué puedo hacer yo? —preguntó el diamantista poco convencido—. Insisto en que el trato está cerrado.

La experiencia de Mon y las vueltas que había dado a aquella cuestión desde que el ministro le había teleografiado le decía que era muy posible que hubiera un resquicio por el que abrir brecha.

—Supongo que, como el destino de esas joyas es el Museo de Cluny, el contrato de compraventa se habrá hecho con el gobierno francés. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca. He tratado con representantes del Museo del Louvre y con Edmond de Sommerard en su condición de director del Museo de Cluny. Desde el primer momento, comprendieron que el valor arqueológico de las piezas va mucho más allá de su valor material. Apenas existen piezas de orfebrería de los pueblos germanos, aparte de algunas hebillas, fíbulas y prendedores. Los visigodos estuvieron mucho tiempo asentados en tierras de lo que hoy es Francia e instalaron su capital en Toulouse. Mostraron un gran interés y muy pronto llegamos a un acuerdo.

—A todo ello habría que añadir que en estos momentos en Francia se ha desatado una verdadera pasión por la Edad Media. Es algo increíble. ¿Ha visto cómo están restaurando Nôtre Dame?

—Sí, he tenido ocasión de contemplarla y también las obras de reconstrucción de la muralla de Carcasona. Dormí allí cuando fui desde Perpiñán hasta Toulouse donde tomamos el tren para venir a París. —El embajador observó que había dicho «tomamos». Se preguntó si ese tal Hérouart, al que se había referido en su explicación, lo había acompañado—. Pero no solo en restaurar monumentos medievales. El Estado compró la colección de piezas medievales del padre de monsieur Sommerard que se exponían en ese antiguo hospital de los monjes de Cluny y lo convirtió hace pocos años en Museo de Historia Nacional de la Edad Media.

Mon dio una calada a su cigarro antes de preguntarle.

—Supongo que si el comprador es el Estado francés, todavía no le habrán abonado la cantidad acordada. Las cosas de palacio van despacio... en todas partes.

—En algunos sitios más despacio que en otros —añadió Navarro con intención—. Pero tiene razón. Todavía no me han pagado.

Al embajador se le iluminaron los ojos.

—¡Entonces el acuerdo no está definitivamente cerrado!

—Está cerrado. Lo que no está es abonado el pago.

—Esto de los tratos, mi querido amigo, es como el matrimonio... Si no se consuma carece de validez. Para que una transacción comercial esté consumada es necesario que el pago haya sido abonado.

—¿Quiere decir que, si deshago el trato y los franceses aceptan, el gobierno de nuestro país está dispuesto a pagarme al contado la cantidad que he cerrado con los franceses?

Mon se quedó por un momento en suspenso. No esperaba aquel planteamiento. Al menos no lo esperaba de forma tan repentina.

—Sí.

Ahora fue el diamantista quien se acarició el mentón.

—No sé si eso será posible. Pero en cualquier caso quiero que sepa dos cosas. En primer lugar, debe saber que el artículo publicado por monsieur Sommerard es... es basura. No encuentro otra palabra para calificarlo.

—¿Por qué dice eso?

—Porque está lleno de inexactitudes y plagado de errores. Confunde las gemas. Le da un valor que no tienen. Las perlas, por ejemplo, son de gran tamaño, pero están muertas. No servirían para joyería. Habla de coronas de reyes cuando eso no es posible.

—¿No son coronas de los reyes visigodos? —El embajador se mostraba sorprendido.

—Son de esa época, pero se trata de ofrendas. Donaciones hechas por fieles, algunos de ellos son reyes, pero no se trata de sus coronas. Eran joyas hechas para donarlas. Estoy convencido de que nunca adornaron la cabeza de un monarca. Monsieur Sommerard llega incluso a decir que se trata de piezas macizas y, en realidad, son huecas. Se trata de joyas muy llamativas y aumenta su interés por la época en que se labraron. Era un tiempo en que el arte había caído a un nivel muy bajo y eso les añade mucho valor. Le digo todo esto porque no quiero que, en caso de que fuera posible deshacer el trato, alguien pensara que he sustituido las joyas verdaderas por otras de menos valor.

—Comprendo. ¿Cuál es la segunda cosa que debo saber?

—Exijo garantías de que, si el acuerdo con los franceses se desbarata, el pago se efectuará sin demoras. Ya le he dicho que mi experiencia en ese terreno es muy negativa y, bajo ningún concepto, estoy dispuesto a arriesgarme a repetirla.

—Se le pagará al contado, ¿cuál es la cifra de la que estamos hablando?

—En reales españoles, setenta y cinco mil, y queda pendiente de fijar el precio de una de las piezas.

—Es mucho dinero, pero se le pagará al contado —insistió el embajador.

—Siendo así trataré de deshacer el acuerdo.

—Le agradezco su disposición. Téngame al corriente de todo. —Mon se levantó dando por concluida la reunión. Pero, antes de que el diamantista saliera del despacho, le preguntó:

—¿Monsieur Hérouart ha viajado con usted a París?

—Sí, vinimos juntos. Pero ha regresado a España. Es profesor en la Escuela Militar de Toledo y tenía un permiso de tres meses que se le acababa. No quiere dejar de enseñar francés a los cadetes. Supongo que todavía no ha llegado a Madrid. Desde París hasta Toulouse el viaje es muy rápido al hacerse en tren. Solo un día. Pero a partir de esa ciudad tiene que utilizar la diligencia para llegar a Madrid y eso... Eso ya es otra cosa.

El cochero, que conducía el negro y reluciente carruaje que había salido de la embajada con el tiempo justo, empezaba a tener dificultades para llegar puntual a la hora fijada. París estaba en obras. Por todas partes una multitud de operarios derribaban edificios, levantaban el empedrado de las calles, demolían los obstáculos que significaban un problema para el ensanchamiento de las avenidas... El barón Georges-Eugène Haussmann había diseñado una nueva ciudad. El antiguo París de las callejuelas estrechas y retorcidas estaba desapareciendo bajo la piqueta de esas legiones de obreros. Habían dado buena cuenta de los restos de la muralla que circundaba la parte más antigua. La Cité —la isla sobre el Sena que era el corazón de la vieja ciudad— también estaba sufriendo una transformación absoluta y no solo por las obras de restauración de Nôtre Dame. Se estaba construyendo un monumental Palacio de Justicia, cuyas obras avanzaban a buen ritmo. La ciudad estaba experimentando una transformación total. Los republicanos y los enemigos del emperador Napoleón III, que había llegado al poder como presidente de la Segunda República —había proclamado el imperio hacía poco más de seis años—, afirmaban que aquellas obras de ampliación de calles y construcción de bulevares tenían como objetivo, bajo una apariencia de modernización, acabar con las barricadas que proporcionaban al viejo París las callejuelas sinuosas y estrechas, que se convertían en colaboradoras de los revolucionarios que luchaban por la conquista de los derechos ciudadanos y habían presidido la historia reciente de la ciudad.

El cochero se vio obligado a dar un rodeo considerable porque en los últimos días había sido levantado todo el adoquinado de las calles que bordeaban el Sena en la zona por la que discurrían. Unas campanadas, que sonaban a lo lejos, señalaban que eran las once cuando el carruaje cruzaba el Pont de l'Alma y pasaba al otro lado del Sena. Se detuvo en el Quai d'Orsay donde, hacía solo un par de años, se había instalado el Ministerio de Asuntos Exteriores.

La visita de Mon era consecuencia del desarrollo de los acontecimientos que habían quedado esbozados en la visita del diamantista unos días antes. El intento de Navarro de deshacer el acuerdo se encontró con serias dificultades.

La prensa francesa, alertada convenientemente, lanzó duros ataques contra esa pretensión. La unanimidad, en defensa del derecho que Francia había adquirido sobre las cruces y coronas góticas, era total. Las joyas fueron expuestas en el Museo de Cluny donde se formaban largas colas para poder acceder porque miles de parisinos acudían a contemplarlas. En España, mientras tanto, la unanimidad mostrada en un primer momento, centrada en atacar a Navarro y por añadidura al francés Hérout cuando supieron que era otro de los vendedores, se había roto. Empezaba a haber opiniones muy diversas sobre un asunto del que muchos de los que escribían en los periódicos tenían conocimientos muy limitados.

La visita del embajador de España al Quai d'Orsay trataba de buscar una solución en las alturas del gobierno imperial.

Don Alejandro, a quien acompañaba el secretario de la embajada, bajó rápidamente del carruaje, sin esperar a que el cochero le abriera la portezuela. En la puerta del ministerio aguardaba un alto funcionario quien, después de darles la bienvenida, los acompañó hasta el despacho del ministro situado en la planta noble del colosal edificio.

El conde Walewski, hijo natural de Napoleón Bonaparte, aguardaba la visita del diplomático español. Su relación con don Alejandro era excelente e iba mucho más allá de las formas que presidían las relaciones diplomáticas. Mon, además, no era un embajador cualquiera. Había sido ministro en varios gabinetes, algo que le daba un lustre añadido a su función diplomática. Un ujier, uniformado de azul oscuro y mucha pasamanería dorada, abrió la puerta y anunció la visita.

—Su excelencia el embajador del Reino de España.

El despacho del ministro impresionaba. Respondía a la imagen de lujo y ostentación que Napoleón III deseaba ofrecer al mundo de la grandeza del llamado Segundo Imperio. Todo estaba cuidado al mínimo detalle: los dorados en las maderas, los ricos tejidos de los pesados cortinajes, la fina seda del entelado de las paredes, las enormes lámparas que colgaban del techo... Todo respiraba la grandeza y el boato que marcaba la vida del París de la época. En una pared había un enorme retrato al óleo de Napoleón III con uniforme de gala y en otra podía verse el símbolo del imperio: un águila dorada con las alas desplegadas sobre fondo azul, amparada por una corona imperial y un manto rojo decorado con pequeñas abejas. El salón era muy luminoso gracias al amplio ventanal que permitía una espléndida vista del Sena entre los puentes de l'Alma y los Inválidos.

Allí estaba también, como monsieur Alejandro-José Colonna-Walewski había prometido al embajador español, el ministro de Estado y Bellas Artes, monsieur Achille Fould.

A los saludos protocolarios, siguieron unos afectuosos comentarios antes de entrar en el asunto que les había reunido.

—Nuestra disposición es la de colaborar con el gobierno español — señaló Walewski.

Mon arqueó las cejas y con expresión risueña preguntó:

—¿Eso significa que no habrá problema para resolver el acuerdo que tienen con el señor Navarro?

El ministro de Bellas Artes, como responsable de los museos estatales de Francia, tomó la palabra:

—Verá, excelencia —se dirigió al embajador—, debe saber que el gobierno de Su Majestad Imperial está sometido a una fuerte presión. Desde que la noticia de esas coronas y cruces saltó a la prensa, se ha desatado una verdadera campaña para que permanezcan en Francia. A ella se han sumado algunos ilustres profesores de la Sorbona, la totalidad de los conservadores del Museo del Louvre e incluso la Academia de Francia y otras importantes instituciones académicas se han pronunciado al respecto en el sentido que acabo de indicarle. Supongo que conoce el artículo publicado por monsieur Mérimée.

—Lo conozco y me ha sorprendido. Monsieur Mérimée siempre ha hecho gala de su amor por España y ahora lo deja en entredicho —replicó Mon, visiblemente molesto.

—Lo que el ministro quiere decir —intervino Walewski— es que no solo basta con nuestra disposición. Nuestra legislación señala que no se puede sacar una obra de valor histórico, arqueológico o artístico, sin que esté plenamente justificado.

—Está plenamente justificado —respondió Mon—. Se trata de obras que han sido sacadas de España de una forma ilegal. Obras que pertenecen a nuestro patrimonio histórico y artístico.

—Puede que el señor embajador tenga razón. Pero a nosotros nos obliga nuestra legislación —respondió Fould—, porque las obras se encuentran en este momento en nuestro territorio.

—Cuando afirma que les obliga su legislación qué es exactamente lo que quiere decirme el señor ministro.

—Que las obras no pueden salir de Francia sin que se cumplan unos

requisitos.

—¿Podría decirme cuáles?

—En mi opinión, tienen ustedes dos caminos. Uno, que el emperador decidiera la devolución a España.

—¿Puede Su Majestad Imperial tomar esa decisión?

—Puede, pero tienen ustedes que solicitarlo. Su Majestad Imperial tomaría una decisión favorable a sus intereses, pero solamente lo hará si la petición está jurídicamente documentada. También cuanto más alta sea la instancia que formula la solicitud...

—¿Me está diciendo que la reina de España se dirija al emperador?

—No, simplemente he dado mi opinión de que cuanto más alta sea la instancia...

—Bien, ¿cuál es el segundo camino?

—Que presenten una sentencia judicial en la que haya una resolución explícita sobre la ilegalidad con que monsieur Navarro ha sacado de España ese tesoro de forma fraudulenta.

No era lo que el embajador esperaba. La expresión de su semblante señalaba la profunda decepción con que había recibido las propuestas de Fould. El ministro de Asuntos Exteriores había presentado la reunión como un mero trámite para acordar la forma en que se iba a efectuar la devolución de las joyas del tesoro de Guarrazar.

—Bien, agradezco al señor ministro su información. No sé qué vía utilizará mi gobierno. En cualquier caso, esperemos que una de las dos resuelva la situación.

—Don Alejandro —señaló Walewski a modo de excusa—, espero que comprenda que nos debemos a nuestra legislación.

La despedida fue rápida y conforme a las formas imperantes en la diplomacia.

Apenas salieron del despacho Mon y el secretario de la embajada, un tanto cariacontecidos, pero dispuestos a poner en marcha alguno de los mecanismos que se les habían indicado, el ministro de Estado y Bellas Artes comentó a su colega de Exteriores:

—No creo que el emperador acceda a ninguna petición. Sería impopular y ya sabéis cómo cuida su imagen.

—¿No creéis que si se lo pide la reina de España...?

—Estoy seguro de que no. Ni aunque presionase la emperatriz. Pero a estos españoles hay... hay que darles carrete como a un pez cuando ha picado

el anzuelo. Esas piezas son únicas y verdaderamente extraordinarias. No deben salir de Francia bajo ningún concepto.

—Pues no creo que les resulte difícil obtener la sentencia de un juez que favorezca su propósito.

En los ojos de Achille Fould brilló un destello de ironía.

—¡Ah! *Mon ami, mon ami!* Pese a vuestra competencia en Exteriores, desconocéis que la justicia en España es lentísima. Puede tardar años en que haya una sentencia y para entonces el asunto estará olvidado. Todo esto es consecuencia de que en Madrid la prensa se ha movilizado y lo ha hecho con la pasión con que nuestros vecinos del otro lado de los Pirineos se toman las cosas... Lo habrán olvidado en unos meses. Además, la desidia es moneda corriente en muchos ámbitos de su administración. Estuve en España hace ya algún tiempo y trabé amistad con un periodista que, poco después se suicidó, se llamaba Larra. Me decía que en la administración la frase que recibían quienes acudían a resolver algún asunto era: «Vuelva usted mañana.»

El embajador no perdió el tiempo. Nada más llegar a la legación, telegrafió al ministro de Estado señalándole las dos opciones que los franceses le habían dado. Indicaba que no consideraba conveniente que fuera su majestad quien elevara la petición al emperador. Si Napoleón III no accedía, sería un grave *desaire* a la reina. Consideraba más adecuado que, en su condición de ministro plenipotenciario, fuera él quien firmara la petición.

La respuesta no fue inmediata. Tardó en llegar varios días. Las instrucciones eran claras: debería enviar, sin pérdida de tiempo, la petición al emperador. Los argumentos legales para fundamentarla los había facilitado el académico y catedrático de Literatura don Amador de los Ríos. Desde el ministerio se indicaba a Mon que «si después de explicar vuestra excelencia a ese gobierno que Navarro carece de títulos para considerarse legítimo dueño de las coronas en cuestión y, por consiguiente, no está autorizado para enajenarlas con perfecto derecho, y si, pese a la justicia que asiste al gobierno de Su Majestad para reivindicar la posesión de las mismas, insistiese el emperador, lo que no espero, en que se demuestre de una manera legal que ha habido hurto o violación de derechos en la adquisición por parte de Navarro de los mencionados objetos históricos, podrá vuestra excelencia anunciar que se instruirá, desde luego, una sumaria para probar por la vía judicial lo que de un modo inconcuso se halla justificado en los documentos que he remitido a vuestra excelencia».

Con aquella autorización, Mon elevó la petición a Napoleón III.

La respuesta del gabinete imperial no se hizo esperar. La comunicó el propio ministro de Estado y Bellas Artes, quien acudió a casa del embajador español. Todo un detalle.

El mayordomo condujo a monsieur Fould, a quien acompañaba un alto funcionario de su departamento, a un saloncito, y les pidió que aguardasen un momento.

—Señor ministro —lo saludó el embajador—, es un honor para esta casa su presencia en ella.

—Un placer saludarle, don Alejandro —respondió al tiempo que estrechaba su mano—. Permítame presentarle a monsieur Descartes. Encargado de los asuntos de Bellas Artes.

—Encantado, señor Descartes.

—¿Pasamos al despacho?

Antes de tomar asiento, Mon les ofreció algo de beber.

—¿Una copa de champán? ¿Un amontillado? ¿Jerez?

—Muchas gracias. Pero vamos a estar muy poco tiempo.

—¿Un cigarro?

—No, muchas gracias —respondió Fould.

Se acomodaron en unos sillones tapizados en terciopelo rojo y el ministro no se anduvo con preámbulos.

—Su Majestad Imperial ha dicho que, dada la repercusión que el asunto de las coronas y las cruces visigodas ha tenido en la opinión pública, no resultaría lo más conveniente ordenar que se entreguen a España.

—¿Significa una negativa a que sean devueltas a España?

—No, en absoluto. Pero Su Majestad Imperial indica que ha de tenerse un dictamen legal que demuestre, sin ningún género de dudas, que ha habido hurto o violación de derechos en su adquisición por parte de *monsieur* Navarro. En ese caso ni nuestro emperador ni su gobierno querrán tener relación alguna con actos de... robo o piratería.

—Por las informaciones que poseo en esa venta fraudulenta no solo está implicado don José Navarro. También está un conciudadano de ustedes.

Fould se mostró sorprendido. A Mon le pareció que era una pose. No albergaba la menor duda de que el ministro estaba al tanto de que Adolphe Hérouart era parte importante en aquel sucio negocio.

—¿Cuál es su nombre?

—Hérouart, Adolphe Hérouart.

—Si su excelencia lo dice... Pero eso no altera para nada los

planteamientos de la cuestión.

—Lamento mucho que Su Majestad Imperial no haya dado una respuesta positiva a nuestra petición, que está fundamentada en planteamientos estrictamente legales.

—No lo dudo, señor embajador. Pero no hay una sentencia judicial que lo avale. Lo lamento sinceramente. —Fould bajó el tono de su voz antes de añadir—: Le diré algo que debe quedar entre nosotros. ¿Cuento con su discreción?

—Desde luego.

—Le diré que entre los directores de los museos estatales de Francia hay unanimidad acerca de que esas joyas no deben ser devueltas a España. No deben ser devueltas bajo ningún concepto, ¿no es así? —El ministro miró a monsieur Descartes, invitándole a hablar.

—Es un clamor que también comparten los arqueólogos. Las piezas son de un valor histórico extraordinario.

Las palabras del alto funcionario hicieron pensar al embajador que su papel en aquella reunión era magnificar el rechazo generalizado a que se devolvieran las piezas a España.

—En mi opinión deberían conseguir algunos apoyos entre ellos.

—¿Cómo podemos conseguirlos?

El ministro se encogió de hombros, antes de responder:

—Siempre hay fórmulas. Estoy seguro de que encontrarán alguna.

Mon sabía lo que le estaba insinuando. Pero no estaba dispuesto a entrar en un terreno tan resbaladizo. Estaba convencido de que se trataba de una trampa. Alguno de los directores o alguno de los arqueólogos lo divulgaría en la prensa y entonces... Por eso se limitó a indicar:

—Está bien. Transmitiré a mi gobierno la decisión imperial y presentaremos la documentación judicial que nos... exigen.

La despedida, sin que ninguno perdiera la compostura que era norma en las relaciones diplomáticas, fue mucho más fría que la recepción.

Cuando Hérouart llegó a Madrid se alojó en una fonda, que había en la calle Arenal, cerca de la Puerta del Sol, donde amén de mucha limpieza servían una comida decente, junto a la iglesia de San Ginés. Solo pernoctaría una noche.

Lo tranquilizó comprobar que el panorama periodístico había cambiado. Era muy diferente al que se vivía cuando emprendió el viaje hacia París. La prensa parecía haberse olvidado de las muertes de doña Martina, Carabias y

Zapatones. Estaba centrada en los fuertes debates que se celebraban en el Congreso de los Diputados con motivo de la grave crisis que afectaba a la Unión Liberal, donde, bajo la batuta de O'Donnell, se habían agrupado el ala más avanzada del partido moderado y los más conservadores de los progresistas. Seguían siendo noticia las coronas y las cruces góticas vendidas en Francia, pero la unidad que había en lo referente a reclamarlas como parte del patrimonio se había roto. Un sector de la prensa estaba más empeñado en desgastar al gobierno que en la devolución. Señalaba que los esfuerzos gubernamentales llegaban tarde, que no se había actuado con la debida diligencia y sostenía que de aquellos polvos había surgido el barrizal en que la reclamación se encontraba. En definitiva, sostenían que los franceses hacían bien con defender el acuerdo alcanzado con Navarro y culpaban a las autoridades españolas de negligencia.

Al día siguiente partió poco después de las siete de la mañana. Estaría en Toledo a primera hora de la tarde, si no surgía ningún inconveniente. Madrid había amanecido con un cielo plomizo, que amenazaba lluvia. Había molestas ráfagas de viento, las propias del tiempo inestable que solía acompañar las últimas semanas del invierno. Llegó a Toledo sin novedad y cargó su equipaje en una de las carretelas de alquiler que había junto a la puerta de Bisagra. El mozo se encargaría de llevarlas hasta su casa.

Leocadia lo recibió con muestras de alegría.

—¿Todo ha ido bien?

—A pedir de boca, Leocadia, a pedir de boca.

—Voy a prepararle un almuerzo para que se chupe los dedos, pero tengo que salir para comprar algunas cosas. No lo esperaba.

La criada, después de ayudar a su amo a subir el equipaje a la alcoba, se anudó un pañuelo a la cabeza, se abrigó y salió a la calle. No tardó en volver y, tras un rato en la cocina preparando la comida, subió a la alcoba donde Hérouart terminaba de deshacer el equipaje. Entonces le entregó un regalo, cuidadosamente envuelto.

—¡Ooooooh! ¿Es para mí?

—Claro... ¡Ábrelo!

Leocadia se sorprendió al verlo. Era una prenda de lencería fina que Hérouart había adquirido en una de las tiendas más acreditadas de París.

—¿Esto es lo que se ponen las francesas para dormir? —preguntó con picardía.

—Yo diría... diría que más bien se lo ponen antes de dormir. —Hérouart

la tomó por la cintura y la besó en los labios y en el cuello. Le quitó la chaquetilla y Leocadia se dejó querer cuando le desabrochó la camisa y comenzó a jugar con sus pechos.

—¿Por qué no te lo pruebas?

—Es que... es que me da vergüenza.

—Vamos, Leocadia...

Se puso aquella prenda, casi transparente. Sus tirantes eran tan finos que dejaban descubiertos sus hombros, y resultaba tan corto que apenas le cubría la parte superior de los muslos. Hicieron el amor con frenesí. Después, cuando Hérouart había encendido su pipa y reposaba en la cama, Leocadia le dio una noticia que lo sobresaltó.

—Hace bastantes días, más de una semana, unos señores vinieron preguntando por usted.

—¿Unos señores?

—Sí, tenían aspecto de caballeros y se mostraron muy educados.

—¿Cuántos eran?

—Dos.

—¿Qué querían?

—No lo sé. No lo dijeron. Solo preguntaron por usted. Bueno... también dijeron que habían venido desde Madrid.

Hérouart se puso tenso. Se incorporó y miró a Leocadia con el pelo suelto sobre la almohada y cubierta con el embozo.

—¿Qué les dijiste?

—Que estaba de viaje y que no sabía cuándo regresaría.

—¿Estás segura de que no te dijeron nada acerca de por qué venían a verme?

—No, señor, no soltaron prenda. Volvieron al día siguiente y dejaron una carta.

Hérouart, que iba a dar una calada a su pipa, no lo hizo.

—¿Una carta? ¿Dónde está?

—Abajo, encima de la mesa de su gabinete.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —El humor del francés había cambiado. Más que una pregunta era un reproche.

—Verá... yo... yo... —A Leocadia se le había formado un nudo en la garganta y le costaba trabajo articular una palabra.

Hérouart ya había saltado de la cama, se ponía la bata y bajaba la escalera a toda prisa. Encima de su mesa de trabajo estaba la carta. En el

sobre solo ponía su nombre. No había remitente. No se sentó, tomó el abrecartas y con el temblor de las manos estuvo a punto de herirse. No sabía quién podía haberle escrito. Conocía algunas personas en Madrid, pero no mantenía correspondencia con ellas. Nervioso, leyó el texto varias veces. Eran unas cuantas líneas en las que se decía muy poco. Solo que quien había escrito aquello necesitaba hablar con él y le pedía que cuando las leyera se pusiera en contacto. Le dejaba un nombre y una dirección de Madrid. Le indicaba que un breve telegrama, a pagar por el destinatario, bastaría. Intuyó que detrás de aquellas líneas había algo grave, muy grave.

Hérouart pasó el resto del día sumido en profundas cavilaciones y sometiendo a un continuo interrogatorio a Leocadia por si le podía aportar algún detalle significativo y que, en un primer momento, hubiera pasado por alto. No logró nada relevante, pero después de muchas horas estaba casi convencido de que quien había dejado aquella carta en su casa era la policía. Aunque también era posible que no fuese así.

Llegó a la conclusión de que la única referencia que podían tener era lo que les hubiera dicho el cochero que lo condujo hasta la casa de doña Martina. Pero ese no era un dato relevante para llegar hasta él. Se preguntaba una y otra vez cómo era posible que hubiesen dado con su domicilio en Toledo. Más que temor sentía curiosidad malsana. Por otro lado, había detalles que le hacían sospechar que la carta no fuera de la policía. El primero, que su casa no hubiera estado sometida a vigilancia. Le había preguntado a Leocadia y ella le aseguraba que, de haber sido así, ella se hubiera dado cuenta. Tres muertes eran un asunto lo suficientemente grave como para que así hubiera sido y le inquietaba que no hubieran ido de nuevo en su busca desde que le hicieron la visita, y por la fecha de la carta Leocadia no se había equivocado: hacía diez días. Lo tenía escamado el hecho de que le hubieran dejado una nota. Eso era muy extraño. La policía no acostumbraba a actuar de esa forma. Barajó la posibilidad de marcharse a Francia, pero la desechó rápidamente. Huir equivalía a admitir su culpabilidad. Era cierto que había matado a aquellas tres personas, pero no se sentía culpable. Había matado a doña Martina por accidente, a Carabias y a Zapatones porque era su vida o la de ellos. Si ponía el telegrama, tal y como le solicitaban, era posible que saliera con bien de aquel enredo, aunque pesaba en su contra no haberse presentado a la policía la misma noche en que ocurrieron los hechos. Habían pasado muchas semanas y tendría problemas para explicar por qué había actuado de aquella forma.

Al cabo de dos días, después de muchas dudas, tomó una decisión: no telegrafiaría sin saber qué había detrás de aquella visita y aquella petición. Viajaría a Madrid y comprobaría qué había en la dirección que le habían facilitado.

En un calesín que le prestó un amigo salió al día siguiente cuando estaba despuntando el sol, pero perdió un buen rato con la aglomeración de gente que entraba por la puerta de Bisagra. No debería entretenerse en descansos y mantener un buen ritmo —el caballo parecía un animal resistente— si quería llegar a Madrid a media tarde.

La única parada que hizo en todo el camino fue cerca ya de Illescas, en una venta a poco más de media legua de la localidad. Se sacudió el redingote con que se protegía del frío y del polvo del camino y ordenó al mozo que le dieran pienso al caballo. Él se acomodó lejos de la chimenea para no resfriarse cuando saliera de nuevo al exterior y comió, con buen apetito, un conejo en salsa y dulce de membrillo que fue lo único que le ofreció la ventera.

Una hora después, reemprendía la marcha. Dejaba atrás Getafe con el sol declinando y con la amenaza de unos nubarrones que venían de poniente. Cuando pasó por Carabanchel la luminosidad había desaparecido y cruzaba el puente de Toledo poco antes de que anocheciera, con el caballo dando síntomas de agotamiento y los huesos molidos. Subió hasta la Puerta del Sol y se instaló en la misma fonda donde había pernoctado cuando regresó de París, después de dejar el calesín en el patio trasero de una tienda de ultramarinos que había en el número 8 de la calle Arenal, propiedad de los hermanos Prast. Unos aragoneses de la zona del Maestrazgo a los que Héroutart conocía desde la época en que formaba parte del ejército que luchó en aquellas fragosidades durante la primera de las guerras carlistas.

Una vez acomodado y, después de asearse en una jofaina que una moza llevó a su alcoba, salió a la calle. Compró el primer periódico que voceaba un muchacho con la gorra calada hasta las cejas y una bufanda astrosa con la que pretendía protegerse del frío. Era un vespertino llamado *La Nación*. Entró en el salón de té que había en la fachada de la Puerta del Sol que limitaban las calles Mayor y Arenal, y pidió una leche caliente aromatizada con canela, que era la especialidad de la casa. La acompañó con media docena de pastelillos de hojaldre rellenos de cabello de ángel. Dio cuenta de ello mientras leía el periódico. Despertaron su interés dos gacetillas que aparecían en la página de anuncios, lo que indicaba que eran de menor interés. Una era la noticia fechada en París, acerca de la vía judicial que los franceses exigían para una posible devolución de lo que la prensa denominaba ya como el «Tesoro de Guarrazar». La otra se hacía eco de que continuaban las excavaciones que la Real Academia de la Historia había emprendido en Guadamur bajo la

dirección de don Amador de los Ríos y don Salustiano de Olózaga.

Comprobó la dirección a la que pedían que enviase el telegrama, pero antes de darse una vuelta por allí como tenía pensado, decidió acercarse a la tertulia del Lorenzini. Era bueno, en sus circunstancias, ilustrarse sobre lo último que se comentaba en la capital del reino.

Se acomodó en una mesa apartada del cogollo de la tertulia y pidió una copa de aguardiente. Estuvo un buen rato oyendo algún discurso y mucho debate. Nada que se saliera de la política del momento. Feroces críticas al gobierno y defensa a ultranza de su actuación. Nada que realmente le interesara. Hubo algunos lamentos referidos a la pobreza con que aquel año se había celebrado el carnaval, de lo que se culpó al gobierno, pese a que no se había tomado disposición alguna que modificase la celebración de la popular fiesta respecto a los años anteriores. Salió del Lorenzini cerca de las diez de la noche. Había poca gente por las calles. Encaminó sus pasos hacia la calle de Alcalá y bajó hasta la plaza de Cibeles escoltada por otras dos esculturas: una de un dragón que lanzaba un chorro de agua por su boca de la que se abastecían los madrileños, la otra de un oso que, igualmente vomitaba agua, pero reservada esta a los aguadores. Muchos de ellos se proveían allí de la que necesitaban para atender a sus clientes. Bajó por el solitario Paseo del Prado hasta la embocadura de la calle del Sordo. En la esquina de ambas vías estaba la dirección a la que le pedían que comunicara su presencia en Toledo.

Como había sospechado, se trataba de un cuartelillo del Cuerpo de Seguridad de la Policía. Pasó de largo, preguntándose por qué no habían intervenido los miembros de ese cuerpo en Toledo y se preguntó quién sería Luis Collantes, el nombre de quien firmaba la carta que le habían dejado en su casa.

Regresó a la fonda, se encerró en su cuarto, se desvistió y se metió en la cama. Tardó mucho en dormirse, pese que estaba muy cansado, y tuvo un sueño ligero y agitado; se despertó varias veces y, cuando entraron las primeras luces del día por las rendijas de la ventana, se levantó. Después de asearse y tomar un sólido desayuno, incluido en el precio del alojamiento, a base de rebanadas de pan con manteca, embutido, queso y todo el café y la leche que quiso, salió a la calle bien abrigado. Una capa de amplio vuelo, bufanda de lana, guantes y el imprescindible bastón y chistera que, todo caballero que se preciase de serlo, debía llevar. Hizo el mismo recorrido de la noche anterior. Cruzó la Puerta del Sol y bajó por la calle de Alcalá hasta la plaza de Cibeles para tomar por el Paseo del Prado hasta la esquina con la

calle del Sordo.

Cruzó la puerta del cuartel de la Policía de Seguridad y accedió a un oscuro zaguán rematado en unas escaleras de mármol blanco, algo deterioradas, que daban acceso a un patio distribuidor con cubierta de cristal emplomado. Un par de agentes charlaban despreocupados. Fumaban y sostenían gruesas carpetas de papeles. Tras un mostrador de oscura madera, asomaba la cabeza un tercer agente que parecía muy atareado escribiendo algo. Todos vestían pantalón negro y chaqueta azul de cuello ajustado en el que relucían unos números indicativos de la unidad a la que pertenecían. Hérouart se acercó al mostrador.

—Buenos días.

El atareado agente ni lo miró ni respondió al saludo hasta que concluyó su tarea: ordenó los papeles que había estado numerando, limpió el plumín y lo quitó del palillero para guardarlo en una pequeña caja metálica. El francés aguardó pacientemente.

—¿Qué desea?

—Buenos días —repitió Hérouart. Esta vez consiguió ser correspondido.

—Buenos días, ¿qué desea? —El sujeto, que tenía un poblado bigote negro en el que aparecían algunas canas, lo miró calibrando la calidad de la persona que tenía delante.

—¿Podría hablar con don Luis Collantes?

—¿Para qué?

—Es un asunto privado. ¿Podría hablar con él?

El agente torció el gesto, pero la indumentaria y las formas de aquel sujeto eran las de un caballero. Podía buscarse un lío si no lo atendía debidamente.

—El inspector Collantes se ha marchado hace un rato.

—¿Sabe cuándo volverá?

—Eso es impredecible.

En aquel momento unas carcajadas le hicieron enmudecer.

Hérouart miró a su espalda. Por la cancela entraban dos individuos, vestidos de paisano. Parecían de buen humor.

—Don Luis, disculpe. —El agente que atendía a Hérouart llamó a uno de los que entraban, sin levantar demasiado la voz.

—¿Sí?

—Este caballero pregunta por usted.

El inspector Collantes se acercó al mostrador. Rondaría los treinta y

cinco años. Era alto, espigado, y no estaba exento de cierta elegancia que le daba aspecto de dandi inglés a lo que colaboraba el que vestía una prenda bastante más corta que la levita que era ya de uso común en Gran Bretaña. Se denominaba chaqueta y su uso empezaba a difundirse por España. Peinaba su pelo gris, por las numerosas canas que salpicaban una cabellera que fue negra, hacia atrás. Su rostro era alargado y estaba marcado por una pequeña cicatriz sobre la ceja derecha; tenía un poderoso mentón y los pómulos pronunciados. Parecía un hombre afable y quienes trabajaban con él sabían que era metódico y riguroso, lo que no estaba reñido con una notable flexibilidad a la hora de abordar los asuntos que la superioridad le encomendaba. Su prestigio en Madrid había crecido conforme había ido resolviendo casos, algunos de ellos particularmente complicados.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Mi nombre es Adolphe Hérouart. Hace algunos días estuvo usted en mi casa, en Toledo, preguntando por mí. Me dejó este recado. —Buscó en el bolsillo la carta y se la mostró al inspector.

—¡Señor Hérouart! —exclamó sorprendido—. Creo recordar que le decía... que me telegrafiasse.

—Así es. Pero tenía que venir a Madrid a resolver ciertos asuntos y... Bueno, aquí estoy. ¿Cuál es la razón por la que desea hablar conmigo?

—¿Le importaría acompañarme?

—En absoluto.

—Luego nos vemos, Lerchundi. Tengo que atender a este caballero.

El inspector y el francés se encaminaron hacia el despacho del primero. Estaba en la primera planta. Era un espacio reducido. El mobiliario escaso y la única estantería, que desentonaba de la mesa y las sillas, estaba atestada de carpetas y legajos atados con balduques.

—Póngase cómodo, aunque solo puedo ofrecerle ese asiento —lo invitó Collantes, indicándole una silla que por su aspecto contradecía el deseo del policía—. Allí puede colgar su capa y su chistera. —Señaló una percha de pared con tres ganchos.

—¿Un cigarrillo?

—No, gracias. Fumo en pipa.

Hérouart sacó la bolsilla de cuero donde llevaba sus adminículos y cargó la pipa, mientras Collantes daba cuenta de la mitad de su cigarrillo, al tiempo que echaba una mirada a los papeles de una carpeta que había sacado de uno de los cajones de su mesa.

—Bueno, inspector. Aquí me tiene. ¿Qué desea?

—Permítame, antes de nada, agradecerle que haya respondido de esta forma a mi petición. No suele ser habitual. La gente no se muestra muy... muy proclive a colaborar con la policía. Más bien al contrario. Si le es posible, nos evita.

A Hérouart lo sorprendió tanta amabilidad. Suponía que su deseo de hablar con él era porque albergaba alguna sospecha. Sin embargo, le estaba dispensando el trato que se da a un viejo amigo. Todo se lo había pedido por favor, le había invitado a fumar e incluso le había pedido disculpas por no poder ofrecerle mejor acomodo que aquella silla.

—Si le soy sincero, la verdad es que estoy sobre ascuas. ¿Cuál es la razón por la que usted desea hablar conmigo?

Collantes expulsó el humo de su cigarro al tiempo que miraba uno de los papeles que había sacado.

—Verá, señor, no hay una razón, sino dos.

El francés frunció el ceño.

—¿Dos?

—Así es. La primera, está relacionada con ese escándalo... creo que no exagero si llamo escándalo a lo que se ha montado a cuenta de esas coronas y esas cruces que han aparecido en un pueblecito cercano a Toledo. Su nombre, junto al del señor Navarro, el joyero que hizo la corona de Su Majestad, aparece en todos los periódicos. Me temo que no ha sido un negocio tan bueno como pensaban eso de venderles el tesoro a sus paisanos.

—No hemos cometido ningún delito —se defendió el francés—. No ha habido apropiación de lo ajeno. Esas coronas y esas cruces fueron encontradas en una finca de mi propiedad. Las escrituras dan fe de ello.

—Tengo entendido que esa finca la adquirió usted hace muy poco tiempo, ¿me equivoco?

Hérouart carraspeó, como forma de ganar tiempo. Parecía que el inspector había hecho su trabajo. Había arriesgado al decirle que las joyas habían aparecido en una finca de su propiedad, lo cual era cierto, aunque no del todo. Mentir a la policía no era recomendable.

—No se equivoca.

—¿Cuándo compró usted esa finca?

—No sabría decirle con exactitud. Hace tres o cuatro meses.

—Haga memoria, señor Hérouart. ¿La adquisición fue antes o después de que se produjera el hallazgo?

El francés tragó saliva.

—Después.

—Compruebo que es usted un hombre razonable y que se muestra dispuesto a colaborar con nosotros...

—Esas joyas aparecieron en mi propiedad...

—Antes de que lo fuera, según acaba de admitir.

—Pero las joyas se las compré a quien las encontró. Puedo demostrarlo.

—No me cabe la menor duda. Pero quien las encontró tampoco era el propietario de la finca donde se produjo el hallazgo.

Hérouart se atusó una de las guías de su mostacho.

—¿Le importaría responderme a una pregunta?

Collantes dio una calada a su cigarrillo antes de apagar la colilla en un cenicero que había sobre la mesa.

—Aquí soy yo quien hace las preguntas, pero... pregunte.

—¿Puedo saber si se me acusa de algo?

El inspector sacó otro cigarrillo y lo encendió con parsimonia. El francés pensó que trataba de ponerlo nervioso.

—Eso depende.

—No... no le comprendo.

—Verá, antes le dije a usted que las razones por las que estaba aquí eran dos. No hemos hablado de la segunda.

—¿Cuál es?

—Hace ya algunas fechas aparecieron en un palacete tres cadáveres. Supongo que tendrá alguna noticia. —Collantes lo miró fijamente a los ojos y el francés aguantó la mirada sin pestañear—. La prensa le dedicó espacios importantes, aunque la noticia ha dejado de ser una novedad y los plumíferos se han olvidado casi por completo del asunto. Dos de esos cadáveres pertenecían a unos delincuentes. Uno era un sujeto peligroso y el otro un personaje extravagante, un soplón que nos facilitaba información a cambio de que hiciéramos la vista gorda con asuntillos de poca monta. Usted ya me entiende...

—Lo que no entiendo es por qué dice que esas muertes son la segunda de las razones por las que estoy aquí. ¡No tienen nada que ver con las joyas que hemos vendido en Francia el señor Navarro y yo! —Hérouart había alzado la voz y Collantes esbozó una sonrisa dejando ver una espléndida dentadura. Estaba consiguiendo su propósito: ponerlo nervioso antes de empezar a apretarle las clavijas, después de haberle tenido toda clase de

consideraciones.

—No se impaciente. Se lo aclararé a su debido tiempo. Le decía que uno de esos delincuentes se llamaba... se llamaba —consultó uno de los papeles que tenía encima de su mesa—, Aquilino Sabariego. Pero en los ambientes de la mala vida se le conocía por diferentes alias. Uno de ellos era Zapatones, tenía una droguería cerca de la plaza de toros, junto a la vieja puerta de Alcalá. Una especie de matón que disfrutaba apaleando a la gente o rompiéndoles un brazo, una pierna... Contrataban sus servicios aquellos que, por alguna circunstancia, no podían o no eran capaces de ajustarle las cuentas a alguien a quien deseaban darle un escarmiento. Ya sabe... maridos cornudos que no se atrevían con quien les ponía los cuernos. Gente timorata a la que le adeudaban cantidades y el deudor no pagaba... También acudía a él alguno al que habían estafado, deseaba venganza y era sujeto con pocos redaños. Se dedicaba a esa clase de trabajos.

El inspector acababa de darle una explicación sobre la presencia de Zapatones en casa de doña Martina. Iba a ser el encargado de molerlo a palos si no... si no... En realidad, no lo sabía, al menos no lo sabía aún.

—¡Menudo granuja!

—No era el mejor ciudadano. Pero gozaba de ciertas inmunidades.

—¡No lo entiendo!

Collantes dio una calada a su cigarro.

—Sé que lleva muchos años en nuestro país, pero es posible que no haya penetrado en el alma de los españoles. Zapatones tenía un padrino en las alturas para quien realizaba algunos de esos trabajos. Siempre ha salido fiador cuando lográbamos que lo enchironaran. Créame si le digo que no he sentido su muerte. El otro sujeto era más refinado. Era un delincuente... cómo le diría... Un delincuente con ciertas ínfulas. Eso es, con ínfulas.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Pretendía dárse las de lo que no era. Su nombre... —Collantes volvió a mirar los papeles—. Se llamaba Casiano Tribulete y era natural de Requejo de la Vega, una aldea a menos de una legua de La Bañeza, en la provincia de León. Casiano, al igual que Zapatones, utilizaba varios alias. Se le conocía como Mambí y como Visculerio, además de doctor Carabias. ¡Imagínese! Iba blasonando no solo de ser doctor en Medicina, sino que decía ser profesor en la universidad, cuando en realidad, no había pasado del primer curso de esa carrera. Pero utilizaba lo poco que había aprendido para dar el pego. Era un petulante, como le he dicho, un excéntrico. Muy diferente de *Zapatones*. No

era tan malvado. Todavía no hemos podido averiguar qué hacían juntos. Hasta ahora nunca los habíamos asociado y tampoco tenemos idea de qué podían hacer en casa de una señora como doña Martina Vicentelo. Una dama de alcurnia, que hace unos años quedó viuda. Esa señora es... cómo le diría. Forma parte de la *crème de la crème* de la buena sociedad madrileña.

—¿El tercer cadáver era el de esa señora?

Antes de terminar de formular la pregunta, Hérouart se dio cuenta de su equivocación. Tenso como estaba no se había controlado. Los periódicos habían aireado el nombre de doña Martina mucho más que el de aquellos delincuentes. Su pregunta era indicio de que quería ocultar algo. Había cometido un grave error y posiblemente Collantes se había dado cuenta. El policía había conseguido su propósito y situado la conversación en el lugar exacto que deseaba.

—Amigo mío, estará usted preguntándose a qué viene todo esto.

—La verdad es que sí. No logro comprender, ¿qué tiene que ver el negocio que monsieur Navarro y yo hemos hecho con esas muertes?

El inspector, en lugar de responderle, se levantó.

—Me disculpa un momento.

Salió del despacho y el francés aprovechó para vaciar los restos de su pipa, pensando que había actuado como un pardillo. No sabía lo que tramaba el inspector, pero estaba seguro de que había caído en la red que había tejido con astucia. La espera se prolongaba y crecía su nerviosismo. Aunque no tenía clara noción del tiempo transcurrido, estaba seguro de que pasaba ya más de un cuarto de hora desde que el policía se marchó. Consultó su reloj y comprobó que iban a dar las once y media. No dejaba de preguntarse cómo había podido establecer una relación entre las joyas del tesoro de Guarrazar y lo ocurrido en casa de doña Martina Vicentelo. Se repitió varias veces que eso era imposible. Los minutos pasaban y Collantes no daba señales de vida. Hasta el despacho llegaban rumores de conversaciones y alguna palabra suelta. Estaba cada vez más nervioso y pensó que quizá era eso lo que pretendía el inspector. Hubo un momento en que pensó cometer una estupidez: coger su capa, su bastón y su chistera y marcharse de allí. Estaba convencido de que cuando entrase por la puerta iba a decirle que quedaba arrestado.

Pasados unos minutos apareció el policía. El francés no disimuló su sorpresa cuando le dijo:

—¿Le importaría acompañarme al Ministerio de Fomento?

En el amplio vestíbulo del ministerio se veía una notable actividad. Gente que cruzaba de un lado para otro. Corrillos en los que hablaban varias personas a la vez. Muchos ujieres en posición indolente... que no se molestaron en preguntar qué deseaban aquellas dos personas que no eran habituales.

Collantes y Hérouart subieron a la primera planta. La escalera era majestuosa: las huellas de los peldaños en mármol negro y las tabicas en blanco. La baranda era una obra de orfebrería extraordinaria. Un ujier, mal encarado, que se protegía del frío sentado ante una mesa vestida con faldoncillos que tapaban un brasero de picón, se quitó el mondadientes que lucía en su boca y preguntó, sosteniéndolo en la mano:

—¿Adónde van?

—Tenemos cita con don Aureliano Fernández-Guerra.

—Planta de arriba, segunda puerta a mano derecha —respondió con tono de cantinela.

El palillo volvió a la boca del ujier, desentendido ya de los dos desconocidos, quienes enfilaron el segundo tramo de escaleras, mucho menos majestuoso que el anterior.

Una tablilla en la segunda puerta de la derecha señalaba:

DIRECCIÓN GENERAL

DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

Collantes dio unos golpecitos en la puerta.

—¡Adelante! —respondió una voz recia y enérgica.

Entraron a un despacho de reducidas dimensiones donde trabajaba un hombre con manguitos y mitones para proteger sus dedos del frío. Sobre su mesa había un letrero que decía «Oficial Primero». Alzó la vista y preguntó sin saber muy bien a quién dirigirse de los dos individuos que tenía delante:

—¿Don Luis Collantes?

—Soy yo —respondió el inspector.

—Aguarden un momento —les indicó señalando un sofá, un tanto

deslustrado, pegado a una de las paredes. El resto del mobiliario eran unas estanterías atestadas de legajos, rimeros de papeles y libros que, por su encuadernación, señalaban claramente que eran tratados de Derecho.

El oficial primero llamó a una puerta y sin esperar respuesta se perdió por ella para aparecer de nuevo al cabo de un instante.

—Pueden pasar, don Aureliano les espera.

En el despacho de don Aureliano Fernández-Guerra, un ilustre abogado, persona docta que daba clases de Literatura en la universidad y que desempeñaba el cargo de director general de Instrucción Pública, se encontraba otro caballero. Al verlos entrar se pusieron en pie. Vestían con elegancia y tenían aspecto atildado.

—Don Aureliano... —Collantes estrechó su mano.

—Celebro verlo, inspector. ¿Conoce a don Amador de los Ríos?

—He oído hablar mucho y bien de usted. —Collantes también estrechó su mano y presentó al francés—: Este caballero es monsieur Héroutart.

El profesor de la Escuela Militar estrechó la mano de Fernández-Guerra y De los Ríos. El inspector no había explicado al francés la razón por la que se encontraba con aquellos caballeros. Héroutart, aunque no los conocía, había oído hablar de ambos. Fernández-Guerra había sido asiduo colaborador del *Semanario Pintoresco*. Durante más de un cuarto de siglo había publicado en esa revista numerosos artículos de arqueología, etnografía, historia y literatura. El *Semanario* había dejado de existir hacía poco tiempo. Don Aureliano era un excelente epigrafista y un reconocido arqueólogo, además de un notable dramaturgo.

—Caballeros, tomemos asiento —propuso Fernández-Guerra señalando las sillas que había en torno a una mesa. El francés se sentó preguntándose qué demonios hacía allí.

—¿Está *monsieur* Héroutart al tanto del asunto que vamos a tratar? —preguntó De los Ríos al inspector.

—No, señor. Serán ustedes quienes deban... ilustrarle sobre ello.

Los dos eruditos intercambiaron una mirada y Fernández-Guerra hizo un gesto elocuente. Cedía la palabra a don Amador.

El ilustre profesor se ajustó los puños de su camisa.

—Verá, señor, no sé si está al corriente de la resistencia que hay en su país a devolver lo que nunca debió salir de España.

—¿Se refiere a las joyas conocidas como el tesoro de Guarrazar?

—En efecto, esas coronas y esas cruces forman parte de nuestro

patrimonio. Por la información que poseemos usted y don José Navarro han sido los propietarios de las joyas vendidas al Museo de Cluny. Esas informaciones que obran en nuestro poder indican que el acuerdo de venta no está concluido.

—Ese es un acuerdo cerrado —replicó Héroutart.

—Según tenemos entendido, aún no les ha sido abonado el pago de esa venta. ¿Es cierto?

Héroutart dudó un momento antes de responder. Miró al inspector, que estaba pendiente de sus palabras, y decidió que lo mejor era responder y no mentir.

—La verdad es que no lo sé. Salí de París, adonde viajé con el señor Navarro, hace ya diez días. En esa fecha el pago no había sido abonado. Pero, como les digo, hace de eso diez días.

—La información que tenemos, a través del telégrafo, es que ayer no se había efectuado. Eso es algo que abre una posibilidad de romper el acuerdo. El señor Navarro está de acuerdo, pero también ha de contar con su... con su visto bueno.

—Señores, me temo que las cosas no son así —protestó Héroutart elevando el tono de voz—. Los acuerdos, aunque sean verbales, han de cumplirse. Tanto monsieur Navarro como yo somos unos caballeros y basta que hayamos empeñado nuestra palabra al cerrar un trato para que lo mantengamos hasta el final. ¿No lo creen ustedes así?

—Por supuesto, por supuesto. —Don Amador trataba de mostrarse conciliador—. Pero eso sería en circunstancias... llamémoslas normales y coincidirá conmigo en que las que rodean este asunto no lo son. Prueba de ello es que el señor Navarro ha mostrado su conformidad para deshacer el acuerdo.

El francés se atusó las guías de su mostacho.

—¿Están seguros?

—Completamente. —Quien le respondió fue Fernández-Guerra.

—¿Cómo está tan seguro?

En lugar de responderle, se levantó, fue hasta su bufete y cogió un telegrama que entregó a Héroutart.

—¿Quiere hacer el favor de leerlo?

El telegrama venía de la embajada española en París y lo firmaba don Alejandro Mon.

Navarro acepta deshacer venta. Se niega a recibir el dinero que

compradores tratan hacer efectivo. Imprescindible monsieur Hérouart manifieste su conformidad. No significa conseguir coronas y cruces regresen a España. Sin ese requisito totalmente imposible. Stop Mon.

—No sé... —Hérouart aparentaba dudar, pero su decisión estaba tomada.

Fernández-Guerra se acercó de nuevo a su mesa de trabajo y cogió un papel que entregó al francés.

—Léalo, por favor.

El francés lo leyó con atención. Era una carta del diamantista que corroboraba el contenido del telegrama y contenía un dato sumamente importante. Las autoridades españolas, a través de la embajada en París, se habían comprometido a pagar la misma suma por la que habían cerrado el acuerdo con los representantes del Museo del Louvre, aunque las piezas estaban destinadas al de Cluny. También se comprometían a efectuar el pago al contado. Sin embargo, Hérouart no se fiaba de los españoles y deseaba que aquellas joyas que, eran la mayor expresión artística en el campo de la orfebrería de un tiempo del que apenas quedaba algún vestigio, se exhibieran en el Museo de Cluny. No olvidaba que era francés. Agarrarse al cumplimiento de su palabra era una forma caballeresca de mantener su negativa.

Durante media hora tanto don Amador como don Aureliano expusieron sus argumentos para convencer a Hérouart, señalando que se trataba de unas piezas históricamente ligadas a España y aparecidas en su territorio.

—En ninguna parte de Europa —ponderó De los Ríos— se conoce algo parecido. ¿Contamos con su colaboración para que el Tesoro de Guarrazar, como ha dado en denominarse, regrese a España?

Hérouart negó con la cabeza.

—A diferencia de lo que ocurre aquí, las leyes de mi país son muy estrictas en materia de objetos con un valor arqueológico o histórico. No se permite su salida. He leído en la prensa que mis compatriotas exigen una sentencia judicial para tomar en consideración la devolución a España de las coronas y las cruces.

Fernández-Guerra y De los Ríos intercambiaron una mirada.

—Eso es cierto, pero los procesos judiciales son muy lentos y suelen complicarse mucho —indicó don Amador.

—Hay pleitos que se eternizan. Sé bien de lo que hablo —añadió Fernández-Guerra.

—Le supongo informado de que la prensa ha presionado mucho con este

asunto. ¡Un verdadero escándalo! —exclamó De los Ríos—. Tanto que incluso ha llegado al Congreso de los Diputados. El gobierno no quiere que este asunto se eternice y busca una solución rápida porque el buen nombre de España está en entredicho. Asimismo, la Real Academia de la Historia, de la que don Aureliano y yo somos miembros, no desea que el asunto se resuelva por la vía judicial. Su pronunciamiento, monsieur Héroutart, es muy importante.

Un silencio momentáneo se apoderó del despacho. Los dos académicos habían esgrimido todos sus argumentos. Solo les quedaba esperar la decisión del francés.

—Lo lamento, señores, pero siempre he hecho honor a mi palabra.

El inspector Collantes, que hasta aquel momento había asistido a la reunión en silencio, miró fijamente al francés.

—Señor Héroutart, quiero que sepa que no he sido yo el promotor de esta reunión. No he sido yo quien pidió que se celebrase. Fue don Aureliano y cuenta con el apoyo de una personalidad tan importante como don Amador de los Ríos. Estos dos señores le han dado argumentos muy sólidos para que usted accediera a sus pretensiones. España le acogió hace mucho tiempo y le ha considerado como uno de sus hijos. Sin embargo, por lo que le he oído decir su patria sigue siendo Francia. No se lo reprocho. Pero considero injusta su actitud. Usted actúa en este asunto con mala fe.

—No le consiento que... —Héroutart apretó con las manos el tablero de la mesa.

—Déjeme hablar, señor. He asistido en silencio a la conversación que ustedes han mantenido. Ahora me toca a mí. Le decía que ha actuado con mala fe, comprando la finca donde fue encontrado el tesoro, después de su hallazgo. Pretende sostener que el tesoro se ha encontrado después de que ya fuera propietario de esas tierras para salvar la situación legal. Sabiendo que ese tesoro forma parte del patrimonio histórico y arqueológico de España, usted, junto con el señor Navarro, decidieron vendérselo a Francia y, ahora, cuando se le pide que actúe en favor de una causa que es justa se niega. Está en su derecho a negarse. Pero sepa que la condescendencia que se ha tenido con usted hasta este momento...

—¿Condescendencia dice? —preguntó Héroutart sin disimular un punto de irritación.

—Sí, una condescendencia que, por lo que estoy oyéndole decir, usted no merece. Fui a buscarle a Toledo y en lugar de ordenar al gobernador civil

que pusiera agentes que vigilasen su casa para proceder a su detención en el momento que apareciera por ella, le dejé un escrito con el propósito de mantener un encuentro. Incluso estaba dispuesto a desplazarme de nuevo a Toledo. Todo eso es condescendencia con su persona porque podía haber decidido detenerlo.

—¡Cómo dice! ¡Eso es una infamia!

Hérouart se puso en pie, mientras Fernández-Guerra y De los Ríos intercambiaron una mirada. Los dos sabían que las graves lagunas que había en la legislación española no permitían detener a Hérouart por haber vendido las coronas y las cruces en el extranjero. Podría abrirsele un proceso judicial y resultaría, cuando menos complicado, condenarle.

—Siéntese. No he terminado. —La actitud del inspector era la de un policía con un delincuente—. Hay fundadas sospechas de que fue usted quien mató a doña Martina Vicentelo, a Casiano Tribulete y a Aquilino Sabariego.

—¡No tiene pruebas! —gritó el francés.

—Acaba de delatarse. No lo ha negado.

—Eso no es una prueba. Tengo testigos. —Miró a don Aureliano y a don Amador.

—No esté tan seguro de que no tengo pruebas. Cuento con el testimonio del cochero que lo llevó hasta la puerta de la casa de la mencionada dama la noche de autos y además... —Collantes sacó de su bolsillo una tarjeta de visita y se la mostró—. ¿La reconoce?

Hérouart la miró y se preguntó cómo era posible que estuviera en manos del inspector.

—Parece una tarjeta de visita. No sé qué es lo que usted pretende mostrándomela.

—¿No la identifica?

—No —farfulló entre dientes, como si deseara que nadie escuchara su respuesta.

—Voy a refrescarle la memoria. ¿Recuerda que la noche de autos usted tomó un coche de punto a la salida del palacete del marqués de Salamanca e indicó al cochero que se dirigiera a la dirección que hay en esa tarjeta? —Hérouart asintió sin abrir la boca—. Cuando lo llevó hasta esa dirección: calle de Leganitos, número ocho, usted se encontró con algo muy diferente a lo que se esperaba. Aquella no era la dirección del doctor Carabias. En esa dirección lo que hay es un burdel.

Fernández-Guerra comentó algo al oído de don Amador y Collantes lo

miró con una sonrisa en los labios.

—Parece que don Aureliano conoce el lugar. —Al director general no le gustó el comentario del policía—. Fue entonces cuando indicó al cochero que lo llevara a casa de doña Martina Vicentelo. ¿Sabe dónde encontraron esta tarjeta? —Hérouart se encogió de hombros, aunque todo apuntaba a que la tarjeta que el falso doctor Carabias le había entregado cuando lo retó a batirse en duelo se le había caído del bolsillo en algún momento del forcejeo que sostuvo con aquel individuo—. Veo que tendré que refrescarle la memoria de nuevo. La encontraron en el saloncito de la casa donde estaban los cadáveres. Me la entregó el mayordomo.

—Esa tarjeta tiene un nombre. Es el de uno de los cadáveres —se defendió el francés.

—Pero también conduce a usted. Pudo caer de su bolsillo. Leganitos ocho es la primera dirección que dio al cochero y después lo llevó al lugar donde se encontró.

—Permítame decirle que tiene dos argumentos muy endeble. El primero, la declaración de un cochero. Es su palabra contra la mía. El segundo, una tarjeta encontrada en el lugar donde aparecieron los cadáveres con el nombre de uno de los difuntos. Si esas son las pruebas que tiene... —alardeó el francés.

Hérouart se sentía vencedor de lo que consideraba una encerrona que el inspector le había preparado. Se puso en pie dispuesto a marcharse. Tomó su chistera, su capa y su bastón, y se dirigió hacia la puerta ante el silencio de los presentes. Tenía la mano en el picaporte cuando la voz de Collantes lo detuvo.

—¿Identifica esto?

Hérouart se volvió. Sobre la mesa estaba el cachorrillo con que había efectuado los disparos que acabaron con la vida de Zapatones y doña Martina.

—No lo he visto en mi vida.

—¿Está seguro? ¿Por qué no lo examina? Tengo entendido que usted tenía un cachorrillo como ese.

Hérouart dudó. No sabía cómo el inspector había tenido conocimiento de que él poseía un cachorrillo. La pistolilla en manos de la policía podía suponer un problema si todo aquello llegaba a un juzgado. Se acercó a la mesa y la miró con displicencia.

—Como ese cachorrillo hay cientos. Son muchos los caballeros que lo

llevamos, por si nos encontramos en un aprieto. También lo llevan las mujeres... —En sus labios apuntó una sonrisilla burlona—. Algunas lo sujetan en las ligas con que sostienen sus medias. ¿Tiene este algo de particular?

—Es el arma que se utilizó para acabar con la vida de Zapatones y doña Martina Vicentelo. ¿Le importaría observarlo con detenimiento?

—¿Por qué?

—Porque a quien posee un arma le resulta fácil identificarla. Siempre tiene una marca... un detalle...

Hérouart notó cómo un escalofrío recorría su espalda.

—¿Qué insinúa?

—No insinúo nada. Solo le he pedido que lo mire. Pudiera ser que ese cachorrillo fuera suyo.

—Todos me parecen iguales.

—Pero no lo son. Los de dos tiros son poco corrientes. —Hérouart sabía que no tenía escapatoria. Se preguntaba por qué el inspector había dejado para el final aquella prueba—. ¿Le importaría mirar en la parte inferior del cañón?

El francés cogió el arma con la punta de los dedos.

—Está grabado el nombre del fabricante y el número de serie.

—Efectivamente. Supongo que conoce al fabricante. Es francés, como usted.

—Conozco la casa Lefauchaux.

—Así es. Supongo que sabe que el revólver Lefauchaux es el reglamentario en nuestro ejército desde el año pasado.

—No le presté mucha atención a ese asunto. Solo soy un profesor de la Escuela Militar.

Collantes sacó un cuadernillo y miró una de sus notas.

—Le diré que se aprobó por una Real Orden de 30 de abril del año pasado y que los primeros revólveres llegaron a la Escuela Militar de Infantería de Toledo. La casa entregó, sin costo, un centenar de cachorrillos de doble disparo. El director de la Escuela Militar le regaló uno a usted. No necesito explicarle lo meticulosos que son los militares con el registro de las armas. El número del que le fue entregado es el mismo que ahí está grabado y resulta que se trata del arma con que asesinaron a dos de las personas muertas la noche de autos. Ese cachorrillo es suyo. Con él abrió fuego y acabó con la vida de doña Martina y de Zapatones.

—¡Fue en defensa propia! ¡Lo de ella fue un accidente! ¡Un lamentable accidente!

Hérouart se había derrumbado. No era posible negar aquella evidencia. Tendría que mentir de nuevo y eso no era lo más conveniente en sus circunstancias. Se preguntó cuál sería la causa por la que Collantes, teniendo aquellas pruebas que eran irrefutables, había sido tan condescendiente. Quizá no estaba todo perdido. Era cuestión de no perder los nervios.

—Siéntese, por favor —indicó el inspector y el francés obedeció—. ¿Le importaría contarme lo que ocurrió aquella noche?

Hérouart pidió un poco de agua y Fernández-Guerra dio instrucciones al oficial primero. Muy poco después un ujier trajo vasos y una jarra con agua. Una vez que se hubo refrescado, contó lo ocurrido desde que salió del palacio de los marqueses de Salamanca, alterando pequeños detalles que convenían a su defensa. Se presentó como víctima de un engaño y que las muertes de aquella gente solo se habían producido porque se vio obligado a actuar en defensa propia.

—No sé cuál era la intención de doña Martina Vicentelo. Quedé muy sorprendido cuando vi a aquellos dos rufianes en su casa. Disparé a *Zapatones* cuando iba a abalanzarse sobre mí. Si aquel gigantón me hubiera puesto las manos encima... Disparé a Carabias justo cuando se agachaba y la bala la alcanzó a ella en el pecho.

Al terminar su relato Hérouart estaba abatido, pero no había perdido la esperanza de salir bien parado.

—Todo está aclarado —indicó don Aureliano.

El francés le dirigió una mirada de agradecimiento. Pero lo que le causó verdadera sorpresa fue oír lo que a continuación dijo el inspector.

—Verá, Hérouart. Es posible que la noche de los sucesos en casa de doña Martina usted actuara en defensa propia. Pero hay elementos suficientes como para detenerlo y presentar este asunto en el juzgado. Usted también tendrá que comparecer en la sumaria que se ha abierto con motivo de esas coronas y cruces. Creo que lo mejor es que una cosa no se mezcle con otra porque podría ser muy perjudicial para usted.

—¿Adónde pretende llegar?

—A que si usted acepta deshacer el trato como haría el señor Navarro, según el telegrama que ha visto, el informe de los hechos acaecidos en casa de doña Martina podría ser presentado ante el juez con todos los pronunciamientos favorables hacia su persona.

—¿Me está chantajeando?

—No, le estoy proponiendo un trato. Le creo cuando dice que acudió a esa casa engañado y, aunque no tengo tan claro que actuara en defensa propia, podría admitirse. Si considerara que usted es un asesino, no le propondría ninguna clase de acuerdo. No sé si ha reparado que en ningún momento me he referido a esas muertes como asesinatos. Si pensara que es usted un criminal, saldría de esta dependencia hacia una celda. Le diré también otra cosa.

—¿Qué? —Hérouart había recuperado parte del ánimo y ahora se mostraba desafiante.

—Que bajo la capa de caballerosidad en la que se envuelve, hay una persona sin escrúpulos.

—Es posible —admitió el francés con altanería—. Pero la falta de escrúpulos no es un delito.

—Tiene razón. Pero si ha de afrontar un juicio le aseguro que pasará malos tragos. Ya sabe cómo son los abogados...

—Supongo que su actitud sería más condescendiente si admito deshacer el trato de la venta de las joyas.

—Exacto. Esas coronas y esas cruces jamás debieron, usted y el señor Navarro, sacarlas de mi país.

—¡En España no se valoran esas cosas! —protestó el francés herido en su amor propio—. ¡Mire lo que ha ocurrido con los cuadros, las esculturas o los libros y legajos de las bibliotecas y los archivos de los monasterios desamortizados!

—No haga que me arrepienta de la propuesta que le he hecho. —Collantes dio un puñetazo sobre la mesa que hizo tintinear las copas y la jarra del agua—. Es posible que tenga razón. Pero es la última vez que le consiento que siga hablando mal de nosotros.

—Le supongo al tanto —señaló don Amador con tono sosegado y mirando al francés a los ojos— de que durante la revolución que hubo en su país convirtieron la catedral de Nôtre Dame en un almacén de chatarra. También que redujeron a escombros la abadía de Cluny y que es incontable el número de iglesias medievales que fue pasto de las llamas. Como decimos aquí, monsieur Hérouart, en todas partes se cuecen habas. Por cierto, en mi último viaje a París comprobé la pésima restauración que el señor Viollet-le-Duc está llevando a cabo en esa catedral.

—Bueno... bueno... no hemos venido a eso —terció don Aureliano—. El

inspector le ha hecho una propuesta. ¿Qué responde?

Hérouart se acarició el mentón. Decidió jugar con ventaja, sabedor de que, aunque aceptase deshacer el acuerdo con el Museo de Cluny, los efectos prácticos iban a ser nulos.

—Está bien. Viajaré a París y me mostraré a favor de anular ese acuerdo.

—En ese caso, cumpliré lo que le he prometido —señaló el inspector.

Hérouart se puso en pie.

—¿Alguna cosa más, caballeros?

—Nada más.

Collantes, que había recibido una nota del director general de Instrucción Pública la tarde anterior, aguardaba impaciente en el antedespacho de don Aureliano Fernández-Guerra. Ignoraba qué podía querer después de transcurrido casi un mes de la reunión celebrada con el francés. No dejaba de mirar el carillón que había frente al banco donde estaba sentado. Don Aureliano Fernández-Guerra le había pedido que acudiera a su despacho a las diez y estaban a punto de dar las once. Tenía trabajo amontonado y llevaba, mano sobre mano, cerca de una hora.

—¿Quiere que le traiga un café? —le dijo el ujier que lo había conducido hasta la antesala donde esperaba.

—No se moleste, muchas gracias.

—No es molestia.

—Gracias de todas formas.

En ese momento se abrió la puerta y del despacho salieron tres individuos portando gruesos expedientes. También don Aureliano asomó por la puerta.

—Lamento mucho haberle hecho esperar tanto tiempo, don Luis. Pero esta Ley de Educación... En el Congreso de los Diputados cuando no son los moderados son los progresistas. No hay forma de que se pongan de acuerdo. Si no es por una cosa es por otra... Después de darnos cuenta de que el futuro de un país está en la educación de sus hombres, resulta que tropezamos en lo barrido. Pero no quiero aburrirle con mis problemas. Pase... pase, por favor.

Fernández-Guerra le indicó que se acomodara en el sofá donde también se sentó él. Quería quitar solemnidad al encuentro, que fuera sobre todo una charla de amigos.

—Imagino que ignora por qué le he pedido que venga.

—Ni la menor idea. En la nota que me envió solo me decía que tuviera la amabilidad de estar aquí hoy a las diez. ¿Lo han amenazado? ¿Ha sufrido un robo? ¿Necesita protección?

—Nada de eso, amigo mío. Le he pedido que viniera por lo del tesoro de Guarrazar. Le supongo informado de que don Amador de los Ríos, que ha estado dirigiendo las excavaciones en ese pueblo de Toledo, ha elaborado un

informe exhaustivo en el que quedaba probado que, por su origen, las piezas son propiedad del Estado y que nuestro gobierno tiene derecho legítimo a oponerse a la venta de las joyas.

—No sabe cuánto me alegro. Según leí en la prensa, el trabajo realizado por don Amador ha demostrado que las joyas fueron ocultadas en tiempos convulsos y que las leyendas que tienen las coronas indican que fueron ofrendas de los monarcas que reinaban en España antes de la invasión de los moros.

—Así es, amigo mío —corroboró don Aureliano—. Debieron de ocultarse en los años siguientes a la invasión y los clérigos que lo hicieron pensarían que aquellos momentos terribles solo eran una cosa transitoria. Por eso ocultaron ese tesoro, en lugar de llevárselo consigo en su presumible huida hacia el norte. Estaban convencidos de que los moros habían cruzado el estrecho, llamados por el traidor don Oppas, para hacerse con un cuantioso botín y, una vez que hubieran saciado su sed de riquezas, volverían de nuevo al norte de África. Según don Amador, esa es, precisamente, la razón por la que esas joyas han permanecido ocultas más de mil cien años.

Collantes se acarició el mentón. Lo notó rasposo. Hacía dos días que no se había afeitado.

—¡Qué barbaridad!

—Pero no lo he llamado para comentar lo que don Amador ha desentrañado, sino para poner en su conocimiento que ese francés nos salió rana.

—¿Qué quiere decir? —Collantes frunció el ceño.

—Que ese gabacho nos tomó el pelo.

—Lo que tengo entendido es que viajó a París y reconoció que las joyas jamás debieron salir de España. Luego... luego no he seguido el curso de los acontecimientos. ¡Estamos de trabajo hasta el cuello! ¿Sabe que en Madrid se cometen más de cien delitos cada día?

—¡Santa Madre de Dios!

—Como le digo estamos de trabajo hasta... Pero vayamos al grano. ¿Por qué dice que el francés nos tomó el pelo?

—Porque todo eso que ha aparecido en la prensa diciendo que las joyas no debían de haber salido de nuestro país era de boquilla. Puro artificio, inspector, puro artificio.

—¿Qué quiere decir?

—Que eso era lo que manifestaba en público, pero ahora sabemos que

por detrás seguía haciéndonos trastadas.

—¿A qué se refiere, exactamente?

Don Aureliano explotó:

—¡A que ha vendido una nueva corona a los franceses!

—¿¡Cómo dice!?

—Hérouart ha vendido una nueva corona a los franceses, inspector. Ese franchute nos ha tomado el pelo.

—¿Le importaría explicarme con detalle eso de que ha vendido una nueva corona?

Don Aureliano estaba acalorado. Carraspeó varias veces como si necesitara aclararse la garganta.

—Al parecer, las coronas y las cruces que encontró ese tal Morales, que fue quien se las vendió a Hérouart, no son las únicas que han aparecido en el pago de Guarrazar. Otro labriego de la zona encontró otra fosa llena de joyas y ha estado vendiéndolas durante este tiempo. Se llama... se llama. —Don Aureliano se levantó y consultó unos papeles que había sobre su mesa—. Se llama Domingo de la Cruz.

—¿Es a ese individuo a quien se la ha comprado Hérouart?

—No lo sabemos. La información de que dispongo señala que ese labriego se dedicaba a vendérselas a joyeros toledanos que, en un primer momento, decidieron fundirlas, como habían hecho anteriormente con las que habían adquirido de Francisco Morales. Pero desde que aparecieron en la prensa las noticias de la venta a los franceses, parece que algunos han puesto freno a la destrucción. El valor histórico se paga mejor que el del oro y todos quieren sacar tajada. Sospecho que entre ese Domingo de la Cruz y el gabacho hay un joyero de por medio. Pero no puedo asegurarlo.

—Está bien, pero no nos desviemos. Siga con lo que me decía de Hérouart.

—No sabemos cómo, pero una de las coronas de ese Domingo de la Cruz se la han vendido a los franceses.

—Eso no implica a Hérouart.

—Sí lo implica. En la prensa francesa las noticias referentes a la venta de esa corona señalan que el vendedor es él. ¿Necesita más pruebas?

—¡Maldito bastardo! Eso significa que aquí estuvo haciendo teatro, salvo cuando nos insultaba diciendo que aquí no éramos capaces de valorar lo nuestro.

—Lamentablemente no le faltaba algo de razón cuando decía eso,

aunque la forma en que lo decía...

—¡Era ofensiva!

—Pero no lo he llamado para hablar sobre eso. Me hubiera gustado que don Amador también estuviera presente, pero se encuentra fuera de Madrid. En sus excavaciones en Guarrazar ha encontrado los restos de un cenobio de la época visigoda y piensa que está relacionado con el ocultamiento del tesoro que sigue en manos de los franceses. Lo malo de este asunto, amigo mío, es que conforme pasa el tiempo, se apaga el interés que ha mantenido viva la llama de la reclamación. Ya sabe cómo es la prensa... una noticia tapa otra y como no hay día en que no ocurra algo...

Collantes resopló con fuerza.

—¿Qué quiere exactamente?

—Que si Hérouart ha incumplido el acuerdo al que llegamos en este mismo despacho nosotros no estamos obligados a cumplir nuestra parte. Supongo que me entiende.

—Perfectamente. Pero me temo que tenemos un problema.

Don Aureliano frunció el ceño.

—¿Qué clase de problema?

—La misma tarde del día en que estuvimos reunidos en este despacho se presentó en la comisaría y me pidió que le entregase las dos pruebas que lo incriminaban en aquellas muertes: el cachorrillo y la tarjeta del... del falso doctor Carabias. Pensé que era un caballero y me bastó con su palabra, pero me equivoqué. Sin esas dos pruebas que lo inculpaban solo queda el testimonio del cochero y es su palabra contra la de Hérouart.

—¿Quiere decir que no puede hacerse nada?

—Me temo que no. Se ha burlado de nosotros.

—Entonces, lo único que hemos conseguido ha sido expulsarlo del claustro de profesores de la Escuela Militar de Toledo por conducta deshonrosa. El coronel de dicha escuela ha tomado esa decisión apenas recibido el oficio del señor ministro explicándole su comportamiento.

Fernández-Guerra se despidió del inspector y Collantes salió a la calle cabizbajo y abatido. No le gustaba que le tomasen el pelo. Había aceptado aquel acuerdo que exoneraba a Hérouart de responsabilidad porque estaba convencido de que había acudido a casa de doña Martina Vicentelo engañado. La tarjeta de *Carabias* era prueba de que le habían tendido una trampa y el acuerdo que le habían propuesto permitía a España recuperar unas extraordinarias piezas de su patrimonio arqueológico. Pero aquel francés

había demostrado que no era trigo limpio. Alzó el cuello de su redingote, una prenda que ya había quedado anticuada, pero que le resultaba tan cómoda que se negaba a dejar de usarla, sumido en sus pensamientos.

Al llegar a la plaza de Cibeles ya había tomado una decisión.

El inspector se había apostado en una taberna, junto a Santa María la Blanca, desde la que dominaba la salida de la calle de Santa Ana. Sabía que Hérouart, cuando saliera de su casa, tenía necesariamente que pasar por allí. La espera fue larga, pero estaba dispuesto a aguardar el tiempo que fuera necesario. Después de casi tres horas lo vio aparecer por la esquina y, como era hombre previsor, tenía pagados los dos vasos de aguardiente que había pedido, aunque del segundo apenas lo había probado.

Lo alcanzó cuando el francés, embutido en una capa de cuello alto, enfilaba la calleja que arrancaba en la ermita de San Benito y que popularmente era conocida como la iglesia del Tránsito, asentada donde se había alzado una antigua sinagoga.

—¡*Monsieur* Hérouart! —lo llamó con voz enérgica cuando estaba a pocos pasos.

El francés se volvió y no pudo disimular el estupor que le produjo ver al inspector. Pero reaccionó inmediatamente.

—¡*Mon ami*, qué sorpresa!

—¡Yo no soy su amigo! —le espetó Collantes ignorando la mano que le ofrecía—. Usted es un sinvergüenza, sin palabra y sin honor.

—¡Me insulta!

—En absoluto, lo defino.

—¡Está faltando a mi honorabilidad!

—¿Honorabilidad? Usted desconoce el significado de esa palabra. ¡Es un granuja!

Al decir aquello Collantes lo abofeteó.

Hérouart se llevó la mano al rostro, se acarició la mejilla y escupió.

—Esto habrá que resolverlo en el campo de honor.

—Aunque no me fíe de quien carece de palabra y honor, no tengo inconveniente. Pero siempre que se cumpla con una condición.

—¡Dígala!

—No habrá padrinos. Esto es entre usted y yo.

—¿Un duelo sin padrinos?

—Eso es. Sin padrinos. Usted sabe que los duelos, aunque tolerados, son ilegales. Dada mi situación, supongo que lo entenderá.

Hérouart calibró la situación y asintió.

—Está bien, usted y yo solos.

—Elija arma y lugar. Usted es el ofendido.

—A sable, y nos encontraremos, dentro de tres días, a las once de la noche.

—Muy bien. ¿Dónde?

—En un bosquecillo que hay tras el Hospital de Tavera. ¿Sabe dónde digo?

—No, pero no se preocupe, allí estaré. Yo me encargo de los sables.

Con solo tres días, el inspector tenía el tiempo justo para regresar a Madrid, conseguir un permiso y disponerlo todo. El tercer día, cuando viajó de nuevo a Toledo, amaneció un día gris que amenazaba lluvia, pero conforme pasaron las horas las nubes desaparecieron y quedó un día luminoso. El tálburi con capota, prestado por un amigo, con que cubrió las doce leguas desde Madrid, le prestó un servicio excelente.

Se alojó en la posada de la Sangre. El sueldo no daba para más y en Toledo tampoco había mucho donde elegir. También influyó saber que esa posada había pertenecido a doña Martina Vicentelo. Lo había averiguado en su anterior visita a Toledo, cuando investigaban la muerte de la dama. Sabía que disponía de una buena cuadra para que el animal se recuperase del esfuerzo realizado.

La habitación que le facilitó el posadero, aunque pequeña, tenía una cama limpia y le habían proporcionado un aguamanil y una jofaina para asearse. No necesitaba más. Se quitó el redingote, lo colgó en un clavo sobre la pared, se descalzó las botas y se tendió en la cama. También él estaba cansado y aquella noche necesitaría de los cinco sentidos. Apenas se le habían cerrado los ojos, cuando unas voces descompuestas lo despertaron. Se incorporó molesto, dispuesto a protestar, pero le extrañó que las voces procedieran del fondo de la alacena donde había dejado la bolsa con alguna ropa. Se levantó sin hacer ruido y se acercó sigilosamente. Era una disputa y, efectivamente, las voces procedían del fondo de la alacena. Iba a cerrar las puertecillas cuando oyó algo que le hizo desistir de su propósito.

—¡Olvídate de doña Martina! ¡Está muerta! ¡Insisto en que lo mejor es quemar esos papeles! —exigió una de las voces.

—¡Pueden servirnos! —replicó la otra voz, mucho más ruda.

—¿Para qué? ¡Dímelo!

—Para que...

Un ruido en la dependencia de arriba, donde alguien arrastraba unos muebles, le impidió oír lo que hablaron a continuación y, cuando el ruido cesó, todo estaba en silencio. Collantes sintió cierta decepción porque oír el nombre de doña Martina había despertado su curiosidad y se preguntó si

aludirían a doña Martina Vicentelo. No había muchas mujeres con ese nombre, y a la que se habían referido estaba muerta. Por si era poco la viuda Vicentelo estaba ligada a aquella posada.

Se retiraba de la incómoda posición que había adoptado en su intento de enterarse de algo más de aquella conversación cuando reparó en el extraño nudo que podía verse en una de las tablas que formaban el fondo de la alacena. No le pareció que fuera algo natural. Lo tocó y un leve sonido rompió el silencio. Un mecanismo oculto se había puesto en funcionamiento y el fondo de la alacena desaparecía conforme se desplazaba hacia arriba.

—¡Qué coño...!

Collantes permaneció inmóvil viendo cómo ante él se abría un hueco como de una vara cuadrada. Asomó la cabeza y vio que no había nadie. Quienes habían discutido se habían marchado. Aquello era una alcoba mucho más amplia que la suya y estaba amueblada con un lujo que nada tenía que ver con la que le habían alquilado. La cama era enorme, con dosel. Había un bargueño abierto y un tocador con un espejo.

No lo pensó dos veces, pasó por el hueco y se acercó al bargueño. Comprobó que todos los cajoncillos estaban vacíos. Abrió un armario y se encontró con el ropero de una dama adinerada. Pensó que todo aquello: el mobiliario, las alfombras que cubrían el suelo y el ambiente que se respiraba en aquella estancia, encajaba con la imagen de una dama como doña Martina Vicentelo. Lo que no encajaba es que estuviera en una posada donde recalaba una clase de gente muy diferente a la que señalaba el lujo que allí podía verse. Escudriñó hasta el último rincón tratando de encontrar alguna pista que le permitiera afirmarse en lo que a duras penas vislumbraba, pero no halló nada que le permitiera establecer una conexión. Regresó a su alcoba por el hueco de la alacena y se encontró con un problema. No encontraba la forma de cerrar la alacena y dejarla como la había encontrado. Se afanaba en buscar algún resorte cuando un ruido como el que abrió el hueco lo dejó paralizado. El hueco volvía a cerrarse. El inspector pensó que el mecanismo tenía un dispositivo que, pasado cierto tiempo, entraba en funcionamiento.

Trató de poner en orden sus ideas y se asomó a la ventana de su alcoba. Daba a un patio empedrado donde estaban los carruajes. Vio su tálburi y junto a él a dos hombres. No podía oír lo que decían, pero dedujo por los gestos que discutían. Se preguntó si serían los mismos que había oído en la lujosa alcoba. Estaba anocheciendo y consultó la hora. Tenía tiempo todavía para la cita con Hérouart. Se abrigó, comprobó su derrer de dos tiros y que el

puñal estaba en la caña de la bota, se echó al hombro un largo estuche de piel, cogió la chistera y salió de su alcoba. Sin hacer ruido, se acercó hasta una oquedad que formaba un grueso pilar que sobresalía de la pared y quedaba sumido en la oscuridad. Era un lugar excelente desde el cual podía oír y era difícil que lo vieran. Por el timbre de la voz pudo constatar que los dos individuos del patio eran los mismos que había oído a través de la alacena. Lo que llegó a sus oídos empezó a confirmar lo que era una sospecha. Estaba casi seguro de que hablaban de doña Martina Vicentelo porque uno de ellos se refirió a dos rufianes con los que la dama había tratado. Tenían que ser forzosamente Casiano Tribulete y Aquilino Sabariego.

—... pero esos papeles hay que quemarlos, Simón. Solo pueden traer complicaciones. —Quien insistía en ello era la misma voz que exigía quemarlos cuando escuchaba a través de la alacena.

—¡Ni hablar! Ahí hay mucho dinero.

Identificó esa voz como la del posadero.

—Simón, no seas cabezota. Los Rísquez de Losada, que han heredado la legítima, saben que con la sentencia dictada no recibirán un duro más. No pagarán un real porque les importa un bledo que esto salga a la luz.

Collantes ya no tuvo duda. Hablaban de doña Martina, que era la viuda de don Atilano Rísquez de Losada. Los rufianes, efectivamente, eran Zapatones y el doctor Carabias.

—Pero el primo de doña Martina, que es un chulo —matizó el posadero —, se da mucho postín y presume de antepasados. Estoy seguro de que pagará un buen puñado de reales. ¿Has visto la casa que los Vicentelo tienen en Madrid?

—¡Vaya pregunta! ¡Pues claro!

—No me refiero a la casa donde vivía la señora, sino a la que había sido la de su familia de toda la vida.

—Sí, también la he visto. ¿Qué pasa con esa casa?

—Pues que es un caserón con la mitad de los tejados medio hundidos, goteras por todas partes, humedades en las paredes. Muchas losas del suelo levantadas y otras rotas. La mitad de las ventanas están sin cristales y la otra mitad con los marcos carcomidos. ¡Pero eso sí! ¡Mucha alfombra raída! ¡Mucho retrato de viejos antepasados renegrado y agujereado! ¡Mucho blasón...! Ese tipo quiere presumir de eso. ¿Por qué te crees que doña Martina se casó con don Atilano?

—Eso lo sabe todo el mundo. Porque aquel viejo estaba cargado de

millones y no le importó la edad...

—Así es, y bien que te aprovechaste tú. —El posadero le palmeó la espalda.

—Era ella la que quería guerra.

—¡Y tú también! En fin, es lo que decía mi Adoración, que en gloria esté.

Celestino Conesa alzó las cejas.

—¿Qué decía tu mujer?

—Que un coño bien administrado da para mucho.

—¡Por el amor de Dios, Simón, que estás hablando de la señora!

—¡Déjate de monsergas, Celestino! Doña Martina le sacó partido. Ahora está muerta y lo que tú y yo buscamos es sacar una buena tajada. Ya sabes lo que dice el refrán: el muerto al hoyo y el vivo al bollo.

Quien había sido su administrador quedó en silencio. Como no podía convencer al posadero de que lo mejor era destruir aquellos papeles, decidió llevarle la corriente. Los papeles tenían que desaparecer porque, si salían a la luz, tal vez mancharan antepasados, blasones y otras zarandajas por el estilo, lo cual le importaba un bledo. Pero lo que era seguro es que él daría con sus huesos en la cárcel. Todavía no se explicaba como aquel patán se le había adelantado y se había hecho con ellos. Le había pedido que se los entregara, pero Simón no era tonto y sabía que podía sacarles mucho beneficio. Le ofreció hasta mil reales, pero quería mucho más. Una cifra que le resultaba inalcanzable. Parecía mentira que doña Martina se hubiera olvidado de él en su testamento. Había sido una ingrata. Después de todo lo que le exigía en la cama, donde era insaciable y lo dejaba exhausto. Tendría que solucionar de otra forma lo de los papeles.

—Está bien, Simón. Pero tenemos que ir a medias. Tú pones los papeles y yo la labia. Conozco bien a ese primo que ha sido el único heredero de la parte que no ha pasado, por ley, a manos de los Rísquez de Losada. Ese niño ha recibido dos fincas, un buen paquete de acciones del ferrocarril y muchos miles de reales. Quizá podamos sacarle una buena tajada, como tú dices.

—Seguro, tengo noticias de que, con el dinero en el bolsillo, ha empezado a darse pisto. Hará lo que sea con tal de que no salgan a la luz los manejos de su tía porque eso puede perjudicar sus intereses. Estará dispuesto a aflojar la bolsa. Me han dicho que quiere casarse con una señoritinga de mucho ringorrango a la que lleva pretendiendo desde hace algún tiempo y

solo recibía calabazas. Pero la cosa ha cambiado después de que la muerte de su tía le haya llenado la bolsa.

—¿Cuánto quieres sacar?

Simón tardó unos segundos en responder. Como si estuviera echando cuentas.

—No menos de cuatro mil reales. —Celestino respondió con un silbido antes de que añadiera—: Para cada uno.

—¡Eso es mucho dinero!

—Lo que hay en esos papeles es muy gordo.

—Cuatro mil reales para cada uno es mucha tela, pero vamos a intentarlo. Para ello necesito los papeles.

—Ni hablar. Los papeles no los suelto hasta que ese niño no afloje la mosca.

—Si queremos sacarle los cuartos, tendré que enseñárselos. Así sabrá que no estamos bromeando, que su nombre puede quedar en entredicho y que esa boda con la que sueña puede irse al garete.

El posadero no se fiaba de Conesa. No estaba dispuesto a entregarle aquellos papeles sin una garantía.

—Tiene que darte un anticipo. Si no, no hay papeles.

Celestino soltó un improperio y el inspector vio que los dos hombres se alejaban del tálburi y se acercaban adonde él estaba. Salió de su escondite y se hizo el encontradizo. Ahora, pese a la creciente oscuridad, pudo ver el rostro del sujeto que hablaba con el posadero. Por lo que había oído, dedujo que era el administrador de doña Martina Vicentelo. No lo había conocido personalmente cuando investigaba su muerte, pero tenía referencias.

—Buenas noches —saludó al posadero como si lo encontrara—, lo estaba buscando.

—¿Algún problema? —le preguntó sin apartar la mirada del estuche de piel que el inspector llevaba al hombro.

—Ninguno, pero como me dijo que la llave no se llevaba a la calle... Tómela, no me gusta dejarla en cualquier sitio.

Se la entregó y se encaminó hacia la salida, pero antes de alejarse oyó que Conesa preguntaba al posadero:

—¿Quién es ese?

—Uno que necesita habitación para una o dos noches. Es el dueño del tálburi.

—¿Cómo se llama?

—Don Luis Collantes Araujo. Por lo menos eso es lo que dice su cédula personal.

—Me parece demasiado elegante para alojarse aquí.

—No desmerezcas mi posada. Tiene la habitación más lujosa que puede ofrecerse en toda la ciudad. Ha llegado hoy. Viene de Madrid y, como te he dicho, se quedará una o dos noches.

—¿Sabes para qué ha venido?

—No.

—Pues no le quites el ojo de encima. Huele a policía.

Subió los escalones que llevaban a Zocodover y bajó por la cuesta de las Armas en dirección a la Puerta de Bisagra con el estuche de piel al hombro. Dejó a su izquierda los ábsides de la iglesia de Santiago del Arrabal, visibles gracias a la luna que ya lucía con plenitud, rompiendo la oscuridad de la noche que ya se había apoderado de Toledo. Pasó la puerta que coronaba el águila bicéfala de los Austrias y giró a su derecha pegado a la línea de la muralla interrumpida, de trecho en trecho, por los gruesos torreones que la jalonaban. Buscó el lugar más cómodo para cruzar la explanada, donde solían hacer ejercicios de instrucción los alumnos de la Escuela Militar, para llegar hasta el hospital de Afuera. Lo rodeó y se refugió de la brisa en el bosquecillo que se extendía por la parte posterior del monumental edificio.

Consultó la hora y se dispuso a aguardar pacientemente. Había llegado con demasiada antelación porque en aquel momento estaban dando las diez en uno de los relojes de la ciudad. Las campanadas, traídas por el viento, sonaban lentas, y majestuosas. La hora fijada eran las diez y media. La brisa soplaba cada vez con más fuerza por lo que se alzó el cuello de su capa para protegerse del frío.

Oyó, también, la solitaria campanada que marcaba las diez y media. Pero nadie había aparecido por allí. Transcurridos diez minutos después de la hora fijada empezó a dudar del compromiso de Hérout. Era un truhan y no le sorprendía que, una vez más, faltase a su palabra. El frío apretaba y empezaba a entumecerle los huesos, cuando una ráfaga de viento trajo un sonido que lo puso en alerta. Había oído una especie de chasquido a su espalda. La claridad de la luna se perdía en el interior del bosquecillo y no se distinguía más allá de pocos pasos. Quizá aceptar aquel lugar no había sido una buena decisión. Contuvo la respiración y el chasquido, procedente del interior del bosque, volvió a oírse ahora con más intensidad, por encima del ulular del viento que arreciaba. El inspector pensó que podía tratarse de un animal, pero desechó la posibilidad cuando comprobó que tres sombras emergían de la arboleda y oyó la voz de Hérout.

—Si ha venido, tiene que estar por aquí.

Collantes se pegó al tronco de un árbol tratando de ocultarse. Aquel

miserable le había tendido una trampa. Tenía que haberlo previsto. El francés tenía trazas de señor, pero su comportamiento distaba mucho del de un caballero. Se acercaban al tronco del árbol tras el que se ocultaba y pudo ver que los dos sujetos que lo acompañaban se protegían del frío con unas mantas echadas sobre los hombros, pañuelos anudados a la cabeza e iban armados con unos trabucos. Tenían la imagen que podía verse en los dibujos de algunas publicaciones cuando escribían sobre bandolerismo que tenía uno de sus lugares más emblemáticos en los Montes de Toledo. El inspector tenía información de que había gentes con pocos escrúpulos que contrataban los servicios de bandoleros para ajustar cierta clase de cuentas. No le sorprendió que Hérout lo hubiera hecho.

—¡No se ve ni *papa*! —exclamó uno de aquellos sujetos—. ¿Está usted seguro de que era aquí?

—Completamente —respondió Hérout.

—¿No le habrá tomado el pelo ese tipo? —preguntó el otro—. No se ve ni rastro.

Hérout le había dicho el bosquecillo que hay a la espalda del Hospital de Tavera. No había duda respecto al lugar de la cita. Otra cosa era, como acababa de comentar aquel rufián, que el inspector se hubiera echado atrás. Al fin y al cabo, era un agente de la autoridad y la ley prohibía los duelos. Aunque Collantes no le había parecido persona que se desdijera de sus compromisos.

—¿Me cago en...? ¿Qué... qué coño es esto? —Uno de los individuos que acompañaban al francés había tropezado y por poco se da de bruces en el suelo.

—¡Ha venido! ¡Está aquí! —gritó Hérout al ver el estuche de los sables.

Tenía a aquellos sujetos a cuatro o cinco pasos. Collantes contuvo la respiración. Sabía que estaban a punto de localizarlo y llevaba todas las de perder. Eran tres contra uno y tenía pocas posibilidades de salir vivo si aguardaba allí hasta que lo localizaran, cosa que iba a ocurrir de un momento a otro. Se había equivocado al creer que en el francés quedaba un resto de honor.

Decidió jugarse el todo por el todo y utilizar la única arma que le proporcionaba cierta ventaja: la sorpresa. Disponía de dos tiros. A aquella distancia no podía fallar. Sacó su derringer y apuntó al sujeto que estaba más cerca. Apretó el gatillo, pero la pistola no disparó.

—¡Maldita sea!

Apretó el segundo gatillo y el individuo se desplomó con un aullido de dolor. El otro esbirro disparó su trabuco alcanzando al inspector en el hombro izquierdo. El impacto estuvo a punto de derribarlo. El que le había disparado había sacado de su faja una faca de más de un palmo de hoja y se le acercaba, pero pudo alcanzar la daga oculta en su bota y lanzarla con toda su fuerza. Atravesó el cuello del sujeto que, soltando la faca, se llevó las manos a la garganta en un intento desesperado por no ahogarse con su propia sangre. En el suelo, un par de estertores certificaron su muerte.

Todo había sido tan rápido que Hérouart, a pocos pasos, no salía de su asombro. Se quedó mirando fijamente al inspector que trataba de evitar la pérdida de sangre que manaba por su hombro herido.

—¡Es usted un miserable! Más rufián que esos dos. —Señaló los cuerpos sin vida de los dos jayanes tendidos en el suelo.

El francés comprobó que el dolor crispaba el rostro de Collantes a quien se le escapaban las fuerzas. Apenas le quedaban para apretar su herida.

—Eran mis padrinos. ¿Se creyó que iba a venir sin ellos?

El inspector estaba gastando sus últimas energías en mantenerse en pie y empezaba a nublársele la vista. Apenas pudo ver como Hérouart abría el estuche y sacaba los dos sables.

—¡Canalla!

—Le doy a elegir. ¡Vamos, elija! Si no lo hace, seré yo quien...

Un estampido que sonó a su espalda hizo que el rostro de Adolphe Hérouart se contrajera, al tiempo que la blanca pechera de su camisa se empapaba rápidamente de sangre y los sables caían de sus manos. Con mucha dificultad se volvió para no morir sin saber quién le había matado. Al ver quién empuñaba la pistola abrió desmesuradamente los ojos. No podía creer lo que estaba viendo.

—*Mon Dieu!*

Fueron sus últimas palabras. En el silencio de la noche se oyó un golpe seco al caer su cuerpo sobre la hojarasca.

Segundos después el inspector también se desplomaba, inconsciente.

Cuando recuperó el conocimiento estaba en la cama de un hospital. Lo habían trasladado a una de las habitaciones individuales del establecimiento cuando fue identificado como inspector del cuerpo de policía. Era un caso extraño. Había aparecido en la puerta del Hospital de Tavera, donde alguien, que había desaparecido, lo había dejado allí después de hacer sonar la

campanilla en plena noche. Tenía una herida en el hombro producida por el disparo de un trabuco, según podía deducirse de los dos tacos que tenía incrustados, y había perdido mucha sangre.

Poco después de amanecer uno de los enfermeros acudió a denunciar el caso a la policía. Las pesquisas permitieron localizar tres cadáveres en un bosquecillo cercano al hospital. Uno había sido identificado como el del profesor de la Escuela Militar, monsieur Adolphe Hérouart, mientras que los otros dos no se sabía quiénes eran, aunque se pensaba que, por su atuendo, podía tratarse de facinerosos de los que pululaban por los Montes de Toledo. Uno de ellos había sido alcanzado por un disparo y el otro había muerto como consecuencia de una puñalada en el cuello que le había seccionado la vena aorta. También se habían encontrado en aquel lugar un estuche y dos sables reglamentarios en las unidades de caballería. Varios de los trabajadores del hospital aseguraron que durante la noche se habían oídos disparos.

Collantes, al abrir los ojos, vio que por la ventana entraba la luz del día. El hombro le dolía mucho y tenía vendado el pecho con el brazo izquierdo inmovilizado. Miró las blancas paredes de la habitación y se preguntó dónde estaba. En la cabecera colgaba un crucifijo y frente a él había unas estampas enmarcadas, una era de la Virgen, la otra, de un santo que no identificaba. No era hombre religioso. La cama era amplia y los barrotes de la cabecera y los pies eran de hierro pintado de blanco. El único mobiliario era una percha de la que colgaba su ropa y una mesita de noche donde había una frasca de cristal llena de agua y un vaso, tapados por un pañito de ganchillo, algodón y gasas, un pequeño bote de cristal etiquetado con el nombre de un ungüento y una campanilla. Rememoró, con lagunas, lo que había ocurrido en el bosquecillo donde se había citado con Hérouart. Su último recuerdo era el francés derrumbándose alcanzado por un disparo que le habían hecho por la espalda. No recordaba haber visto quién le había disparado. Agitó la campanilla y, al punto, entró un hombre que no tenía pinta de enfermero y debía de estar en la puerta de la habitación.

—¡A sus órdenes, inspector!

—¿Quién es usted?

—Mi nombre es Ramón Padilla, soy agente de vigilancia, destinado en el Gobierno Civil de Toledo.

—¿Cómo sabe que soy inspector?

—Lo ha identificado nuestro jefe, el inspector Amézaga.

Collantes había conocido a Amézaga cuando vino a Toledo para localizar a Hérouart.

—¿Dónde estoy?

—En el Hospital de Tavera, señor. La gente de aquí lo conoce como el de Afuera por estar más allá de las murallas.

Collantes asintió.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Más de dos días.

—¿Tanto?

—Sí, señor. Han temido por su vida. Dicen que la herida no era peligrosa, pero que había perdido mucha sangre.

—Ayúdeme a incorporarme. Con esta venda...

—Disculpe, señor. Pero tengo que avisar al enfermero. —El agente salió a toda prisa y al cabo de un par de minutos regresó con dos hombres enfundados en unas batas blancas que les cubrían del cuello a los pies.

—Soy el doctor Cabrillana —lo saludó uno de ellos, ofreciéndole la mano—. Este es el enfermero, Diego Ahumada. Tengo entendido que es usted inspector de policía.

—Así es. Mi nombre es Luis Collantes.

—Encantado, aunque lo conozca en estas circunstancias. Que haya recuperado el sentido es un buen síntoma. Lo digo porque la pérdida de sangre ha sido tan grande que ha estado usted más para allá que para acá. Esos tacos de trabuco son una mala cosa. Son una fuente de infección...

—Dice el agente que he estado más de dos días...

—En realidad, cerca de tres.

—¿Cuándo podré marcharme?

—No tenga prisa. Esta mañana ha empezado a bajarle la fiebre, pero todavía... —El médico le puso la mano en la frente—. Todavía tiene algo de calentura. Ahumada, quítele el vendaje. Vamos a ver cómo está esa herida.

Retiraron el vendaje y el doctor Cabrillana comprobó que la herida evolucionaba favorablemente.

—Esto tiene cada vez mejor cara. Pero tendrá que quedarse aquí algunos días más. Si necesita algo, no tiene más que agitar esa campanilla.

Una vez que los sanitarios le vendaron nuevamente y se hubieron retirado, el inspector preguntó a Padilla.

—¿Qué han averiguado de...? Bueno... ya me entiende.

—Poca cosa, señor. Había tres cadáveres y allí se han encontrado dos

trabucos, un par de sables, un cachorrillo de dos tiros y una derringier. El inspector cree que dos de esos cadáveres pertenecen a bandoleros y que les atacaron a usted y a monsieur Hérouart a quien no le dio tiempo de sacar el cachorrillo que llevaba. ¿La derringier es suya? Lo que mi jefe no sabe es cómo encajar los dos sables y qué hacían allí usted y monsieur Hérouart. Aunque a mí no me ofrece muchas dudas.

—¿Qué piensa?

Padilla dudó. Parecía arrepentido de lo último que había dicho.

—Señor, yo...

—Esto queda entre usted y yo.

—En ese sitio y con unos sables... El francés y usted se habían citado para dirimir algún asunto. Estoy seguro de que mi jefe lo sabe, pero... pero se hace el loco.

El inspector asintió con un movimiento de cabeza. Aquello se había complicado de una forma que no esperaba. La legislación prohibía los duelos y él era un representante de la ley. Tenía que buscar la forma de colaborar, pero si podía evitar desvelar el origen de lo que había dado lugar a aquella matanza... No quería mentir, pero si podía no contarle... Lo menos que podía pasarle era ser expulsado del cuerpo y eso sería algo muy duro. Era policía por vocación y había dedicado su vida a ello hasta el punto de no haberse casado. También le gustaría conocer la única incógnita que aquel caso presentaba, al menos para él: identificar a la persona que había acabado con la vida de Hérouart y por qué lo había hecho.

—¿Le importaría avisar al inspector Amézaga de que he recuperado el sentido?

—En absoluto, señor. Esa es, precisamente, la orden que tengo. Con su permiso.

Padilla salió de la habitación y dejó al inspector preguntándose quién podía haber sido el autor del disparo.

Andrés Amézaga no apareció por allí hasta el día siguiente a primera hora. Collantes acababa de dar cuenta de un tazón de leche y dos rebanadas de pan untadas con manteca cuando llegó su colega.

—¿Se puede?

—Adelante.

Después de los saludos y las obligadas preguntas acerca de cómo se encontraba y qué trato le dispensaban en el hospital, Amézaga tomó asiento en la única silla que había en la habitación. Antes de preguntar a Collantes por lo ocurrido, le informó de que a Adolphe Hérouart lo enterrarían al día siguiente por la tarde, después de que la embajada francesa hubiera sido informada. También le dijo que hasta aquel momento nadie había reclamado los otros dos cadáveres.

—¿Dónde es el entierro de Hérouart?

—Aquí en Toledo. El funeral se celebrará en la iglesia de El Salvador y ahora cuénteme qué hacía en Toledo. No habíamos recibido ningún aviso de su presencia.

—Era... era una visita privada. Había pedido un permiso.

—Eso explica que no supiéramos nada. ¿Qué ocurrió en ese bosque? Tenemos tres cadáveres y solo algunas conjeturas.

Collantes tomó aire y llenó sus pulmones, como si necesitara contener la respiración.

—Antes deberá asegurarme que guardará el secreto de alguna de las cosas que voy a contarle.

—¿Qué demonios significa eso? —preguntó Amézaga con cara de sorpresa.

—Que hay... hay alguna cosa... Está bien, confío en su discreción.

Collantes le explicó la causa por la que se había citado allí con Hérouart.

—No podía soportar que nos hubiera engañado de la forma en que lo hizo. Se aprovechó de nuestra buena voluntad. Aunque ese gabacho acudió a casa de doña Martina Vicentelo engañado, su muerte y la de los dos rufianes lo habían dejado en una situación delicada.

—¿Por qué no se le encarceló?

—Porque se pensó en llegar a un acuerdo con él, creyendo que era un caballero.

—¿Un acuerdo?

—Sí, un acuerdo. Hérouart rompería el compromiso de venta con los franceses de las joyas encontradas en ese pueblo que hay cerca de aquí...

—Guadamur.

—Guadamur —repitió Collantes—. A cambio se consideraría que las muertes fueron en defensa propia. Acepté por... bueno, no sé muy bien por qué. En las alturas se veía ese acuerdo con buenos ojos. Era la mejor forma de que esas coronas y esas cruces volvieran a nuestro país. Ese individuo tenía aspecto de caballero, pero no lo era. ¡Se daba unos aires de superioridad! El que tratara de justificar su actuación afirmando que somos un país incapaz de conservar las obras que nos ha legado el pasado, me sentó fatal. No niego que en eso tenga algo de razón, pero lo decía con un desprecio... No actué de la forma más correcta, pero era lo que me decía el corazón. Esa es la razón por la que han encontrado allí ese estuche y los sables.

La explicación coincidía con el cambio que había sufrido la imagen de monsieur Hérouart en Toledo. Era una persona respetada en la ciudad, pero su comportamiento en el *affaire* del tesoro de Guarrazar lo había desacreditado.

—¿Llegó a iniciarse el duelo?

—No, los acontecimientos no lo permitieron.

—Entonces... No ha habido vulneración de la ley. ¿Por qué no me cuenta todo lo ocurrido la otra noche?

—Ese francés no fue solo al lugar del encuentro, como habíamos quedado. Lo acompañaban los dos facinerosos cuyos cadáveres han encontrado allí.

—Supongo que fue usted quien acabó con ellos.

—Así es. Hérouart llegó unos veinte minutos tarde a la cita y lo hizo de forma sigilosa. Trataba de sorprenderme. Pero en ese lugar hay demasiada hojarasca en el suelo. Pude percatarme de ello y ocultarme tras un árbol. Disparé la derringer sobre uno de ellos.

—¿Por qué no lo hizo con el segundo? Murió como consecuencia de una daga que tenía clavada en el cuello.

—El primer disparo me falló. No sé qué ocurrió, pero falló. El que murió de un disparo fue con el segundo que hice. Su compinche me soltó un

trabucazo —Collantes miró significativamente su hombro—, pero pude alcanzarlo con una daga que llevaba en la caña de mi bota.

—Encontramos los sables fuera de la caja. ¿Quién los sacó?

—Fue el francés. Parecía no importarle que hubiera dado muerte a los dos sujetos que lo acompañaban. Como me vio malherido, abrió la caja, soltó algunas baladronadas y me conminó a celebrar el duelo. Fue entonces cuando, a su espalda, alguien abrió fuego y acabó con su vida. Lo último que recuerdo, gracias a un pequeño claro por donde entraba la luz de la luna, es la visión de la sangre manchando su camisa.

—¿Sabe quién disparó?

—No tengo la menor idea. En aquel momento perdí el conocimiento. Estaba oscuro y mi visión se debilitaba por momentos. Sé que esa persona me salvó la vida porque no tengo la menor duda de que Hérouart me habría atravesado con uno de los sables. Supongo que esa persona es la que me trajo hasta la puerta de este hospital. Aquí me han dicho que alguien me dejó allí e hizo sonar la campanilla. Cuando abrieron solo estaba yo, desangrándome y sin sentido.

—¿No puede entonces aportar nada sobre quién mató a ese francés?

—Ya me gustaría saberlo... Para darle las gracias.

Amézaga guardó silencio. Estaba ordenando sus ideas. Lo que acababa de contarle su colega explicaba todo lo ocurrido allí. El facineroso muerto por disparo y otro por una herida de puñal en el cuello habían sido obra de Collantes. Habían hallado la derrer y, efectivamente, tenía una bala que no había sido disparada y había explicado la existencia de los sables. La única cuestión que quedaba por despejar era quién había acabado con la vida del francés.

—¿Algo más que pueda ser de interés?

Collantes dudó si decirle lo que había oído en la posada de la Sangre. Pero no lo hizo. No había relación entre la muerte de Hérouart y la de doña Martina Vicentelo, Carabias y Zapatones, y aunque el caso se había dado por cerrado, no estaba aclarada la presencia de aquellos sujetos en la casa y algo le decía que en los papeles objeto de la disputa entre el posadero de la Sangre y Celestino Conesa podía encontrarse la clave para resolver aquel detalle.

—No recuerdo nada más.

—Dígame, ¿dónde se aloja?

—En la posada de la Sangre. Creo que perteneció a doña Martina Vicentelo, una dama de la buena sociedad de Toledo.

—Amigo Collantes, usted sabe tan bien como yo que no es oro todo lo que reluce.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que doña Martina Vicentelo solo tenía de dama las formas. Aparte de que tuviera una inmensa fortuna, y todo el mundo le guardase el aire.

—¿Hay algo que deba saber? El caso en el que perdió la vida se dio por cerrado, al llegar a un acuerdo con Hérouart, pero no se encontró explicación para la presencia de dos sujetos... poco recomendables en su casa.

—No sé si le servirá de algo saber que la muerte de don Atilano Rísquez de Losada, el esposo de doña Martina, se produjo en unas circunstancias... digamos extrañas. No pudo averiguarse nada porque no se permitió hacerle la autopsia. Su viuda movió los hilos para que no se llevase a cabo la disección del cadáver de su marido y como no hay nada legislado...

—¿Se sospechaba algo?

—Sí, que había sido envenenado.

—¿Qué me dice!

—No se trata de cotilleos de comadres. Fui yo quien llevó a cabo las investigaciones... Hasta donde me dejaron. No sé si sabe que doña Martina pertenecía a una familia de mucho nombre, pero que se había arruinado. Cuando ella vino al mundo los recursos de la familia eran muy limitados. Un hermano de la madre, que era el primogénito, había heredado la casa familiar, un caserón inmenso en un buen sitio de Madrid. Pero estaba medio en ruinas. Ese tío y su esposa murieron al volcar el coche donde iban. Al parecer quedaron malheridos y como se tardó mucho en conocer el accidente, fallecieron. Dejaron un hijo pequeño que acabó de criarse en casa de la madre de doña Martina, que se había quedado viuda y se vino a vivir a Toledo donde no la conocían...

—¿Por qué dice eso?

—Porque había decidido ponerse a trabajar. Ya sabe lo que eso supone todavía para alguna gente. Aquí montó un taller de costura y durante años vistió a toda la gente de medio pelo para arriba. Así sacaba a la familia adelante. La familia, en realidad, se reducía a doña Martina, y a ese sobrino del que se había hecho cargo. No quiero decir que viviera en la miseria, ni siquiera en la pobreza. El taller de costura de su madre tenía cierta importancia y trabajan para ella media docena de modistas. La primera esposa de don Atilano...

—¿Qué puede decirme de don Atilano?

—Se llamaba don Atilano Rísquez de Losada y era uno de los mayores propietarios de Toledo. Su primera mujer era doña Ramona Enríquez, una rica heredera, a quien la madre de Martina le confeccionaba algunos trajes. Eso abrió a Martina, que ayudaba a su madre en el taller, las puertas de aquella casa. Iba para hacerle las pruebas y ajustar los detalles. Doña Ramona le tomó mucho afecto, por lo que entraba y salía de la casa con frecuencia. Doña Ramona murió, dejando a don Atilano viudo y sin hijos. No sé cómo ocurrió, pero, apenas transcurrido un año del deceso de su esposa, don Atilano, pese a la diferencia de edad que había entre ambos, se casó con Martina, que pasó a ser doña Martina.

—¿Cuánto se llevaban?

—No lo sé con seguridad, pero sobre treinta años. Quizá más.

—¡Qué barbaridad!

—El matrimonio solo duró cuatro años. Las malas lenguas de Toledo decían que los excesos de cama habían acabado con la vida de don Atilano.

—Eso no es para sospechar. Conocí a doña Martina Vicentelo. ¡Una real hembra! Podía darse con cualquiera.

En los labios de Amézaga apuntó una sonrisilla de complicidad. No podía estar más de acuerdo con su colega.

—Cierto, pero hubo mucho revuelo porque antes del entierro de don Atilano se supo que su viuda era su heredera universal. ¡Menudo escándalo montaron los Rísquez de Losada! ¡Fueron ellos los que pidieron la autopsia!

—¿Cómo se supo antes de abrir el testamento que era su heredera universal?

—Porque alguien de la notaría donde don Atilano lo había hecho, pocas semanas antes de su muerte, se fue de la lengua. Fue la comidilla de Toledo durante semanas. Doña Martina trató de averiguarlo, pero no lo logró. Recuerdo que montó un escándalo al notario... Añada a ello que se la pegaba a su marido.

—¿Tenía un amante?

—Más bien un entretenimiento. Un joven criado de don Atilano. Era mozo de cuadra, pero tras el matrimonio con doña Martina pasó a ser ayuda de cámara de su amo. Tras el fallecimiento de don Atilano se convirtió, de la noche a la mañana, en el administrador de doña Martina. Indagando pude averiguar que era un déspota con la servidumbre.

—¿Quiere decir que se abrió una investigación?

—No exactamente. No había un motivo. Pero el gobernador de aquí es

uña y carne con los Rísquez de Losada y estos le pidieron que... Bueno, ya me entiende. Usted sabe igual que yo cómo son algunas cosas en nuestro trabajo. Averigüé muchas cosas. Entre ellas que a doña Martina su marido le contagió su pasión por las antigüedades.

Collantes estaba impresionado. Lo que acababa de saber no explicaba la presencia de Tribulete y Sabariego en su casa de Madrid, pero aclaraba muchas cosas y concordaba con algo que había oído en la posada. Sería cuestión de ir atando cabos.

—¡Vaya con doña Martina!

—Ya le dije que no es oro todo lo que reluce.

—¿Cómo se llamaba el... «entretenimiento» de doña Martina?

—Celestino... Celestino Conesa. Un mal bicho. Como le he dicho, trataba a la servidumbre con la punta del pie. Los amenazaba poco menos que con las penas del infierno si alguno se iba de la lengua y don Atilano se enteraba que era un cornudo y era él quien le ponía los cuernos.

—¡Vaya, vaya!

—En fin, me marchó. —Amézaga se puso en pie—. Tengo mucho trabajo. Si necesita algo no tiene más que avisar.

—¿Podría hacerme un favor?

—Claro, ¿dígame?

—¿Quiere hablar con el posadero de la Sangre? Pensará que me he marchado sin pagar, aunque allí están mi equipaje, el caballo y el tálburi en el que hice el viaje desde Madrid.

—No lo creo. En Toledo no se habla más que de esas muertes y de que usted resultó herido y lo atienden en este hospital. Seguro que se ha enterado de que el herido es usted. ¡Menudas son las posadas para enterarse de cualquier cosa! Lo que me extraña es que no haya aparecido por aquí. ¿No le ha mandado ningún recado?

—No. Dígale que pagaré la habitación todo el tiempo que sea necesario, hasta que esté restablecido.

—No se preocupe. Déjelo de mi cuenta. He oído decir que allí tenía doña Martina una alcoba para ella. Una especie de nido de amor para sus encuentros con el administrador. No la he visto, pero por lo que cuentan es muy lujosa. Nada que ver con lo que ofrecen los posaderos a sus huéspedes. En fin, me marchó. Ya sabe... —dijo calándose el sombrero—, lo que necesite.

Una vez solo, Collantes trató de poner en orden sus ideas. La visita de

Amézaga había significado un torrente de información. Ahora poseía datos que explicaban muchas cosas relativas a doña Martina Vicentelo. Amézaga le había dicho que sentía pasión por las antigüedades. Ese detalle podía explicar la presencia de Hérouart en su casa. El francés siempre dijo que trataba de seducirla y nunca se refirió a que ella podía haber estado interesada en las piezas del Tesoro de Guarrazar. También tenía una explicación para la extraña habitación que encontró en la posada de la Sangre y había obtenido una valiosa información sobre Celestino Conesa. Lo que quedaba en la más absoluta oscuridad era la muerte de Hérouart.

Estaba elucubrando sobre todo ello cuando apareció por la habitación el doctor Cabrillana, acompañado de un enfermero.

—¿Qué tal se encuentra?

—Mucho mejor, doctor. Yo diría que restablecido.

—No exagere, amigo mío. La pérdida de sangre fue muy grave. No crea que va a recuperarla así como así.

—Yo me siento muy bien.

—Veamos cómo está esa herida.

El enfermero quitó el vendaje y el médico comprobó que, efectivamente, la herida seguía mejorando. La fiebre había desaparecido y supo que Collantes comía con buen apetito.

—¿Qué tal, doctor?

—Mucho mejor, pero no significa que esté curado. Tiene que seguir con el hombro vendado y no puede hacer esfuerzos. Voy a permitirle levantarse y que pueda dar algún paseo por la galería.

—Me gustaría ir mañana al entierro de monsieur Hérouart.

—No es posible. Como le he dicho, la herida evoluciona favorablemente, pero ha perdido mucha sangre.

—Iré en coche. Me recogerá en la puerta del hospital y me dejará en la de la iglesia. No tendré que hacer ningún esfuerzo. Acaba de decirme que puedo dar un paseo por la galería. En lugar de ello iré hasta la puerta del hospital.

—¡Es usted de rabos de lagartija!

—¿Eso significa un sí?

—¿En qué iglesia y cuándo es el funeral?

—En el Salvador, mañana por la tarde.

—Quizá lo autorice, pero con dos condiciones. —El inspector lo interrogó con la mirada—. La primera, que esperaremos a ver cómo se

encuentra usted mañana. La herida evoluciona favorablemente y, si después de estos días no han aparecido signos de infección, lo más probable es que ya no la haya. Sin embargo, usted está más débil de lo que piensa.

—Esperaremos a mañana. ¿Cuál es la segunda?

—Tiene que prometerme que solo será ir al funeral. En el momento en que termine, el mismo coche que lo lleve lo traerá de vuelta.

—Prometido.

—Entonces mañana decidiremos.

El médico anotó algo en el papel que llevaba sujeto a una pequeña tablilla y, antes de marcharse, preguntó al paciente:

—Aunque sea una indiscreción. ¿Por qué quiere ir al entierro de monsieur Hérouart? Por lo que tengo entendido ese individuo trató de matarlo. Es simple curiosidad. No tiene por qué contestarme.

El propósito del inspector era ver quién asistía al sepelio. Observar a la concurrencia. Buscar un detalle. Encontrar alguna pista. No consideró conveniente decírselo al médico, aunque le pareció una descortesía no responder.

—Puro morbo, doctor. Quiero ver cómo entierran a ese sujeto que trató de matarme.

Con mucha antelación a la hora fijada para el funeral, el coche que el inspector había alquilado se detenía ante la puerta de la iglesia donde iban a celebrarse las exequias por el alma de Adolphe Hérouart. El Salvador estaba solitario y sumido en la penumbra. Delante del presbiterio estaba el féretro con los restos mortales del francés. El sacristán, con atuendo de ceremonia —sotana y roquete—, estaba encendiendo unos cirios y un par de mujeres, que cubrían su cabeza con mantos, cuchicheaban ante la capilla de Santa Catalina. Collantes caminó lentamente bajo la mirada inquisitiva del sacristán, que había interrumpido su tarea, y se sentó en un banco próximo al féretro, cerca del que ocupaban media docena de cadetes.

Poco a poco, fueron entrando algunas personas. Varios oficiales de la Escuela Militar, todos ellos vestidos con uniforme de gala. También aparecieron algunos hombres más y media docena de mujeres. Collantes dedujo por su indumentaria que debían pertenecer a la buena sociedad toledana. Las mujeres cubrían su cabeza con finísimos velos de encaje, alguna con un pequeño tocado con velo cubriéndole la cara; vestidos discretos, pero muy entallados, las manos enguantadas pese a mojar la punta de sus dedos en el agua bendita para santiguarse... También lo hizo un conocido del inspector: el joyero Valcárcel. Había hablado con él en su anterior visita a Toledo porque había tenido noticia de que era uno de los compradores de parte de las piezas de Guarrazar. Se preguntó cuál podía ser su relación con el difunto. La información que había recibido entonces de sus colegas de Toledo lo puso al tanto de que, además de joyero, era un perista. Minutos antes de la hora fijada para el comienzo del funeral apareció el inspector Amézaga acompañado por dos de sus hombres. Al ver a Collantes se acercó hasta él.

—Lo último que esperaba era verlo por aquí.

—Supongo que estoy por la misma razón que usted.

—Ver, oír y callar.

—¿Ha visto quién está en aquel banco? —Collantes señaló con un movimiento de cabeza.

—¡Valcárcel!

—¿Sabe qué relación podía tener con Hérouart?

—Ni idea. Tal vez... hicieran algún negocio. Hérouart nos ha salido rana y ese perista...

—Observo que los de la Escuela Militar han mandado una representación.

—Ha sido profesor en ella muchos años y los militares son muy cumplidos.

Faltaba muy poco para que diera comienzo la misa cuando entraron en el templo varios grupos de mujeres que lo llenaron por completo. Su aspecto era muy diferente al de las que habían llegado con anterioridad: mantos cubriendo sus cabezas, ropas toscas y amplias que disimulaban sus formas, calzaban alpargatas...

El sonido de una campanilla, agitada por un monaguillo que encabezaba un cortejo de rapaces —todos vestidos con sotanillas de color negro—, anunció la salida del sacerdote. Lo acompañaban otros dos curas y el sacristán.

La muerte en España era un asunto muy ceremonioso y estaban rigurosamente establecidos todos los pormenores del ritual que la acompañaban. Era un entierro de tres capas, nombre que recibía en función del número de clérigos que oficiaban el funeral y acompañaban por las calles al cortejo fúnebre. El grupo de mujeres que acababa de llegar no paraba de cuchichear y buscar algo con la mirada.

Collantes también reparó en su ausencia.

—Leocadia, la criada de Hérouart, no ha venido —susurró al oído de Amézaga.

—Eso es muy extraño. El francés no tiene familia. Ha mantenido relación con algunas mujeres, pero no llegaron nunca a nada. Desde luego, esa Leocadia era la persona más próxima a él.

El sacerdote, concluido el funeral, rezó un responso. Después, con un hisopo, echó agua bendita sobre el féretro y salió de la iglesia salmodiando latines tras el féretro que portaban sobre sus hombros la media docena de cadetes que había asistido al funeral, hasta que lo depositaron en un coche fúnebre que aguardaba en la puerta y que lo conduciría al cementerio. Los clérigos formaron parte del cortejo fúnebre hasta la puerta del Cambrón. Lo habitual era que solo los deudos más allegados acompañaran al difunto hasta el cementerio.

Collantes y Amézaga estaban todavía en la puerta de la iglesia cuando

una mujer llegó hasta la plazuela que se abría ante el templo gritando a voces:

—¡Se ha ahorcado! ¡Se ha ahorcado! ¡Colgada de una viga del desván!

—¿Quién... quién se ha colgado? —preguntó alguien.

—¡La Leocadia! ¡La criada del francés!

Los inspectores intercambiaron una mirada, al tiempo que arreciaban los cuchicheos de las comadres.

—Pues sí que le ha producido pesar la muerte de su amo —comentó entre dientes uno de los agentes que acompañaban a Amézaga.

—Esa Leocadia era algo más que la criada —apostilló el otro.

—¿Qué quiere usted decir? —le preguntó Collantes.

—Que era quien le calentaba la cama.

—¿Eran amantes?

—Eso se dice y quizá eso explique lo ocurrido.

—Lo mejor será dejarnos de cháchara y que ustedes dos —ordenó Amézaga a los agentes— vayan a casa del difunto y vean lo que allí hay. A veces, se lleva uno cada sorpresa...

—¡A la orden, señor!

Los dos agentes tomaron por la calle de Santo Tomé para enfilear la del Ángel, que los conducía directamente a casa de monsieur Hérouart. Collantes se acercó al coche que aguardaba ante la casa que había frente a El Salvador. Antes de subir al vehículo, le pidió a Amézaga.

—¿Le importaría tenerme al corriente?

—En absoluto. Por cierto, tiene arreglado lo de la estancia en la posada.

—Muchas gracias.

Collantes acababa de subir a su habitación después de cenar —era la primera vez que lo hacía en el comedor del hospital— y había empezado a desvestirse, cuando unos golpecitos en la puerta le hicieron detenerse.

—¿Sí?

—¿Se puede pasar?

—Adelante. —Era Amézaga—. ¿Ha ocurrido algo?

—Lea esto, por favor.

Le entregó un papel con muchas faltas de ortografía y una escritura pésima.

—Esto... esto parece ser que aclara la muerte de Hérouart —comentó devolviendo el papel a su colega.

—Se trata de una confesión en toda regla.

—Es muy frecuente cuando alguien se suicida.

—Tras la fachada de un caballero se ocultaba un desalmado. ¡Menudo personaje estaba hecho ese francés! Lo que ha debido aguantar esa pobre mujer para asesinarlo y después quitarse la vida. Era un verdadero rufián. Por lo que ahí se dice se dedicaba al contrabando de objetos de arte y estaba relacionado con gentes dedicadas a la delincuencia e incluso aparece relacionado con algunas muertes.

—¿Han descolgado a esa pobre mujer de la viga donde se había ahorcado?

—Sí, el juez ya ha permitido que se levante el cadáver. Ha ordenado que todo se mantenga en secreto hasta que se lleven a cabo las comprobaciones de rigor. ¿Por qué lo pregunta?

—No sé... una tontería.

Amézaga frunció el ceño, pero se limitó a sacar una bolsilla de cuero con una aromática picadura de tabaco y un librito de papel de fumar.

—¿Usted gasta?

—No, muchas gracias.

Lio un cigarrillo con la habilidad de quien está acostumbrado a hacerlo. Tras expulsar una bocanada de humo con delectación, preguntó:

—¿Hay algo que le ofrezca dudas en este asunto?

Collantes se acarició el mentón. No estaba seguro de lo que pasaba por su cabeza, pero no tuvo inconveniente en contárselo a Amézaga.

—¿Tiene prisa?

—No.

—¿Por qué no se sienta?

El policía dejó el sombrero —un bombín de fieltro negro con el ala muy abarquillada— en uno de los ganchos de la percha y se acomodó en la silla.

—Yo había hablado con la criada de Hérouart. Con Leocadia... Leocadia...

—Leocadia Gumiel.

—... Gumiel. La conocí cuando vine a Toledo buscando a Hérouart por lo de la muerte de doña Martina Vicentelo. Como usted sabe, estuve en su casa. Recuerdo que está en una callecita junto al monasterio de San Juan de los Reyes. Como el francés estaba de viaje, hablé con ella. Tengo que decirle que no me pareció una mujer vejada, ni maltratada, como se insinúa en esa especie de confesión que acaba de enseñarme. Tampoco me pareció que se refiriera a su amo como un ser al que tenía que soportar. Yo diría más bien que se preocupó por las circunstancias que podían llevar a que gente extraña

quisiera hablar con su amo.

—Ya le he dicho que no es oro todo lo que reluce. Usted sabe, lo mismo que yo, que hay mucha más cochambre de la que podemos ver a simple vista.

Amézaga había visto el cielo abierto con aquella declaración que le permitía matar dos pájaros de un tiro. Por un lado, la muerte de Hérouart y, por otro, la de la propia Leocadia Gumiel, que se había suicidado después de acabar con la vida de su amo.

—Como comprenderá, amigo mío, esto que le estoy diciendo solo son impresiones. Pero déjeme terminar. Esta tarde, cuando nos enteramos de que había aparecido colgada de una viga, uno de sus hombres hizo un comentario acerca de que corría el rumor de que para Hérouart era algo más que una criada. Si no recuerdo mal dijo algo así como que esa Leocadia era quien le calentaba la cama. Si eso fuera así, cosa que no sé, no cuadra con que Hérouart la maltratase como se desprende de lo que hay escrito en este papel.

—Hay gente muy rara. Tal vez Leocadia Gumiel era lo que llaman una masoquista —comentó Amézaga, después de darle una calada a su cigarro.

—Según tengo entendido, masoquista es quien disfruta con el dolor. No creo que quien haya escrito ese texto sea masoquista.

—¿Qué insinúa?

—Nada, simplemente que tengo muchas dudas.

—¡Esto está claro como el agua, Collantes! ¡Tenemos una declaración! ¿Qué más quiere? ¡Ojalá todos los casos pudiéramos tenerlos resueltos de forma tan evidente!

—No vaya tan deprisa, amigo mío. ¿Le importaría dejarme otra vez esa... confesión?

Amézaga le entregó el papel con desgana. Le parecía una pérdida de tiempo. Aguardó, dando caladas a su cigarrillo, a que su colega examinara otra vez el papel. Lo estaba escrutando con detenimiento y, cuando se lo devolvió, le dijo:

—Si yo dirigiera la investigación, pediría un informe a un experto en caligrafía.

—¡Vamos, Collantes!

—He visto cosas mucho más raras. No lo eche en saco roto. Además, ¿está seguro de que Leocadia Gumiel sabía escribir? No es lo normal en una criada.

Aquel argumento hizo que Amézaga dudara por primera vez.

—Eso es cierto.

—Compruébelo. Ella no podrá decírselo, pero entre la vecindad... ¿No vio la cantidad de mujeres que había en el funeral? Me da la impresión de que, por las trazas, estaban allí por Leocadia. Estaban sorprendidas de no verla en la iglesia. Otra cosa que debería investigar es si Hérouart ha hecho testamento. A lo mejor se lleva usted una sorpresa.

—¿Qué quiere decir?

—Nada, solo que es posible que se lleve una sorpresa. Suele ocurrir con los testamentos. Sé de lo que hablo y supongo que usted también tiene experiencias en ese sentido.

—¡Maldita sea! —Buscó un cenicero donde apagar la colilla y, al no encontrarlo, la arrojó al suelo y la aplastó con la suela de su zapato—. Hace un rato entré por esa puerta con los dos casos resueltos y ahora... ahora usted me los ha reabierto.

—No se ponga así, Amézaga. Resolver los casos en falso es una mala cosa. Bastante tenemos con las imposiciones que nos llegan desde arriba para que encima nosotros no echemos toda la luz que podamos. Pregunte si Leocadia Gumiel sabía escribir. No creo que sea difícil averiguarlo y, si puede, consiga alguna información del testamento de Hérouart si es que existe...

—Si esa criada no sabía escribir esto es... —agitó el papel que su colega le había devuelto— un papelucho.

—Se equivoca. Podría llevarnos al verdadero autor de la muerte de Hérouart y de la propia Leocadia. Porque tengo la sospecha de que quien lo ha escrito ha sido el asesino.

Amézaga volvió a liar otro cigarrillo. Ahora lo hizo con menos esmero. Le temblaban los dedos.

—Quizá haya que comprobar esos extremos —admitió con desgana, antes de decir a Collantes—: Esta tarde he recibido esto. Es de la superioridad. —Le entregó un telegrama—. Lo que se deduce de ahí, es que no tenía usted el permiso que me comentó ayer.

—Bueno, había dejado registrada la solicitud. Otras veces había funcionado sin problemas.

—Pues me temo que en esta ocasión...

—¿Ha respondido ya?

—No, lo haré mañana.

—¿Qué piensa contestarles?

—Que está restableciéndose. Es la verdad.

—¿Dirá algo del duelo? Si lo hace no puedo reprochárselo.

Amézaga se quedó mirándolo a los ojos.

—¿De qué duelo me usted está hablando? ¡Aquí no ha habido ningún duelo!

—Gracias, quedo en deuda con usted.

—¡Bah! Ya sabe lo que dice el refrán... Hoy por ti, mañana por mí.

Collantes le devolvió el telegrama y le dio un apretón de manos. Si podía ayudarle a resolver el caso, lo haría. Aunque eso significara quedarse algún día más en Toledo y agravar su situación.

Tres días más tarde el médico dio el alta a Collantes. Quizá le hubiera convenido un par de días más en reposo. Pero el inspector era como un potro encerrado. No había forma de mantenerlo en la cama, ni siquiera en el hospital.

Cuando pidió la cuenta, el administrador le dijo que Tavera era una institución benéfica y atendía a menesterosos y gentes que no podían pagar. No se cobraba.

—En casos como el suyo, si usted lo considera conveniente, puede dejar una limosna.

El inspector llevaba algún dinero encima, pero el grueso se había quedado en la posada. Allí esperaba encontrarlo. Se quedó con algo para pagarle al cochero, que lo llevaría hasta la posada de la Sangre, y le entregó todo lo demás.

—¡Esto es mucho dinero! —exclamó el administrador, acostumbrado a una tacañería bastante extendida.

—Ustedes no se merecen menos. Acéptelo con todo mi agradecimiento. Me dejaron en la puerta medio muerto y me marché restablecido.

—Bueno... bueno... el doctor Cabrillana, que es un bendito, dice que ha de cuidarse, que todavía está débil.

El administrador lo acompañó hasta la puerta y se despidió con un apretón de manos. Allí se preguntó una vez más, ¿quién lo había llevado hasta la puerta del hospital? Había perdido el conocimiento en el bosquecillo y ya no recordaba nada más. Aquello no encajaba. No podía esperar de quien había acabado con la vida de Hérouart un comportamiento tan humanitario. A un asesino no le importa gran cosa la vida de las personas.

El cochero lo dejó en la puerta de la posada, donde el posadero lo recibió con grandes muestras de alegría y... de mucho respeto. Bastante más que cuando llegó allí por primera vez. El inspector pensó que lo primero era porque su presencia allí le aseguraba el cobro de la alcoba y no tanto por su curación. Aquel bellaco no se había molestado en visitarlo a lo largo de la semana que había pasado en el hospital. Para lo segundo no tenía explicación.

—¡Tiene usted un aspecto saludable! ¡Como si hubiera estado tomando

las aguas en un balneario!

—No exagere. Donde he estado es un hospital y mi brazo en cabestrillo da fe de ello.

—Tuvo usted un mal encuentro. Lo que se dice es que ese francés, que daba clases a los cadetes del ejército, trató de asesinarlo. No sé si será verdad. Si el posadero esperaba una confirmación se quedó con las ganas.

—¿Me da la llave de mi alcoba?

—Ahora mismo. —Cuando iba a entregársela, Simón reparó en algo—. ¿Y el estuche que llevaba cuando salió de aquí?

—Lo tiene la policía. Espero que me lo devuelvan.

El posadero soltó una carcajada.

—¿Por qué se ríe?

—Porque un pajarito me ha dicho que usted es un jefazo de Madrid.

Collantes recordó que había encargado a Amézaga tranquilizar al posadero. No sabía si lo había hecho personalmente, aunque lo normal era que se lo hubiera encargado a alguno de sus hombres. En cualquier caso, si aquella había sido la fuente de información del posadero, habían exagerado. Pensó que quizá eso explicaba las muestras de respeto con que lo había recibido.

—Supongo que mi alcoba está como la dejé.

—La hemos mejorado algo. Pero podrá comprobar que todo está en orden. Déjeme la llave y lo acompaño.

La habitación, efectivamente, estaba ordenada. Pero no parecía la misma. Habían cambiado la cama, la de ahora era más amplia y tenía aspecto de ser más cómoda. Habían sustituido la silla por un sillón tapizado de muy buen aspecto, habían llevado un pequeño velador y colocado encima un candelabro, lo que le daba cierto aire de lujo. En la ventana habían puesto unas cortinas. Nadie diría que se trataba de la alcoba de una posada, sino de la habitación de uno de los modernos hoteles como los que estaban abriendo en Madrid y donde, por su elevado precio, solo podían alojarse los muy ricos.

—Ahora le dejo que descanse —le dijo Simón—. ¿Piensa comer aquí?

—Todavía no lo sé. En todo caso, se lo diré con tiempo.

—Muy bien, señor.

Apenas tuvo tiempo de revisar sus cosas y comprobar que nada había desaparecido. Unos golpecitos en la puerta anunciaron una visita.

—¿Quién llama?

—Soy Gala, la hija del posadero.

—Un momento, por favor.

Gala era una joven atractiva. Rondaría los veinte años. Tenía el pelo muy negro, como los ojos. Labios carnosos y mirada sensual. Bajo la tosquedad de sus ropas se adivinaba un cuerpo de formas rotundas.

—Disculpe, señor. Pero hay un caballero que pregunta por usted.

—¿Le ha dicho su nombre?

—Me ha dicho que le dé esto. —Le entregó una tarjeta y añadió—: Tiene un porte distinguido.

Era una tarjeta de don Amador de los Ríos. Se preguntó cómo habría dado con él y qué podía querer el académico.

—Dile que voy enseguida.

Collantes colocó las cosas en su sitio y, al dejarlas en la alacena, vio el nudo en la madera que accionaba el mecanismo permitiendo pasar a la habitación contigua. Recordó la discusión sobre los papeles... y el negocio que se traían entre manos el posadero y el tal Celestino.

Cuando el inspector vio a don Amador de los Ríos, la figura del académico, vestido como si tuviera que cumplimentar a la mismísima reina, resultaba llamativa en un lugar como el portalón de la posada. Allí había cierto bullicio. Varios tratantes de ganado y unos arrieros que se disponían a cargar las bestias que ya estaban en el patio.

—¡Don Amador! ¡Qué sorpresa!

—¡Amigo mío! ¿Cómo se encuentra? ¡Menudo susto nos ha dado! —El catedrático de Literatura estrechó efusivamente la mano que el policía le ofrecía.

—¿Cómo ha dado conmigo?

—Me han informado en el hospital de Tavera. —Don Amador utilizaba el nombre erudito del establecimiento; era un profundo conocedor de Toledo. Hacía algunos años que había dado a la stampa una obra titulada *Toledo pintoresco* donde había descrito los principales monumentos de la ciudad—. Me alegró saber que ya le habían dado el alta. ¿Cómo ocurrió lo de su herida?

El inspector le explicó, sin entrar en detalles, lo sucedido.

—Alguien, cuya identidad ignoro, debió llevarme hasta la misma puerta del hospital.

—Un alma caritativa. —Collantes no respondió. Estaba seguro de que había sido quien había disparado por la espalda a Hérouart. Si hubiera sido otra persona no se habría largado dejándolo allí. Siempre existía la posibilidad de que esa persona no quisiera complicarse la vida y tener que

andar dando explicaciones y siendo molestado por la policía—. He venido a verlo, además de para interesarme por su salud, comentar un asunto con usted. ¿Está en condiciones o prefiere que lo deje descansar?

—Estoy a su disposición, don Amador.

—¿Le parece, entonces, que busquemos un lugar más... más a propósito para tener una conversación tranquila?

—Desde luego.

—Vamos, pues. Conozco un sitio...

—¿Puede aguardar un momento? Será solo cuestión de unos minutos.

—Tómese el tiempo que necesite, don Luis, todo el que necesite.

Collantes tenía que cambiarse de ropa. Quería ver cómo se encontraba el caballo y echarle una mirada al tálburi. Un cuarto de hora más tarde ambos salían por la puerta de la posada y se encaminaban a un café que había en Zocodover. Una vez acomodados y atendidos por el mozo, don Amador comentó:

—Me dijo don Aureliano que mantuvo con usted una reunión después de saberse que monsieur Hérouart había... había vuelto a las andadas.

—Creo que no necesitaba volver, don Amador. Al muy pícaro se le ofreció una salida a la situación en que se encontraba, que era cuanto menos complicada, y nos tomó el pelo.

—Tiene razón. Que Dios lo haya perdonado. Pero, en fin... a lo que iba, don Luis. Como ya sabe, vendió una nueva corona a los franceses. Una joya extraordinaria. Don Salustiano de Olózaga opina que es la mejor de todas. Al menos es lo que le parece, aunque lo único que ha visto son los dibujos que se publican en la prensa. El hecho de que los franceses la compraran pone de relieve cuál es su verdadero propósito. Por muchas declaraciones que hagan y digan que se someterán al designio de la ley.

—Nunca han estado en buena disposición —apostilló el inspector.

—Nunca. Han ignorado nuestras reclamaciones y argumentos. Navarro, que en un primer momento se avino a deshacer el trato, si se le pagaba aquí la misma suma que había negociado con los franceses, y se negó durante un tiempo a cobrar el dinero que habían acordado, ha terminado aceptando el pago.

—¿Eso quiere decir que el acuerdo está cerrado?

Don Amador asintió, poniendo cara de circunstancias.

—Mientras nosotros andamos perdidos entre pleitos y sumarias ellos no han dejado de dar pasos en su propio interés. Están ganando tiempo y esperan

a que amaine la tormenta en la prensa. Así lo cree nuestro embajador en París. Conozco a Mon y es persona muy preparada. Sé que ha puesto todo su empeño para que ese tesoro, que jamás debió salir de España, retorne a nuestra patria. Pero los medios con que cuenta son muy limitados y el gobierno francés, con algunos de cuyos miembros tiene muy buenas relaciones personales, solo le han dado buenas palabras. Se escudan en que sin una sentencia judicial declarando que la posesión de las coronas y las cruces por parte de Navarro y Hérouart era fraudulenta, no hay nada que hacer.

—¿Ustedes dan esta batalla por perdida?

—¡Jamás, don Luis, jamás! Pero hay que ser realista. —Don Amador dio un sorbo a su café—. Supongo que se preguntará para qué lo he visitado.

—Bueno...

—Amigo Collantes, lo que he comentado ha sido un desahogo. La razón por la que deseaba hablar con usted es que hoy, a primera hora, he prestado declaración ante el juez que lleva el caso de las joyas. En el juzgado me he enterado de que Domingo de la Cruz, el que encontró el tesoro en la segunda de las fosas, ha vendido parte de lo encontrado a diferentes joyeros de Toledo.

—Lo mismo que hizo Francisco Morales en un primer momento.

—En efecto. Pero algún joyero, alertado por lo que había aparecido en la prensa, no ha mandado al crisol las piezas. Saben que pueden sacar mucho más por el valor arqueológico que tienen. Me he enterado de que la nueva corona que Hérouart le vendió a los franceses procede de esa segunda fosa.

—¿Se la compró a ese tal Domingo de la Cruz?

—No, por eso he venido a verlo. Hérouart la compró a un joyero de aquí. Se llama Antón Valcárcel.

Collantes acababa de encontrar el punto de conexión que sospechaba había entre Hérouart y Valcárcel. Eso podía explicar la presencia del joyero en el funeral.

—Don Aureliano sospechaba que entre ese Domingo de la Cruz y Hérouart había un intermediario, pero no sabía quién podía ser.

—Es Valcárcel —respondió don Amador—. O al menos es lo que Domingo de la Cruz ha declarado ante el juez. Por lo que he averiguado ese joyero es un sujeto de cuidado.

—Mis colegas de aquí lo tienen más que por joyero por perista.

—El problema es que el juez que está investigando todo esto, que es

muy puntilloso, no parece ver delito en estas ventas y compras. Ese Domingo de la Cruz afirma que encontró las joyas en sus tierras y eso le da un derecho de propiedad que el juez le reconoce. Pero, por lo que yo he podido averiguar con las excavaciones que hemos llevado a cabo, la titularidad del terreno donde aparecieron las joyas no está tan clara.

—En ese caso, aporte las pruebas.

Don Amador dejó escapar un suspiro.

—No es tan fácil, amigo mío. Si viera en lo que se han convertido las huertas de Guarrazar... Aquello es una verbena. Los vecinos del pueblo y también de los pueblos cercanos se han puesto a excavar como locos. Se ha desatado una especie de fiebre del oro, como la que hace algunos años decía la prensa que hubo en California. Esa locura ha hecho que aparezcan numerosas fosas...

—¡No me diga!

—Lo que ha aparecido es lo que los viejos del lugar decían. ¡Un cementerio! ¡Un cementerio de la época musulmana! Aquello es un pandemónium.

—¡Qué barbaridad! En medio de ese lío, ¿ha podido usted sacar algo en claro?

—Los restos de una ermita con un pequeño anexo, tal vez la vivienda del clérigo que la tenía a su cargo. Se trata de una pequeña construcción que, sin duda, pertenece a una época muy tardía del mundo romano y, probablemente, al tiempo de los visigodos.

—¿Piensa que el tesoro podía pertenecer a esa ermita?

—En modo alguno. La riqueza de las coronas y de las cruces no encaja con lo humilde de la construcción. Ese tesoro debió adornar las basílicas que en tiempo de los visigodos existían aquí, en Toledo. No olvide que era la capital de aquel reino.

—Entonces... ¿cómo fue a parar allí ese tesoro?

—Lo más probable, aunque como comprenderá solo se trata de una hipótesis, es que las dignidades eclesiásticas de Toledo, donde estaba la sede episcopal más importante del reino y por eso se celebraban aquí los concilios de la Iglesia hispana de la época que mantenía rituales propios respecto a Roma —aclaró don Amador—, debieron temer que los musulmanes se apoderaran de aquellas coronas y cruces y las pusieron a buen recaudo. Pensaron que la presencia de los moros sería cosa pasajera.

—¿Por qué no las ocultaron en Toledo? Sería más fácil encontrar un

escondrijo.

Don Amador apuró el contenido de su taza e insinuó una sonrisa benevolente.

—¿No le parece que eligieron bien el escondrijo? Ha hecho falta que pasen más de mil cien años para que se encontrara lo que escondieron. — Collantes asintió con un movimiento de cabeza—. Debieron pensar que los moros buscarían en Toledo, pero no en un lugar apartado. En medio del campo. Fueron muy astutos, aunque se equivocaron al pensar que aquello sería cosa de poco tiempo. Si lo ocultaron era porque pensaban regresar. Pero quizá le estoy aburriendo con todas estas... especulaciones.

—En absoluto, don Amador. Es un placer escucharle. No siempre tiene uno la oportunidad de tomar un café con una personalidad como usted.

—¡Venga, venga...! En fin, todo esto ha sido como un pórtico a lo que quiero proponerle. ¿Sería pedirle mucho que se encargara de investigar cómo negoció el señor Hérouart la compra de esa corona al señor Valcárcel y, si este tiene alguna otra? Según Domingo de la Cruz, ha sido su principal comprador y se las vendía sin destrozar. Tengo entendido que ese Valcárcel, pese a sus actividades ilegales, es un gran joyero y ha podido reconstruir algo de lo comprado. Creo que esto es un trabajo de la policía. Ha de hacerse con sigilo. Si despertáramos sus sospechas y conservara alguna pieza, desprendería las gemas y fundiría el oro. Como comprenderá, mi intención es salvar todo lo que sea posible. No hace falta que le diga que ese tesoro es algo excepcional. En toda Europa no existe nada ni remotamente parecido. Los franceses que, también lo saben, no están dispuestos a desprenderse de lo que ha llegado a sus manos, aunque haya sido de una forma tan... tan irregular.

—¿Por qué no ha acudido a la policía de Toledo?

—Porque usted investigó este asunto cuando estaba relacionado con monsieur Hérouart. Si quiere puedo darle otra razón más.

—¿Cuál?

—Tengo plena confianza en usted.

Collantes también apuró el resto de su café con leche. Calibraba la petición de don Amador. El asunto correspondía a sus compañeros de Toledo y eso podría acarrearle algún problema. Su relación con el inspector Amézaga era buena, pese a no gustarle que considerara abierto el caso del suicidio de Leocadia Gumiel y dudara de la nota que, supuestamente, había dejado escrita. Por otro lado, estaba interesado en aclarar quién acabó con la vida de

Hérouart y su intuición le decía que si investigaba a fondo lo que don Amador le acababa de pedir podía desenmarañar aquel complicado asunto. Por último, el haberse venido a Toledo solo con la solicitud de permiso, creyendo que resolvería el duelo con Hérouart en cuarenta y ocho horas, podía crearle un serio problema cuando regresara a Madrid. Le extrañaba que todavía no le hubiera llegado ningún recado, aparte del telegrama recibido por Amézaga.

—Está bien, lo haré siempre que mis colegas de aquí no pongan ningún impedimento.

Don Amador le facilitó todos los datos que poseía. Las explicaciones del erudito se prolongaron por espacio de media hora.

—Quizá se me haya quedado algún detalle atrás. Pero en esencia es todo lo que puedo contarle.

—No es poca cosa, don Amador.

—¿Alguna pregunta?

—Sí, ¿tiene detalles de lo que ese Domingo de la Cruz ha vendido a Valcárcel?

—No, sé, como le he comentado, que ha vendido a diferentes joyeros. Sí sé que Valcárcel ha sido su principal comprador. Pero no sabría decirle más. Lo lamento.

—No se preocupe. Con lo que me ha contado, Valcárcel no tendrá escapatoria.

—No se fíe, amigo mío. Por lo visto, ese joyero es un sujeto muy astuto.

—Lo tendré en cuenta.

El inspector pidió la cuenta, pero don Amador no dejó que pagara.

—No puedo consentirlo. ¿Se imagina lo agradecido que le estoy? Además, por si eso no fuera suficiente, he sido yo quien lo ha sacado de su alojamiento. ¡Hasta ahí podíamos llegar!

Cuando Collantes llegó a la posada, Amézaga estaba esperándole con cara de pocos amigos.

—¿Puede saberse dónde demonios se ha metido? ¡Llevo media mañana buscándole!

—¿He de recordarle que no estoy a sus órdenes?

Amézaga se dio cuenta que acababa de equivocarse.

—Le pido disculpas. ¡Es que llevo tanto rato buscándolo...!

—El inspector llegó apenas se hubo usted marchado. Ha venido tres veces. Menos mal que el cuartel no queda muy lejos —señaló el posadero.

—Disculpas aceptadas. He estado con don Amador de los Ríos.

—¿Es el caballero que vino a buscarle hace un par de horas?

—Sí, así es.

—Don Amador es persona muy conocida en Toledo. ¿Tiene un minuto?

—Por supuesto. ¿Quiere que lo invite a comer?

Amézaga consultó el reloj. Iban a dar las dos.

—Me parece bien, pero vámonos a un lugar más tranquilo.

El posadero farfulló algo entre dientes y agachó la cabeza cuando Amézaga lo miró.

Una vez en la calle, Collantes recordó las recomendaciones del doctor Cabrillana acerca de que guardara reposo. La verdad era que no sentía molestias en la herida. Mucho más incómodo era tener que llevar un brazo en cabestrillo.

—Proponga un sitio. Usted conoce el terreno.

—Vamos al Mesón de los Canónigos. No queda lejos. Está al lado de la catedral.

—Al lado de la catedral y con ese nombre debe ser sitio garantizado.

Bajaron por la calle del Comercio hasta la plaza de las Cuatro Calles donde estaba el mesón. Al entrar los recibió un estimulante olorcillo a cocido. El mesonero, al ver al inspector, se acercó solícito:

—¡Don Andrés, cuánto bueno...! ¡Qué honor para esta casa que es la suya!

—Este es el inspector don Luis Collantes.

—Mucho gusto, señor. Siéntase usted también como en su casa —lo saludó sin dejar de mirar el brazo en cabestrillo y pensando que sería el policia que, según el rumor que corría, había sido atacado por unos malhechores.

El mesonero los acomodó en una mesa apartada y les ofreció unos principios de queso y pechugas encurtidas de perdiz. El plato principal sería un cocido de tres vuelcos: la sopa, los garbanzos con las patatas y la carne. Todo regado con el vino de su bodega.

—Si quieren pueden rematar con un arroz con leche que ha preparado Carmen y está para chuparse los dedos.

Todo les pareció adecuado y, cuando el mesonero se hubo alejado, Amézaga, que estaba impaciente, comentó:

—Leocadia Gumiel no sabía escribir. Era analfabeta.

—¿Cómo lo ha averiguado tan pronto?

—Pues, en parte, siguiendo sus consejos. Esta mañana ordené a dos de mis hombres que preguntaran en la vecindad. No sacaban nada en claro hasta que se les acercó un hombre vestido pobremente, pero con decencia. Por lo que he sabido se gana la vida dando de leer a algunos chiquillos de la zona en la buhardilla donde vive. También consigue algún dinero, escribiendo y leyendo cartas a la gente que no sabe. Ese hombre les dijo que Leocadia no sabía leer ni escribir.

Collantes se acarició el mentón.

—Eso significa que alguien escribió esa carta y que Leocadia no se ha suicidado. Alguien la ha asesinado.

—Tenía razón cuando anoche dijo que este caso estaba lejos de cerrarse —admitió Amézaga—. Ahora tenemos que buscar al asesino. Es posible que sea el mismo que acabó con la vida de Hérouart.

—No sé... —Collantes dio un tiento al vino de su jarrilla—. Si quien me llevó desde el bosquecillo hasta la puerta del hospital fue quien acabó con la vida de Hérouart, tiene cierto respeto por la vida de las personas. Mas, desde luego, quien ha acabado con la vida de esa mujer no solo la ha asesinado, sino que ha pretendido que quede como una suicida y ese es un baldón muy grave cuando cae sobre una persona. La Iglesia no les da sepultura en tierra sagrada y les reserva un lugar fuera del cementerio. Supongo que en un sitio como Toledo es más infamante que en otros lugares porque aquí la influencia del clero es muy grande. No me cuadra, amigo Amézaga.

Collantes cogió un trozo de pechuga y lo paladeó lentamente.

—Esto es gloria bendita. Estaba de sopicaldos, de vasos de leche y de yemas de huevo hasta el gorro...

—¿No le han dado bien de comer en el hospital?

—No me quejo. La comida no era mala, ni mucho menos. Pero el médico decía que necesitaba hacer sangre y decía que la leche y los huevos eran lo más adecuado.

—Pues para eso no hay nada como el chorizo, la morcilla y la panceta del cocido. ¡Coma y no se ande con remilgos!

Collantes no esperó a que se lo repitiera otra vez. El mesón hacía honor a su nombre. Allí se comía muy bien, haciendo bueno el dicho popular de que los canónigos eran ejemplo de buena vida. Aplacó el hambre con los principios, tuvo problemas para acabar con el tercer vuelco del cocido y rechazó el arroz con leche.

—¿Tendría un cordial que ayude a hacer la digestión? —preguntó al mesonero cuya satisfacción era patente.

—Sí, señor. Un par de copas de orujo y se quedará como nuevo.

—Mi estómago no estaba preparado para una comida pantagruélica como esta.

Mientras bebían orujo volvieron al asunto de los asesinatos.

—¿No recuerda algo antes de que perdiera el conocimiento? ¿Algún detalle que nos permita indagar? He de confesarle que estoy completamente perdido.

—No recuerdo nada. ¿Sabe que Valcárcel fue quien vendió a Hérouart la última corona que ha ido a parar a manos de los franceses?

—¿Cómo lo sabe? El juez no ha levantado el secreto del sumario.

—Usted sabe qué ocurre con esas cosas... Siempre hay alguien que se va de la lengua... Me lo ha contado don Amador de los Ríos. Esa corona se la vendió a Valcárcel un labriego de Guadamur, llamado Domingo de la Cruz. Al menos así lo ha declarado en el juicio. Don Amador quiere saber si Valcárcel posee más coronas. No le gustaría que acabaran vendidas a Francia. —Apuró la copa de orujo y se sirvió otra del búcaro que el mesonero les había dejado sobre la mesa—. ¿Otra copita? Le ayudará a deshacer los garbanzos. —Amézaga le ofreció la copa para que la llenara y Collantes pensó que era un buen momento para pedir a su colega que le permitiera investigar aquel asunto. La pregunta que acababa de hacerle se lo había puesto en bandeja—: Si usted no tiene inconveniente, me gustaría hacer algunas pesquisas. ¿Hay algún problema?

—Por mi parte ninguno.

—En ese caso, cuando salgamos de aquí, haré una visita a ese joyero. ¿Dónde tiene el taller?

—No queda lejos. Cuando llegemos a Zocodover, baje la cuesta en dirección a la puerta de Bisagra. Tiene el taller muy cerca de la ermita del Cristo de la Luz. ¿Quiere que le acompañe?

—Si lo ve a usted, seguro que se pone en guardia.

—No le quepan dudas.

—Será mejor que vaya solo.

—Tenga cuidado. Es un sujeto poco recomendable.

Collantes llamó la atención del mesonero.

—Dígame, ¿cuánto le debo?

El hombre miró a Amézaga, que negó con un ligero movimiento de cabeza.

—Nada, señor.

—¿Cómo que nada?

Collantes miró a Amézaga, que se encogió de hombros.

—Vaya a ver a Valcárcel y manténgame al tanto de todo. Esto corre de mi cuenta. Estamos en Toledo. Cuando vaya por Madrid, le tocará a usted. Vamos, márchese. Que se le va a hacer tarde.

Collantes salió del mesón. El almuerzo, además de opíparo, había sido largo. La tarde estaba más que mediada y no quedaría más de un par de horas de luz. Subió la calle del Comercio y cuando llegó a Zocodover sentía un cansancio que solo podía explicarse por la debilidad. El médico tenía razón. Necesitaba reposo y no hacer esfuerzos. Había bastado una cuesta no muy empinada a paso vivo para que se le agitase la respiración. Incluso la herida del hombro, que llevaba días sin molestarle, le estaba dando un aviso. Caminó con paso más medido por Zocodover y le supuso cierto alivio bajar la cuesta de las Armas, pensando cómo iba a plantear su encuentro con el joyero.

Cuando llegó al taller se encontró con la puerta cerrada y echada la persianilla del pequeño escaparate. Escudriñó por las rendijas, pero no vio nada.

—¡Si busca al joyero, se ha marchado hará como cosa de media hora!

El inspector se volvió y se encontró con una mujer, entrada en años, que lo miraba desde la acera de enfrente. No la había visto cuando llegó.

—¿Sabe si regresará esta tarde?

—Si ha ido a donde yo me sé, no creo que vuelva hasta mañana.

Collantes cruzó la calle. Le pareció que la mujer era de las que llevaban al día la vida del vecindario. A veces, eran un manantial de información. Si tenía suerte...

—Buenas tardes, señora...

—¡Ooooh, ¿de veras le parezco una señora...?! Me llamo Frasquita... Frasquita Sánchez, para servir a Dios y a usted.

—Encantado, señora, mi nombre es Luis. —El inspector alzó su chistera a modo de saludo y Frasquita lo miró burlona—. ¿Le importaría decirme adónde puede estar el señor Valcárcel?

En ese momento salió del portal otra mujer con trazas parecidas.

—Rosarito, este señor —lo midió de arriba abajo con la mirada— pregunta dónde puede estar el joyero a estas horas.

—Se ve que no lo conoce —comentó con una sonrisilla maliciosa.

—Efectivamente, no lo conozco. Pero tengo necesidad de hablar con él.

—¿Es usted de la policía? —le preguntó Rosarito con aire de complicidad.

El inspector, por un momento, no supo qué contestar. Decidió que era mejor no desvelar su condición si no quería que toda la calle supiera que la policía andaba detrás del joyero. Pero la pregunta podía serle de utilidad.

—No, señora. Pero ¿por qué me lo pregunta?

Las dos mujeres intercambiaron una mirada y fue Frasquita la que respondió, bajando la voz, como si revelara algo inconfesable.

—Porque la policía lo visita de vez en cuando. Dicen que compra cosas robadas que las funde y les saca un capital... —La mujer entornó los ojos y le preguntó—: ¿No será usted uno de los que le traen esas cosas?

—¡No, por Dios! ¿Por quién me toma?

—Perdone, caballero...

—¡Hay que ver cómo eres! —la reprendió Rosarito—. Este señor no tiene pinta de... de..., bueno, que se nota que es un caballero.

—Se llama don Luis —añadió Frasquita dándose aires de superioridad.

—Tanto gusto.

—Un placer, señora. —Otra vez el inspector levantó su chistera.

—Pues si lo que quiere es hablar con él ha llegado en mal momento —comentó Frasquita.

—¡Cuando se va a estas horas es porque está en casa de la Maruja! —informó Rosarito.

—¿Dónde ha dicho?

—¡En casa de la Maruja! ¡Con las putas! —aclaró Frasquita—. Si le corre prisa lo que tenga que hablar con él vaya allí. Fijo que lo encuentra. Está loquito por una de las dos mulatas que a la Maruja le han traído de Cuba.

—Comprendo... ¿Por dónde queda... la casa de la Maruja?

—Puede bajar hasta la Puerta Bisagra y tomar a mano derecha por la Perala. Cuando llegue...

—Rosarito, eso es muy complicado. Hágame caso a mí. Coja por esta calle que sale a la derecha —Frasquita señaló un poco más abajo—, y siga recto hasta la bajada de la Antequeruela. La última casa, antes de llegar a la plaza, es la de la Maruja. No tiene pérdida.

—Hay otra casa de citas enfrente.

—¡Pero no tiene nada que ver con la de la Maruja, hija!

—Lo digo para que el señor no vaya a confundirse. Pero es verdad, el camino que dice Frasquita es mejor —admitió Rosarito.

—Observo que están muy bien informadas —ironizó el inspector.

—El marido de esta, que en paz descanse, se aficionó a ir por allí cuando bebía más de la cuenta. Más de una vez tuvimos que traerlo. ¿Es o no es verdad, Rosarito?

—Mi Tomás era un bendito —gimoteó Rosarito—. ¡Pero cuando bebía, se le iba la cabeza! Eso era cosa de familia. También le pasaba a su padre —añadió en voz baja.

—Es verdad. A mí me lo contó alguna vez la suegra de esta.

Aquel manantial fluía sin cesar, pero no era lo que Collantes necesitaba. Se despidió destocándose la chistera, lo que causó mucha risa a las mujeres, y se encaminó por la calle que le habían indicado, por no parecer descortés. En la primera calle que pudo enfiló cuesta arriba en dirección a la posada. Vería a Valcárcel al día siguiente. Así tendría tiempo de planear el encuentro. Si era un perista y tenía mucho camino recorrido, el encuentro no iba a resultar fácil.

Cuando llegó a la posada estaba agotado. Tenía el vendaje y la camisa empapados en sudor, pero, al menos, el dolor del hombro había remitido. Necesitaba cambiarse el vendaje y tenía vendas, que le habían facilitado en el hospital al marcharse, pero no podía hacerlo solo.

—¿Cómo está? —le preguntó el posadero—. Tiene usted mala cara.

—Estoy algo cansado, Simón.

—Si la herida es tan grave como dicen... Me parece a mí que debería

usted guardar reposo.

—¿Cómo de grave dicen que es?

—Lo que se oye es que ha estado más muerto que vivo. Que le pegaron varios tiros y que no está muerto porque llevaba coraza debajo de la camisa.

—¡Qué barbaridad! ¡Cómo es posible que se invente de esa manera!

—¿No es verdad?

—No, solo fue un trabucazo, que me hirió en el hombro. Lo peor no ha sido la herida, sino la pérdida de sangre. Tengo vendado todo el pecho y el hombro izquierdo, y con este brazo... Necesitaría ayuda para cambiarme el vendaje.

—Mi Gala puede encargarse de hacerlo. ¡Tiene manos de ángel! ¿Le aviso?

—Si no es molestia...

—¡Qué va a ser molestia! ¡Gala! ¡Gala!

—Deme la llave, y voy ya para la alcoba.

Simón no había exagerado. Tenía manos de ángel. Le puso la untura sobre la herida con mucho cuidado y colocó el vendaje con la presión justa, como si lo hiciera con frecuencia.

—Cualquiera diría que te dedicas a esto.

Gala enrojeció y bajó la vista, mientras cerraba el tarro y recogía el vendaje que le había quitado.

—Lo lavaré y quedará como nuevo.

—No sé cómo podré pagarte este servicio.

—No tiene importancia. ¿No va a cenar?

—Después de una comida en el Mesón de los Canónigos... A mi estómago no le vendría mal algo de ayuno. La digestión ha sido pesadísima.

—¿Quiere que le prepare una infusión? Le ayudará a dormir. Mi madre me enseñó muchas cosas sobre las propiedades de las plantas y, de vez en cuando, salgo al campo y recojo las que sirven para aliviar ciertos desajustes.

—¿No te importaría?

—En diez minutos la tendrá aquí. Le aseguro que le vendrá bien a su estómago y le ayudará a dormir.

La joven salió a toda prisa de la alcoba. No solía entrar cuando los huéspedes estaban en ellas. Su padre se lo tenía prohibido. Con aquel huésped había hecho una excepción porque se trataba de un caballero.

Collantes durmió como hacía días que no lo había hecho. Había descansado mucho gracias a la cama, muy amplia, y posiblemente a la infusión que Gala le había preparado. Se lavó someramente y apareció por el comedor donde ya había dos huéspedes dando cuenta de sus desayunos.

—¿Qué tal ha dormido?

—Como un bendito. ¿Qué fue lo que me dio?

—Una mezcla de hierbas. Unas aligeran la pesadez de estómago y otras ayudan a conciliar el sueño. —Gala no quiso dar más detalles—. Supongo que tendrá ganas de comer, después del ayuno.

—Me comería un pavo.

—No exagere —le respondió picarona—. Voy a traerle un tazón de leche y unas rebanadas de pan para que las unte en manteca o se las coma con

chicharrones.

En aquel momento apareció Simón por la amplia sala que, junto a la cocina, servía de comedor. Gala se marchó para preparar el desayuno del inspector.

—¿Se quedará mucho tiempo? —le preguntó el posadero.

—No lo sé. Dependerá de cómo evolucione la herida. No puedo correr el riesgo de que se abra y el viaje hasta Madrid tiene un paseo...

Comió con apetito. Pero no volvió a ver a la joven después de que le dejara las viandas encima de la mesa. Se disponía a salir a la calle cuando apareció Celestino, que intercambió unas palabras en voz baja con Simón y se perdió por el patio. El inspector dudó un momento, si quedarse un rato en la posada. Era una circunstancia que no sabía si volvería a repetirse. Se dirigió a su alcoba y aguardó con el oído pegado a la pared de la alacena. Llevaba un cuarto de hora sin oír el menor ruido. Dudaba si marcharse, cuando oyó como un chasquido al otro lado de la pared. Alguien estaba abriendo la puerta de la lujosa habitación. Percibió cómo se cerraba y después se impuso el silencio. Los minutos pasaban y otra vez lo asaltaron las dudas. Perdía el tiempo en lugar de estar apretándole las clavijas al joyero. Iba a marcharse cuando oyó cómo la puerta se abría de nuevo.

Oyó la voz de Celestino increpando al posadero.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Porque han llegado unos compradores de nueces. Han traído dos carros llenos hasta lo alto de sacos. Van a dejarlos un par de días hasta que vengan con un carretón de bueyes, de los que cargan hasta cien arrobas. Han llenado medio portalón de sacos. Eso me deja un buen dinero. ¡No todos podemos vivir con los brazos cruzados!

—Bueno, bueno... está bien. Pero no tengo tanto tiempo como tú te crees. Soy un hombre ocupado. He hablado con el primo de doña Martina.

—¿Qué dice?

—Está resistiéndose.

—Por mucho que se resista, terminará pagando.

—¡Olvídate de ocho mil reales! Es posible que se le saque una bonita suma, pero tiene que ver los papeles. Si pudiera enseñárselos...

—¡Ni hablar!

—Pues no aflojará la mosca antes de verlos. Así que tú verás lo que haces.

Simón no tenía dudas de que Celestino estaba engañándolo.

—No me vengas con cuentos, Celestino. Lo que quieres es que te dé esos papeles y luego si te vi no me acuerdo. ¡Ni hablar!

—Si ese tipo no ve los papeles, no sacaremos nada. —Durante unos segundos se hizo el silencio en la alcoba—. Piensa con la cabeza, Simón. Si no le mostramos los papeles es como si no tuviéramos nada. Así que la parte de nada es nada.

—Vamos a hacer una cosa —dijo Simón después de un prolongado silencio—. Vamos a enseñarle los papeles a ese lechuguino. Pero se los voy a enseñar yo.

—¿Eso quiere decir que viajarías a Madrid?

—Sí. Vamos los dos juntos. Ya verás cómo ajustamos las cuentas.

—Simón, no sé... No sé si eso es lo más acertado. Estas cosas requieren de mucho tacto y de unas maneras que...

—Si yo no llevo los papeles, los papeles no van a Madrid —lo interrumpió el posadero—. Así que tú decides. Cuando te hayas aclarado me avisas.

Collantes oyó abrirse la puerta y dar un portazo. Luego, volvió a abrirse y echaron la llave.

En el portalón, cuando se dirigía a la calle, vio fugazmente a Gala. Subió los peldaños que lo conducían a Zocodover y cruzó bajo el Arco de la Sangre. Sin prisa, enfiló la cuesta de las Armas, hacia el taller de Valcárcel. La persiana del escaparate estaba alzada. Empujó la puerta y sonó el tintineo de una campanilla.

Valcárcel apareció de detrás del cortinón que separaba la tienda del taller.

—Buenos días, ¿en qué puedo servirle? —preguntó al tiempo que se quitaba del ojo la lente de joyero.

—Me gustaría charlar con usted, si dispone de tiempo.

Valcárcel se puso en guardia.

—¿Qué desea?

—Se lo he dicho, hablar con usted.

—Hablar... ¿de qué?

—De las joyas de Guadamur —le espetó mirándolo fijamente a la cara. El rostro del joyero se contrajo casi imperceptiblemente.

—No sé de qué me está hablando.

—Le hablo de las joyas que se conocen como el tesoro de Guarrazar.

—No sé de qué me habla —reiteró Valcárcel—. Si no quiere otra cosa,

tengo mucho trabajo para perder el tiempo de cháchara.

—No se haga el ignorante. Usted ha adquirido numerosas piezas pertenecientes a ese tesoro. Las ha comprado a un labriego de Guadamur, llamado Domingo de la Cruz. Una de ellas se la vendió usted a un francés, profesor de la Escuela Militar, llamado Hérouart.

—Se equivoca —replicó el joyero—. No le vendí a monsieur Hérouart ninguna corona. Ese señor y yo nunca hicimos buenas migas.

—Entonces, explíqueme, ¿por qué estaba usted en el funeral de su entierro?

Valcárcel encajó el golpe. No se lo esperaba.

—No tengo por qué darle explicaciones. ¿Quién se ha creído usted que es? ¡Salga de mi tienda inmediatamente! ¡Está molestándome y no tiene derecho a permanecer en ella un minuto más!

Collantes se llevó la mano al bolsillo interior de su levita y Valcárcel se quedó paralizado, temiéndose lo peor. Respiró al comprobar que el desconocido sacaba una billetera de la que extrajo la cédula que lo acreditaba como inspector de policía.

Valcárcel la examinó con detención para comprobar que no era una falsificación. En el mundo en que se movía era algo muy corriente y conocía a verdaderos expertos en reproducir documentos.

—Esta no es su circunscripción. No tiene jurisdicción. Así que márchese.

—Efectivamente, estoy adscrito a la brigada de policía de vigilancia del Distrito Uno de Madrid. Pero mantengo una excelente relación con el inspector Amézaga. Hemos colaborado en más de un caso. Fui el encargado de investigar unas muertes en las que monsieur Hérouart estaba implicado. Era vecino de Toledo, pero las muertes habían tenido lugar en Madrid. ¿Me sigue?

—A mí no me cuente historias... Yo no tengo nada que ver con eso. — Valcárcel estaba cada vez más nervioso.

—Ni yo he afirmado tal cosa. Todavía no le he dicho por qué estoy aquí y ya me ha plantado en la puerta de la calle. Su actitud me hace sospechar que teme algo.

—Soy un honrado joyero. No haga insinuaciones que carecen de fundamento.

—Según el inspector Amézaga no es usted tan honrado como dice. Ha comprado mucho oro a ladrones y gentes de mal vivir. Me ha mentado

cuando me ha dicho que no le vendió la corona a monsieur Hérouart.

—No, señor. No le he mentado.

—La información que yo tengo dice que Hérouart adquirió a usted esa corona que después vendió a los franceses.

—Usted tiene mala información.

El inspector no tenía dudas acerca de que Valcárcel le estaba mintiendo.

—¿Qué quiere ocultarme? Si compró esa joya y luego la vendió, no tiene por qué albergar temores.

—Entonces ¿por qué está tan interesada la policía?

—Se lo voy a decir. Usted ha sido el principal comprador de las joyas encontradas por Domingo de la Cruz. Necesito saber si tiene en su poder otras coronas. El gobierno trata de que si queda alguna, no salga de España. Estará de acuerdo en que es lamentable lo que ha ocurrido con esas piezas que tienen un gran valor arqueológico.

—¡A mí eso me importa un bledo! —replicó Valcárcel—. Si los franceses pagan más...

—Nuestro gobierno está dispuesto a pagar lo que hayan pagado los franceses.

—Me extraña mucho. Aquí no se aprecia el valor de las cosas.

Collantes hizo un gesto de resignación.

—No voy a discutir con usted sobre eso. Pero sí querría que me respondiera a una pregunta. Si usted no vendió la corona a Hérouart, ¿cómo llegó a su poder? Le voy a hacer dos advertencias para que no sienta la tentación de mentirme o de negarse a responderme. La primera, que Domingo de la Cruz ha declarado ante el juez que se la vendió a usted. La segunda, que esta pregunta se la puede hacer en el cuartelillo uno de los agentes expertos en preguntar y le aseguro que allí no se mostrarán tan amables con usted como he sido yo hasta este momento. Tómese el tiempo que necesite para pensar la respuesta. No tengo prisa.

Valcárcel no necesitó meditar. El inspector llevaba razón. Podían conducirlo al cuartelillo y tenía malas experiencias. Aquel polizone tenía información.

—No vendí la corona a Hérouart. Llegamos a un acuerdo por el cual él se encargaba de vendérsela a los franceses.

La cabeza de Collantes era como un volcán que había entrado en erupción. Valcárcel le había mentado cuando le dijo que no tenía tratos con el francés. Sin duda, había tratado de poner distancia con un sujeto que había

sido asesinado. Pero ahora no tenía razón para mentirle.

—¿Cuánto les pagaron?

El joyero dudó y cuando respondió lo hizo con un balbuceo.

—Doce... doce mil reales. —La voz apenas le salía del cuerpo.

—¿Se ratifica en que el papel de *monsieur* Hérouart fue el de un intermediario?

—Sí —se apresuró a responder el joyero.

Collantes se acarició el mentón.

—Eso aclara algunas cosas. —Sus palabras sonaron enigmáticas y alertaron a Valcárcel, quien hubiera querido preguntarle qué cosas eran las que aclaraba, pero con la policía cuantas menos cosas se dijeran, mejor. A Hérouart lo habían asesinado y lo mejor era mantenerse al margen de aquel asunto. Le extrañaba que, si la policía sabía que habían tenido tratos, no hubiera aparecido haciendo preguntas. Una pregunta del inspector lo sorprendió—: ¿Podría enseñarme los dos anillos que tiene en el escaparate?

El joyero salió de detrás del mostrador y abrió la vitrina con una llavecilla. Mostró los anillos a Collantes después de echarles el aliento y frotarlos contra su manga para que relucieran más.

—Puedo enseñarle otros modelos. También puedo montarle la piedra que quiera.

—No, no se moleste. Estos están bien. ¿Qué precio tiene este? — Collantes preguntaba por uno que tenía una piedra azul verdosa.

El joyero lo examinó, como si estuviera tasándolo.

—La piedra es una aguamarina, vale ochenta reales.

—¿No le parece demasiado?

Valcárcel dejó escapar un suspiro.

—Si se lo lleva, puedo dejárselo en setenta. Es un precio de amigo.

—Está bien.

Mientras colocaba el anillo en una cajita forrada en tafilete rojo, el inspector le preguntó:

—¿Tiene todavía alguna corona de las que compró a Domingo de la Cruz?

—No, señor. La única que quedaba completa es la que se llevó Hérouart a Francia.

—Supongo que me está diciendo la verdad.

—No le queda otra opción que creerme. Aquí tiene su anillo.

Buscó el dinero y pagó los setenta reales. ¿Puede hacerme un recibo?

—Claro. Aguarde un momento.

Pasó a la trastienda y poco después salió agitando un papelillo para que se secase la tinta.

—He puesto un anillo de mujer, con una aguamarina. Precio pagado setenta reales. He puesto la fecha y lo he firmado. ¿Le parece bien?

—Perfecto. Muchas gracias.

Guardó el recibo y se despidió estrechando su mano.

Salió del taller con una sensación agridulce. La parte agria correspondía al encargo hecho por don Amador de los Ríos. Al ilustre académico no iba a gustarle la noticia que llevaba sobre las coronas. El inspector no era un experto en joyería, pero estaba seguro de que si quedaba alguna corona en poder de Valcárcel, lo que era muy posible, no tardaría en desaparecer. Le arrancarían las gemas y fundiría el oro. Aquel perillán no se arriesgaría a que le fuera incautada. La parte dulce era que llevaba en el bolsillo algo que tal vez le ayudara a resolver la muerte de Héroutart.

Amézaga no estaba en el cuartelillo cuando llegó Collantes. Había ido a ver al gobernador civil. El agente que lo atendía era Padilla, el mismo que montaba guardia en el hospital cuando recobró el sentido. Lo saludó con afecto.

—No creo que tarde mucho, señor. Va dos veces por semana para informarle de los asuntos pendientes. No suele tardar más de una hora y hace ya una hora que se marchó. A veces tarda algo más en volver porque lo entretiene alguien por la calle. ¿Puedo serle útil en algo?

Collantes no lo había pensado, pero ya que el agente le hacía aquel ofrecimiento...

—¿Podría ver la nota que dejó Leocadia Gumiel cuando se suicidó? El inspector me la enseñó cuando estaba en el hospital y me gustaría comprobar un detalle. Supongo que está en el expediente.

—No creo que haya inconveniente. ¿Me acompaña, por favor?

Padilla lo condujo hasta una pequeña dependencia que solo recibía luz por un ventanuco de poco más de dos palmos cercano al techo.

—Este es nuestro archivo —comentó Padilla mientras buscaba infructuosamente el expediente—. ¡Qué raro!

—¿Ocurre algo?

—No lo encuentro. Pero debía de estar aquí. Fui yo quien lo archivó. Es lo último que hice antes de irme dos días de permiso. He vuelto esta misma mañana.

—Tal vez lo tenga el inspector.

—No creo. Este caso quedó cerrado cuando se encontró la carta de la suicida.

Collantes le explicó que esa Leocadia podía no saber leer ni escribir y que su jefe mandó preguntar por el vecindario.

—¿Averiguaron algo?

—Que su jefe llevaba razón. Un sujeto que se gana unos cuartos escribiendo cartas para la gente y leyéndoselas cuando las reciben aseguró que no sabía ni leer ni escribir. Que a Leocadia le resolvía esa papeleta *monsieur* Hérouart. Pero que cuando el francés estaba de viaje, era él quien le

había escrito y leído alguna carta.

—Eso explica que el expediente pueda estar en su despacho. Si esa declaración era falsa, no sabemos realmente quién asesinó al francés — comentó Padilla mientras cerraba el archivo.

En aquel momento apareció Amézaga.

—¡Don Luis, ¿qué le trae por aquí?!

—Verlo a usted, pero el agente Padilla se ha brindado a ayudarme.

—¿Qué buscaban ahí?

—El expediente de la criada del francés, señor —respondió Padilla.

—Está en mi mesa. Ese caso no está resuelto.

—Cuando yo me marché de permiso lo habíamos dado por cerrado —se excusó Padilla—. El inspector me ha explicado que usted sospechó que algo podía no encajar y se reabrió de nuevo.

Amézaga intercambió una mirada con Collantes y lo invitó a pasar a su despacho. Cerró la puerta y agradeció a su colega la versión que había dado al agente de las sospechas sobre la confesión de Leocadia Gumiel.

—Muchas gracias.

—No las merece. La experiencia me ha enseñado que el respeto de los agentes por sus jefes, más allá de las obligaciones de la ordenanza, es sumamente importante para el buen funcionamiento del cuerpo. Un jefe admirado es una garantía para sus subordinados. Mejor que todos piensen que ha sido usted quien tomó esa iniciativa. No olvido que me ha permitido hacer ciertas indagaciones que quedan fuera de mi jurisdicción.

—Siéntese, Collantes. ¿Ha hablado con Valcárcel?

—Cuando ayer tarde llegué a su taller se había ido de putas. Pero hoy hemos hablado.

—Cuénteme.

—Dice que no le vendió la corona al francés, como cree don Amador de los Ríos, sino que Hérouart ha actuado como intermediario en la operación de venta a sus compatriotas. Según Valcárcel, esa corona se ha vendido por doce mil reales, aunque no estoy seguro de que esa cifra sea la verdadera.

—¿Por qué?

—Porque cuando se lo he preguntado ha dudado antes de decírmelo.

—Quizá sean suspicacias tuyas.

—Es posible. Pero lo más importante es que tengo una muestra de la letra del joyero.

—¿Cómo la ha conseguido?

—Le he pedido un recibo por la compra de un anillo que le he hecho.

—¡Santa madre de Dios! Verdaderamente es usted... es usted increíble. Enséñeme... enséñeme ese recibo.

Se lo entregó y Amézaga soltó un silbido.

—No me diga que se ha gastado setenta reales para conseguir este papel.

—Bueno... También tengo el anillo. ¿Comprobamos esa letra con la declaración de suicidio?

—Ahora mismo. —Amézaga la buscó entre los papeles de la carpeta que contenía el expediente del caso—. Aquí está. Vamos a ver.

Durante un buen rato compararon la escritura de ambos textos. El silencio en el despacho solo lo rompía el tictac de un reloj de péndulo. Amézaga alzó la vista y la expresión cariacontecida de su semblante hacía innecesarias las palabras.

—No hay similitudes. El recibo está escrito con una caligrafía muy cuidada. No hay faltas de ortografía y esto —señaló la nota de suicidio— son poco más que palotes plagados de faltas de ortografía. Esto no ha podido escribirlo la misma persona.

Collantes seguía cotejando los dos textos. Efectivamente, había una diferencia sustancial en la forma en que estaban escritos. No podían haber salido de la misma persona.

Se despidieron estrechándose la mano. Collantes estaba ya en la puerta cuando se volvió.

—Si yo fuera usted buscaría un maestro en caligrafía.

—Esos textos no los ha escrito la misma persona.

—Hágame caso. Compruébelo.

Una vez en la posada, Collantes pidió recado de escribir. Tenía que comunicar a don Amador de los Ríos lo que Valcárcel le había dicho. Envío la nota con un rapaz al que dio unas monedas y le advirtió que esperaba respuesta. Le proponía verse aquella tarde a las cinco en el mismo lugar donde el académico le pidió realizar aquella gestión.

Después se tendió en la cama sin desvestirse y se quedó dormido. El vendaje que le había puesto Gala no se había movido y no era necesario levantarlo hasta el día siguiente para examinar la herida, que no había vuelto a molestarle. Lo despertaron unos golpecitos en la puerta.

—¡Un momento! —Se levantó sin mucho cuidado y comprobó que no sentía molestias—. ¿Quién llama?

—Soy Gala.

—¡Un momento!

Se miró en el espejo del tocador que habían llevado a la alcoba y trató de recomponer su imagen. Se ajustó el cuello y los puños de la camisa, y con las manos se arregló el cabello. Abrió la puerta y, antes de abrir la boca, la joven le dijo:

—Manolico le ha traído esto. —Le entregó un sobrecito y se quedó esperando como si aguardara algo. Collantes la miró y ella clavó la vista en el suelo. Pensó que la joven esperaba una propina. Pero cuando alzó la cara vio dos lágrimas recorrer sus mejillas.

—¿Qué te pasa? —Iba a bajar la cara, pero el inspector sujetó su barbilla—. ¿Por qué estás llorando?

—Es... es —un nudo en la garganta apenas le permitió articular dos palabras— mi padre.

El inspector le ofreció su pañuelo y Gala se secó las lágrimas.

—¿Le ha pasado algo?

—Es... es... el administrador de doña Martina. Es una... mala persona —dijo sin contener las lágrimas—. Va a meter... va a meter a mi padre en un lío.

—¿Qué quieres decir? Pasa, cuéntamelo despacio.

Antes de entrar se aseguró de que nadie la veía. Estaba en juego su honra.

—¿Qué pasa con tu padre y ese administrador? —preguntó Collantes, seguro de que tenía que ver con el asunto de los papeles por los que discutían.

—Ese individuo, que se llama Celestino, es un indeseable. Le ponía los cuernos a don Atilano, que era un bendito y lo había sacado de la miseria. Era un inclusero y lo tomó a su servicio como recadero y mozo de cuadra. Luego, con el apoyo de doña Martina, que no era trigo limpio, terminó de ayuda de cámara de don Atilano. Por entonces ya se citaban la señora y él en la alcoba que hay al lado de esta. Mi padre actuaba de tapadera. Le cuento esto solo para que sepa quién es ese sujeto. Un miserable. Hace algunos meses mi padre encontró unos papeles en el fondo de un cajoncillo del bargueño que hay en ese aposento y se los mostró a Celestino, sin decirle de dónde habían salido. En esos papeles hay cosas muy... muy feas y si salieran a la luz se conocerían muchas de las cosas que hizo doña Martina en vida. He tratado de convencer a mi padre de que lo mejor es destruir esos papeles. Doña Martina a nosotros no nos hizo ningún mal. Más bien al contrario, para que mi padre mantuviera la boca cerrada sobre lo que pasaba en esa alcoba, nos dio algún

beneficio. Yo... yo... —Otra vez rompió a llorar y el inspector trató de calmarla ofreciéndole un poco de agua. Poco a poco se serenó de nuevo. Pese a tener los ojos enrojecidos estaba bellísima con el arrebol que coloreaba sus mejillas—. Yo no estaba de acuerdo con las cosas que estaban pasando aquí. La familia de mi madre, que gloria de Dios haya, desde mis tatarabuelos ha servido a los Rísquez de Losada, eran mucho de don Atilano. Pero a mi padre eso le importaba menos y, tras la muerte de mi madre, que fue muy poco después de que don Atilano se quedara viudo, doña Martina ordenó arreglar esa alcoba. Si usted la viera... nadie puede imaginarse que en una posada haya una habitación como esa. Es el dormitorio de un palacio. Los marcos de los espejos son dorados, el suelo está cubierto con alfombras, los sillones están tapizados en terciopelo... ¡La cama, donde podrían dormir media docena de personas, hasta tiene dosel! No quiero hacerle perder el tiempo con estas cosas, pero es que... Lo que le estaba diciendo era que ese Celestino ha convencido a mi padre, que es muy bruto, pero muy buena persona, para que se meta en un asunto del que puede ir a por lana y volver trasquilado.

—¿Qué asunto es ese?

—Van a ir a Madrid dispuestos a sacarle los dineros a un señoritingo que era primo de doña Martina. Un tontaina que no ha dado un palo al agua en toda su vida y ahora es rico porque ha sido el heredero de la señora. Los Rísquez de Losada están que trinan con la herencia porque los dineros eran de don Atilano. Lo que el Celestino, que es muy largo, además de sinvergüenza, quiere es un compinche en sus manejos para que, si la cosa sale mal, cargue con el mochuelo. Se lo he dicho a mi padre mil veces, pero no me hace caso. A nosotros no nos hace falta. La posada, que la familia de mi madre tiene arrendada desde los tiempos de Carolo, nos da para ganarnos bien la vida. Tenemos lo que nos hace falta. Sin lujos, pero no pasamos las fatigas que sufre mucha gente. Con ese Celestino de por medio, esto no puede salir bien. Pero, como ya le he dicho, mi padre está ofuscado. Se van a Madrid dentro de tres días y estoy muy asustada, don Luis. —Se secó las lágrimas con el pañuelo y luego se sonó la nariz—. Déjemelo para que se lo lave.

—¿Tú sabes lo que hay escrito en esos papeles?

—Deletreo, pero poco más que juntar las letras. Muchas veces no me entero de lo que está escrito. Hay veces que no entiendo las letras. —Guardó silencio un momento y preguntó al inspector—: ¿Querría usted leer esos papeles?

Collantes se acarició el mentón, era una costumbre que tenía siempre que lo asaltaba una duda. Necesitaba un buen afeitado. Llevaba dos días sin pasarse la navaja y su barba era negra, recia y cerrada.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

Las lágrimas asomaron de nuevo a los ojos de Gala. Tuvo que hacer un esfuerzo para no romper a llorar de nuevo y tragó saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta.

—Porque usted... usted es diferente a los hombres que pasan por la posada.

—¿Por qué dices eso?

Las mejillas de Gala se encendieron. Se puso roja como la grana y agachó la cabeza avergonzada.

—Porque otro habría tratado de..., bueno, ya me entiende. Usted es un caballero. Me gustaría que hablara con mi padre. Es mucho pedirle... pero quizá le haga caso.

—Podría mandarme... mandarme a hacer puñetas.

—No lo crea. Lo conozco bien. Como le he dicho, es un poco bruto, pero no es mala persona. Se desloma de trabajar para que yo tenga la vida asegurada cuando él falte. Sé cuando mi padre siente respeto por una persona.

—¿Lo crees en mi caso?

—Estoy segura. No lo digo porque usted sea policía, sino porque usted es un caballero. No siente el mismo respeto por don Andrés, su compañero. Sé lo que digo.

Collantes soltó un bufido. Gala le había advertido de la comisión de un delito. Lo que Celestino y su padre pretendían hacer era chantajear a una persona.

—Vamos a hacer una cosa. Para entrometerme en ese asunto, tengo que saber de qué se trata y eso significa que necesito leer esos papeles. Si me los consigues y me entero de lo que realmente se traen entre manos...

—¿Habría con mi padre?

—Sí. No sé si servirá para algo, pero hablaré con él.

A Gala se le iluminó la cara.

En el billete de respuesta, don Amador de los Ríos le comunicaba que lo esperaba en el café de Zocodover a las cinco de la tarde. Collantes se organizó con vistas a ese encuentro. Almorzó en la posada un potaje de judías con su acompañamiento y unas natillas que Gala había hecho especialmente para él.

Después de almorzar se encerró en su alcoba y no resistió la tentación de pasar a la habitación contigua utilizando el artilugio que hacía desaparecer el fondo de la alacena. Gala tenía razón. Era un aposento digno de un palacio y resultaba verdaderamente extraño en una posada. Todo lo que allí había rebosaba lujo. Los espejos, los marcos, el mobiliario, la espléndida cama, las mullidas alfombras. El bargueño era una pieza propia de museo. Se acercó, abrió la tapa y comprobó que la caoba estaba adornada con incrustaciones de piedras semipreciosas. En los cajones, representados en marfil, podían verse los doce trabajos de Hércules.

Abrió el cajón del centro y oyó un «clic», apenas perceptible. Lo cerró y, al abrirlo de nuevo, otra vez escuchó un leve sonido que, solo un oído muy fino y en silencio, podía oír. Tiró hasta sacarlo de la cajonera y palpó en la oquedad hasta dar con un botoncillo que presionó con el dedo. Como por arte de magia salió un cajoncito. Collantes había oído hablar en alguna ocasión del secreto, el cajón disimulado que había en algunos bargueños y servía para guardar algo pequeño, valioso o comprometedor. Sacó el cajoncillo, pensando que iba a encontrar algo fuera de lo común, pero le decepcionó comprobar que estaba vacío. Fue a colocarlo en su sitio, pero notó dificultad para encajarlo; como si tropezara con algo que había en el fondo. Metió los dedos y con dificultad logró sacar un papelillo arrugado que, sin leerlo, se guardó en un bolsillo. Volvió a colocar el secreto en su sitio, ahora sin dificultad, e introdujo el cajón en la cajonera. Cerró la tapa, salió del lujoso aposento y el fondo de la alacena volvió a ser una pared.

Se disponía a leer el papelillo cuando sonaron unos inoportunos golpes en la puerta, lo guardó de nuevo y al abrir la puerta se encontró con su colega.

—Hay importantes novedades —se adelantó Amézaga.

—Pase, pase. No dispongo de mucho tiempo —consultó su reloj—, a las cinco he quedado con don Amador de los Ríos.

El toledano no se anduvo por las ramas.

—Es posible que la letra de ambos textos haya salido de la misma mano.

—¿Cómo? ¿Por qué dice que es posible?

—Porque no está certificado por un maestro calígrafo...

—¿Entonces?

—Cuando he ido a casa del francés a comprobar...

—¿Ha ido usted personalmente?

—Sí, he ido yo acompañado por Padilla y otro agente, llamado Camargo. Poco antes de llegar a nuestro destino nos cruzamos con un individuo un tanto pintoresco. Camargo, que había indagado si Leocadia Gumiel sabía leer y escribir, me dijo que era el escribano del vecindario. — Amézaga consultó una libretilla que sostenía en la mano—. Se llama Bernardino Palomo. Se me ocurrió pedirle su parecer sobre los dos textos de marras.

—¿Qué ha dicho?

—Que no tiene duda de que la letra ha salido de la misma mano. Que en la declaración de suicidio se ha tratado de disimular, empeorándola y llenándola de faltas de ortografía. Pero afirma que se aprecian detalles en varias letras que tienen la misma forma. Se ha referido a la manera de cerrar las «oes» también a un rasgo similar en las «eles» y en el rabillo de la «erre». Si se confirma, tenemos al asesino de monsieur Hérouart y de Leocadia Gumiel. ¡Ese maldito joyero! Tenía que haberlo supuesto desde el principio. Sabía que era un malandrín, pero no imaginé que su maldad pudiera llegar a tanto. —Miró a su colega y le sorprendió verlo hacer un gesto de duda—. ¡Collantes... no irá a decirme...! ¡Esto está tan claro como el agua!

—La muerte de Leocadia Gumiel, sin duda...

—¡También la del francés! —exclamó Amézaga irritado.

—Siento decirle, amigo mío, que yo no lo tengo tan claro.

—No me fastidie...

—Insisto en que no lo veo tan claro.

—¿Por qué? Dígame ¿qué es lo que no ve tan claro? —preguntó desafiante.

—Porque Valcárcel jamás habría cargado conmigo para llevarme del bosque a la puerta del hospital.

Amézaga se quedó mirándolo con cara de incredulidad.

—Pues ese hombre... ese hombre —miró de nuevo la libretilla—, Bernardino Palomo, dice que la letra es de la misma mano.

—No lo discuto. Eso explicaría la muerte de Leocadia Gumiel. Valcárcel la asesinaría y trataría de hacer pasar su muerte por un suicidio. Pero no explica la muerte del francés. Si fuera usted no perdería un minuto en someter al joyero a un interrogatorio para obligarlo a confesar por qué asesinó a esa mujer. Quizá nos lleve hasta quien mató a Hérouart. —Consultó de nuevo el reloj—. Lamento mucho no poder continuar con la conversación, pero no puedo entretenerme más. Son casi las cinco y no me gustaría llegar tarde a la cita con don Amador.

Collantes colocó su capa sobre los hombros, se caló la chistera y tomó el bastón. Salieron de la alcoba y ya en la calle, donde había dos agentes, insistió a su colega:

—Hágame caso, Amézaga. Vaya en busca de Valcárcel. —El inspector asintió sin abrir la boca. Estaba enojado. Era la segunda vez que daba el caso por resuelto y Collantes echaba por alto las conclusiones. Sabía que sus argumentos eran de peso, pero le fastidiaba que fuera un par de pasos por delante—. Si no estuviera en su taller pregunte a una vecina que vive en la casa de enfrente. Se llama Frasquita y si no la viera por allí, cosa que dudo, vaya a casa de Maruja. Una casa de citas en la Antequeruela. Busque también un maestro calígrafo. La opinión de ese Bernardino Palomo solo es eso... una opinión.

—Ya he quedado con él mañana a primera hora. Es el profesor de caligrafía de una escuela para señoritas.

—Esperemos que lo confirme.

El encuentro con don Amador fue breve. La noticia de que no había más coronas fue como un jarro de agua fría para el ilustre académico.

—Tengo la impresión de que ese sujeto va a tener problemas muy serios con la justicia. Además, sospecho que me ha mentado.

—¿Por qué piensa que va a tener problemas con la justicia? —planteó De los Ríos—. Según tengo entendido es astuto y muy escurridizo. Es un tipo listo.

—No puedo adelantárselo. Pero estamos hablando de cosas muy graves, incluido el asesinato. Es posible que en cuestión de días esté en las páginas de los periódicos.

Don Amador arqueó sus pobladas cejas que contrastaban con una calvicie algo más que notable.

—¿Se sospecha que haya podido matar a monsieur Héroutart?

—No, los tiros van por otro lado.

—¿Por qué me ha dicho que sospecha que le ha mentado?

—Porque, como usted ha dicho, es un tipo listo. Sabe que el oro fundido y las gemas de las joyas del tesoro de Guarrazar valen mucho menos que como piezas arqueológicas. Según me ha dicho, los franceses han pagado por la última corona que les vendió Héroutart doce mil reales. El oro y las gemas valen la quinta o la sexta parte. Por cierto, ¿sabe que el papel de Héroutart en esa venta fue la de un intermediario?

—¡No me diga!

—Eso al menos es lo que dice Valcárcel. Aunque no me fío mucho. Ni siquiera estoy seguro de que sea verdad el precio que, según él, pagaron los franceses por la corona.

—En fin, don Luis, le agradezco mucho el interés que se ha tomado por este asunto. Es una pena que hayamos sacado poca cosa en limpio.

—No lo crea, don Amador, aunque por lo que se refiere a su encargo ha sido un fiasco, es posible que arrojemos luz sobre otro asunto. No puedo decirle más, pero no ha sido un tiempo perdido.

—Me alegro, porque el asunto de las coronas y las cruces en manos de los franceses lo veo más oscuro cada día que pasa. La sumaria está cada vez más empantanada. ¡Qué le voy a decir a usted de la lentitud de la justicia en nuestro país! Los abogados, en defensa de los intereses de sus clientes, lo ponen todo en cuestión. Alargan los plazos hasta el límite. El juez pide nuevas pruebas. Se producen nulidades por defectos de forma... Me temo que tardaremos en tener una sentencia y ya veremos qué dice.

—Lo veo muy pesimista.

—Es para estarlo. Los franceses, ladinamente, se escudan en argumentos por los que, si la situación fuera a la inversa, habrían organizado un verdadero escándalo. Esta mañana he tenido conocimiento de que don Alejandro Mon deja la embajada. Me temo que todo el interés que se ha tomado por este asunto, removiendo el cielo con la tierra, no tenga continuidad. Añada usted a ello nuestra tendencia a no construir sobre lo que ya está levantado. La historia empieza con nosotros y el legado de nuestros antepasados suele importarle a muy poca gente.

—Usted es un ejemplo de lo contrario.

—Le agradezco que lo diga. Pero ya veremos qué actitud adopta nuestro nuevo embajador. Cuando los asuntos quedan enterrados en una montaña de

papeles, hay una tendencia a olvidarse de ellos y, si es otro quien los ha llevado, mucho peor. No nos gusta compartir las medallas.

Collantes estaba de acuerdo con lo que el ilustre académico acababa de afirmar. Tanto que había sido extremadamente cuidadoso en su relación con el inspector Amézaga y había procurado que, en todo momento, las investigaciones que habían arrojado luz sobre las muertes de monsieur Hérouart y Leocadia Gumiel, aparecieran como logros de su colega. Aunque, si por Amézaga hubiera sido, los casos estarían cerrados en falso.

—Esperemos que en esta ocasión se equivoque.

—Dios le oiga, don Luis, Dios le oiga.

Collantes pagó los cafés, pese a la resistencia que ofreció don Amador. En la calle, la luz había menguado mucho porque la tarde declinaba rápidamente y porque unos negros nubarrones cubrían el cielo de Toledo. El olor a tierra mojada traído por una brisa del oeste anunciaba que estaba a punto de empezar a llover. Se despidieron con un apretón de manos y la promesa de verse en Madrid.

Fue cuestión de segundos que empezaran a caer los primeros goterones, grandes y espaciados. El inspector se caló la chistera, apretó el cuello de su capa y caminó deprisa, pero no había terminado de cruzar Zocodover cuando la lluvia era torrencial y por los aleros de los tejados caían verdaderos chorros de agua. Buscó refugio en los soportales junto al Arco de la Sangre y allí oyó un comentario que llamó su atención.

—¿Estás seguro de que era el joyero? —La pregunta la hacía una mujer que se había quitado el mantón para sacudirse el agua.

—Segurísimo —respondió un hombre—. Lo llevaban esposado.

—Antes o después tenía que ocurrir —comentó la mujer después de volver a colocarse el mantón—. Es un individuo de cuidado.

Collantes supo que estaban hablando de Antón Valcárcel. Dudaba si, una vez aflojara la lluvia, dirigirse al cuartelillo o a la posada, cuando se acordó del papelillo que había encontrado en el bargueño y del que se había olvidado por completo. Comprobó que seguía estando en su bolsillo y al palparlo tomó la decisión. Se iría a la posada al primer respiro que diera la lluvia. Estaba muy cerca, pero con aquel torrente bastaban unos pasos para empaparse y parecía que arreciaba.

Los veinte minutos de espera fueron suficientes para que la noche cayera sobre Toledo. Cuando entró en la posada, el portalón estaba lleno de gente. También allí habían buscado refugio otros de los sorprendidos por el

aguacero. Simón estaba en el centro de uno de los corrillos y Gala, al verlo aparecer por la puerta, se dio prisa para acabar de encender los candiles. Se acercó a él con la mecha humeante en la mano y le entregó la llave de la alcoba.

—En cuanto tenga un minuto, le llevo los papeles —le susurró disimuladamente.

Collantes, una vez en su cuarto, echó la aldaba y, tras quitarse la capa, se destocó la chistera procurando tocarla lo menos posible para no dejarle marcas. Una vez seca, pediría a Gala que se la cepillase. Luego encendió las velas del candelabro, sacó el papelillo y lo leyó con atención.

—¡Vaya con doña Martina...! —farfulló entre dientes.

Se tendió en la cama pensando en cómo se le había complicado la vida. Llevaba en Toledo más de una semana y salió de Madrid pensando que era cosa de un par de días. Habían estado a punto de acabar con su vida, se había encontrado con dos asesinatos, había estado hospitalizado por primera vez en su vida, y se había visto envuelto, por ayudar a una criatura deliciosa, en un embrollo del que solo sabía que había un intento de chantaje de por medio, pero desconocía lo que había detrás de todo ello. En pocos minutos quedó adormilado y lo sobresaltaron los golpecitos en la puerta.

—¿Quién llama?

—Soy Gala, ¿puede abrirme?

—Un momento.

Se miró al espejo, recompuso su imagen lo mejor que pudo y se preguntó por qué se preocupaba por eso, si nunca hasta entonces le había dado la menor importancia. Al abrir la puerta se encontró con que Gala sostenía una palangana y unas vendas. Collantes la miró extrañado.

—¿Vamos a cambiar ese vendaje?

—Sí... —respondió un dubitativo Collantes.

Una vez en la alcoba, Gala le dijo:

—Es que... es que hay que andarse con siete ojos, don Luis. —Dejó la palangana sobre la mesa y con el rostro arrebolado, comentó—: Hay quien ya está dándole a la lengua.

—¡Vaya por Dios!

—Aquí tiene lo que le prometí. —Se dio media vuelta y se metió la mano en el escote. Al volverse estaba roja como la grana y tenía un pequeño fajo de papeles en la mano—. No puede tenerlos mucho rato. Si mi padre se entera de que los he cogido...

—Despeja la mesa, por favor.

Gala puso la palangana en el suelo y colocó el candelabro en un extremo. Collantes deshizo el balduque que ataba el fajo de papeles y se concentró en su lectura. Los dos primeros eran ingresos y gastos; asentamientos de cuentas rendidas por el administrador. No observó nada especial en ellos. Otra era una carta de Celestino a doña Martina comunicándole que estaba resuelto el pago del préstamo de un moroso. Para cobrarle había sido necesario darle una paliza. Los esbirros le habían roto una pierna.

—¡Menuda gentuza! —exclamó el inspector.

—Conocí a los sujetos a quienes el Celestino encargaba ajustar las cuentas a la gente. Eran dos rufianes peligrosos. Pocos saben que doña Martina era prestamista.

—¡Mira... mira esta! Es una declaración de amor de ese Celestino a... ¡Andando! No le declara su amor a doña Martina sino a una tal Margarita.

—¡Ah, sí! ¡Menudo escándalo se organizó! El Celestino rondaba a una pastelera. Conociéndolo... lo único que quería era... bueno, usted ya me entiende. —Gala agachó la cabeza. Sentía mucha vergüenza al referirse a aquel tipo de cosas. Algo que no le importaba hacer con otras personas.

—¿Qué ocurrió?

—Al enterarse doña Martina, se puso hecha una furia. No quería... bueno, consideraba que el administrador era de su propiedad. Aunque estoy convencida de que solo lo quería... bueno, usted ya me entiende... —Volvió a mirar el suelo.

El inspector leyó otra carta en la que Celestino pedía instrucciones para encontrarse con doña Martina. En una nota al pie, probablemente escrita por ella, le decía que aguardara al día siguiente en el lugar donde él sabía. —El inspector supuso que era la lujosa estancia de la posada. Había una frase que tenía algo de obsceno: «Estoy deseando que riegues mi jardín. Lleva seco demasiados días.»

No hizo comentario alguno para que Gala no pasase un mal trago.

El penúltimo de los papeles era una relación de joyas compradas a Antón Valcárcel y el precio pagado por cada una de ellas.

—Aquí hay una anotación muy curiosa.

—¿Qué dice?

—Que proceden del asalto que unos bandoleros perpetraron en el camino de Madrid, a la duquesa de las Alamedas. Quizá eso explique por qué

se ha pagado tan poco por ellas —Collantes recordó los setenta reales que había pagado por el anillo—, pese a que por la descripción se trata de joyas de gran valor. No sé cómo se hacen estas anotaciones. Si este papel lo viera la marquesa podría reclamar las joyas que doña Martina compró por una miseria.

El último papel era una minuta.

—Aquí dice que le pagaron doscientos cincuenta reales a un médico cuyo nombre no se especifica.

—¿Doscientos cincuenta reales? Eso es mucho dinero.

—Muchísimo, Gala. Esto tiene pinta de que aquí hay gato encerrado. Gala iba a decir algo, pero sonaron unos golpes en la puerta.

—¿Sí? —preguntó el inspector.

—Soy el agente Padilla. Disculpe, pero necesito hablar con usted.

—Aguarde un momento. Enseguida le abro.

Hizo un gesto a la joven para que pusiera la palangana encima de la mesa, mientras él se quitaba la levita y la camisa a toda prisa.

—Ayúdame a quitar el vendaje —susurró en voz baja.

El propio Collantes empapó su pañuelo en el agua de la palangana y se lavó la herida con menos cuidado del que debía tenerse y, después de hundir los dedos en el unguento, lo untó en la herida, que estaba cicatrizando sin problemas.

—¿Qué hago ahora? —preguntó Gala, nerviosa.

—Véndame otra vez y no te preocupes en hacerlo bien, sino rápido.

Una vez vendado el hombro, se sentó en la cama y con un gesto le indicó que abriera la puerta.

El agente, al ver a la joven, dudó si entrar.

—Adelante, Padilla, pase. No se quede ahí como un pasmarote. ¿Qué ocurre?

—Disculpe, señor. No sabía que...

—Gala estaba terminando de vendarme el hombro. ¿A qué debo su visita?

—El inspector Amézaga quiere hablar con usted.

—¿Ahora?

—Sí, señor.

—Supongo que será algo muy importante.

—Lo es, señor.

—Está bien. Me vestiré e iremos a ver al inspector.

—Lo espero fuera, señor. Lamento mucho... lamento mucho haber interrumpido su curación.

—No tiene importancia.

Padilla salió cerrando la puerta.

—¡Menos mal que se le ha ocurrido montar esta escena! Toledo es muy pequeño, don Luis. Esto no es Madrid. Mañana todo el mundo sabría que yo

estaba encerrada con usted en una alcoba. Imagínese lo que añadirían a continuación.

—Ahora tengo que marcharme. Me dio la impresión de que ibas a decirme algo cuando llamaron a la puerta. ¿Me equivoco?

—No, señor. Es que me he acordado de una cosa cuando ha dicho que le pagaron a un médico doscientos cincuenta reales...

—Ya me lo contarás. Si me entretengo, ese policía va a pensar mal. Sal con la palangana y la venda. Yo terminaré de vestirme.

Poco después, Collantes y Padilla salían de la posada. Por el momento, había dejado de llover. La noche quedó desapacible y apenas se cruzaron con gente en la calle.

—¿Qué ha ocurrido, Padilla?

—Valcárcel ha cantado como un tenor.

—Tenía la impresión de que el joyero era un tipo más correoso. ¿Qué ha dicho?

—No lo sé, señor. Pero debe de ser importante para que el jefe me haya ordenado que fuera a buscarle a toda prisa y con esta nochecita.

Collantes apretó el paso y le alegró comprobar que no se fatigaba. Apenas cinco minutos después entraban en el cuartelillo.

Los dos agentes de guardia saludaron a Collantes. En un banco había dos sujetos esposados. Tenían mal aspecto y mostraban los efectos de una paliza. Collantes los miró y preguntó a Padilla:

—¿Quién los ha puesto así?

—A veces a alguien se le va la mano.

Collantes hizo un gesto de desagrado. Una declaración obtenida mediante maltrato físico no tenía valor alguno. Cualquier leguleyo de medio pelo, si podía demostrar maltrato, sacaba al acusado libre de polvo y paja. Conocía casos de peligrosos malhechores que se habían ido de rositas por esa causa. Muchos de sus compañeros creían que estaban en los viejos tiempos cuando no había una Constitución y se obtenían confesiones a palos o se utilizaba el tormento.

—¿Han maltratado a Valcárcel?

—No, aunque no por falta de ganas. Todo el mundo sabe que ese individuo es un perista. Si no comprara lo que no debe, algunos robos no se perpetrarían.

Habían llegado a la puerta del despacho del inspector y Padilla, con los nudillos dio unos toquecitos en la puerta.

—¡Adelante, pase!

—El inspector Collantes, señor.

Entró y vio a su colega retrepado en su sillón y fumando con cierta delectación un grueso habano. Se levantó con aire perezoso y le estrechó la mano.

—Gracias por venir.

—No hay que darlas.

Valcárcel estaba sentado con las manos esposadas a la espalda. Tenía una pequeña herida en la frente que había sangrado un poco.

Amézaga se dio cuenta de que al inspector madrileño no le había gustado lo de la frente de Valcárcel.

—Un insulto que no le podía consentir. Me mentó a mi madre y el muy canalla sabe que la enterramos hace pocos meses. No tuvo bastante con eso y me soltó un escupitajo.

—¿Por eso está esposado?

—No me fío de esta rata.

—¿Qué ha dicho?

—¿Quieres repetirle al inspector lo que me has dicho a mí?

Valcárcel no abrió la boca. Estaba como ausente. Como si aquello no fuera con él. Amézaga se mostró más autoritario.

—Te he dicho que digas al inspector lo que me has contado a mí.

La respuesta fue otra vez el silencio.

Amézaga retiró el habano de su boca. Iba a decir algo, pero Collantes se adelantó.

—¿Podemos salir un momento?

—Por supuesto.

Entraron a una habitación pequeña y escasamente amueblada. Una tabla larga llena de ganchos para colgar la ropa, un par de sillas que habían conocido mejores tiempos y un armario.

—Sabe que si un abogado ve esa herida...

—No llame a eso herida. Le solté una bofetada cuando me escupió, agachó la cabeza y... Tenía que haberme quitado el anillo. Ha sido un acto proporcionado.

—Pero un leguleyo de esos que lo retuercen todo puede conseguir que su confesión carezca de valor.

—Eso será en Madrid. Aquí, en Toledo, hacemos las cosas de otra forma.

—No hay más que una forma, Amézaga. La que está establecida por ley. En fin, vayamos al grano. ¿Qué ha dicho?

—Se ha visto acorralado con el recibo... Por cierto, usted también ha recibido su ración de improperios. No es tonto y sabe que está perdido. Aunque no ha confesado que sea el asesino de Leocadia Gumiel, sabe que todas las pruebas lo acusan y antes o después terminará admitiéndolo. Lo que rechaza de plano es que sea el asesino de Hérouart.

—Para mí no es una novedad. Nunca he creído que fuera él quien mató al francés.

Amézaga dio una chupada a su habano y expulsó el humo con delectación antes de anunciar:

—Lo que nos ha dicho es el nombre de quien lo mató. —Amézaga había soltado aquello con aire de suficiencia.

—¿Quién?

Antes de responder, dio otra calada a su habano y expulsó lentamente el humo. Gozaba del momento. Por primera vez iba un paso por delante de su colega, que no había dejado de enmendarle la plana.

—Leocadia Gumiel.

Collantes se quedó en silencio. Conocía casos de criados que habían asesinado a sus amos porque los maltrataban y los trataban como a animales. En otras ocasiones, para robarles. En cualquier caso, lo que acababa de oír era una sorpresa. Se planteó si habría sido Leocadia Gumiel quien lo había llevado hasta la puerta del hospital. La recordó como una mujer recia, que no habría sobrepasado los treinta o treinta y cinco años, acostumbrada a las tareas de llevar sola una casa.

—¿Cómo lo sabe Valcárcel?

La pregunta sorprendió a Amézaga.

—Pues... No se lo he preguntado. Leocadia Gumiel acabó con la vida de su amo y Valcárcel con la de Leocadia Gumiel. Esa mujer era joven y fuerte. Pudo cargar con usted y dejarlo en la puerta del hospital. Ahora todo encaja.

—Necesitamos los motivos. ¿Por qué mató Leocadia a su amo? Que lo haya dicho Valcárcel no es razón de peso. ¿Sabemos por qué el joyero mató a Leocadia? —Amézaga negó con la cabeza—. Además, esa muerte tiene que confirmarla el análisis caligráfico...

—Hay otro dato que usted no conoce. Me han traído el resultado de la autopsia de Leocadia Gumiel.

—¿Qué dice?

—Que no fue un suicidio. Murió asesinada.

—Ha dado pasos muy importantes en la investigación. Todo apunta a que esas muertes guardan relación. Pero estamos tirando del hilo de la madeja. No hemos desliado todo el ovillo.

Amézaga se quedó mirándolo cariacontecido.

—¿Sabe que no hace más que complicar las cosas? —protestó antes de dar otra chupada a su habano.

—Yo diría más bien que busco esclarecerlas. —Collantes se acarició el mentón; más que raspar, pinchaba. El afeitado no podía pasar del día siguiente. Se lo pediría a Gala, así tendría otro motivo para estar a solas con ella. Que Padilla hubiera llamado a la puerta de su alcoba le había sentado como un tiro. Se sentía a gusto con ella. Tenía unos ojos preciosos y le encantaba ver cómo el arrebol cubría su rostro—. ¿Podría hablar con Valcárcel? Sin testigos.

—No hay problema.

Se encerró con el joyero en el despacho y estuvo cerca de una hora. Amézaga, que aguardaba fuera, estaba cada vez más nervioso. Cuando Collantes salió, con aspecto cansino, estaba dando cuenta de otro habano.

—¿Qué? ¿Ha sacado algo en claro? —le preguntó nada más verlo aparecer por la puerta.

En lugar de responder, Collantes le dijo:

—Creo que deberíamos dar una vuelta por la casa de Hérouart.

—¡A estas horas! Están a punto de dar las once.

—Sé que es muy tarde. Pero creo que deberíamos ir.

—¿Por qué?

—Porque si Valcárcel no me ha mentado, podemos encontrar la prueba definitiva para dejar resuelto todo esto.

Amézaga resopló con fuerza.

—Está bien... que no se diga... ¡Padilla...!

—Diga, señor.

—Encárguese de Valcárcel. Enciérrelo en una celda, pero antes deme la llave de la casa del francés.

Padilla la sacó de una gaveta y se la dio.

—¿Quiere un farolillo para alumbrarse?

—Déselo a Camargo. Se viene con el inspector y conmigo. —Miró a Collantes y le preguntó—: ¿Qué tenemos que buscar allí?

—En principio papeles y quizá algo más.

Durante el trayecto caminaron en silencio. Camargo iba un par de pasos por delante, alumbrándoles. Entraron en la casa donde los sonidos, en medio de un silencio que tenía algo de agobiante, cobraban un tono muy particular. Encendieron dos quinqués en el que había sido gabinete de Hérouart, lo que les proporcionó una luz aceptable y comenzaron a revisar todos los papeles. Los que había sobre la mesa y los que encontraron en los cajones. Después de una hora no habían encontrado nada que llamara su atención. Habían leído varias docenas de cartas que no aportaban nada. Un par de escritos de la notaría. Una copia de la escritura de compra de la huerta de Guarrazar. Un cuadernillo con consideraciones sobre el hallazgo de las joyas en Guadamur. Miraron en las estanterías y, además de libros, solo encontraron un archivador, cuyo contenido no les proporcionó nada de interés. Eran facturas muy variadas que revelaban que Hérouart era un hombre metódico. Lo único que quedaba por mirar era un cajón de la mesa, pero estaba cerrado con llave y no la encontraban.

—¿Nadie lo ha abierto? —preguntó Collantes.

—Por lo que se ve, no.

—¿Hay alguna ganzúa? ¿Un destornillador? ¿Algo para hacer palanca?

—¿Me deja intentarlo, señor?

—Pruebe, Camargo.

El agente sacó el cajón que había encima y dio varios golpes sobre la tabla que lo separaba del que estaba cerrado.

—Parece una tablilla muy fina. Mi abuelo y mi padre fueron carpinteros. Me crie entre tablas y maderas. El sonido... ¿Puedo romperla?

—Por supuesto —autorizó Amézaga.

El hombre dio varios golpes con el puño cerrado y la tablilla se astilló. Luego, valiéndose con un cuchillo, hizo un agujero que fue agrandando, poco a poco, hasta que pudo meter la mano.

—¡Lo que sospechaba!

—¿Qué?

—Este cajón... —Camargo miró la mesa—. Hay un cajón oculto. Mire... mire... ¿cuál es la distancia que separa esos cajones?

—Como un palmo —respondió su jefe.

—Por dentro hay un cajoncillo disimulado.

—¿Tiene algo?

—No lo sé, señor. Estoy palpando. ¡Me parece que hay dinero!

Poco a poco, Camargo fue vaciando el cajoncillo. Al terminar había

encima de la mesa un montón de monedas de oro. Amézaga no pudo evitar un silbido.

—¡Eso es una fortuna!

Cogió una moneda y la observó. En el anverso aparecía una cabeza de perfil y la leyenda *NAPOLÉON III EMPEREUR* y en el reverso *20 FRANCS 1855* envueltos en dos palmas formando una corona y la leyenda *EMPIRE FRANÇAIS*.

—Dinero francés —comentó Collantes—. Es posible que sea el pago de la última corona que Héroart le vendió a los franceses. Hay que contar el número de francos y hacer el cambio a reales. ¿Está seguro de que no ha quedado nada ahí dentro? —preguntó a Camargo.

—Creo que está vacío. Pero, déjeme comprobarlo...

El agente palpó los cajones. Miró y no encontraba lo que parecía estar buscando.

—¿Puede saberse qué demonios busca?

—El mecanismo, señor.

—¿De qué está hablando?

—Este cajón tiene que abrirse de otra forma. Tiene que haber un mecanismo para hacerlo. Pero el ebanista que hizo esta mesa era un artista. No lo encuentro. ¡Un momento! ¡Aquí está! —Manipuló el mecanismo y abrió el cajón. En el fondo había un papel pulcramente doblado—. Esto se había quedado atrás.

Se lo entregó a Amézaga, que se acercó a uno de los quinqués y lo leyó.

—Según este papel aquí hay quince mil francos y son el pago de la venta de la corona.

Collantes echó cuentas.

—Eso son unos veinte mil reales. Es mucho más de lo que Valcárcel me había dicho que los franceses habían pagado por la corona. Si Valcárcel no mintió cuando dijo que se vendió en doce mil reales, todo apunta a que monsieur Héroart no solo no le había pagado, sino que, además, lo engañaba en el precio que había obtenido. —Collantes se acarició el mentón una vez más—. También es posible que Valcárcel me mintiera cuando me dijo que el precio pagado por los franceses eran doce mil reales. También puede ser que ese dinero proceda de las ventas hechas a los franceses por la sociedad formada por Navarro y Héroart.

—Lo que he oído decir es que consiguieron un buen pellizco.

—Sí, pero Héroart tuvo que devolver un préstamo que le hizo una

señora de Madrid, doña Paulina de Escobedo.

—Ese truhan fue capaz de no devolverlo —dudó Amézaga.

—Sé que lo hizo porque me lo dijo don José Navarro, a quien conozco de algunas tasaciones periciales que nos hizo en alguna ocasión. Fue quien le facilitó el acceso a doña Paulina.

—¿Sabe que desde que regresó de Francia vive poco menos que encerrado en la casa que tiene aquí en Toledo?

—Supongo que, aunque legalmente no se puede proceder contra él, estará avergonzado de lo que ha hecho.

—Vive como un ermitaño, sin relaciones y sin amigos.

—Uno ha de asumir las consecuencias de sus actos. ¿Le importa que me lleve ese archivador?

—No, pero ¿para qué lo quiere?

—Hay muchos papeles y los hemos mirado deprisa. Son facturas y recibos. Pero me gustaría verlos con algo más de detenimiento. Le prometo devolverlo.

Amézaga asintió.

Era pasada la media noche cuando Collantes llegó a la posada. Simón estaba adormilado. Si había esperado levantado era porque se trataba de don Luis y también para que no fuera Gala la que se quedara aguardando. La joven le había dicho que se acostara y que ella esperaría. Pero Simón no podía consentirlo. No quería comentarios que mancharan el buen nombre de su hija. Por eso estaba levantado a aquellas horas, pese a que la posada cerraba a las once y quien no estaba dentro se quedaba en la calle. Así rezaba en un cartel que había justo a la entrada.

—¡Vaya horas, don Luis! —exclamó malhumorado al oír los goznes de la puerta, que estaba entornada.

—Lo lamento mucho, Simón. La cosa se ha complicado.

—Espero que haya servido para algo —dijo mirando el archivador que llevaba en la mano.

Cerró la puerta y echó la tranca. Con el candil que alumbraba el portalón encendió las velas de unas palmatorias y lo apagó sacando la torcida de la cazoleta y aplastando la llama con los dedos.

—Aquí tiene la llave.

—Muchas gracias.

Simón acompañó las buenas noches con un bostezo y ya se alejaba cuando se dio media vuelta.

—¡Ah! Se me olvidaba. En la cocina tiene algo de queso y embutido. Se lo ha dejado Gala, por si no había cenado y quiere tomar algo.

—Muchas gracias.

Collantes comió algo de queso y dio un par de sorbos al vino de la jarrilla que acompañaba a la comida, antes de retirarse. Una vez en la alcoba prendió las velas del candelabro —a la posada no habían llegado los quinqués— y repasó los papeles del archivador. No encontró nada que le llamase la atención, quizá porque estaba muy cansado y se le cerraban los ojos. Optó por acostarse.

Durante la noche se despertó varias veces sobresaltado. Cuando la claridad del amanecer entró por las rendijas de la ventana estaba despierto y se sentía cansado. Permaneció tendido en la cama, dándole vueltas a la

interrogante que quedaba por despejar: el motivo por el cual Leocadia Gumiel había matado a Hérouart. La única referencia que tenían de que ella lo había matado era una afirmación de Valcárcel.

En la posada comenzaron a oírse los primeros ruidos. Se levantó y se asomó a la ventana. En el patio unos arrieros preparaban sus reatas de animales para ponerse en camino. Vio en un rincón el tálburi al que había prestado poca atención. Esperaba que alguno de los mozos estuviera cuidando de su caballo, al que tampoco había hecho mucho caso. Se pasó la mano por las mejillas y el cuello. Necesitaba un afeitado tanto como desayunar, después de la frugal cena de la víspera. Preguntaría al padre de Gala si no tenía inconveniente en que la joven lo afeitase. Se vistió y apareció por el comedor donde ya reinaba una notable actividad.

—Mi padre me ha dicho que llegó después de medianoche.

—El asunto se complicó. Siento haberlo tenido levantado hasta esa hora.

—Comió poco, ¿qué tal ha dormido?

—No muy bien.

—¿Le ha molestado la herida?

—No.

—¿Algún problema?

—Más de uno, pero nada que no tenga remedio. ¿Por qué no me traes el desayuno?

—Enseguida.

Gala le trajo un tazón de leche templada y un cestillo con rebanadas de pan. Un cuenco con manteca y otro con chicharrones calientes. La joven estaba deseando que le dijera algo sobre reanudar la conversación que había interrumpido la víspera la llegada de Padilla.

—Si no recupero sangre con esto...

—Puedo traerle requesón con miel. ¿Le apetece?

—No, con esto sobra. Lo que sí querría, si tu padre no ve inconveniente, es que me afeitaras —y añadió bajando la voz—: además podemos seguir hablando.

Simón apareció por la cocina y preguntó al inspector cómo había dormido.

—Bastante bien.

—¿Qué tal va el brazo?

—Mucho mejor, aunque no todo lo bien que querría.

—Si necesita algo, no tiene más que pedirlo.

—Pues ya que lo dice... Necesito un buen afeitado. ¿Podría Gala encargarse de ello?

Simón dudó un momento. Miró a su hija y luego a Collantes.

—Está bien —respondió como si hiciera una importante concesión.

—Cuando termine de desayunar, váyase para la alcoba —indicó Gala al inspector—. No tardaré, pero antes tengo que dejar esto enjaretado.

Despachó un par de rebanadas con manteca, acabó con el cuenco de chicharrones y se retiró a su alcoba. Mientras esperaba a Gala, volvió a los papeles del archivador. Eran facturas de trajes, de camisas. Un corbatín de seda. Unas polainas. La compra de un paragüero para el portal... nada de interés. Había examinado más de la mitad cuando Gala llamó a la puerta. La joven venía cargada con una bacina de barbero, una palangana pequeña, varios paños, jaboncillo y un estuche con dos navajas de afeitar.

—Pasa, pasa. Déjame que te ayude.

Colocaron los utensilios sobre la mesa y la joven comentó:

—Por lo que veo sigue mirando papeles.

—Nada interesante.

—Tiene que devolverme los que le dejé. Si la Virgen Santísima no lo remedia, mi padre se va pasado mañana a Madrid. A ver si lo convence para que no lo haga. No me fío un pelo del Celestino. Pero, antes de que me ponga a afeitarlo, ¿terminamos lo que quedó interrumpido ayer tarde?

Collantes sacó el fajo de papeles que había guardado y desdobló el que estaba leyendo cuando llegó Padilla.

—¿Qué ibas a contarme cuando dije que en este pago de doscientos cincuenta reales había gato encerrado?

—Y tanto que había gato encerrado. Ese dinero fue para comprar el silencio del médico y de una mujer que lo acompañaba.

—¿Qué tenían que ocultar?

—No lo sé. Pero entonces pasó algo muy extraño.

—Cuéntamelo.

—Ocurrió poco tiempo después de la muerte de don Atilano. Nueve o diez meses después. Doña Martina estaba muy desmejorada. Estaba pálida y tenía grandes ojeras. No podía disimularlo con los maquillajes. Se decía que la muerte de su esposo la había afectado mucho. Yo sabía que la causa no podía ser esa. Se había casado con él por su dinero y no tenía reparo en engañarlo. El pobre viejo tenía unos cuernos... Luego empezaron los vómitos. Una tarde..., recuerdo que llovía y ya era casi de noche, doña Martina llegó a

la posada y se instaló en su aposento. Poco después, ya anochecido, llegó el Celestino acompañado de un médico y una mujer enlutada y que tapaba su cara con un pañuelo. No hablaron con nadie y fueron directamente al aposento donde estaba la señora. Allí estuvieron encerrados durante mucho rato. La señora sangró como un cochino en la matanza. ¡No sé cuántas toallas y sábanas empapadas en sangre se lavaron! El Celestino estaba muy nervioso. Cuando el médico y la mujer que la acompañaba se fueron, mi padre nos reunió a mí, a los dos mozos y a la criada. No sé si estaba al tanto de lo que pasaba, pero nos dijo que guardáramos absoluto silencio y que no se nos ocurriera hablar con nadie de aquello. A un mozo que se fue de la lengua, lo puso de patitas en la calle. Lo que se dijo fue que a la señora le habían quitado un tumor.

—Doña Martina se había quedado embarazada y le practicaron un aborto.

Gala lo miró un tanto sorprendida de una afirmación tan tajante.

—Es lo que siempre he sospechado. Por eso se impuso aquel silencio y todo se hizo tan de tapadillo. ¡Imagínese el escándalo que se habría organizado si se hubiera sabido! Por entonces, los Rísquez de Losada andaban de pleitos por lo de la herencia de don Atilano. Pero, dígame, como está tan seguro de que ese médico y la mujer, que sería una comadrona, le hicieron un aborto.

Collantes buscó en su bolsillo.

—En este papel doña Martina se refiere al hijo que había perdido. Es una especie de desahogo. El de una mujer que ha tenido que pasar por un verdadero tormento. Estos versos son bastante malos, pero reflejan un terrible dolor.

*»Hijo mío, de mi alma,
no tengo perdón de Dios.
Mi vida perdió la calma,
cuando hube de decirte adiós.*

»Luego escribió: “No fui valiente y me arrepiento de lo que ya no tiene remedio.”

—Es una confesión.

—En este momento, al menos, doña Martina era una pecadora arrepentida.

—Perece lamentar lo que había hecho. Pero prefirió la posición que le proporcionaba la herencia de su difunto esposo.

—¿Te importaría responderme a una pregunta?

—¿Qué quiere saber?

—¿Cómo es que están en poder de tu padre estos papeles?

—Lo ignoro. Lo que sé es, como ya le dije, que el Celestino y mi padre quieren sacarle los cuartos a ese primo de doña Martina que ha sido su heredero, salvo lo que la justicia ha adjudicado a los Rísquez de Losada.

—Tu padre no debería...

—Ya le dije que mi padre es muy bruto. Cuando se le mete una cosa entre ceja y ceja. Además... —A Gala se le formó un nudo en la garganta—. Cada vez que le digo que esto es una locura me responde diciendo que lo hace por mí. ¿Va usted a hablar con él?

—Sí, porque ese Celestino es una pieza de cuidado. Por lo que se puede deducir de estos papeles más que un perjuicio para ese primo de doña Martina, quien sale muy malparado es él. Posiblemente lo que busque sea hacer desaparecer los papeles.

—No lo deje, don Luis. Pasado mañana...

—Antes tienes que afeitarme.

Gala dispuso los adminículos y lo afeitó con mucho cuidado. Hizo un trabajo perfecto. Collantes se miró al espejo y se quitó con uno de los paños los restos de espuma que quedaban en su cuello y sus mejillas.

—Muchas gracias, Gala.

La joven estaba recogiendo las cosas y se disponía a marcharse cuando el inspector depositó en su mano una cajita de tafilete rojo.

—Toma, es para ti.

—¿Esto... esto qué es? —Las mejillas de Gala se habían arrebolado.

—Si no la abres, no lo sabrás.

Con manos temblorosas y mucha dificultad, abrió la cajita. Al ver el anillo se llevó la mano a la boca.

—No... no puedo aceptarlo.

—Por favor... Es una forma de agradecer tus cuidados.

—No puedo, don Luis.

—Esto vale... vale mucho. No puedo. Lo siento... Lo siento mucho. —Dejó sobre la mesa la cajita sin llegar a sacar el anillo, recogió rápidamente los útiles de afeitar y salió a toda prisa de la alcoba con los ojos arrasados por las lágrimas. Con las prisas se dejó atrás los papeles de su padre.

El inspector, inmóvil y desconcertado, guardó la cajita en el bolsillo. Se puso la levita y dejó la alcoba. Encontró a Simón en el portalón atendiendo a

un par de hombres que buscaban alojamiento. Vio a Gala que andaba entre los cacharros de la cocina y estuvo tentado de acercarse a ella. Pero decidió dejarlo para más tarde. Aguardó a que el posadero terminara.

—¿Tiene un momento, Simón?

—Parece usted otra persona, después del afeitado.

—Gracias a Gala. La herida está mucho mejor, pero no debo someter el hombro a mucho movimiento.

—¿Qué desea?

—¿Podemos hablar en un sitio... más discreto?

—Por supuesto. Venga conmigo.

Salieron al patio y, al ver el tálburi, Collantes preguntó por su cabalgadura.

—¿Cómo está mi caballo?

—Uno de los mozos se encarga de ello. Le echa el pienso, lo cepilla todos los días y hasta la saca para darle un paseíto. ¿Quiere verlo?

—No, dispongo de poco tiempo y quiero comentarle algo.

Cruzaron el patio hasta un habitáculo que a Simón le servía de oficina. Allí iba una vez por semana un joven que le llevaba las cuentas. Era donde pagaba las facturas y recibía a los suministradores.

—Aquí no nos molestará nadie. ¿Le parece un sitio a propósito?

—Muy apropiado.

—Pues siéntese. —El posadero señaló una de las dos sillas que había. Él se acomodó en la otra. Quedaron frente a frente separados por la mesa.

—Usted dirá.

—Verá, Simón. Tal vez le parezca que me entrometo en algo que no es de mi incumbencia... Si lo hago es por el respeto que le tengo a Gala, que me ha atendido... como si fuera un hermano. —El posadero arrugó la frente—. Está muy preocupada con un viaje que tiene usted proyectado.

—Me marchó a Madrid, pasado mañana. Un negocio que he de resolver.

—Permítame decirle que ese negocio puede convertirse en un problema. —Simón apretó los labios—. Me siento en la obligación de decirle que no debe fiarse de Celestino Conesa.

—Me parece que se está usted metiendo donde no lo llaman.

—Ya le he dicho antes por qué lo hago. Tenga cuidado —insistió el inspector.

—¿Por qué? ¿Por qué he de tener cuidado? —preguntó en tono desafiante.

Collantes valoró positivamente que, en lugar de haber dado la conversación por terminada, le preguntara.

—Porque ese Celestino tiene mucho que ocultar.

—¿Qué... qué quiere decir?

—Verá, es una historia complicada... pero usted la recordará.

—¿Qué historia es esa? ¿Qué tengo que recordar?

—Que doña Martina Vicentelo fue sometida a una... digamos intervención en esta posada. ¿Lo recuerda?

Simón sintió cómo se le encogía el estómago.

—¿Qué le ha contado Gala?

El posadero podía ser bruto, pero no era tonto. Tenía que andarse con pies de plomo. Simón vivía para su hija. Gala le había dicho que todos sus desvelos iban encaminados a que tuviera una vida asegurada cuando él no estuviera. Pensó que, posiblemente, el chantaje que estaba dispuesto a hacerle al heredero de doña Martina tenía mucho que ver con aquel deseo.

—Ha sido al revés.

—¿Cómo dice?

—Que he sido yo quien le ha hablado del aborto que le practicaron a doña Martina en esta posada.

Simón se quedó mirándolo fijamente.

—Usted no podía saber eso.

—No olvide que soy policía.

—Es... es imposible.

—Simón... —el nombre del posadero sonó conciliador en labios del policía—, si supiera de cuántas cosas me he enterado estos días en que... —dudó si sincerarse, pero su experiencia le dijo que debía hacerlo— vine a Toledo con el propósito de ajustar cuentas con un individuo por una cuestión de honor.

—¿Vino a batirse?

—Sí —contestó sin dudarlo.

—Debió de ser muy gordo para que usted... usted... bueno ya me entiende... viniera a celebrar un duelo.

—Muy grave, al menos desde mi punto de vista.

Simón estaba impresionado. Había bajado la guardia. Don Luis le había parecido un caballero. Su comportamiento con Gala... Sus modos... Lo pedía todo por favor. No presumía de su condición... Incluso pedía disculpas... Ahora volvía a manifestarse como tal. Simón, que tenía la larga experiencia

que da la vida en una posada donde no deja de entrar y salir gente, supo desde el primer momento que era alguien en quien se podía confiar, pese a que Celestino Conesa le había dicho lo contrario. Por eso había permitido a Gala que lo atendiera de la forma que lo había hecho.

—¿Qué ha averiguado de doña Martina... si no es indiscreción?

—Que tenía un aposento en esta posada para sus encuentros con Celestino Conesa, con quien se las entendía, incluso en vida de su difunto marido. Que ese aposento comunica con la alcoba donde estoy instalado a través de la alacena. Hay, como usted sabe, un mecanismo que hace desaparecer su fondo. Eso me permitió oír una conversación que mantuvo con Celestino Conesa sobre unos papeles que usted debió de encontrar en el bargueño que hay en ese lujoso aposento. Ese bargueño tiene un secreto y encontré en él un papelillo que usted no debió ver cuando cogió los papeles que Celestino Conesa quiere que desaparezcan. —El posadero, impresionado, ni siquiera pestañeaba—. Usted piensa que puede obtener unos buenos reales del primo de doña Martina, a quien conozco.

—¿Lo conoce?

—Lo interrogué con motivo de la muerte de su tía y, efectivamente, como usted piensa es un petimetre.

—¿Un qué...?

—Un tonto con muchos pájaros en la cabeza. En fin... Simón, me parece que va a cometer una tontería. Ese Celestino no es trigo limpio. Es posible que ni siquiera haya ido a Madrid a hablar con el sobrino de doña Martina. Lo que quiere es hacerse con los papeles porque lo que se dice en ellos a quien verdaderamente perjudica es a él. Si eso sale a luz, pasaría un montón de años en chirona. Por eso le ha insistido en que lo mejor es quemarlos.

—¿Gala le ha mostrado esos papeles?

—Sí, está muy preocupada. Teme que le pueda pasar algo. Sabe que usted busca asegurarle la vida y que no tenga dificultades. Pero... pero la está haciendo sufrir mucho.

Simón había agachado la cabeza. No quería que don Luis viera las dos lágrimas que corrían por sus mejillas. Intentó decir algo, pero el nudo que se le había formado en la garganta se lo impidió. El inspector aguardó en silencio a que se serenara.

—¿Cree que Celestino me ha tendido una trampa? —preguntó con dificultad, tras sorberse las lágrimas.

—Si le soy sincero no puedo asegurarlo. Pero no me extrañaría. Lo que

quiere es hacerse con esos papeles.

Otra vez se impuso un silencio que el inspector respetó.

—¿Qué haría usted, si los papeles fueran suyos?

—Quemarlos y, si me permite decírselo, usted debería hacer lo mismo.

En el mejor de los casos podría obtener algún dinero... ilegal y tener problemas con la justicia.

—¿Usted me denunciaría? —Simón, con los ojos enrojecidos, lo miró fijamente.

—No lo haría, Simón, y voy a decirle el por qué. Yo he tenido conocimiento del contenido de esos papeles porque su hija, que ha confiado en mí, me los ha enseñado y sería un villano si lo denunciara. No, no lo haría. Le diré más. Si estoy hablando con usted de este asunto es porque ella me lo ha pedido.

—¿Usted tiene esos papeles todavía?

—Sí, tengo que devolvérselos a Gala.

—¿Me haría un favor?

—Usted dirá.

—Quémelos, si no tiene inconveniente.

Collantes regresó a su alcoba contento por no haberse encontrado con Gala. Prefería que fuera su padre quien hablara con ella. Pero no perdió un minuto en dar cumplimiento al encargo de Simón. La experiencia le decía que decisiones tomadas en momentos emotivos podían complicarse pasadas unas horas. Utilizando la palangana como pebetero, convirtió en ceniza los papeles que tanto habían inquietado a Gala. Después revisó, una vez más, el contenido del archivador de Hérouart. Algo le decía que allí había algo que podía ayudarlo a resolver el embrollo que quedaba por desenredar en aquel complicado asunto que había tomado como cosa suya.

Sus esfuerzos resultaron baldíos. No encontró nada que llamara su atención y sirviera para resolver aquel caso. Eran más de las dos cuando cerró el archivador con cierta sensación de fracaso y planteándose preparar su regreso a Madrid. La herida seguía su proceso de cicatrización y sentía que había recuperado buena parte del vigor perdido.

Se puso su capa, se caló la chistera y abandonó la alcoba con el archivador bajo el brazo. Le llamó la atención el que en el portalón de la posada no hubiera nadie. Salió a la calle y notó una bofetada de frío. Soplaban un viento gélido que lo obligó a embozarse antes de subir los escalones que conducían a Zocodover. Allí, buscó la protección de los soportales. El viento arremolinaba hojas caídas y desperdicios. No se percató de que, mientras salvaba el desnivel con el Arco de la Sangre, dos individuos que se resguardaban del viento pegados a la pared de un caserón frontero echaron a andar tras sus pasos. Al dejar atrás la plaza, el inspector se dio cuenta de que lo seguían. Apretó el paso y logró llegar al cuartelillo antes que lo alcanzaran.

—¿Puedo ver al inspector? —preguntó al agente que estaba tras el mostrador.

—Don Andrés no está. ¿Puedo serle útil en algo?

Collantes dudó un momento.

—Solo quería darle este archivador. Entrégueselo cuando vuelva.

—Por supuesto, señor.

En aquel momento entró Padilla.

—¡Don Luis, a sus órdenes! ¡Si me permite decírselo, tiene usted un

aspecto magnífico! ¿Sabe que ya tenemos el dictamen del calígrafo?

—¿Qué dice?

—Que la letra del recibo que usted consiguió de Valcárcel es de la misma mano de la declaración de suicidio. ¡Valcárcel es el asesino de Leocadia Gumiel!

Padilla parecía de un humor excelente.

—¿Lo sabe ya Valcárcel?

—Sí, se lo ha comunicado el inspector antes de marcharse.

—¿Adónde ha ido, si no es indiscreción?

—A darle la noticia al gobernador civil. Al menos la muerte de Leocadia Gumiel está ya cerrada. ¡Menudo dineral encontraron ustedes anoche en casa del francés!

—Fue gracias a la habilidad de Camargo. Descubrió que había un cajón secreto en la mesa.

—Ya nos lo ha contado. Quien se ha quedado de piedra es Valcárcel.

—¿El inspector le ha dicho a Valcárcel lo del dinero?

—Sí, cuando bajó a decirle que el maestro calígrafo había identificado como suya la letra de la declaración de suicidio.

Collantes se acarició el mentón.

—Me gustaría hablar con el joyero a solas. ¿Es posible?

—No hay problema. Ahora mismo lo saco de la celda...

—No, no. Bajaré yo.

—Como usted prefiera. Pero le advierto que el sitio es oscuro, húmedo y no huele muy bien.

—Nada nuevo, Padilla. Nada nuevo.

Efectivamente, la celda era un lugar mal ventilado y oscuro. Valcárcel estaba tendido en un camastro. Se incorporó al oír el chirriar de la llave en la cerradura.

—Cuando termine, avise, señor. Yo estaré arriba, pendiente de su llamada.

La conversación entre el inspector y el joyero se prolongó durante cerca de una hora. El inspector Amézaga había vuelto y esperaba impaciente en su despacho con la puerta abierta para oír a Collantes cuando pidiera que bajaran a abrirle la celda. Cuando eso ocurrió, lo esperó a la subida de la escalera.

—¿Qué tal? ¿Ha confesado?

—¿Podemos pasar a su despacho?

—Por supuesto.

Apenas unos minutos después, antes de que Collantes diera cuenta a su colega de lo que había hablado con el joyero, Padilla abrió la puerta del despacho sin llamar.

—¡Inspector, inspector, venga, rápido!

—¡Qué demonios ocurre! ¡Qué es esto de abrir la puerta sin...!

—El joyero ha intentado ahorcarse.

—¿¡Cómo dice!?

—Ha aprovechado que la manta estaba algo pasada para rasgarla y ha... ha hecho un dogal.

—¿No está muerto?

—No, señor, está muy mal. Tiene el cuello partido y hay dos hombres abajo con él. He mandado a otro en busca del médico. Pero...

—¡Vamos!

Valcárcel, efectivamente, tenía el cuello roto. Los ojos desorbitados y no podía articular palabra.

—¿Cómo os habéis dado cuenta? —preguntó Amézaga.

—Cortés oyó un ruido, como si algo cayera a plomo. Bajó a toda prisa y se encontró con el detenido en el suelo, inmóvil. Subió a por la llave y bajamos a toda prisa. Me parece que...

—La manta no ha soportado su peso —indicó uno de los agentes mostrando un trozo del dogal que había confeccionado con ella—. Tiene el cuello partido, pero aún respira.

Cuando llegó el médico aún le quedaba un hálito de vida. Pero, después de tomarle el pulso y comprobar la respiración, hizo un elocuente gesto con la cabeza. El joyero, que tantos quebraderos de cabeza les había dado, falleció un par de minutos después. El médico le cerró los ojos.

—Aquí queda un cabo suelto —comentó Collantes—. Había admitido haber matado a Leocadia Gumiel. Pero seguía negando ser el autor de la muerte de Hérouart. Si cuando estaba hablando con él, había tomado la decisión de quitarse la vida, no tenía por qué haberme mentado. Si siempre he dudado de que el joyero hubiera matado al francés, ahora tengo la convicción de que no ha sido su asesino.

Subieron al despacho de Amézaga donde el médico cumplimentó los trámites del fallecimiento de Antón Valcárcel, firmando los certificados correspondientes. Eso no evitaba que se le hiciera la autopsia. Una vez solos, Amézaga pidió a Collantes que le contara lo que había hablado con el joyero.

—Como ya he comentado, admitió ser al autor de la muerte de Leocadia

Gumiel.

—¿Le ha dado alguna razón?

—Sí. Primero la amenazó para que le dijera dónde guardaba su amo el dinero...

—¿Por qué?

—Hérouart no le había pagado la última corona que le vendió a los franceses. Suponía que la criada sabía dónde podía estar el dinero. Leocadia o no lo sabía o no quiso decírselo. Pasó de las amenazas a los hechos. No tenía pensado matarla, pero se le fue la mano. En realidad, cuando la colgó de la viga del desván, para simular que se había suicidado, ya estaba muerta. Buscó el dinero y no lo encontró. Le dije que lo habíamos encontrado y que era mucho más de doce mil reales. Me ha confesado que el francés era un mal bicho. Había ido a por su dinero cuatro o cinco veces y siempre encontraba una excusa para no pagarle. Por eso, cuando se enteró de que lo habían matado, fue a su casa y trató de obligar a la criada a que le dijera dónde ocultaba su amo el dinero. Sabía que la relación de Hérouart con Leocadia Gumiel iba más allá de ser su criada y supuso que compartía con ella algunos secretos.

—Tiene lógica —asintió Amézaga—. Supongo que ya le han dicho que el maestro calígrafo ha certificado que la letra del recibo y la de la declaración son de una misma mano.

—Sí, me lo dijo Padilla cuando llegué para devolver el archivador.

—¿Ha encontrado algo?

—Nada que tenga interés.

—Vaya, por Dios. Lo que me pregunto es que si Valcárcel no mató a Hérouart. ¿Quién pudo hacerlo?

—No lo sé, don Andrés.

—Además de devolver el archivador, he venido a despedirme. — Collantes se puso en pie.

—¿Regresa a Madrid?

—Sí. Estoy muy recuperado y llevo mucho tiempo fuera. En Madrid estamos de trabajo hasta el cuello y no debo abusar del permiso que me dieron gracias a su informe.

Amézaga también se puso en pie.

—Tengo algo que le pertenece y supongo que usted no quiere perderlo. —Se acercó a un armario y sacó el estuche de los sables con los que había pensado batirse con Hérouart—: ¿Lo reconoce?

—Los sables del duelo.

—Que nunca se celebró —añadió Amézaga.

Collantes se lo agradeció. Amézaga tenía sus defectos, pero era un buen compañero. Quizá demasiado pendiente de lucirse ante sus superiores y, a veces, empleaba métodos que no se avenían a los nuevos tiempos, buscaba perseguir la delincuencia, aunque tenía tendencia a cerrar los casos con demasiada rapidez. Era buena persona. Le debía mucho y, gracias al informe que telegráficamente había enviado a la superioridad, le había evitado más de un quebradero de cabeza.

—También yo tengo que agradecerle el tiempo que ha dedicado a todo este embrollo. Si no hubiera sido por usted... ¿Quiere que uno de mis hombres lleve los sables a la posada?

—No hace falta.

—Como prefiera.

Se estrechaban la mano cuando se oyeron unos gritos descompuestos.

—¿Pero qué escándalo...?

Amézaga salió del despacho y Collantes fue tras él.

—¡Vengan, rápido! ¡Está como loco! —gritaba un mozo que les daba la espalda.

—¿Se puede saber qué demonios ocurre?

—Señor, dice que acudamos a la posada de la Sangre.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Collantes sin disimular su inquietud.

El mozo se volvió. Era uno de los que trabajaban con Simón.

—El que fue administrador de doña Martina está como loco. Amenaza a mi amo con una pistola. Ha sido su hija la que me ha dicho que viniera a toda prisa. ¡Allí puede pasar algo malo! —El mozo se dirigía a Collantes—. Exige a mi amo que le entregue unos papeles. ¡Dese prisa, por favor! ¡Allí va a ocurrir una desgracia!

—¡Vamos! —Collantes, con el estuche de los sables al hombro, salía ya por la puerta del cuartelillo.

Amézaga hizo un gesto a Padilla y a otro de los agentes para que lo acompañaran.

El portalón de la posada estaba lleno de gente. La confusión se había apoderado del lugar. No se veía por ninguna parte ni al posadero ni al administrador. Al ver a Collantes, Gala corrió hacia él con las lágrimas resbalando por sus mejillas.

—¡Menos mal que ha venido, don Luis!

—¿Dónde está tu padre?

—En el aposento que utilizaba la señora. El Celestino tiene una pistola y amenaza con matarlo si no le entrega los papeles. ¡Por favor, déselos! ¡Va a matar a mi padre!

Collantes no respondió. Se limitó a entregarle el estuche de los sables al mozo.

—Guárdalos en lugar seguro.

—Sí, señor.

—Vamos al aposento —indicó a Padilla.

—¡Tenga mucho cuidado! —le gritó Gala—. ¡El Celestino está como loco!

El pasillo que conducía al aposento también estaba atestado de gente.

—Despeje esto, Padilla. Como podrá comprobar, la insensatez de la gente no conoce límites.

Mientras Padilla y el otro agente cumplían la orden, el inspector se acercó a la puerta del aposento, procurando no hacer ruido. Comprobó que estaba cerrada con llave y llamó con unos suaves golpes.

—¿Quién es? —preguntó Celestino.

—Soy el inspector Luis Collantes. Abra la puerta... por favor.

—¡Ni hablar, hijo de puta, y menos a usted!

—¿Puedo saber por qué? —preguntó sin alterarse.

—¡Porque usted tiene la culpa de todo! ¡Sé que tiene los papeles! ¡Démelos o va a ocurrir una desgracia!

—Tengo entendido que Simón está con usted.

—¡Aquí lo tengo! Si no me entrega los papeles, le pego un tiro.

—Si hace eso, sabe lo que le espera.

—Me importa un bledo. ¡Los papeles o lo mato! ¡Usted es quien tiene la culpa! ¡Simón me lo ha contado todo! ¡Tenía que haber acabado con usted aquella noche!

Collantes se quedó perplejo. Se preguntó a qué noche se estaba refiriendo y por qué decía que se arrepentía de no haberlo matado.

—No sé de qué me está usted hablando.

—No se haga el inocente. Lo sabe perfectamente. Quiero los papeles y que me dejen salir. Simón vendrá conmigo. Es mi garantía.

—¡Simón, ¿está usted bien?!

—Sí, señor. No haga caso a lo que dice este. ¡Entre y acabe con él! No se preocupe por mí.

Padilla se acercó a donde estaba Collantes. Había dejado a su compañero a la entrada del pasillo con orden de no dejar pasar a nadie.

—El pasillo se encuentra despejado. ¿Cómo está esto?

—Mal. La puerta está cerrada y Conesa está como enloquecido. Amenaza con matar al posadero si no se le entregan unos papeles y se le permite salir, llevándose como rehén.

—Lo mejor será darle los papeles y luego aprovechar un descuido.

—Me parece bien, pero tenemos un problema.

—¿Qué problema?

—Que los papeles que quiere los quemé yo esta mañana.

—¿Cómo dice?

—Que quemé los papeles esta mañana. Es una larga historia que no me voy a poner a contarle ahora. Ese Celestino quería destruir los papeles. Lo comprometen seriamente.

—Entonces, el asunto está resuelto. Dígale que los ha quemado.

—¿Usted piensa que va a creerme?

—Tiene razón... Pues, permítame que le diga que la situación es complicada. Me han dicho que la ventana de ese aposento está enrejada y si tiene la puerta cerrada...

—¡Un momento! Padilla, es usted... es usted un genio.

El agente lo miró como si el inspector hubiera perdido el norte.

—¡Señor, soy un buen policía y cumplo lo mejor que puedo, pero...!

—¿Qué...? ¡Va a hacer lo que le digo! —Era la voz de Conesa desde el otro lado de la puerta—. ¡Sé que los papeles los tiene usted!

—¡Cumpliremos su deseo, pero necesito unos minutos!

—¡Cinco... cinco minutos!

—Cinco minutos —aceptó el inspector.

—Pues dese prisa. El tiempo vuela y los cinco minutos han empezado a correr.

Collantes y Padilla se alejaron de la puerta.

—Pero, señor, si acaba de decirme que usted mismo ha quemado los papeles.

—¿Ha traído su pistola?

—Sí, señor.

—Démela.

—¿Qué... va... a hacer? —titubeó el agente.

—No se preocupe, Padilla, deme su pistola y acompáñeme.

En el portalón se agolpaba una pequeña muchedumbre. Collantes buscó a Gala con la mirada.

—Si busca a la hija del posadero, está en la cocina —le dijo el mozo que había ido a avisarle al cuartelillo.

Padilla le abrió paso hasta la cocina donde Gala estaba acompañada por media docena de mujeres.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó la muchacha al verlo.

Hizo un aparte con ella y le explicó lo que pensaba hacer. Era la vida de su padre la que estaba en juego y ella debía aprobar su plan.

—¿Cree que va a dar resultado?

—No puedo mentirte. La verdad es que no lo sé. Ese Celestino es peligroso y no podemos acceder a su petición.

—¿Por qué?

—Porque los papeles los quemé esta mañana. —Gala se llevó una mano a la boca para apagar un gemido—. Creerá que estamos tendiéndole una trampa y el peligro será mayor. Está muy nervioso. Tenemos cinco minutos. ¿Qué dices? —Las lágrimas asomaron de nuevo a sus ojos. Estaba indecisa —: Lamento mucho decírtelo, pero tenemos pocas opciones. Corre a nuestro favor el factor sorpresa. Además, uno de los agentes que han venido conmigo procurará distraerlo.

—Que sea lo que la Santísima Virgen quiera.

—¿Eso es un sí?

Gala asintió con un movimiento de cabeza. El nudo que se le había formado en la garganta le impedía hablar.

Collantes no perdió un instante. No disponía de tiempo.

En voz baja pidió a Padilla que se apostase en la puerta del lujoso aposento y tratase de llamar la atención de Celestino Conesa.

—¿Cómo lo hago, señor?

—¡Qué sé yo! ¡Invéntese algo! Dígale que yo he ido a por los papeles y pregúntele si, para salir de la posada, quiere dos caballos; uno para él y otro para Simón. O prefiere un carruaje. Empiece a hablarle cuando yo esté dentro de esa alcoba. —Señaló la puerta de su cuarto.

Padilla no acababa de entender lo que el inspector se traía entre manos. Menos aún por qué le había dicho que era un genio. Pero estaba acostumbrado a obedecer a sus superiores y, aunque no estaba a las órdenes de Collantes, era un superior.

—Está bien. Si usted lo ordena... Pero que me aspen si entiendo algo.

—Espero poder explicárselo cuando esto acabe. Significará que todo ha ido bien.

Collantes comprobó la pistola y entró en su alcoba consciente de que no tendría una segunda oportunidad.

Dejó abierta la puerta y oyó como Padilla le hablaba a Conesa.

Abrió la alacena con mucho sigilo y, aunque estaba muy alejado de las prácticas religiosas, se santiguó antes de pulsar el mecanismo que hacía desaparecer su fondo. No había llegado a alzarse un metro cuando entró en el aposento. Vio a Conesa sentado en el borde de la cama y a Simón atado de pies y manos en uno de los sillones. El antiguo administrador de doña Martina Vicentelo no empuñaba la pistola y prestaba atención a lo que Padilla estaba diciéndole desde el otro lado de la puerta. Cuando se dio cuenta de lo que ocurría fue a coger la pistola, pero no tuvo tiempo.

—Si coge esa pistola, disparo.

La advertencia no fue suficiente. Trató de hacerse con ella y el disparo del inspector le hirió en el hombro. El impacto lo tumbó en la cama. Collantes se acercó y cogió la pistola, sin dejar de apuntarle.

—Me queda otro disparo. Le aseguro que, si me obliga, tiraré a matar.

Lo que ahora se oía era a Padilla golpeando la puerta y preguntando qué había sucedido. En el portalón, al murmullo de los comentarios había seguido un silencio de varios segundos, tras oírse la detonación. El agente que custodiaba el pasillo tuvo que emplearse a fondo para impedir el paso a los curiosos que querían saber lo ocurrido. El inspector, sin apartar la vista de Conesa, que permanecía en la cama tratando de contener la sangre de su herida con la mano, abrió la puerta franqueando el paso a Padilla.

—Desate al posadero. —Solo entonces Collantes se percató de que Simón tenía una herida en la frente.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó Padilla después de liberarlo de las ligaduras.

—Tengo la sensación de que va a explotarme la cabeza —respondió mientras se masajaba las muñecas.

—Tome su pistola, le queda un disparo. Si ese intenta algo, no lo dude: mátelo.

—Sí, señor.

—Venga conmigo, Simón. —Por la alacena pasaron a la alcoba que ocupaba el inspector—. Siéntese y quédese aquí, voy a avisar a Gala y a que

alguien vaya a por un médico antes de que Conesa se nos desangre. Ahora vuelvo.

Al verlo aparecer por la cocina, donde había aumentado el número de comadres que rodeaban a la joven, Gala se quedó inmóvil interrogándolo con la mirada.

—Tu padre está bien. Todo ha terminado.

La joven no pudo resistir el impulso. Se abrazó a su cuello juntando sus mejillas.

—Vamos, vamos... Gala.

Abandonaron la cocina y, al llegar donde estaba el agente que custodiaba el pasillo, le indicó:

—Busque la forma de que avisen a un médico.

—Sí, señor.

—¡Y no deje pasar a nadie!

—Sí, señor.

Gala, al ver a su padre, se abrazó a él y ambos rompieron a llorar.

El inspector respetó el momento saliendo al pasillo y dejándolos solos hasta que Simón asomó por la puerta.

—No sé cómo podré pagarle lo que ha hecho por nosotros.

—No le dé más importancia de la que tiene. Al fin y al cabo, es mi trabajo.

El posadero le ofreció su mano y el inspector la apretó con fuerza.

—¿Qué ha pasado? ¡El revuelo es enorme!

Collantes, al ver el maletín, supo que se trataba del médico.

—Ahí tiene un herido.

—Supongo que usted es el inspector que me ha mandado llamar.

—Así es, doctor. Soy el inspector Collantes.

—Gerardo Briviesca. ¿Qué ha ocurrido? —preguntó, mirando la frente de Simón.

—Me parece que eso puede esperar. Ahí —señaló la alacena— tiene un herido de más gravedad.

Entraron en el aposento y el médico se quedó sorprendido de ver el lujo de aquella habitación.

—¡Jamás lo hubiera sospechado! —exclamó, acercándose a la cama donde estaba Celestino Conesa, quien seguía apretándose la herida con la mano—. Ayúdeme, por favor —indicó a Padilla—. Tenemos que quitarle la levita y la camisa.

Padilla miró al inspector, que hizo un gesto afirmativo.

Una vez desnudado de cintura para arriba, el médico indicó al herido que permaneciera tendido.

—¿Quién ha disparado?

—He sido yo —respondió Collantes.

—Tendré que ponerlo en el informe.

—Ponga lo que considere necesario.

El médico examinó la herida sin apenas tocarla.

—Es más el ruido que las nueces. No parece que haya afectado nada importante. Tampoco la pérdida de sangre ha sido muy grande. —Miró a Simón y le preguntó—: ¿Tiene aguardiente?

—Sí, señor.

—Pues tráigalo. Será mejor que este caballero dé unos tragos, antes de que le saque la bala. No ha hecho daño, pero le va a doler un poco

—Yo voy, padre.

Gala trajo un búcaro y se lo dio al médico.

—Dele un par de tragos.

—¿Es necesario?

—No, pero se lo recomiendo. Si no quiere beber... allá usted.

Celestino dio un par de tragos y el aguardiente bajó quemándole la garganta, mientras el doctor sacaba del maletín el instrumental y lo extendía sobre un paño immaculado que había colocado sobre la cama.

—¿Podrían ayudarme? —Miró al inspector y al agente—. Solo para sujetarlo. Agárrenlo fuerte —ordenó con un algodón empapado en alcohol en una mano y unas pinzas en la otra.

Limpió la herida y hurgó con las pinzas buscando la bala. Conesa se retorció de dolor al tiempo que apretaba entre los dientes el pañuelo que el médico le había dado para que lo mordiera.

—¡Aquí está! ¡Ya la tengo! —exclamó con expresión triunfal antes de mostrar la bala, que depositó en un recipiente de porcelana—. Ahora toca suturar la herida. ¿Quiere otro trago de aguardiente?

Celestino asintió y Padilla le puso el búcaro en la boca. El médico hizo su tarea con la rapidez de un buen profesional, lo que no evitó que tuvieran que sujetarlo con fuerza. Acabó aturdido, aunque no llegó a perder el conocimiento. Luego frotó con un unguento los labios de la herida, después de recortarlos. Miró con cara de satisfacción su trabajo y comentó:

—Pasado algún tiempo, apenas le quedará una pequeña cicatriz. Ahora

veamos qué es eso de la frente —dijo mirando a Simón—. Esto es poca cosa. Vamos a desinfectarla. —Empapó un algodón en alcohol y limpió la herida. Después aplicó un pellizco de unguento—. Mejor no vendarla. Cerrará mejor al aire libre.

Recogió su instrumental, se lavó las manos y se acomodó en una mesita.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó al administrador.

—Celestino Conesa Domínguez —respondió con desgana.

—¿Y el suyo, por favor? —Miró al inspector.

—Luis Collantes Araujo.

—Tengo que dar parte a la policía —explicó como si tuviera que excusarse—. Ha habido un disparo... —Anotó los datos en un papel que guardó en su maletín.

—¿Cuánto se le debe? —preguntó Simón.

—Seis reales por la extracción y la sutura.

Bastó una mirada del posadero para que Gala saliera y regresara a toda prisa con el dinero para el médico. Antes de salir del aposento, el doctor Briviesca le echó una última ojeada. En sus ojos había incredulidad. Simón lo acompañó a la salida.

—Gala, ¿te importaría dejarnos solos con Celestino y cerrar la puerta?

—La muchacha iba a decir algo, pero agachó la cabeza e hizo lo que le pedía el inspector—. Luego hablaremos.

Una vez solos, Celestino, asustado, preguntó:

—¿Qué va a hacer?

—Soy yo quien hace las preguntas y, antes de que los agentes lo conduzcan al cuartelillo para tomarle declaración de todo lo que ha ocurrido, va a responderme.

—Usted no es quién para interrogarme. No responderé a nada. No tengo obligación de hacerlo.

—Muy bien, lo interrogarán en el cuartelillo.

—¡Un momento! —Collantes lo miró a la cara—. ¿Qué quiere preguntarme?

—Quiero saber a qué se refería cuando me gritó a través de la puerta que tenía que haber acabado conmigo aquella noche. ¿Qué noche era esa?

Conesa permaneció unos segundos en silencio. Rumiaba su respuesta.

—Le propongo un trato.

—¿Un trato? No está en condiciones de proponer nada. Pero ¿qué clase de trato es ese?

—Si respondo a lo que quiere saber, ¿cómo considerarán ustedes lo que ha ocurrido aquí?

El inspector lo miró con un punto de sorpresa.

—¿Qué quiere?

—No salir mal parado de lo ocurrido. Al fin y al cabo, el único herido soy yo. Lo de Simón es poca cosa.

—¡Menudo bribón está usted hecho!

—No me ha ido mal en la vida. Se lo aseguro.

—No tiene que jurarlo. Por lo que sé de usted...

—Vayamos al grano. Le aseguro que puedo contarle algo de mucha utilidad. ¿Quiere saber quién mató a monsieur Hérouart?

Collantes se puso muy serio.

—¿Usted lo sabe?

—Sí. Por eso le estoy ofreciendo un trato.

El inspector tomó del brazo a Padilla y se alejaron unos pasos. Durante un par de minutos hablaron en voz baja. Conesa trataba de no perder detalle y afinaba el oído por si se escapaba alguna palabra. Pero no logró enterarse de nada.

—Está bien. Lo que ha hecho no puede quedar impune. Podría estar largo tiempo a la sombra. No menos de diez años. Pero podemos rebajarlo mucho.

—Quiero que esto quede en nada. Como ya le he dicho, al final, el único perjudicado he sido yo. —Se miró el hombro.

—El agente y yo estamos dispuestos a declarar que todo ha quedado en tentativa. Incluso me comprometo a que Simón no presente cargos contra usted. Más aún... puede quedarse tranquilo con lo de esos papeles que tanto le preocupan. Están quemados desde esta mañana.

—¿Los papeles están quemados? —preguntó con incredulidad.

—Hechos cenizas. Los quemé yo mismo. Pero comprenderá que con el escándalo que ha armado. ¡Si viera cómo está el portalón de la posada! ¡Parece una verbena!

—¿Me jura que los papeles han ardido?

—No suelo jurar, pero tiene mi palabra. ¿Qué responde a mi propuesta?

—Está bien —aceptó Conesa, como si hiciera una gran concesión.

—Entonces cuénteme todo eso que ha tenido callado hasta ahora.

—La noche a la que me he referido es la misma en que usted marchó al bosquecillo que hay tras el hospital de Afuera. La noche que asesinaron a

Hérouart.

—¿Qué sabe usted?

—¿Recuerda que yo estaba charlando con Simón y que usted apareció para entregarle la llave de su alcoba?

—Perfectamente.

—Nada más verlo lo identifiqué. Usted era el policía que había intervenido en el caso de la muerte de doña Martina Vicentelo. Me extrañó mucho verlo por aquí. Me pregunté qué podía hacer en Toledo y llamé mi curiosidad el estuche que llevaba al hombro. Era de los que se utilizan para guardar armas. Salí de la posada detrás de usted y le seguí los pasos.

—¿Me siguió hasta ese bosquecillo? ¿Fue testigo de lo que ocurrió?

—Vi cómo aguardó la llegada de Hérouart, cómo este se presentó con dos facinerosos. Cómo acabó con ellos y quedó malherido. También vi cómo ese francés, al que Satanás haya acogido en sus calderas, iba a matarlo. Pero le dispararon por la espalda.

Collantes lo miraba fijamente. Lo que acababa de decir respondía a los hechos. Solo un testigo de lo ocurrido podía describirlo de aquella forma.

—¿Quién disparó a monsieur Hérouart?

—Leocadia Gumiel —respondió sin vacilar.

—¿Quiere repetirlo?

—Leocadia Gumiel.

Collantes no daba crédito a lo que acababa de oír. La criada de Hérouart no tenía el perfil de una asesina. Valcárcel le había dicho y Amézaga se lo había confirmado que entre ella y el francés había una relación que iba más allá de lo que era una criada. Se preguntó, una vez más, quién podía haberlo llevado. Leocadia era una mujer joven y hecha a los trabajos físicos. Pero era difícil que hubiera podido llevarlo hasta la puerta del hospital. Allí había algo que no encajaba. Sin embargo, la narración de lo ocurrido hecha por Conesa se atenía a los hechos. Tuvo que ser testigo de lo que sucedió.

—¿Está en condiciones de ir por su propio pie al cuartelillo?

—Creo que sí. Espero que cumpla con su palabra.

—No le quepa la menor duda. Padilla, dígale a su compañero que venga y háganse cargo del detenido.

Conesa salió de la posada escoltado por los agentes en medio de los insultos y maldiciones de la gente que seguía concentrada en el portalón. El inspector se dirigió a la cocina donde estaban Simón y Gala, rodeados de un gentío. El posadero explicaba lo ocurrido por quinta vez. Al verlo, dejó de

hablar, se fue hacia él y estrechó de nuevo su mano. Luego se volvió y alzando la voz proclamó:

—¡Si ahora estoy contándolo es gracias al valor de don Luis!

La gente dedicó al policía un aplauso y algunos *vivas*.

Collantes, después de recibir los parabienes, se encerró en su alcoba, tratando de poner sus ideas en orden. No acababa de creerse que Leocadia Gumiel hubiera dado muerte a Hérouart. No encajaba. También se preguntaba por qué Conesa lo había seguido hasta el bosquecillo. La simple curiosidad no era razón suficiente para salir de la ciudad, en medio de la oscuridad de la noche. Tampoco acababa de encajar el que le dijera a través de la puerta que debía haberlo matado aquella noche. ¿Había pensado hacerlo? Eso significaba que iba armado.

—¡Cómo no me he dado cuenta antes! —Se dio una palmada en la frente.

Se colocó la capa, se caló la chistera y cogió el bastón. Gala, al verlo aparecer por el portalón, fue a decirle algo, pero enmudeció al verlo salir tan deprisa. Llegó al cuartelillo de la policía y preguntó por Padilla. El agente de guardia le respondió:

—Salió de servicio... —miró el reloj—, hace una hora.

—¿Dónde está la pistola de Celestino Conesa?

—Supongo que en el despacho del inspector junto con su declaración.

—¿Está el inspector?

—No, salió hace rato.

—¿Puedo ver la declaración y la pistola?

El agente dudó un momento.

—No hay problema —indicó otro policía. Era el que había acudido junto a Padilla a la posada de la Sangre.

Acompañó a Collantes al despacho donde leyó la declaración de Conesa. No aportaba nada a lo que había dicho. Centró su atención en la pistola que, al no haber sido disparada, seguía cargada. Con mucho cuidado la descargó y examinó las balas.

—¿Sabe usted dónde está la bala que causó la muerte de Hérouart?

—En el archivo.

—¿Podríamos verla?

—Desde luego, señor. ¿Cree que...?

—Vamos a verla.

Comprobó que la bala de Hérouart era del mismo calibre y de la misma

clase de las que había sacado del arma de Conesa.

—Son idénticas, señor.

—Exacto. Es muy posible que un disparo de esta pistola matase a monsieur Hérouart. Habría que dispararla.

—Puede hacerlo en el patio de atrás. Hay unos sacos terreros... Alguna vez hacemos ahí prácticas de tiro.

Collantes disparó la pistola y recuperó la bala. La comparación no ofrecía dudas. La pistola de Celestino Conesa había acabado con la vida de Hérouart.

—Cumpliré mi palabra, Conesa, pero eso no incluye otras deudas con la justicia.

—¿Qué quiere decir?

—Que usted deberá rendir cuentas por el asesinato de Adolphe Hérouart.

—¡Qué está diciendo! ¿Se ha vuelto loco?

Collantes no contestó, lo hizo Amézaga.

—Las pruebas son irrefutables, a falta del informe oficial. La pistola con que amenazaba a Simón Sanginés es la misma con la que se disparó a monsieur Hérouart. Usted ha dicho que era de su propiedad desde hace un par de años. Es cierto que no precisó más. Pero en cualquier caso está en su poder mucho antes de que mataran al francés. Por otro lado, usted ha confesado haber estado en el lugar donde se cometió el asesinato.

—¿Por qué iba yo a asesinarlo?

—No lo sabemos —respondió Collantes—. Eso es algo que tendrá usted que decirnos. Tengo un dato que, si bien no es concluyente, apunta a que no tenía la mejor de las opiniones del difunto. ¿Le refresco la memoria?

—Hágalo.

—Cuando en la posada de la Sangre se refirió a ese francés, añadió unas palabras muy significativas. Dijo «a quien Satanás haya acogido en sus calderas». No le tenía en muy buena estima. ¿Por qué?

Conesa que, poco a poco, había ido perdiendo la actitud desafiante con que había comenzado aquel interrogatorio, se vino abajo. Hundió la cabeza en el pecho.

—¿Cuál fue el motivo por el que mató a Adolphe Hérouart? —le preguntó Amézaga, dando por sentado que era el asesino.

Durante un rato el antiguo administrador de doña Martina Vicentelo estuvo como ausente. Mantuvo el silencio hasta que no soportó más la situación.

—Doña Martina había adquirido una de esas coronas que han aparecido en Guadamur. Probablemente la más hermosa. El inspector Collantes sabe que era mujer aficionada a las antigüedades. Había pagado por ella un buen

dinero. Cuando murió, me hice con la corona. No tanto para conservarla, sino porque sabía de su valor, que iba mucho más allá del que suponía el oro y las gemas que la adornaban. Tenía un gran valor arqueológico y sabía que podía obtener una buena suma. ¿Podrían darme un poco de agua? Tengo la garganta seca.

Amézaga pulsó un timbre que había sobre su mesa y al instante un agente pedía permiso para entrar en el despacho.

—Una jarra con agua y un vaso.

Los dos inspectores aguardaron a que Conesa, que estaba pasando por un mal trago, refrescara su boca y garganta.

—Como les iba diciendo, sabía que la corona tenía un alto valor arqueológico. Doña Martina decía que apenas habían quedado restos de la orfebrería de la época a la que pertenecía aquella joya que no era comparable a ninguna otra. Seguí, atentamente, la polémica desatada en los periódicos cuando se supo que el diamantista, don José Navarro y monsieur Hérouart habían vendido a los franceses buena parte de ellas. Conocía al francés de vista y tomé una decisión equivocada.

—¿Qué decisión?

—Ofrecerle la corona para que la vendiera a sus compatriotas. Eran quienes pagaban mejor. Recuerdo que cuando se la mostré quedé impresionado. Repetía una y otra vez que aquella corona era una maravilla. Me dijo que podía sacar por ella no menos de veinte mil reales. Como se trataba de un caballero, al menos era la imagen pública que se tenía de él, se le veía siempre vestido con elegancia, era profesor en la Escuela Militar, refinado en sus maneras..., me fie de su palabra y le dejé la corona en depósito. Me pidió una comisión del diez por ciento más quinientos reales en concepto de gastos. Para venderla tenía que viajar a Francia y se comprometió a obtener, al menos, los veinte mil reales que había dicho que podían pagar por ella sus compatriotas. Me adelantó, a modo de anticipo, dos mil reales.

—¿Cuánto ha dicho? —preguntó Collantes, como impulsado por un resorte.

—Me dio un anticipo de dos mil reales. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada, por nada. Prosiga.

Collantes había visto en el archivador —que todavía estaba encima de la mesa de Amézaga— un recibo por dos mil reales en concepto de anticipo, pero no se especificaba, ni estaba firmado por Celestino Conesa Domínguez.

Lo recordaría.

—Me obligó a firmarle un recibo por esa cantidad. Les decía que fue una mala decisión porque, una vez hubo regresado de París, nunca encontraba el momento de pagarme la corona. Siempre presentaba una excusa... El día en que nos vimos en la posada de la Sangre no lo seguí a usted, como he contado, sino que fui a casa del francés. Estaba dispuesto a cobrarle... por las buenas o por las malas. Llevaba esa pistola —miró un momento la que había sobre la mesa—, pero cuando estaba llegando a su casa lo vi aparecer por la esquina al tiempo que dos sombras emergían de la oscuridad. Comentó algo con aquellos sujetos que lo aguardaban pegados a la pared de San Juan de los Reyes y echaron a andar. Ellos me condujeron al bosquecillo donde fui testigo de lo que ocurrió. Vi cómo trataron de sorprenderlo, cómo abatía a los dos sujetos que acompañaban al francés y cómo quedaba malherido. Vi cómo Hérouart iba a rematarlo. En aquel momento supe que jamás cobraría los veinte mil reales de la corona. El monsieur era un asesino. No dudé en dispararle. Sé que hice mal, pero usted —miró a Collantes— me debe la vida. Me la debe por partida doble. No solo evité que Hérouart lo rematara, sino que cargué con usted hasta la puerta del hospital de Afuera, donde lo dejé después de hacer sonar la campanilla.

Collantes se quedó mirándolo, sin pestañear. Todo encajaba. Incluso había un recibo de dos mil reales. Volvería a mirar en el archivador para examinarlo con todo detenimiento, ahora que conocía los detalles. Conesa llevaba razón en lo de haberle salvado la vida en dos ocasiones. Era un «mal bicho», pero quizá menos malo de lo que Gala pensaba. Se había camelado a doña Martina Vicentelo y, por lo que sabía, había gozado de sus encantos sin tasa. Había pasado de mozo de cuadra a administrador poco escrupuloso. No había dejado de cometer fechorías... La última, amenazar a Simón Sanginés con matarlo. Era un asesino, según acababa de declarar. Pero le había salvado la vida.

—¿Algo más que declarar? —le preguntó Amézaga por cumplir el formalismo.

Conesa negó con la cabeza.

Pulsó el timbre y un agente apareció en el despacho.

—Llévese al detenido a su celda.

Apenas quedaron solos. Collantes buscó el recibo en el archivador. No le costó trabajo localizarlo.

—Este es el recibo al que se refería Conesa.

—¿Recordaba haberlo visto?

—Sí, le he dedicado muchas horas a esos papeles. Mire lo que dice: «He recibido de don Adolphe Hérouart la cantidad de dos mil reales como anticipo por la venta de la propiedad que le he entregado. Toledo... a tantos de tantos de tantos.» La firma es ilegible. Pero estoy seguro de que un maestro calígrafo descubriría en ella el nombre de Conesa.

Amézaga dejó escapar un suspiro.

—¡Por fin! Todo encaja.

—Así es, amigo mío.

—Ahora este caso está resuelto o... ¿no? —preguntó con una sonrisa burlona en los labios.

—Está resuelto, pero falta una cosa.

A Amézaga se le congeló la sonrisa.

—No empecemos, Collantes, ¡por el amor de Dios! No vayamos a empezar de nuevo. ¡Este caso está resuelto!

—Sí, sí... sin duda. Pero falta algo.

—¿Qué?

—Una declaración mía en la que conste que Celestino Conesa Domínguez me salvó la vida en dos ocasiones. Pido comparecer en el juicio que se celebrará por el asesinato de monsieur Hérouart.

—Bien... bien... Pero el caso está cerrado. También haré yo una declaración para informar de que el reo ha declarado su culpabilidad... voluntariamente.

—¿Nos olvidamos de lo que ha pasado en la posada de la Sangre? —planteó Collantes.

—Por mi parte no hay inconveniente... siempre que Simón Sanginés no presente una denuncia...

—Eso déjelo de mi cuenta.

Era la hora del almuerzo cuando el inspector apareció por la posada que, después de una mañana tan agitada, había vuelto a la normalidad. El portalón estaba desierto, algo que tampoco era normal. Se asomó al comedor y vio a Simón y a su hija sentados a una mesa puesta de punta en blanco. La vajilla, cubertería, la cristalería y la mantelería eran la que usaba doña Martina cuando estaba en la posada.

—¡Vaya lujo! —exclamó el inspector.

—Siéntese, don Luis. Estábamos esperándolo.

—Pero bueno... ¿qué es esto?

—Hay que celebrar que todo ha salido bien —indicó Simón.

—Gracias a usted —añadió Gala.

—Hemos tenido la suerte de cara.

—Venga, don Luis, siéntese.

La comida fue un banquete. El inspector fue explicando cómo había surgido la idea de enfrentarse a Conesa. Gala, pese a que había oído de labios de su padre lo ocurrido en el aposento, quiso oírlo en boca del inspector. Luego les informó de lo que había ocurrido en el cuartelillo.

—¿Fue el Celestino quien acabó con la vida de *monsieur* Hérouart?

—Así es, Gala. Tras la fachada de caballero había un delincuente. Lo único que queda pendiente es saber si realmente llegó a vender la corona que le había entregado Conesa. Parece que las coronas no las pagaba. Por lo que sabemos, también ocurrió con la del joyero Valcárcel. Era un sujeto de cuidado. ¡Qué verdad es que a veces las apariencias engañan! Vamos a volver a registrar la casa de Hérouart por si esa corona...

—Entonces ¿no se marcha mañana? —preguntó Gala.

—No, lo retrasaré un día más.

Era bien entrada la tarde cuando Collantes se retiraba a su alcoba, pero antes de abrir la puerta apareció Gala.

—Quiero pedirle disculpas.

—¿Disculpas?

—No debí hacerle el feo de rechazar su regalo. Le ruego que me perdone.

—¿Quieres decir que lo aceptarías?

—Desde luego. No podría lucir otro con mayor orgullo.

La búsqueda en casa de Hérouart no dio resultado. Varios agentes escudriñaron hasta el último rincón sin resultado alguno. Por la tarde, Collantes hizo una visita a Conesa, que seguía en la celda del cuartelillo. Al día siguiente lo trasladarían a la prisión provincial.

—¿Está seguro de que Hérouart vendió la corona a los franceses?

—Por supuesto. Supongo que usted ha leído la prensa donde se ha recogido que ese gabacho había vendido una nueva corona que se añadía a las ocho que les vendió en sociedad con don José Navarro.

Collantes se acarició el mentón.

—Esa corona no era la suya.

—¡Déjese de bromas!

—¿Tengo cara de bromista?

—Venía en la prensa.

—Aparte de lo que venía en la prensa. ¿Tiene la seguridad de que Hérouart llegó a vender la corona de doña Martina con la que usted se quedó?

Conesa miraba a Collantes. La pregunta lo había sorprendido.

—Bueno... yo... yo... yo no tengo una evidencia. Pero, si no hubiera sido así, me habría dicho... —Conesa estaba perplejo—. La verdad es que no me había parado a pensarlo.

—La prensa recogió la venta de una corona. Pero era una que Antón Valcárcel, el joyero, le había comprado a Domingo de la Cruz. Según me contó Valcárcel, el francés ejerció en aquella venta el mismo papel que con usted. Era un simple intermediario.

—¿Pagó la corona a Valcárcel?

—No. Escondió el dinero en un cajón secreto de su gabinete. Allí lo encontramos.

—¡Hérouart era un granuja! ¡Eso es lo que era!

—Hemos buscado por toda su casa y allí no está la corona de la que usted habla. Tampoco ha aparecido el dinero que debía de haber cobrado por la venta.

—Si no la vendió, no tengo la menor idea de dónde puede encontrarse.

Se despidieron con un apretón de manos y la promesa del inspector de que testificaría a su favor en el juicio.

Collantes se acostó temprano, al día siguiente tomaría el camino de Madrid con las primeras luces del día.

Durmió inquieto. No sabía si sería por las explicaciones que tendría que dar a sus superiores, pese al informe de Amézaga. Si por marcharse sin haber podido averiguar el paradero de la corona de doña Martina Vicentelo. O si por dejar Toledo donde había vivido una de las aventuras más peligrosas que le había deparado su vida profesional. Se despertó un par de veces pensando en Gala. Era una tontería. Casi doblaba la edad de la muchacha.

Al aparecer por el portalón se encontró con el posadero, parecía estar aguardándolo.

—Buenos días, Simón, ¿tiene preparada la cuenta?

—No hay cuenta que valga.

—¿Cómo dice?

—Que usted no paga en esta casa.

—¡Ni hablar! Puedo aceptar un precio de amigo, pero no pagar... En absoluto.

—Pues vaya haciéndose a la idea. Además, le hago una advertencia.

—¿Una advertencia?

—Sí, señor.

—¿Puedo saber cuál es?

—Que no se le vaya a ocurrir cuando vuelva a Toledo, que espero sea pronto, alojarse en otro sitio. Ya sabe que tengo el mejor aposento de la ciudad. Ahora pase a la cocina, Gala le ha preparado algo para que no se vaya con el estómago vacío.

La joven lo aguardaba y sobre la mesa había abundantes y succulentas viandas. El inspector comió con poca gana y en silencio. Ella tampoco estaba muy habladora. Se limpió los labios con la servilleta, se levantó y se acercó a ella, que andaba entre los pucheros de la cocina. Cuando fue a estrecharle la mano para despedirse, ella se echó en sus brazos con la respiración agitada y a punto de llorar. Sin saber cómo se encontraron besándose en los labios. Gala acababa de aclararle la causa de por qué había dormido tan inquieto. En aquel momento hubiera dado cualquier cosa por no tener que marcharse.

Once meses más tarde, en la sala de audiencias del juzgado de primera instancia de Toledo, el juez iba a dictar sentencia.

Unos minutos antes, un ujier había abierto las puertas de la sala y la gente, que aguardaba impaciente, entró para acomodarse en el mejor asiento posible. Eran muchos los que asistían a conocer las sentencias como si fuera una especie de espectáculo. Allí tenían que guardar silencio y mantener una obligada compostura. Las malas formas, los improperios, los insultos y hasta las agresiones que intentaban los más exaltados tenían lugar en los alrededores del juzgado.

El juicio que se celebraba contra Celestino Conesa Domínguez, acusado del asesinato de monsieur Hérouart, había levantado cierta expectación. Pero no llegaba a los niveles de otros. En vida, la víctima fue persona muy respetada en Toledo, pese a ser francés. Muchos vecinos conservaban en la memoria los terribles desmanes, robos y violaciones cometidos por los soldados franceses durante la guerra de la Independencia. Pero su actuación en la venta de las valiosas piezas del Tesoro de Guarrazar había deteriorado gravemente su imagen. Algunos, durante los días en que se había celebrado la vista, habían aclamado a Conesa, al que consideraban un justiciero.

La sala casi se llenó. Había periodistas con sus cuadernos y lápices a punto. También estaban allí el posadero, Simón Sanginés, su hija Gala y el inspector Collantes. El policía había perdido la cuenta de las veces que había acudido a Toledo en aquellos meses. Su excusa era hablar con Conesa, que permaneció todo aquel tiempo en la prisión provincial en espera del juicio. Trataba, según decía, de buscar en sus conversaciones alguna pista que lo condujera hasta la corona que había entregado a Hérouart y que daba por seguro no se había llegado a vender a los franceses. Era cierto que deseaba encontrarla, pero la verdad de sus frecuentes viajes a Toledo, pese a que le costaba trabajo reconocerlo, era que estaba enamorado de Gala. Albergaba muchas reticencias para confesar su amor a la joven, no tanto porque temiera un rechazo —ella se lo había puesto fácil en más de una ocasión—, sino porque no acababa de ver claro proponerle convertirla en su mujer cuando casi le doblaba la edad.

Quien no estaba allí era el inspector Amézaga, pese a que había prometido acudir. Estaba reunido con el gobernador civil.

En una mesa, a la izquierda de la que ocuparía el juez, ya se encontraba el acusado, acompañado de su abogado, quien parecía compensar la calvicie que se adivinaba bajo su bonete de letrado, con la descomunal barba que cubría su pecho.

El cuchicheo de los presentes se apagó cuando un revuelo de togas anunció la entrada del juez, acompañado por el secretario del juzgado y del fiscal, y tomaron asiento en sus respectivos lugares. Su señoría se caló las gafas y miró un papel al tiempo que pedía un silencio inútil porque en la sala podía oírse el vuelo de una mosca. Antes de dar la palabra al secretario, encargado de leer la sentencia que se hacía pública para conocimiento de las partes y del público en general, ordenó:

—Póngase en pie el reo.

Conesa se levantó. Ofrecía un buen aspecto, aunque acostumbrado a una vida regalada, aquellos meses en el penal le habían pasado factura.

El secretario carraspeó para aclararse la voz.

—Caso cuarenta y dos barra sesenta. El Estado contra don Celestino Conesa Domínguez. Sentencia. En la ciudad de Toledo, siendo las trece horas del día treinta de octubre del año mil ochocientos sesenta, en virtud de los poderes que nos han sido concedidos, como juez de primera instancia de esta ciudad y en nombre de Su Majestad, doña Isabel Segunda, reina de España, dictamos la presente sentencia, que podrá ser recurrida por las partes en instancia superior. Queda probado de forma fehaciente que el acusado, don Celestino Conesa Domínguez, ha sido hallado culpable de homicidio en la persona de don Adolfo Hérouart, de nacionalidad francesa, aunque tenía concedida la española, por especial gracia de Su Majestad, en los hechos acaecidos en dieciocho de noviembre de mil ochocientos cincuenta y nueve, en un paraje conocido como La Vega, cercano al Hospital de Tavera, a las afueras de la ciudad de Toledo. La muerte se produjo por disparo de pistola. Hecho que se produjo con nocturnidad y alevosía, al ser ejecutado el disparo que causó la muerte al mencionado Hérouart por la espalda del susodicho. Se han tenido en cuenta una serie de atenuantes que han quedado probados en el desarrollo de la causa por testimonios contrastados y presentados por diversas personas. Se le impone la pena de seis años y un día de prisión mayor, a los que habrá de descontarse los que con carácter preventivo ha cumplido el condenado. Y para que así conste lo firmo, rubrico y hago público en la

ciudad de Toledo a treinta días del mes de octubre de mil ochocientos sesenta. Si la sentencia no es recurrida en los plazos marcados por la ley, el condenado cumplirá su pena en la cárcel del Saladero, de la villa de Madrid, adonde será trasladado.

Se levantó la sesión y Conesa fue conducido a la prisión. Su abogado, que estaba feliz con el fallo, no recurriría la sentencia. Esperaba que el Ministerio Fiscal tampoco lo hiciera. Esperaba una condena no inferior a los diez años y se encontraba con seis y un día, que era la más pequeña que el juez podía imponer habiendo de por medio una muerte. No la habían considerado asesinato, sino homicidio.

Una vez en la calle, Simón, con los pulgares metidos en los bolsillos de su chaleco, comentó:

—No ha escapado mal... para lo sinvergüenza que es.

—¡Padre, salvó la vida de don Luis!

—¡Cierto, y por poco acaba con la mía! Pero bueno... al fin y al cabo acabó con la vida de ese Hérouart que, pese a todos los respetos que aquí se le tenían, en el fondo no era más que un gabacho.

—Simón... ¿no estará usted justificando el homicidio?

—¡En absoluto! Pero hay muertes y muertes. Entiéndame usted... Le oí contar a mi padre, que gloria de Dios haya, las cosas que los gabachos hicieron aquí durante la guerra. Mi abuelo perdió la vida luchando contra aquella gentuza que, valiéndose de artimañas y engaños, se nos colaron hasta la cocina.

Caminaron un buen trecho sin decir palabra hasta que Gala preguntó:

—Supongo que con el Celestino en esa cárcel de Madrid ya no le veremos el pelo por Toledo.

—Me adelanto para comprar un paquetillo de picadura —se excusó el posadero—. Nos vemos en la casa. Porque supongo que don Luis almorzará con nosotros.

—Si a usted y a Gala les parece bien...

Apenas Simón se hubo alejado unos pasos el inspector dijo a Gala:

—¿Por qué no dejas de llamarme don Luis y de hablarme de usted?

Ella se quedó mirándolo con expresión de picardía.

—Porque me costaría trabajo hablarle de tú.

—Entonces... ¿cómo quieres que te diga que te quiero? —La alegría llenó el semblante de la joven. Gala llevaba tanto tiempo esperando oír aquello...—. Me cuesta trabajo decírselo a alguien que me habla de esa

forma.

—¿Porque me dirijo a ti como don Luis y te hablo de usted es por lo que llevo casi un año esperando que me digas lo que acabo de oír?

—Por eso y porque no sé si con mi edad...

—¡Qué bobo eres! Desde que te vi entrar por la puerta de la posada pensé que eras diferente a cualquier otro de los que habían cruzado aquel umbral y te aseguro que por ahí ha pasado mucha gente. Cuando me enteré de que te habían herido y estabas en el hospital solo me impidió ir a verte, no desobedecer a mi padre. Fui una tonta cuando rechacé el anillo que me regalabas, sin pedirme nada a cambio. Más de uno y más de dos pretendieron regalarme uno y ya puedes imaginarte con qué propósitos. El día que regresaste a Madrid se me partió el corazón. Creí que nunca más volvería a verte. No puedes imaginarte la alegría que tuve que disimular cuando te vi volver, aunque... venías porque tratabas de dar con el paradero de la corona que el Celestino le había entregado al francés.

—Venía a verte.

—Pero bien que lo disimulabas.

—Te quiero, Gala. Te quiero con toda mi alma. ¿Quieres ser mi esposa?

—Te lo dije hace más de diez meses.

—¿Diez meses? —preguntó sorprendido.

—Sí, hace diez meses.

—No... no recuerdo...

—A veces, qué torpes sois los hombres. Te lo estaba diciendo cuando me regalaste esto. —Le mostró el anillo—. Te dije que... no podría lucir otro con mayor orgullo.

—Bueno, también... lo rechazaste la primera vez que te lo quise dar.

—Ya te he dicho que fui una tonta.

Ochenta años más tarde.

Domingo, 9 de febrero de 1941

Dejó el *ABC* sobre la manta que, echada sobre su regazo, protegía del frío sus piernas. Se quitó las lentes y cerró los ojos. Acababa de leer una noticia sobre la que ya había oído algo en la radio. Si su padre viviera se habría emocionado. Pero hacía más de cuarenta años que el inspector Luis Collantes Araujo había muerto.

El hombre que leía el periódico se llamaba Simón Collantes Sanginés. Era hijo del inspector y militar retirado. Había alcanzado el grado de coronel, antes de comenzar una guerra que había convertido a España en un montón de escombros. El coronel había luchado en el bando vencedor, pero no comulgaba con muchas de las cosas que se habían ido imponiendo en el transcurso de la contienda y consolidado tras la victoria. Era un monárquico convencido y había hecho públicas sus discrepancias con el Nuevo Estado. El arresto domiciliario era casi un eufemismo porque, desde algunos meses antes de que se lo impusieran, ya tenía graves dificultades para caminar. No salía de casa donde iba de la silla de ruedas a la cama y de la cama a la silla de ruedas. Su comunicación con el exterior, aparte de las visitas de algunos amigos, cada vez menos frecuentes, eran la radio y el *ABC*, al que estaba suscrito, casi desde su aparición en 1903. Viudo desde antes de la guerra, al finalizar la contienda se fue a vivir a casa de su hija Gala, que se llamaba como su abuela.

Gala tenía resueltos algunos de los problemas con que gran número de españoles se enfrentaba a diario: conseguir algo con que llenar los estómagos vacíos. El arresto domiciliario no lo había excluido de poder aprovisionarse en el economato militar ni conseguir combustible. Algo muy problemático, dada la escasez de gasolina, para los pocos vehículos que circulaban. Muchos habían sido adaptados para funcionar con gasógeno.

La noticia que habría emocionado a su padre llevaba como titular: *LA DAMA DE ELCHE HA VUELTO A ESPAÑA*. Se refería a que la víspera, a

las cuatro de la tarde, había llegado a Port-Bou el tren que traía «las joyas artísticas devueltas por Francia a España». Ese tren, decía el *ABC*, entraba a la barcelonesa estación de Francia a las diez y media de la noche y junto a la *Dama de Elche*, considerada, según rezaba el titular, la pieza más importante de las joyas artísticas, también regresaban a España «las coronas visigóticas de Guarrazar; las linternas visigóticas de oro; la célebre corona de oro y pedrería del rey Recesvinto; los relieves prerromanos de Osuna; la esfinge ibérica de Salobrad y la colección ibérica procedente de las excavaciones de Calaceite que, con un peso de cinco toneladas, es la más importante del mundo».

Simón Collantes Sanginés, que acababa de cumplir los setenta y cinco años, rememoraba con los ojos cerrados lo que su padre tantas veces le había contado. Cómo se había encontrado aquel tesoro y cómo la ignorancia de quienes lo encontraron, dos labriegos de un pueblo cercano a Toledo, cuyo nombre no recordaba ahora —hacía algún tiempo que su memoria le jugaba malas pasadas—, dieron lugar a una historia que vivió en primera persona. Parte de aquel tesoro, al que su padre se refería como el de Guarrazar —el mismo nombre con que lo recogía la noticia dada por el *ABC*—, fue fundido por joyeros toledanos poco escrupulosos. Otra parte fue vendida a los franceses, de forma solapada, por un famoso joyero, cuyo nombre tampoco recordaba, pero que había sido quien hizo la corona de la reina Isabel II y un francés, llamado Adolphe Hérout. Ese nombre no lo había olvidado.

Había sido una historia de crímenes y ajustes de cuentas, pero permitió que ahora él estuviera en el mundo. Su madre, Gala Sanginés, conoció a su padre en aquellas circunstancias y contrajeron matrimonio el día de la Candelaria de 1861. Él nació algunos años más tarde y su hermana Andrea al año siguiente, pero le había precedido en ir al sepulcro. Había muerto, hacía poco más de dos años, en Cabra, una localidad cordobesa que había sido bombardeada por la aviación republicana el 7 de noviembre de 1938 causando un centenar de muertos. Se encontraba allí porque había quedado viuda y su hijo, con el que vivía, estaba destinado en esa bella población como funcionario administrativo en su Instituto de Enseñanza Media, que llevaba el nombre de Aguilar y Eslava, un clérigo que fundó un Colegio de Humanidades en el siglo XVII.

Conocía aquella historia hasta en sus más pequeños detalles, algo que le había permitido detectar lo que él consideraba un error al hacerse referencia a la corona de Recesvinto como una pieza diferente de las demás coronas,

después de aludirse a «*las linternas visigóticas*», algo de lo que no tenía la menor idea. Consideraba que había mucho de propaganda, no solo por el añadido en el que, bajo el epígrafe: «Gratitud al Caudillo», se decía textualmente: «La prensa local publica amplias informaciones relacionadas con el retorno a España de la *Dama de Elche*. Señalan que todos los españoles deben profunda gratitud al Caudillo que con la devolución de esta magnífica escultura y los otros objetos de arte ha conseguido que la dignidad española haya sido debidamente atendida en Francia»; también por lo que no se decía. La víspera, en Radio Nacional de España, se había dicho que el número de coronas que se devolvían a España era de seis. Pocas personas sabían que los franceses tenían en su poder nueve, por lo que se quedaban con las otras tres. Para nada se aludía a esa circunstancia que habría empañado el éxito del Caudillo. También pensó que muy pocas serían las personas que conocerían la historia del hallazgo de aquel tesoro y las numerosas vicisitudes a que había dado lugar.

El coronel abrió los ojos y consultó su reloj. Comprobó que faltaba más de una hora para el almuerzo y puso la radio. Sintió Radio Madrid. Estaban dando la noticia del regreso de la *Dama de Elche*, que era la pieza que concentraba la mayor atención.

El locutor, con voz engolada, señalaba su satisfacción por dar a conocer a los radioyentes la devolución de varias joyas artísticas españolas atesoradas por Francia y añadía: «Los esfuerzos constantes de nuestro gobierno por conseguir el renacer de nuestra cultura, un empeño de nuestro Ministerio de Educación Nacional, destaca una extraordinaria victoria artística. Una victoria que vuelve por los fueros de nuestra dignidad como nación. El triunfo de las gloriosas armas del ejército salvador de la Patria nos trae ahora estos laureles de paz. Sin la victoria de nuestro invicto Caudillo, Su Excelencia el Generalísimo Franco, no hubieran vuelto a España, ni la *Dama de Elche*, ni el tesoro de Guarrazar...»

—¡Papá, papá! —La voz de su hija hizo que no oyera lo que el locutor decía a continuación.

—¿Qué quieres?

—Voy a salir un momento, ¿necesitas algo?

«Que me dejes en paz», pensó el coronel. Pero lo que dijo fue:

—Nada, no necesito nada.

Prestó de nuevo atención a Radio Madrid que ahora aparecía como cadena SER.

—«... al terminar nuestra guerra de liberación, nuestro gobierno envió a Francia agentes especializados para recuperar las obras de arte expoliadas por los rojos. Hubo conversaciones con el gobierno francés. Pero el comienzo del conflicto europeo retrasó el trabajo de los agentes, que cristalizó en un acuerdo, tras la firma del armisticio germano-francés, rubricado por el director general de Bellas Artes y el director del Museo del Louvre. Ese acuerdo significaba que Francia devolvía a España la *Dama de Elche*, la pieza más significativa de la cultura íbera, los magníficos relieves ibéricos encontrados en Osuna, valiosas piezas de esta misma cultura halladas en el yacimiento del Cerro de los Santos, seis coronas del tesoro visigótico de Guarrazar, entre ellas la de Recesvinto, que está considerada la pieza de orfebrería germánica más importante del mundo, la espléndida *Inmaculada*, debida a los pinceles del genial Bartolomé Estaban Murillo, robada junto a otros muchos cuadros por el mariscal Soult durante la guerra de la Independencia, así como varias decenas de miles de documentos que fueron robados durante aquella patriótica guerra del Archivo General de Simancas y que vuelven a sus estanterías de donde jamás debieron salir. Ayer llegaba a España, cruzando la frontera por Port-Bou, la mayor parte de este patrimonio. Hoy, en un tren que esta mañana ha salido de Barcelona, llegarán a Madrid, a la estación de Atocha, desde donde, convenientemente custodiados, serán llevados a dependencias del Museo del Prado, a la espera de que se haga la entrega oficial a nuestro gobierno por parte de las autoridades francesas acreditadas en Madrid. La *Dama de Elche*, encontrada el 4 de agosto de 1897...

El anciano militar dejó de prestar atención al locutor. Otra vez, los viejos recuerdos acudían a su mente. Su padre, siempre que le hablaba del tesoro de Guarrazar se refería a una corona que había desaparecido. Había sido adquirida por una dama, cuyo nombre era doña Martina y, que tras su muerte, ocurrida en extrañas circunstancias, pasó a manos de quien había sido su administrador. Este la había entregado, para ser vendida a los franceses, a Adolphe Hérouart. Su padre la buscó con denuedo, sin localizarla. Pero ya en los últimos años de su vida había llegado a la conclusión de que el francés la había vendido por quince mil francos franceses, unos veinte mil reales. Investigando había encontrado en el Ministerio de Fomento un telegrama que el embajador en París don Alejandro Mon había enviado al ministro donde le decía que la corona que últimamente monsieur Hérouart le había vendido al Museo de Cluny había sido por la suma de quince mil francos y que se

trataba de una obra excepcional. Estaba convencido de que esa corona era la que le había entregado el administrador de doña Martina. Pero si eso era así, le decía su padre, seguía perdida una de las coronas del tesoro.

De repente prestó atención al locutor. Ahora estaba hablando del tesoro de Guarrazar.

—«... durante siglos, la fantasía de las gentes había tejido numerosas leyendas acerca de los fabulosos tesoros que en Toledo, la capital del reino visigodo, habían sido ocultados al producirse la invasión agarena. Eran solo comparables a los de la fastuosa corte de Bagdad, según se contaba en *Las mil y una noches*. Pero hace algo más de ochenta años, esas leyendas se convirtieron en realidad cuando un labrador, vecino del pueblo de Guadamur, a poco más de diez kilómetros de Toledo, encontró un gran tesoro. Pero la incuria de los políticos —el coronel pensó que el descrédito de la política formaba parte de los principios establecidos por el Nuevo Estado—, la actuación de un joyero que antepuso su codicia a los deberes patrióticos y de un francés al que se había tratado como a un compatriota sin ser digno de ello, hicieron que la mayor parte de aquel tesoro fuera a parar al Museo de Cluny. Ahora, gracias a la actuación de nuestro invicto Caudillo...»

Simón Collantes apagó la radio. Estaba harto de tanto incienso como se le dedicaba a quien el general Queipo de Llano, por entonces embajador en Roma, en un destierro encubierto, denominaba Paquita la Culona.

12 de enero de 2018

NOTA DEL AUTOR

TODO apunta, aunque no podemos afirmarlo con certeza, a que en una fecha indeterminada —probable en los años inmediatamente posteriores a la invasión musulmana del 711—, fue ocultado un importante tesoro formado por un número indeterminado de cruces y coronas votivas. Quizá fueron los clérigos encargados de custodiarlas y lo hicieron en un lugar cercano a Toledo, la capital del reino visigodo, conocida como la *Urbs Regia*. Es posible que quienes lo ocultaron pensaran que podrían recuperarlo sin peligro, una vez que los musulmanes se hubieran retirado al norte de África después de hacerse con un cuantioso botín.

En *El último tesoro visigodo* hemos recreado esos momentos finales en que se hundió estrepitosamente el mundo visigodo: batalla de la Laguna de la Janda o traición de don Oppas en dicha batalla y, de la mano del conde Liuva —un personaje de ficción—, hemos narrado los difíciles tiempos que siguieron a tan grave derrota. Recordará, ya anciano, en un monasterio de Cantabria donde había profesado, su lucha en Astigi, en Corduba o en Toletum y el momento en que se ocultaron las cruces y coronas votivas.

Las cosas no ocurrieron como esperaban quienes ocultaron aquel tesoro y los musulmanes se asentaron en la Península. Permanecerían en Toledo hasta 1085 en que la ciudad fue conquistada por Alfonso VI. Esa circunstancia hizo que se perdiera memoria del escondite y las joyas permanecieran ocultas cerca de mil ciento cincuenta años hasta que en el verano de 1858 Francisco Morales y María Pérez, a quienes acompañaba su hija Escolástica, que acababa de realizar la prueba final para obtener el título de maestra de primeras letras, descubrieron en las proximidades de Guadamur (Toledo) un tesoro en una fosa que había quedado al descubierto, como consecuencia de una fuerte tormenta. Estaba en un pago de huertas llamado Guarrazar, que acabaría dando nombre al tesoro. Se trataba de unas extraordinarias piezas de orfebrería labradas en oro con incrustaciones de piedras preciosas de la época visigoda. Otra fosa, también llena de cruces y coronas, fue encontrada por Domingo de la Cruz, otro vecino de Guadamur. Su valor, tanto histórico como artístico, era extraordinario dado que era muy poco lo conservado de aquella época.

Tanto Morales como De la Cruz vendieron, en un primer momento,

parte de las piezas encontradas a joyeros toledanos que, probablemente, las fundieron. La aparición en escena del francés Adolphe Hérout, profesor de la Escuela Militar de Toledo —era el nombre que entonces recibía la que más tarde sería Academia de Infantería—, y del diamantista José Navarro dieron un giro a los acontecimientos. El destino de las joyas no fue el crisol, sino que, tras comprarlas, fueron sacadas de España y vendidas en Francia, al Museo de la Edad Media, conocido como Museo de Cluny.

El conocimiento en España de la existencia de lo que empezó a denominarse como «Tesoro de Guarrazar», a través de varias publicaciones aparecidas en la prensa gala, provocó un verdadero escándalo que salpicó al Gobierno y a las instituciones académicas.

Como consecuencia del revuelo se hicieron gestiones desde la embajada española en París para intentar que las coronas votivas regresaran a España. Las gestiones diplomáticas no dieron resultado y las valiosas piezas de orfebrería visigoda permanecieron en Francia.

En 1941, el gobierno títere de Vichy, presidido por el mariscal Pétain, después de que Heinrich Himmler visitara España en octubre de 1940, devolvió seis de las nueve coronas —entre ellas la de Recesvinto—, junto a la *Dama de Elche* y la *Inmaculada* de Murillo, robada por el mariscal Soult durante la guerra de la Independencia.

Hasta aquí los hechos históricos que quedan recogidos en *El último tesoro visigodo*.

Los comisarios Collantes y Amézaga forman parte de la ficción novelesca, así como doña Martina Vicentelo, su esposo don Atilano Rísquez de Losada o el administrador Celestino Conesa. No existieron joyeros con el nombre de Valcárcel o Pulgarín, pero son reflejo de lo que ocurrió con parte del tesoro de Guarrazar. Tampoco existieron el doctor Carabias o Zapatones. Ni Simón Sanginés y su hija Gala. Son personajes imaginarios que dan ambiente a la novela y forman parte de su trama. Pero sí existió la posada de la Sangre, y el Toledo que el lector encuentra en las páginas de *El último tesoro visigodo* es reflejo de la ciudad a mediados del siglo XIX. San Juan de los Reyes estaba abandonado, en el Hospital de Tavera, conocido popularmente como Hospital de Afuera, se atendía a los enfermos, funcionaba la Escuela Militar, Zocodover era el centro neurálgico de la ciudad, existía la casa del diamantista a orillas del Tajo y vivió en ella José Navarro quien, efectivamente, labró la corona de Isabel II y tuvo problemas para cobrarla. También es real la presencia por aquellos años de don Amador

de los Ríos en Toledo y Guadamur y dirigió en el pago de Guarrazar unas excavaciones.

El intento de acuerdo de las autoridades españolas con Hérouart, su duelo, no celebrado, con Collantes o la investigación de las muertes y asesinatos que encontramos en las páginas de *El último tesoro visigodo* son ficción en la que se han cuidado los detalles como propios de la época en que se producen los acontecimientos.

JOSÉ CALVO POYATO

Cabra, 4 de mayo de 2018

AGRADECIMIENTOS

EL ÚLTIMO tesoro visigodo debe mucho de la forma en cómo han llegado a manos del lector una serie de personas con quienes he compartido comentarios, sugerencias, comidas, paseos y lecturas. Quiero hacer público mi agradecimiento a Rafael Morales, amigo, lector empedernido y profundo conocedor de nuestro pasado, cuya lectura del original lleva a cabo con paciencia monacal y le hace descubrir detalles —a veces pequeños y a veces sumamente importantes— que se convierten en atinadas sugerencias. A Pedro Antonio Alonso Revenga, profundo conocedor del mundo visigodo e impulsor de las Jornadas Visigodas que se celebran desde hace años en Guadamur. Gracias por el tiempo que me dedicó y por los datos que me facilitó en la visita que, en pleno proceso de escritura, hice a dicha localidad toledana. Gracias a la profesora Gloria Lora Serrano por toda la información que me facilitó en las conversaciones que tuvimos sobre la monarquía visigoda y las circunstancias en que se vivieron los momentos que rodearon la batalla de la Janda. También a mi editora, Lucía Luengo, por las sugerencias que hizo al texto y que, sin duda, lo enriquecieron. Por último, como siempre, a Cristina, por su paciencia, sus críticas, sus correcciones, sus comentarios y sobre todo por su continuado apoyo.

Esta novela no sería la misma y, desde luego, resultaría menos atractiva sin sus aportaciones. Reitero a todos ellos mi gratitud.

BIBLIOGRAFÍA

ALONSO REVENGA, Pedro Antonio: *Historia del descubrimiento del tesoro visigodo de Guarrazar*. Toledo, 1988.

—: «El Tesoro de Guarrazar. Sus descubridores y descendientes, en *III Jornadas Visigodas*. Ayuntamiento de Guadamur. Toledo, 2010.

—: «Los visigodos y el oro. Consideraciones en torno al tesoro de Guarrazar», en *V Jornadas Visigodas*. Ayuntamiento de Guadamur. Toledo, 2012.

—: *Guarrazar. El tesoro escondido*. Círculo Rojo. Madrid, 2017.

ARCE MARTÍNEZ, Javier: *Esperando a los árabes. Los visigodos en Hispania (50-711)*. Marcial Pons. Madrid, 2011.

BALMASEDA MUNCHARAZ, Luis: «El tesoro perdido de Guarrazar», en *Archivo Español de Arqueología*, núm. 68, pp. 149-164. CSIC. Madrid, 1995.

—: «La reclamación diplomática del Tesoro de Guarrazar», en *Boletín de la ANABAD*, vol. 45-1, pp. 165-174. Madrid, 1995.

—: «Las versiones del hallazgo del tesoro de Guarrazar», en *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, núm. XIV. Madrid, 1996.

FERNÁNDEZ-GUERRA, Aureliano: *Caída y ruina del imperio visigótico español*. Madrid, 1883.

GARCÍA MORENO, Luis A.: *El fin del reino visigodo de Toledo*. Universidad Autónoma. Madrid, 1977.

—: *Historia de la España visigoda*. Cátedra. Madrid, 1989.

—: *España 702-719. La conquista musulmana*. Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla. Sevilla, 2013.

GARCÍA-VUELTA, Óscar, y PEREA CAVEDA, Alicia: «Guarrazar: el taller orfebre visigodo», en *Anales de Historia del Arte*, vol. 24, núm. especial, pp. 245-271. Madrid, 2014.

ISABEL SÁNCHEZ, José Luis: «El capitán Hérouart y el Tesoro de Guarrazar», en *I Jornadas Visigodas*, pp. 43-47. Ayuntamiento de Guadamur. Toledo, 2008.

LASTEYRIE, Ferdinand de: *Description du trésor de Guarrazar, accompagné des recherches sur toutes les questions archeologiques qui s'y rattachent*. París, 1860.

LAVOIX, Henri: «Les couronnes de Guarrazar», en *Journal Universel. L'illustration*. París, 1859.

LEBLIC GARCÍA, Ventura: «Guarrazar: algunas certezas e incógnitas sobre el lugar del hallazgo», en *IV Jornadas Visigodas*, pp. 37-56. Ayuntamiento de Guadamur. Toledo, 2011.

MACHADO, Osvaldo A.: «Los nombres del llamado conde don Julián», en *Cuadernos de Historia de España*, núm. 3. Madrid, 1945.

MADRAZO, Pedro de: «Orfebrería de época visigoda. Coronas y cruces del Tesoro de Guarrazar», en *Monumentos Arquitectónicos de España*. Madrid, 1879.

MAÍLLO SALGADO, Felipe: *Acerca de la conquista árabe de Hispania. Impresiones, equívocos y patrañas*. Abada. Madrid, 2016.

MENÉNDEZ PIDAL, Ramón: *El rey Rodrigo en la literatura*. Tipografía de la Revista de Archivos, Museos y Bibliotecas. Madrid, 1924.

ORLANDIS ROVIRA, José: *Historia del reino visigodo español*. Rialp. Madrid, 2003.

PEREA CAVEDA, Alicia (ed.): *El tesoro visigodo de Guarrazar*. Coedición del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Universidad de Castilla-La Mancha. Museo Arqueológico Nacional y Diputación Provincial de Toledo. Madrid, 2001.

PÉREZ SÁNCHEZ, Dionisio: *El ejército en la sociedad visigoda*. Universidad de Salamanca. Salamanca, 1989.

RÍOS, Amador de los: *El arte latino-bizantino en España y las coronas visigodas de Guarrazar. Ensayo histórico crítico*. Real Academia de San Fernando. Madrid, 1861.

ROCA MARTÍNEZ, Carmen: *El crepúsculo del reino visigodo de Toledo*. Diputación Provincial de Toledo. Toledo, 2001.

ROJAS RODRÍGUEZ-MALO, Juan Manuel: «El primer año de trabajos en Guarrazar. La confirmación de un importante yacimiento arqueológico», en *VII Jornadas Visigodas*, pp. 37-66. Ayuntamiento de Guadamur. Toledo, 2014.

SÁNCHEZ ALBORNOZ, Claudio: «Dónde y cuándo murió don Rodrigo, el último rey de los godos», en *Cuadernos de Historia de España*, núm. 5, pp. 5-105. Madrid, 1945.

Sobre José Calvo Poyato

JOSÉ CALVO Poyato es catedrático de Historia y doctor en Historia Moderna por la Universidad de Granada. En 1995 publicó su primera novela, *El hechizo del rey*, a la que siguieron, entre otras, *Conjura en Madrid*, *La Biblia Negra*, *Sangre en la calle del turco*, *El gran capitán* y *El espía del rey*. Es autor también de los ensayos *Así vivían en el Siglo de Oro* y *Momentos estelares de la historia de España*. Varias de sus obras han sido traducidas a diferentes idiomas. Con *La Orden Negra* fue finalista del premio Torrevieja en 2005. Fundador y primer director, entre 2003 y 2006, de la revista *Andalucía en la Historia*, es colaborador asiduo de publicaciones como *La Aventura de la Historia* e *Historia y Vida*. Es miembro de la Academia Andaluza de la Historia, de la Real Academia de Córdoba y de la Real Academia de San Telmo, de Málaga. Desde 2008 mantiene una columna de opinión semanal en el diario *Abc*.

notes

Notas a pie de página

¹ La era hispánica por la que se regía el cómputo del tiempo en el reino visigodo de Toledo ha de medirse para llevarla a la era cristiana por la que nos regimos restando treinta y ocho años. Era, pues, el año 753 de nuestra era.

² Un estadio equivalía a 185 metros y era la octava parte de una milla romana. El sistema romano de medidas fue utilizado por los visigodos.